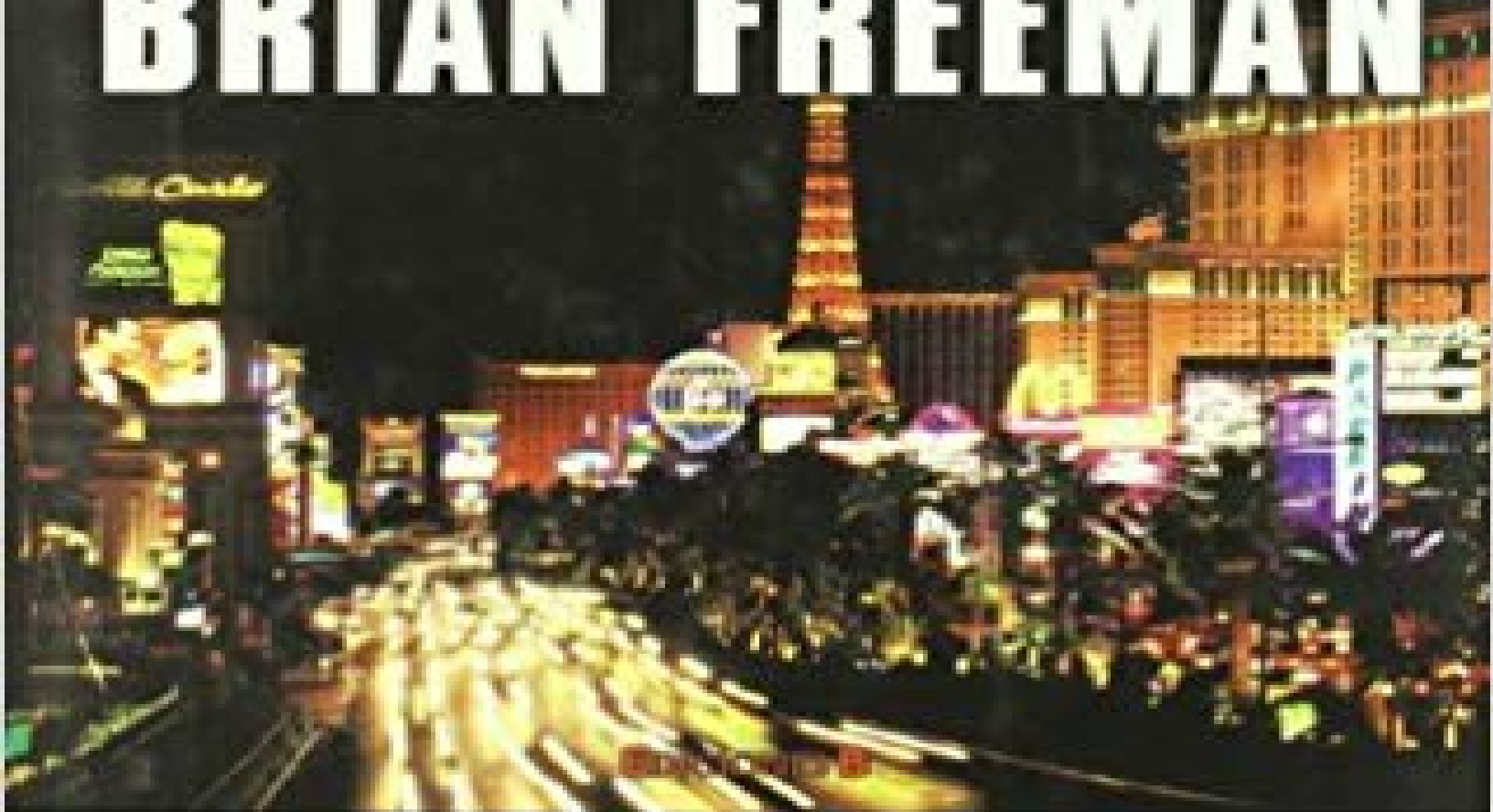




VENGANZA

BRIAN FREEMAN



L A T R A M A

Para Marcia

*¿Deben los crímenes ser castigados
con crímenes nuevos
y con criminales mayores?*

BYRON

Dejó que la bata de seda cayera desde sus hombros, y la tela blanca se deslizó hasta formar un charco de pliegues de acordeón a sus pies.

Su cuerpo desnudo se convirtió en un derroche de color, bañado por el rótulo de neón que coronaba el patio del tejado. Letras gigantes trazaban el nombre de SHEHEREZADE por encima de ella, en destellos de verde y rojo. La luz se derramaba sobre su piel y pintaba psicodélicos *graffiti* encima de las urnas, las fuentes y las palmeras que adornaban la terraza de estilo marroquí.

La ciudad vivía de la luz. Rótulos chillones iluminaban el valle, pero sus nombres revelaban la verdad de dónde se encontraban. Las Arenas. Las Dunas. La Frontera. Reductos en mitad de ninguna parte. Santuarios de polvo y arena.

Allí donde no alcanzaba el brillo del neón, el tejado del Sheherezade estaba oscuro, como el negro desierto que acechaba la franja del Strip. No escudriñó las sombras. No vio que había un hombre esperándola.

Se sintió atraída por el agua azul y luminosa de la piscina. Se había duchado después de su actuación, pero aún sentía el calor del baile y anheló el impacto fresco del agua. Sin nada más que sus altos tacones, se deslizó por encima del mármol y rodeó el borde de la piscina. Un viento tibio y arenoso sopló sobre su cuerpo. Tras quitarse los zapatos de aguja y dar un paso por el trampolín, se sumergió en el agua con la gracia de una sirena, y luego nadó de costado y sin prisas hacia la parte poco profunda. Al ponerse en pie, el agua chorreó de sus pechos. Se pasó los dedos por el cabello negro y mojado.

Esto era el paraíso. Estaba hecha para vivir así.

Muy pronto, podría hacerlo en cualquier parte del mundo. Basta ya de

espectáculos bochornosos con coros de aficionados. Basta de jugar a la ramera en los armarios. Hacía meses que había tomado la decisión de escaparse. Esta noche era la última; mañana sería libre.

Se preguntaba si lo echaría de menos: el poder que sentía en el escenario, la avidez en los ojos de los hombres mientras gritaban su nombre: «¡Amira!».

Amira Luz. La belleza española de piel oscura y ojos provocadores. Su cabello lustroso y largo. Su nariz afilada y angulosa como una hoja de acero. Su carne, repleta de sensuales curvas. Amira Luz, la diosa del Sheherezade.

Sí, lo echaría de menos. Aquello era Las Vegas, donde todo resultaba excitante. La voz de Sinatra, diamantes en un cuello femenino, incluso el humo de un cigarrillo recién encendido. Podía pasearse por todos los casinos y oír el rastro de susurros que dejaba tras de sí. Aquí era una estrella. Una vez que dejara atrás las luces brillantes, no podría volver; pero ya no seguiría siendo una prisionera.

Un fuerte chapuzón la sobresaltó. Con el corazón palpitante, se volvió para ver una forma lechosa que avanzaba hacia ella por debajo del agua. Quedó paralizada por el miedo, pero después se relajó, sonriendo: él había llegado rápido para sorprenderla. Sintió una oleada de deseo ante la expectativa de hacer el amor con él en la piscina.

—Eres un idiota —dijo alegremente, mientras él emergía del agua delante de ella, sólido y robusto y también desnudo.

Pero no era el rostro que ella esperaba ver. Lo conocía. Todos los días la miraba con lascivia en el casino. Un vicioso que no valía lo que un escupitajo suyo.

Supo por qué estaba allí.

Amira retrocedió en un brusco movimiento y se puso a chillar, pero él se le echó encima en un instante, le cubrió la boca con la mano y con el otro brazo le rodeó la cintura. Atrajo hacia él aquel cuerpo que se retorció. Le apartó la mano de la boca, pero antes de que ella pudiera gritar la besó con fuerza. Ella dio furiosas patadas por debajo del agua, intentando desestabilizarlo, pero él tenía las piernas clavadas en el suelo de baldosas de la piscina. La alzó sin esfuerzo. Ella sintió su miembro erecto a lo largo de su estómago.

Comprendió que primero la violaría. Y después la mataría.

Sus bocas se separaron. Ella tomó aire y gritó pidiendo ayuda.

—Grita todo lo que quieras —dijo él, riéndose.

Dejó de rodearla con el brazo y le propinó una dolorosa bofetada en la cara, cortando sus chillidos de raíz. Ella intentó zafarse, pero él la volvió a agarrar y la sumergió de cuerpo entero en el agua. Ella sintió su rodilla en el estómago y cómo se propulsaba hacia arriba, comprimiéndole los pulmones. Abrió la boca involuntariamente y se le llenó de agua. Burbujas de aire brotaban de su nariz. Revolviéndose atemorizada, trató de impulsarse hacia la superficie, pero aquellas manos la aferraban como un torniquete.

Supo que ahora ya no habría libertad para ella. Siempre sería una prisionera.

Los ojos abiertos de par en par le ardían por el cloro. A través de la distorsión líquida, vio el escroto del hombre colgando como una enorme mazorca, a unos centímetros de su rostro. El brazo le daba el suficiente juego como para agarrarlo, y a la vez que apretaba y retorció, clavó sus largas y elegantes uñas en los testículos como si estuviera ensartando una uva.

El aullido brutal llegó a sus oídos a través del agua. El hombre se echó atrás y la soltó. Ella resurgió con un chapoteo y tomó varias, largas y dificultosas bocanadas de aire, sintiendo la brisa caliente de verano entrar de nuevo en sus pulmones. Su asaltante se sujetaba los genitales mientras maldecía. Furiosa, le colocó las manos en el pecho y lo empujó. A él le resbalaron los talones y perdió pie, cayendo hacia atrás en el agua. Amira buceó por encima de él y nadó hacia el extremo de la piscina.

A su espalda, oyó que él forcejeaba para recuperar el equilibrio. Notó que sus dedos le arañaban la pierna al intentar alcanzarla. Rozó con la mano derecha el mármol liso y colocó ambas palmas sobre la baldosa, impulsándose hacia arriba. Intentó levantar la pierna por encima del borde, pero el pie le resbaló y volvió a tambalearse hacia el agua.

Amira volvió a aferrarse a las baldosas rápidamente, pero no fue lo bastante veloz.

Lo tenía justo detrás.

Él la obligó a darse la vuelta. Vio sus ojos, crispados en oscuros puntitos

de furia, que con una sucia mirada se deslizaron por su rostro hasta sus pechos generosos, y por debajo del agua hasta el triángulo oscuro entre sus piernas.

—No te vas a follar a nadie esta noche —dijo ella, sonriéndole a la muerte y escupiéndole las palabras a la cara.

—Tú tampoco —murmuró él con una voz impregnada de malicia.

Le tiró del largo pelo y le echó el cuello hacia atrás. Con una mano alrededor de su garganta, le golpeó el cráneo contra el borde de mármol afilado, donde el hueso se partió con un horrible chasquido. Una descarga eléctrica estalló en los ojos de Amira, y la agonía penetró en cada una de sus terminaciones nerviosas. Luego, tan deprisa como había llegado, el dolor desapareció y ya no sintió nada. Notó que su cuerpo se hundía, se deslizaba y serpenteaba, con los miembros tan inertes como los de una marioneta. Con la mirada plácidamente fija en el cielo nocturno que la cubría y en el intenso resplandor del rótulo de neón, el agua se cerró sobre su rostro. Fue su última visión de aquella ciudad que vivía de la luz y moría con la luz. Su cuerpo descendió en un tirabuzón hacia la profundidad. Nubes de color rojo se desprendían detrás de ella. Para cuando tocó el fondo, ya estaba muy lejos, en algún escenario de madera, con los pies traqueteando a ritmo de flamenco mientras la gente la aclamaba.

«¡Amira!».

Primera parte

AMIRA

Capítulo 1

Elonda oteó Flamingo Road con la mirada experta de un ave de rapiña, acechando con pereza el paisaje desértico en busca de una presa. La detectó a media manzana del casino Oasis y la evaluó.

Alto y bronceado, como un surfero aspirado por la ciudad, el cabello rubio y ondulado le caía por detrás de las orejas y llevaba gafas con cristal curvado de espejo. Joven, veintidós años quizá. Llevaba una camisa chillona de manga corta por fuera del pantalón y con los botones mal abrochados, unos shorts blancos y holgados, y zapatillas de deporte sucias, sin calcetines. Sus andares de gallito le delataban que tenía dinero. Llevaba gafas de sol aun siendo de noche, y supo que detrás de los espejos su mirada también estaba a la caza, igual que la de ella.

El chico giró la cabeza en su dirección, la vio y sonrió.

Su radar para policías aún funcionaba. Los polis no andaban: llamaban a las chicas desde el interior de su sedán camuflado y con aire acondicionado. Sólo las nuevas caían.

Elonda atravesó decidida la ancha calle, alzando las manos para detener a los coches y deslumbrando a los conductores con sus dientes blancos y el bailoteo de sus senos. Había mucho tráfico a la una de la madrugada. La ciudad se regía por las normas de la jungla: alimentarse bajo el fresco manto de la oscuridad y buscar algo de sombra donde dormir y pasar los tórridos días.

Ya en la acera opuesta, se ocultó en el umbral de una tienda de magia. Sacó una botella de K-Y^[1] del bolsillo de atrás y se echó en los dedos. Escondió tripa, deslizó una mano dentro de sus ajustados pantalones y se

lubricó. Con una pequeña danza se frotó bien. Trucos del gremio. «Oh, estoy tan húmeda, cariño». Aunque en esa época la mayoría de los tíos no pretendían metérsela: les asustaba demasiado el sida o eran muy torpes para penetrarla estando de pie, así que se dedicaban al tema oral.

Con la grasa entre las piernas, Elonda se echó el pelo hacia atrás y escuchó el tintineo de las cuentas multicolores que salpicaban sus trencitas afro, tiró de su ceñido top rosa con plumas hasta que se le transparentaron las lunas oscuras de sus pezones y se puso un caramelo de menta encima de la lengua. Otro truquito; a los tíos les encantaba el ardor de la menta en su boca cálida.

Volvió a salir a la acera y echó un vistazo a la calle, buscando competidoras. Pero no vio a nadie; el chico y ella estaban solos. Las luces del Strip brillaban como fuego a través de la autopista. A este lado de la carretera I-15, donde los casinos se extendían desde Las Vegas Boulevard como una rebotante bolsa de palomitas, el Gold Coast y el Río resplandecían en el lado norte de la calle, y la torre del Oasis sobresalía una manzana más allá. Pero en el lugar donde se encontraba ella, la calle Flamingo estaba a oscuras; no había más que un aparcamiento vacío y el viejo edificio de la tienda de magia irrumpiendo en la calle.

Elonda apoyó los hombros en el escaparate de la tienda, sacó las caderas y se mordisqueó una uña pintada con aire distraído. Dejó que una lenta sonrisa aflorase a su rostro, volvió la cabeza y devoró al chico con la mirada. Éste se dirigía directamente hacia ella, pisando los folletos con chicas desnudas que cubrían el suelo. Sin vacilar. No era su primera vez.

Mientras se acercaba, ella entornó los ojos. Él le sonaba, aunque no pudo ubicarlo. No era un habitual, pues no se lo había trabajado antes, pero empezó a pensar que reconocía su cara, tal vez de algún periódico. Resultaba difícil decirlo entre las sombras. Elonda lo estudió largo y tendido, porque un famoso que paga por sexo a una prostituta de Las Vegas podía valer una considerable cantidad de dinero para según quién.

Se paró al lado de ella.

—Hola.

Tenía una voz juvenil y despreocupada. Aburrída. Gangosa.

—Hola. —Elonda extendió la mano y metió un dedo dentro de su camisa, dibujando un círculo en su pecho—. ¿Te conozco de algo, cariño?

—¿Has estado alguna vez en Iowa? —preguntó él.

Un campesino con un rostro familiar. Mierda.

—Está lleno de vacas y maíz, ¿verdad? Y mierda en los zapatos. No, gracias.

Elonda echó un vistazo a derecha e izquierda de la calle, en busca de coches de la Metro^[2]. El tráfico iba de aquí para allá —todoterrenos, limusinas, camionetas, coches familiares—, pero nadie la estorbaba. Una manzana más allá, cerca del Oasis, divisó a un hombre esperando junto a una parada de autobús, con aspecto de aburrimiento y consultando su reloj. En la otra dirección, nada de nada. El panorama estaba despejado.

—¿Mamada o follar? —preguntó ella.

Él no respondió, sino que sacó la lengua y la agitó para ella. Elonda olió la ginebra que emanaba de su boca. Le dijo un precio y él se sacó dos billetes arrugados del bolsillo. Ella posó la palma en su pecho y lo empujó suavemente hacia el umbral de la tienda de magia; luego se arrodilló y le bajó la cremallera. Miró hacia arriba. Él tenía los ojos cerrados, y vio la barba amarillenta de un par de días en su barbilla.

Empezó a contar mentalmente. Era su pequeño juego, algo para hacer pasar el tiempo, como los oficinistas con sus iPods mientras teclean todo el día. Uno, dos, tres, cuatro. Ningún tío había aguantado nunca hasta cien. La mayoría no llegaba ni a diez.

Le llevó unos segundos que se le pusiera dura. Ella supuso que era por la ginebra; pero aplicó su magia y el cuerpo de su cliente respondió. Oyó el suave ronquido en su garganta, un ronroneo de placer. Cuando levantó la vista de lo que tenía entre manos, vio que él tenía la boca abierta.

Treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro.

Ya estaba muy cerca. Ella notó el movimiento de sus caderas, que empezaba a dar estocadas, y chupó con más fuerza y movió la cabeza más deprisa.

Treinta y nueve.

Elonda oyó como un ruido de cascos por allí cerca: el sonido de unas

botas pesadas sobre la acera. Alguien venía en su dirección desde el casino. Volvió a mirar hacia arriba, pero el granjero ya estaba en otro planeta y no oía nada. Clip, clap, clip, clap.

La verdad es que a ella no le importaba. La espiaban todo el tiempo y oía los cuchicheos sorprendidos de hombres que secretamente deseaban tenerla de rodillas delante de ellos. Si miraba a donde estaban, que disfrutara del espectáculo.

Cuarenta y cinco, cuarenta y seis. El granjero estaba a punto de estallar.

Las pisadas de bota llegaron detrás de ella y entonces se detuvieron. Elonda oyó un rumor de tela y un extraño clic metálico. El putero seguía con los ojos cerrados y gimió en voz alta.

Era asqueroso tener a ese hombre detrás de ella, observando. Tuvo una mala sensación; el vello de la nuca se le erizó y supo que él aún seguía ahí, aunque no podía siquiera oírle respirar. Sentía sus ojos. Una nube amenazadora la envolvió; era la clase de sexto sentido adquirido después de pasar un tiempo en la calle.

Elonda dejó caer la verga del hombre de su boca. Se mordió el labio y miró hacia arriba, pero no miraría hacia atrás por nada del mundo. De inmediato, los ojos de su cliente se abrieron de golpe y sus labios se retorcieron en una mueca de enojo. Luego, lo observó mientras él detectaba al extraño que tenía a su espalda.

—Pero ¿qué...?

Su enojo se transformó en un asombro que le tensó la mandíbula, sus ojos se abrieron como platos y Elonda vio la incredulidad reflejada en su rostro. Y luego ya no tuvo rostro alguno.

El ruido más fuerte que Elonda hubiera oído nunca detonó en sus oídos como si un volcán entrara en erupción. Al granjero le salió un tercer ojo y su cabeza cayó hacia delante, de modo que a Elonda le quedó justo enfrente y pudo mirar por el agujero que horadaba su cráneo y del que brotaba un río de color rojo. Mientras lo contemplaba, él se dobló y se desmoronó encima de ella, inmovilizándola contra el suelo. La sangre fluía sobre Elonda, ondeaba como gusanos por su piel y empapaba su ropa. Olió a orina y a mierda cuando los intestinos del hombre se vaciaron.

Finalmente, Elonda se acordó de gritar. Cerró los ojos y soltó un alarido que duró y duró hasta que se quedó sin aliento. Nadie pareció oírla; ningún coche se paró. Lo único que oyó fue el sonido de los pasos otra vez, ahora alejándose en dirección al otro lado de la calle con la misma naturalidad con que habían llegado. Clip, clap, clip, clap.

Capítulo 2

Un pez fuera del agua.

Jonathan Stride intentaba concentrarse en Elonda, que estaba desplomada en la acera con el cuerpo y la ropa teñidos de sangre seca. Hablaba a mil por hora y él trataba de seguirla, aunque los ojos se le desviaban por encima de la cabeza de ella, hacia el escaparate de la tienda de magia. Dentro había una caja negra con una pecera redonda de cristal en una mitad, llena de agua. En la otra mitad de la caja, un pez naranja nadaba de un lado a otro. Fuera de la pecera. Aparentemente en el aire.

Era un truco espléndido, y Stride se preguntaba cuánto tiempo podía sobrevivir un pez en esas condiciones.

Intentó apaciguar a Elonda.

—Cálmate, ¿de acuerdo? Necesitamos tu ayuda.

—¡Coged a ese bastardo! —chilló Elonda agitando los brazos, y las cuentas de sus trencitas tintinearón como bolitas en un ábaco—. Seguro que el muy hijo de puta me ha dejado sorda. Ha sonado como si estallara una bomba.

Stride se puso de cuclillas para que sus ojos quedaran a la misma altura que los de Elonda, y agarró firmemente una de sus muñecas desaforadas.

—Ahora vendrás conmigo. Vamos a lavarte, te pondremos ropa nueva y podrás comer hasta reventar en el bufé del Rio, todo cortesía de la Metro. ¿Vale? ¿Te parece un buen trato? Pero antes necesito que me des algo de información.

—Me gusta más el bufé del Harrah's —soltó Elonda.

—Muy bien, pues que sea en el Harrah's. Y ahora, ¿estás lista para hablar

conmigo?

Elonda hizo un mohín con sus gruesos labios y se rodeó las rodillas desnudas con los brazos. Stride se dejó caer al suelo y sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo interior de su blazer azul marino. Llevaba el abrigo sobre una camisa de vestir de color hueso y cuello abotonado, y unos vaqueros nuevos, negros y crujientes. Serena había insistido en que empezara su nuevo empleo estrenando pantalones, y finalmente él había transigido, aunque odiaba tener que abandonar el desgastado par que se había adaptado a su cuerpo como un viejo amigo durante los últimos diez años en Minnesota. La tela almidonada era rígida como el carbón, y así es como se sentía aquí, en Las Vegas. Un pez fuera del agua. Era otro universo comparado con el medio oeste donde había pasado toda su vida.

—La víctima; ¿has visto de dónde salía?

—Del Oasis —dijo Elonda.

Stride echó un vistazo al casino y a su torre delgada y fálica. El hotel era el escenario de un pase de la colección de Victoria's Secret, y una provocativa modelo de treinta pisos de altura miraba imperiosamente hacia atrás desde un inmenso cartel vertical que se extendía casi hasta el tejado del Oasis. Llevaba alas blancas, como si pudiera echar a volar y atemorizar a la ciudad. Un King Kong con sostén de talla grande.

—¿Estaba solo? —preguntó Stride.

Elonda asintió.

—Sí. Ha venido hacia mí como un jodido rayo láser.

—¿Te ha dicho algo sobre sí mismo? ¿Te ha dicho quién era?

—Pues claro, cielo, hemos tenido una agradable conversación. La gente me conoce y le entran ganas de hablar —gruñó Elonda. Después añadió—: Ha dicho que era de Iowa.

Stride sacudió la cabeza.

—No lo era. En su carné pone que es de Vancouver.

—¿El cabrón me ha mentado? Vaya, Dios lo castigará por eso. —Sonrió a Stride.

—¿Había alguien más en la calle? —preguntó él.

—Nadie.

Stride observó el área circundante a la tienda de magia. Era una calle abierta y ancha, y se podía ver varias manzanas más allá. No creía que el asesino hubiera aparecido de la nada como en uno de los trucos del escaparate.

—Me has contado que has oído al asesino caminar hacia ti. ¿De dónde ha salido?

—No lo sé, tío. No había un alma. —Se mordía una uña y se rascó la entrepierna sin darse cuenta—. Espera, espera, un momento. Había alguien en esa parada de autobús de ahí.

Stride se dio unos golpecitos con el bolígrafo en sus dientes frontales y bizqueó mientras escudriñaba la parada de autobús, que estaba cerca del camino de entrada del Oasis, a unos treinta metros de donde se encontraban ellos. No había donde resguardarse, sólo una señal y una muesca en el pavimento para que el autobús despejara la calzada.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Stride.

Elonda se encogió de hombros.

—Como no era poli, no me he fijado.

—¿Alto? ¿Bajo?

—Joder, no lo sé.

Stride se pasó la mano por su despeinado cabello entrecano. Era ondulado, rebelde y con más canas y menos cabello oscuro cada día que pasaba. Se mordió el labio al imaginar la calle vacía, sin rastro de actividad policial; sólo Elonda y el canadiense cachondo.

Y un hombre esperando el autobús.

—¿Has oído algún autobús? —preguntó él—. Lo habrías notado si hubiera pasado uno justo a tu espalda.

Elonda recapituló.

—No, ninguno.

—¿Cuánto tiempo habéis estado en el portal antes del crimen?

—Unos cuarenta y cinco segundos —respondió Elonda.

—Pareces muy segura.

—Cuento —dijo ella, y le dedicó un ostentoso guiño.

Stride podía ver la escena. Ningún autobús y menos de un minuto antes

del disparo. Llamó con un gesto a uno de los agentes uniformados que estaban por allí, un chaval corpulento con el pelo rubio, peinado moderno y perilla incipiente.

—Ve a esa parada de autobús —le pidió Stride—. Luego cronometra cuánto tardas en volver aquí. Sin prisas. Sólo eres un peatón que camina por la calle, ¿de acuerdo?

El policía asintió. No le llevó mucho. Cuando regresó frente a la tienda de magia, apretó un botón de su reloj deportivo y anunció:

—Treinta y dos segundos.

Stride volvió a agacharse delante de Elonda.

—Voy a necesitar que hagas un esfuerzo y pienses en el hombre de la parada de autobús.

—Ha sido ese tío, ¿verdad? —dijo Elonda—. Mierda, ya te he dicho que no me acuerdo de él.

—Hagamos una prueba —empezó Stride.

Se detuvo al oír una bocina de coche que mugió de pronto detrás de él, y luego oyó el caro ronroneo de un coche deportivo arrancar cerca de allí, justo al otro lado de la cinta que delimitaba la escena del crimen. La puerta se abrió y Stride vio al policía de la perilla, que aún rondaba por allí, mascullar alguna grosería entre dientes. Stride miró tras de sí a tiempo para ver un Maserati Spyder amarillo despegar rumbo al Strip.

—¿Quién es esa chula? —preguntó Elonda mirando por encima del hombro de Stride.

El Spyder había dejado a una mujer que ahora estaba de pie inspeccionando la escena, con los brazos plegados sobre un pecho generoso y con un pie en el bordillo. Llevaba el pelo corto y en punta, de un rubio oscuro con mechas negras. Era alta, probablemente sólo unos centímetros menos que el metro ochenta de Stride, y se la veía fuerte y bien torneada, con unos brazos que llenaban las mangas de su apretada camiseta blanca. En el brazo derecho lucía un tatuaje con una cabeza de lobo. Una placa dorada de policía colgaba del cinturón de sus vaqueros azules.

—No te preocupes por eso —le dijo Stride a Elonda—. Ahora mismo, lo que quiero es que cierres los ojos. Relájate y piensa otra vez en cuándo has

descubierto a tu cliente por primera vez.

—¿Estás intentando hipnotizarme? —preguntó Elonda—. ¿Puedes hacer que deje de morderme las uñas?

Stride sonrió.

—No, sólo quiero que hagas memoria. Imagínatelo en tu mente, ¿vale? Acabas de ver a tu objetivo. Estás cruzando la calle. ¿El otro hombre ya está esperando el autobús?

Elonda empezó a canturrear. Meneaba la cabeza adelante y atrás siguiendo cierto ritmo. Luego, de repente, abrió los ojos de par en par.

—No, no estaba allí. ¡Oye, esto está muy bien!

—Vuelve a cerrar los ojos. Sigue reproduciéndolo.

—Sí, ahora el tío está detrás de él en la parada de autobús. Le veo. ¿De dónde coño ha salido?

—¿Qué está haciendo?

—Consultar su reloj. Mirar a un lado y a otro de la calle. Esto está pero que muy bien.

—¿Qué lleva puesto? —preguntó Stride. Pensó en un modo de estimular la memoria de la chica, y añadió—: Cuando consulta su reloj, ¿ves si su brazo está desnudo?

Elonda frunció la boca, como si estuviera a punto de dar un beso. Se le arrugó la frente.

—¡Un abrigo! —dijo, alegremente—. Lleva una cazadora... marrón, creo. Y pantalones marrones también, militares, quizá.

—Lo estás haciendo muy bien. ¿Es un tipo grande?

—No es muy alto. Ni realmente grande. Pero parece, no sé... duro. Un tío chungo.

—¿Y el color de su pelo?

—Oscuro —dijo Elonda—. Corto. Y barba también. Lleva barba.

—Elonda, eres estupenda —dijo Stride, y observó a la chica, que estaba radiante de orgullo.

Se pasó diez minutos más recreando el resto de la escena, pero cuanto más se acercaba al asesino, más en blanco se quedaba su mente. Una vez terminado, Stride volvió a llamar al perillas y le dijo con voz susurrante lo

que tenía que hacer.

—¿El Harrah's? —preguntó el policía, incrédulo—. Me toma el pelo. Sawhill flipará si pido el reembolso de algo así.

Stride se metió una mano en el bolsillo y se sacó dos billetes de veinte de la cartera.

—Toma, coge esto, y pide algo tú también. Se te ve muy delgado.

El policía se frotó su cuello descomunal y sonrió.

—Como usted diga.

—Pero mantén las manos apartadas de la chica —añadió Stride.

Cuando Elonda estuvo a salvo en el asiento de atrás de un coche patrulla, Stride buscó a su nuevo compañero.

Era raro trabajar otra vez en las calles; un detective en plena acción. Había sido teniente en Duluth, un pez grande en un estanque pequeño, y ahora sólo era un investigador más en el departamento de homicidios de la Metro, en Las Vegas. Lo más cerca que había estado nunca de un compañero fue con Maggie Bei, la sargento primera de su división. Stride y Maggie habían trabajado juntos durante más de una década, y aquella menuda policía china con su lengua afilada y sarcástica se había convertido en su mejor amiga. Pero Maggie seguía en Minnesota, con un marido que no pertenecía al cuerpo y un bebé en camino. Y Stride estaba en Sin City^[3], el último lugar donde hubiera imaginado que estaría.

Gracias a Serena.

Había conocido a Serena Dial durante el verano, cuando ambos investigaban un asesinato en Las Vegas cuyas raíces llegaban hasta una adolescente desaparecida en Minnesota unos años atrás^[4]. La investigación había puesto punto final a su vida en Duluth y destrozado su segundo matrimonio, que él sabía equivocado desde el principio. Maggie rara vez desperdiciaba la ocasión de recordarle que ella había visto el divorcio acechándolo como un tren descarrilado, aunque Stride había ignorado sus advertencias.

Pero lo viejo termina y empieza lo nuevo. Conocer a Serena lo había

cambiado todo. Era hermosa, lista y divertida, a pesar de las afiladas aristas debidas a su turbulento pasado. Se enamoró de ella, mucho y deprisa. Al terminar la investigación había seguido a Serena hasta aquí, a este universo salvaje, y volvió a acabar en la calle.

Ahora tendría otra compañera, a quien no parecía hacerle ninguna gracia hacer de segundona de un recién llegado a Las Vegas.

—Amanda Gillen —anunció bruscamente cuando él se aproximaba, como si esperara un desafío.

Tenía una voz ronca. O a lo mejor sólo estaba medio dormida, igual que Stride, después de que una llamada telefónica lo apartara de su cama, y de los brazos de Serena, en mitad de la noche. Su primer caso de asesinato en Las Vegas. Un cadáver en la calle, en Flamingo.

—Yo soy Stride —anunció él.

Amanda asintió y empezó a tamborilear nerviosamente con el pie. Su labio inferior sobresalía, y miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les oía. Tenía el rostro tenso y triste.

—Mira, a todo el mundo le concedo un chiste antes de cabrearme, así que, ¿quieres hacerlo ahora o prefieres guardártelo para un día lluvioso?

Stride ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—Ya lo sabes —dijo ella con acritud.

—No te sigo, Amanda.

Ella entornó los ojos al comprobar la confusión que mostraba él. Las arrugas de su frente se esfumaron y su mandíbula se aflojó. Le dedicó una extraña y chispeante sonrisa que, de pronto, resultó amistosa y nada distante.

—Está bien, tal vez no lo sepas. Olvídalo, no es nada. Son las dos de la madrugada y estoy de mal humor.

—Ya somos dos.

—Has estado bien con la prostituta. El modo en que has conseguido que hablara. Eres bueno.

—Gracias —respondió Stride. Y luego—: Me gusta el coche de tu novio. Amanda soltó una sonrisita.

—Ah, el Spyder. La verdad es que es mío. Habíamos salido a bailar

cuando recibí el aviso. Le he dicho que si le hace una sola abolladura, yo le abollo a él la polla.

—Vaya, es un buen incentivo —dijo Stride—. ¿Lo ganaste en las tragaperras?

—Algo por el estilo.

Stride vio que tragaba saliva y el rubor se propagaba por sus mejillas. Tenía una cara alargada que se afilaba en una barbilla algo prominente. Tenía los labios gruesos y de color rosa pálido, y las cejas finas y negras. Se había tomado su tiempo para aplicarse el maquillaje con una atención considerable. Su look de sábado por la noche, supuso Stride. A pesar de sus fanfarronadas de tía dura, era bonita cuando sonreía y parecía vulnerable cuando se ponía nerviosa. Stride calculó que tendría unos treinta años.

—¿Has encontrado el carné de la víctima? —preguntó Amanda.

Stride asintió.

—Permiso de conducir canadiense. Seguramente un turista al que se le acabó la suerte. El nombre es Michael Johnson Lane.

Amanda tardó en reaccionar.

—¿MJ Lane?

—Así es.

Silbó y sacudió la cabeza.

—Oh, mierda.

—¿Le conoces?

—Revisa de vez en cuando tu carpeta de correo basura, Stride —le aconsejó Amanda—. Su culo desnudo sale en la mitad de los mensajes. Por no hablar de cada número de la revista *Us*.

—Mi suscripción ha caducado —contestó Stride.

Amanda estudió su rostro el tiempo suficiente para darse cuenta de que estaba bromeando, y una sonrisa curvó sus labios rollizos.

—En fin, ahora estás en Las Vegas —replicó—. Por aquí, *People*, *Us* y el *Enquirer* son lecturas más importantes que una circular de la DEA^[5].

Amanda avanzó hacia el cadáver. Llevaba unos tacones ridículamente altos, y Stride advirtió que era unos centímetros más baja de lo que había pensado nada más verla. Notó que un miembro del cuerpo forense la miraba

nervioso y se apartaba para dejarle espacio. Amanda no le prestó ninguna atención. Dobló la cintura hasta que sus manos quedaron llanas sobre la acera y giró la cabeza a un lado para observar los ojos sin vida de la víctima. Stride se sorprendió reparando en sus atractivas y musculosas nalgas y en sus piernas firmes, ceñidas por los vaqueros. Rápidamente apartó la mirada cuando ella se enderezó y anunció:

—Sí, es MJ.

—Muy bien. ¿Y quién es MJ Lane?

—Un joven heredero —contestó Amanda—. Su padre es Walker Lane. Ya sabes, el productor millonario de Vancouver.

—Y aparte del dinero de papá, ¿a qué debe su fama?

—Se codea con la gente adecuada. Contactos en Hollywood. Pasaba desapercibido hasta que el año pasado filmó una cinta repugnante con una joven actriz de culebrones. Alguien robó la cinta y la colgó en internet. Manos atadas, sexo anal... algo de lo más perverso.

—Ha nacido una estrella.

—Exacto. Será todo un bombazo que se lo hayan cargado. Tu foto aparecerá en toda la prensa sensacionalista.

—Procuraré blanquearme los dientes —dijo Stride.

—¿Y bien? ¿Qué opinas? ¿Crees que alguien estaba acechando a MJ?

—Parece un crimen profesional —respondió Stride.

—Pero no mató a la chica —señaló Amanda—. Un profesional liquidaría a la testigo.

—Sí, es cierto. También dejó el casquillo de la bala. A.357.

—Así que tal vez no sea un profesional.

—Tal vez no —admitió Stride—. Pero lo había planeado bien. Frío y rápido. La pregunta es: ¿iba ese tío detrás de Lane concretamente, o estamos ante alguna clase de cruzada moralista para eliminar el problema de la prostitución de las calles de la ciudad?

—Quizás ambas cosas —dijo Amanda—. MJ no es el primer famoso que se deja lamer el cucurucho por aquí. El responsable de esto podría haber estado vigilando el casino con la intención de armarla gorda y conseguir varios titulares por el golpe.

Stride asintió.

—Salvo que, por lo que cuentas de MJ, podría haber un montón de razones para que alguien quisiera verle muerto.

Capítulo 3

Pete, uno de los mozos del Oasis, se acordaba de MJ Lane.

—Ha venido alrededor de las diez —les explicó a Stride y Amanda cuando le interrogaron en la entrada para vehículos del casino.

Pete era joven y tan blanco como un tubo de dentífrico, pelo castaño alisado, para que le quedara aplanado sobre la cabeza. Llevaba unos pantalones negros y zapatillas de deporte, y una chaqueta bien ajustada y larga hasta la cintura de color burdeos.

—¿Solo? —preguntó Stride.

—¿El señor Lane? No precisamente. Iba con Karyn del brazo. Karyn Westermarck, ya sabe, la actriz de culebrones. —Se abanicó como si el aire fresco de la noche se tornase tórrido—. ¿Vio el vídeo en la red? Era ella. Está buenísima. Tío, mejor que una actriz porno.

—¿Cómo llegaron? —quiso saber Amanda—. ¿Taxi? ¿Limusina?

Sin responder, Pete se fue a atender a un Lexus; abrió la portezuela del pasajero y corrió después al otro lado del coche para coger las llaves y entregarle al conductor el resguardo del aparcamiento. Regresó disculpándose y embolsándose una propina de cincuenta dólares. Echó un vistazo nervioso cuando otros dos coches se acercaron por el camino de entrada. Las dos de la madrugada de un sábado en el Oasis era hora punta.

—¿Cómo ha llegado MJ aquí esta noche? —repitió Amanda.

—Conduciendo él mismo —les explicó Pete—. Tiene un piso en la ciudad, en las Charlcombe Towers, justo a la salida del Strip.

—¿Por qué no pidió su coche al marcharse? —preguntó Stride.

—Me ha parecido que se iba a dar un paseo, ¿sabe?

Stride alzó una ceja y se inclinó hacia el rostro de Pete.

—¿Por qué necesitaría un «paseo» si tenía a Karyn con él?

—Karyn se ha ido una hora antes que MJ —contó Pete—. Le he pedido un taxi.

—¿Parecía disgustada? —preguntó Amanda.

Pete negó con la cabeza.

—Más bien aburrída. Le ha pedido al taxista que la llevara al Ra, allá en el Luxor. Iba a la caza de otra fiesta.

—¿Ha dicho algo MJ al marcharse? —quiso saber Stride.

—No, se le veía bastante borracho. Ha salido directamente a la acera. Yo ya sabía adónde iba.

—¿Es que MJ «paseaba» mucho? —preguntó Amanda.

El mozo palideció.

—No muy a menudo. Un tío como él no necesita pagar por eso. Pero a veces te apetece algo de la calle, así no tienes que despertarte con ella al lado, ¿vale?

—Eso explícaselo a tu novia —dijo Stride—. ¿Le ha seguido alguien cuando ha salido por la puerta?

Pete se encogió de hombros.

—No lo sé. Los coches iban y venían. Sólo me he fijado en MJ porque es un habitual.

La bocina de un coche bramó ruidosamente, y el mozo hizo una seña y se puso a dar saltitos con ambos pies, ansioso ante su próxima propina.

—¿Nada más? —preguntó Pete, impaciente.

—¿Quién es el jefe de seguridad aquí?

—Gerard Plante. Entrando, todo recto hasta la parte de atrás.

—Gracias. Enviaremos a un equipo para que examine el coche de MJ —añadió Stride—. Asegúrate de que nadie se acerque antes que ellos. Tú incluido.

—Claro.

Stride dio unas palmaditas en el hombro del chico.

—Si leo algo en la revista *Us* sobre unos condones en la guantera de MJ, me aseguraré de que Hacienda llame a tu puerta para preguntarte por esas

propinas de cincuenta dólares. ¿Entendido?

Pete abrió los ojos de par en par y se pasó la lengua por el labio superior, intentando adivinar si Stride hablaba en serio. Luego tragó saliva y corrió hacia el siguiente coche.

—La revista *Us* —dijo Amanda—. Muy bien.

—He pensado que te gustaría.

Stride llevó a Amanda por la puerta giratoria rumbo al océano de humo y ruido del interior del casino. El rancio olor de los cigarrillos entró en sus pulmones como un viejo amigo, y así de fácil volvieron las ansias. Era curioso que nunca se marcharan. Llevaba más de un año sin fumar, pero se percató de que juntaba el pulgar y el índice, como si hubiera un Camel encendido entre ellos. Respiró hondo, inspirando y espirando y preguntándose si algún ángel sarcástico habría dejado caer Las Vegas en pleno desierto para poner a prueba la fuerza de voluntad de los ex pecadores.

También se sorprendió excitándose. Era erotismo inducido, parte del juego de control mental que ejercitaban los casinos. No podía pretender ser inmune. Reaccionaba a la pulsación de aquel torrente sanguíneo que era el casino. No era avaricia, como pensaba la mayor parte de la gente. Era hambre. De dinero, de carne, de comida, de alcohol y de humo... pura avidez que rezumaba, obsesionaba y abrumaba. Así lo programaban los casinos. Tal vez las pequeñas medias lunas negras del techo no fueran cámaras después de todo, espiando cada dedo sobre el botón de una tragaperras o cada volteo de una carta. Tal vez estuvieran rociando alguna droga inodora para desatar la psicosis, que duraba hasta que todo tu dinero desaparecía o escapabas de regreso a tu casa.

El Oasis era uno de los casinos de Las Vegas más explícitos en utilizar el sexo para vender sus máquinas y mesas, y de cultivar la imagen de lugar de moda donde codearse con los famosos. Mientras echaba un vistazo al casino, Stride vio por todas partes pósteres de mujeres increíblemente hermosas enfundadas en biquinis, que lo miraban con lascivia mientras promocionaban torneos de tragaperras, timbas de póquer y bufes de patas de cangrejo.

Funcionaba. El casino en sí no era grande, no era un inmenso pulpo como el Caesars, pero todas las máquinas estaban ocupadas y todos los asientos de las mesas de *blackjack* estaban llenos, con una multitud apretujándose para observar la acción. Era gente joven, con mujeres tan sensacionales como las de los pósteres.

Stride recordó lo que el compañero de Serena, Cordy, había dicho sobre las noches en Las Vegas: la hora en que las tetas salían a jugar.

Estaba empalmado. Y eso le cabreaba.

—Vamos —gruñó.

Amanda tenía una mirada de frío asombro. La droga también estaba actuando sobre ella.

Se abrieron camino por entre las filas de máquinas tragaperras y hallaron la oficina de seguridad en la parte de atrás del casino, un imponente monolito de roble regentado por la única mujer fea y severa del recinto. Hablando por encima de los mamporros de la música rock, Stride preguntó por Gerard Plante.

Luego le mostró su placa. Ella le pidió que esperase.

Amanda se sentó ante una tragaperras frente a la puerta de seguridad y metió un billete de cinco dólares que se había sacado del bolsillo. La máquina exhibía a los personajes de un antiguo programa de televisión que Stride recordaba haber visto cuando era un crío en Duluth. Le vino una imagen de la ventana de su dormitorio y de la nieve azotando al otro lado del cristal.

Stride se apoyó en la máquina y hundió con impaciencia las manos en los bolsillos. Se inclinó hacia Amanda.

—¿Y qué has hecho para acabar siendo mi compañera?

Amanda apartó la vista de la tragaperras y le dedicó una mirada de recelo.

—¿Disculpa?

—El teniente cree que debería volver a Minnesota a recoger nieve con una pala —dijo Stride—. Tienes que haberle cabreado para que te coloquen a un novato como yo que además está en la lista negra de Sawhill.

Stride sabía que Sawhill simplemente estaba enfadado con el mundo. Él mismo solía ponerse de ese modo cuando era teniente, durante esos períodos en que iba mal todo aquello que podía ir mal. Sawhill había perdido a su

detective predilecto cuando el tío ganó el *jackpot* Megabucks y se había retirado al instante, ocho millones de dólares más rico. Entonces Serena pasó por encima de Sawhill y se dirigió al sheriff para enchufar a Stride, un investigador de homicidios experimentado que, mira por dónde, estaba en la ciudad, disponible, aburrido y sin nada mejor que hacer que dejar que la ciudad lo sacara de quicio. Y así es como Sawhill se encontró a Stride atragantado, y se había asegurado de dejarle bien claro que no creía que su nuevo detective estuviera a la altura del trabajo en la gran capital del crimen.

—Ah, vale, ya lo pillo —dijo Amanda, medio para sí misma—. Yo me estaba preguntando qué habías hecho *tú* para acabar *conmigo*. Ahora lo entiendo todo. Sawhill la tiene tomada contigo.

Stride se encogió de hombros.

—A mí me caes bien. Pareces lista. Y también eres digna de ver. En principio me está haciendo un favor.

—No del todo —le aseguró Amanda.

—¿Quieres ponerme al corriente?

Amanda lo miró largamente.

—No lo sabes, ¿verdad? ¿Serena no te lo ha explicado?

—Creo que no.

—¿Seguro que no estás jugando a hacerte el estúpido conmigo?

—No llevo en esta ciudad el tiempo suficiente para jugar a nada — contestó Stride.

Amanda soltó una risa larga y profunda.

—Vaya, eso está muy bien. Pero que muy bien.

—¿Me vas a contar el chiste?

—Soy una no operada —dijo Amanda.

—¿Qué es eso? —preguntó Stride, sinceramente confuso.

—Soy transexual. Una transexual no operada. He pasado por cirugía para feminizarme, tomo complementos de estrógenos para impulsar el desarrollo de los pechos, la piel suave, el peso adecuado y cosas así. Pero decidí no recurrir a la cirugía para quitarme los genitales. ¿Lo pillas? Antes era un tío.

Stride sintió que su rostro adoptaba múltiples tonos carmesí.

—Joder.

—Así que ya lo ves, no estoy precisamente la primera en la lista para potenciales compañeros.

No pudo evitarlo. Se encontró mirando los onerosos pechos que despuntaban por debajo de la camiseta de Amanda y luego la entrepierna de sus vaqueros ajustados, donde su imaginación pareció congelarse. Se dio cuenta de que estaba mirando y no se le ocurrió nada que decir.

—¿Quieres verlo? —le preguntó Amanda.

—¡No! —replicó Stride, y entonces se dio cuenta de la risita nerviosa de Amanda—. Lo siento —añadió—. Esto es estupendo. Sawhill me está mandando un mensaje, ¿sabes? «Apuesto a que no tenéis no operadas allí en Ninguna Parte, Minnesota, ¿eh, Stride?».

—¿Va a representar un problema?

Stride reflexionó sobre ello. Durante toda su vida, hasta hacía un par de meses, había vivido a orillas del lago Superior, en una ciudad liberal respecto a los sindicatos de trabajadores y la atención sanitaria, y conservadora respecto a la religión y el sexo. Pero Stride no se consideraba sentencioso sobre cualquier cosa que ocurriera a puerta cerrada, siempre que nadie saliera herido.

Se encogió de hombros.

—Como ya he dicho, eres lista, y eres el tío más guapo que he visto nunca.

—Ahora soy una chica. Pero gracias. Casi todos los del cuerpo, hombres y mujeres, han sido un poco más cerrados de mente.

—Me lo creo.

Stride tenía muchas preguntas para Amanda, pero no estaba dispuesto a preguntar nada que le hiciera parecer más idiota.

Notó una mano en su hombro. Stride se volvió y levantó la mirada hacia el rostro de color aceituna de un hombre muy alto, que llevaba gafas de sol plateadas incluso en plena noche y dentro del casino. Su cabello negro se erguía en un rasurado perfecto de una pulgada de longitud.

—¿Detective? —dijo—. Soy Gerard Plante, jefe de seguridad del Oasis.

Stride se presentó y Amanda se puso en pie, haciendo lo mismo. Gerard vestía traje azul marino cuya tela brillaba bajo las luces. Un pañuelo color

borgoña, con el logotipo del Oasis bordado, asomaba de su bolsillo superior. Cuando se dieron la mano, el tacto de su piel fue como el de una tersa cartera de cien dólares.

—Vamos adentro, ¿les parece? —propuso Gerard.

Los guió hacia la oficina de seguridad y, cuando la pesada puerta de roble se cerró a sus espaldas, el estruendo del casino pareció esfumarse como por arte de magia y vino a reemplazarlo un relajante ruido blanco. Sin banda sonora. Sin zumbidos eléctricos. Aquí era donde los volcanes y los tigres blancos desaparecían, donde de lo único que se trataba era de dinero, el río que nunca sufría sequía.

Gerard les hizo entrar en un amplio despacho sin ventanas, decorado con un gusto exquisito e inmaculado. Era evidente que Gerard no era un hombre que creyera en el papel, porque no había ni un pedacito en ningún lugar del despacho, y su escritorio era de cristal con patas de acero triangulares y sin un solo cajón a la vista. Stride no detectó ni una mancha o huella dactilar en él.

Detrás de Gerard, en el escritorio, se encontraba la mayor pantalla de ordenador que Stride hubiera visto jamás, cromada y de líneas elegantes, que más bien parecía un televisor de plasma. Un anexo corredizo suspendido debajo del tablón de cristal albergaba un teclado, un ratón y un joystick.

Gerard invitó a Stride y Amanda a sentarse en dos sillas minimalistas delante del escritorio y él tomó asiento en una silla Aeron negra que había detrás. Se movía con gracilidad arrogante. Cuando se hubo sentado inclinó la silla, pero sus piernas eran lo bastante largas para seguir tocando holgadamente el suelo. Se quitó las gafas de sol con sumo cuidado, las dobló y las depositó en el escritorio de cristal, y después juntó los dedos en forma de campanario. Sus ojos eran azul grisáceo bajo unas cejas estilizadas.

—Supongo que se trata del señor Lane —dijo Gerard. Alzó una mano antes de que Stride pudiera interrumpirle—. He enviado allí a uno de mis hombres en cuanto hemos visto llegar a la policía. Él me ha informado del incidente.

—¿Incidente? —preguntó Stride—. Uno de sus clientes ha sido brutalmente asesinado a menos de cien metros de su puerta.

—Sí. Ha sido muy desafortunado.

—¿A causa de la publicidad negativa? —subrayó Stride con acritud, sin saber muy bien por qué el hombre le crispaba los nervios.

Él mismo se había planteado trabajar en la seguridad de un casino algún día en verano, pero decidió que no quería vivir en la boca del lobo.

Gerard sonrió fríamente.

—En absoluto. La triste verdad, detective, es que la publicidad tan sólo nos beneficia. Nuestros ingresos crecerán durante semanas debido al asesinato. Si sólo se tratara de eso, yo mismo le habría disparado. No, el señor Lane era cliente habitual, y de los generosos. Le echaremos de menos.

—¿Sabía que el señor Lane estaba en el casino esta noche? —quiso saber Stride.

—Por supuesto. El señor Lane y la señorita Westermarck han llegado juntos hacia las diez y han sido escoltados a una sala privada para jugar al *blackjack*.

—¿Esta sala es visible desde la platea del casino?

—No. Los huéspedes que juegan no desean tener espectadores.

—¿Estaban solamente ellos dos, o había más gente en la misma sala? —preguntó Stride.

—No era infrecuente que MJ se mezclara con la multitud —dijo Gerard—. Pero esta noche estaban solamente ellos dos.

—¿Cuánto tiempo han estado jugando?

—Cerca de dos horas. Hacia medianoche, ambos han salido de la sala para visitar su suite.

—¿Han atravesado el casino para acceder a su habitación? —preguntó Stride.

—No, hay un ascensor privado —respondió Gerard.

—¿Los vigilaban? —inquirió Amanda.

Gerard no pestañeó, y su voz fue como la miel.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que ambos sabemos que tienen una cámara en ese ascensor privado. Así que podemos sentarnos aquí mientras usted encuentra el vídeo, o puede contarnos que recibió una llamada cuando MJ y Karyn se

marchaban y les siguió la pista en el ascensor a través de esa hermosa y enorme pantalla de ahí.

Stride no estaba seguro de que Gerard fuera de la clase de hombres que sudan alguna vez, pero creyó ver que se estaba formando una película pegajosa en la nuca de aquel tío. Los tres sabían que Amanda había dado en el blanco.

Gerard inclinó la cabeza levemente, como un político que concede un punto en un debate.

—Estaban juguetones —reconoció.

—Pero su mozo ha dicho que Karyn se ha marchado antes.

—Así es. La señorita Westermarck ha dejado su suite al cabo de cinco o diez minutos, sola. El señor Lane lo ha hecho unos minutos después. Parecía inquieto.

—Sabemos que Karyn ha abandonado el casino —dijo Amanda—. ¿Qué ha hecho MJ?

—Ha regresado a la mesa de *blackjack* y ha jugado otra hora. Estaba bebiendo mucho. Hacia la una de la madrugada, el señor Lane me ha dicho que estaba pensando en dar un paseo. Me he hecho una idea de para qué.

—¿De qué ha hablado MJ después de bajar?

—Ha hablado sobre todo de Walker Lane, su padre. No es ningún secreto para nadie que conozca al señor Lane que él y su padre no consiguen ponerse de acuerdo. Yo tampoco me llevo precisamente bien con el mío.

—¿Ha tenido algún problema inusual con la seguridad del casino últimamente?

Gerard se rió lo suficiente para mostrar un destello en sus dientes.

—Inusual sería el día en que no tuviéramos algo inusual, detective. Los casinos se basan en dinero, alcohol, sexo y emociones. No hace falta que le diga que es una combinación imprevisible.

—Pero ¿nada que implique a MJ? —preguntó Amanda.

—No. Nuestros clientes VIP rara vez nos causan esa clase de problemas. Son más bien como niños que juegan demasiado fuerte. Y a veces sus juguetes se rompen.

—Queremos ver algunas de las cintas que el casino ha grabado esta noche

—dijo Stride—. ¿Podemos hacerlo desde aquí?

—Por supuesto. Pero no ha sucedido nada extraño en la sala de *blackjack*, se lo aseguro. Y no hay sonido en los vídeos.

Stride negó con la cabeza.

—No quiero la sala de *blackjack*. Quiero la platea del casino. Si alguien estaba siguiendo a MJ, quiero saber si ha estado aquí dentro.

Gerard estaba orgulloso de sus «ojos en el firmamento».

Cuando le dio al botón del ratón, docenas de ventanitas de vídeo del tamaño de uñas de pulgar aparecieron en su pantalla, como cartas repartidas sobre una mesa.

—Fuimos uno de los primeros casinos en digitalizar todo su sistema de cámaras —explicó Gerard—. Todo queda guardado permanentemente. Se acabó lo de cambiar cientos de cintas cada día. Si ganas más de mil dólares de una sentada, tenemos tu cara en el archivo para siempre. Y podemos capturar el rostro de cualquiera que esté en el casino y comparar nuestra base de datos con los archivos de la Metro y de la Junta de Control del Juego en cuestión de segundos. Algunos de nuestros técnicos trabajaron para el Departamento.

Utilizó el ratón para hacer clic sobre una de las uñas, y una imagen de una mujer asiática de mediana edad que jugaba en una máquina de vídeo-póquer Five Play llenó media pantalla. Stride tuvo que admitir que la calidad era rematadamente buena. Con un experimentado movimiento del joystick, Gerard enfocó las manos de la mujer y se acercó con el zoom, hasta ver con toda claridad sus dedos rechonchos eligiendo cada botón.

—La mayor parte de la gente sabe que les estamos observando —dijo Gerard—. Pero no se dan cuenta del poder de la tecnología.

—Veamos la cámara de la puerta principal hacia las diez —dijo Stride—. ¿Puede hacerlo?

Gerard asintió.

—Todas las imágenes indican la hora.

—Quiero ver llegar a MJ y si alguien le está siguiendo —añadió Stride.

Stride se apartó de su silla y él y Amanda se colocaron detrás de Gerard, mirando por encima de su hombro. Éste desplazó su asiento por debajo del escritorio y se sacudió una pelusa imaginaria de la solapa de la chaqueta. Acarició el ratón como un amante mientras deslizaba el cursor por la pantalla a la velocidad de la luz.

—Aquí lo tenemos.

Stride observó a MJ Lane y Karyn Westermarck llegar a través de la puerta giratoria. Karyn llevaba una sudadera violeta que le venía demasiado grande, shorts blancos muy cortos y unas botas blancas de tacón alto que le abrazaban las pantorrillas y resaltaban sus largas piernas. MJ llevaba el mismo atuendo *grunge* (camisa por fuera y shorts holgados) con el que le habían encontrado unas horas más tarde. Totalmente despreocupado. Stride siempre sentía una ligera náusea cuando veía los vídeos de las víctimas poco antes de su muerte. Sus rostros eran inconscientes, ajenos al hecho de que la arena casi se había filtrado por completo en el reloj. El demonio de la capucha negra estaba justo a su espalda, afilando su guadaña, y ellos sonreían y se reían como si la muerte estuviera a años de distancia, y no exhalando en su piel.

—Deje que corran las imágenes —dijo Stride.

Siguieron el desfile de personas que entraban y salían del casino durante otros dos minutos. Y entonces Amanda apuntó con el dedo, tocando casi la pantalla.

—Ahí —dijo—. A la izquierda.

El hombre que aparecía por la puerta de más a la izquierda llevaba una gorra de béisbol azul desvaído y con la visera muy baja. Iba con la cabeza gacha y contemplaba el suelo al caminar. A duras penas pudieron adivinar la mancha oscura de la barba que ensombrecía la mitad inferior de su rostro.

—Militares marrones —dijo Stride—. Cazadora. Creo que es él. El hijo de puta elude las cámaras.

—Diez a uno a que la barba es falsa —dijo Amanda.

—Tenemos que volver a encontrarle —dijo Stride cuando el hombre desapareció del alcance de la cámara—. Parecía que se dirigía hacia el mostrador principal.

Gerard manejó el joystick. Menos de un minuto después, localizó al

asesino en una tragaperras. Llevaba la gorra torcida, con un ángulo casual para cualquiera que lo mirase pero estratégicamente colocada para minimizar la visión de la cámara.

—Sabe dónde tenemos las cámaras —observó Gerard, mosqueado.

—¿Dónde está esa máquina? —preguntó Stride.

—Enfrente de la sala VIP.

Stride asintió.

—Así que puede ver cuándo se marcha MJ.

Gerard se acercó con el zoom, pero las nuevas secuencias no les ofrecieron nada nuevo. Al observar la espesa barba, Stride se mostró de acuerdo con Amanda: era falsa. Incluso los pómulos y la nariz daban la impresión de que aquel hombre había utilizado masilla para modificar aún más su aspecto.

—Queremos una copia —le anunció Stride a Gerard—, por lo que nos pueda servir. Y estaría bien que hiciera revisar las demás cámaras para ver si conseguimos un ángulo mejor de ese tipo.

—Por supuesto.

—Veamos lo que queda de material —le pidió Stride—. A ver lo que hace.

Gerard aceleró la imagen, pero los movimientos del asesino eran tan precisos que apenas importaba. Parecía congelado, con toda la actividad del casino apresurándose detrás de él en una mancha borrosa. Cada minuto se jugaba sólo cinco centavos del billete de veinte dólares que había metido en la máquina; lo bastante despacio para poder estar ahí sentado durante horas sin agotar su capital. En ningún momento pareció estar estudiando la entrada a la protegida zona VIP, pero Stride lo reconoció instintivamente como la clase de individuo al que nada se le escapaba. Frío y metódico.

Poco antes de la una en punto, MJ apareció otra vez. Gerard volvió a ralentizar el vídeo. Ahora MJ estaba manifiestamente borracho, y gesticulaba mientras se dirigía hacia la salida. El asesino de la máquina tragaperras estiró los brazos perezosamente, simulando no tener ningún interés; pero se puso en pie, dispuesto a seguirle. Stride pudo imaginarse el bombeo de adrenalina volviendo al hombre hiperconsciente. MJ estaba solo. El asesino estaba cerca.

Listo para pisarle los talones a su víctima.

Entonces, el hombre de la máquina hizo algo. Ocurrió tan deprisa que Stride no estaba seguro de haberlo visto realmente.

—Pare, pare —insistió Stride—. Atrás. ¿Qué diablos es eso?

Ni Gerard ni Amanda se habían dado cuenta de nada. Gerard rebobino el vídeo y luego, siguiendo instrucciones de Stride, lo hizo correr hacia delante a poca velocidad, fotograma a fotograma. Mientras MJ desaparecía al fondo, el asesino se levantó, ahora con movimientos entrecortados y poco naturales, como en una película antigua.

Se desperezó. Empujó la silla hacia dentro con el pie. Rozó la máquina al ponerse en marcha para seguir a MJ.

Y alargó la mano hacia atrás.

—Hijo de puta —exclamó Amanda al verlo.

—¡Congélelo! —le ordenó Stride a Gerard.

Al alejarse, el asesino había colocado el pulgar en el centro del cristal de la máquina, como si nada, y había presionado, dejando una huella perfecta.

Stride sintió que se le revolvía el estómago, como si se hubiera subido a un vagón del túnel del amor y en lugar de eso se encontrara en los salvajes rieles de una montaña rusa. Notó el hormigueante escalofrío del miedo en sus terminaciones nerviosas.

—Debe de saber que no está en el banco de datos —murmuró Amanda.

Stride se quedó mirando la imagen congelada en la pantalla.

—Es más que eso —dijo—. Quiere que le demos caza.

Capítulo 4

Cuando Amanda y Stride montaron en el Bronco de éste, a él le sonó el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo del blazer. No hacía mucho que había cambiado el tono de llamada del *Chattahooche* de Alan Jackson por *Restless*, de Sara Evans, aunque no era lo mismo sin la increíble voz de Sara. Pero había algo en esa canción que a Stride le tocaba la fibra solitaria cada vez que la oía. Hablaba del hogar, y en los últimos meses su sentido del hogar, del lugar al que pertenecía, lo había abandonado.

Abrió la tapa del móvil y oyó la voz de Serena.

—Seguro que echabas de menos el glamour de este trabajo —le dijo.

Stride se había arrastrado fuera de la cama, malhumorado, a la una de la madrugada.

Se sintió más relajado. Estaba tan enamorado de ella que lo notaba físicamente, en lo más hondo de sus entrañas, aunque no entendía cómo podían sobrevivir los dos juntos en aquella ciudad. O cómo podía sobrevivir él. Ella era su oasis, un sueño al que podía aferrarse un hombre perdido en el desierto.

—Sí, echaba de menos salir con las criaturas de la noche —dijo Stride—. Creo que Sawhill ha disfrutado haciéndomelo recordar.

—Oye, Jonny, fuiste tú quien quiso volver a entrar en el juego —le provocó Serena—. Yo te aconsejé que te quedaras en casa y fueras mi mantenido.

Stride se rió: ella tenía razón. Cuando dejó el cuerpo en Duluth y se trasladó a Las Vegas en pos de Serena, estaba como en esa canción de Sara Evans: inquieto^[6]. Toda su vida había transcurrido en Minnesota: su primera

mujer, el precioso amor de su infancia, ya fallecida; su segunda esposa, de la que se había divorciado recientemente; Maggie, su compañera y su amiga más cercana; y todo ese frío, y los vastos espacios del norte lejano: el gran lago, las extensiones inacabables de abedules y pinos... Su hogar.

Pero después del último caso de asesinato que investigó —el mismo en el que conoció a Serena—, sus raíces habían quedado desenterradas. Se había pasado los dos últimos meses en Las Vegas sin nada que hacer, con la necesidad de volver a trabajar de nuevo. Había pensado en sacarse una licencia de investigador privado, pero no lograba imaginarse a sí mismo escondiéndose entre los matorrales del desierto para espiar a esposas adúlteras. Y entonces, tras un giro de la rueda de una máquina tragaperras, un detective de homicidios de Las Vegas había dejado su empleo con una fortuna en el bolsillo. De repente, Stride volvía a estar dentro.

—¿Alguna queja? —preguntó Serena—. ¿Preferirías haberte quedado en la cama? ¿O haberte quedado en Minnesota?

Aunque su voz era ligera, él captó una interrogación solapada. De vez en cuando, ella quería dejar patente la realidad de dónde se encontraban.

—Definitivamente, preferiría haberme quedado en la cama.

No había mordido el anzuelo con lo de Minnesota. Sabía que era demasiado pronto para opinar sobre el trabajo y Las Vegas y lo que deseaba para el futuro. No habían hablado realmente sobre ello, porque a los dos les gustaban las cosas tal como estaban y no querían joderla.

—¿Cuál es el caso? —preguntó Serena.

Stride le contó lo del cadáver y la oyó silbar largo y alto cuando le dijo que la víctima era MJ Lane.

—¿Por qué todo el mundo conoce a ese tío excepto yo? —preguntó.

—Si leyeras la revista *Us* en el baño de vez en cuando, sabrías estas cosas —contestó Serena.

Stride suspiró.

—Ya me han comentado mis carencias culturales —y añadió—: Ahora nos dirigimos al apartamento de MJ.

—¿Vas con algún compañero?

—Con Amanda Gillen —le dijo Stride.

—¿Amanda? —replicó Serena.

Lo dijo en voz lo bastante alta para que resonara en toda la furgoneta. Stride desvió la mirada hacia Amanda, que la mantenía discretamente fija en las luces de la ciudad mientras él conducía. Pero detectó el temblor de una leve sonrisa en la comisura de sus labios.

—Una chica muy maja —dijo Stride.

Amanda soltó una carcajada.

—Oh, Jonny, ¿es que no sabes...? —preguntó Serena.

—Sí, lo sé.

—Espero que eso signifique que no tengo que preocuparme —comentó Serena.

—Eso nunca se sabe —y añadió—: Tú también has madrugado. ¿Qué pasa?

—Un agente ha localizado un coche abandonado en el aparcamiento del centro comercial Meadows. Voy a recoger a Cordy. El poli cree que puede ser el vehículo que se dio a la fuga tras atropellar al chico de Summerlin la semana pasada.

—Eso está bien. Necesitabas un punto de partida.

—Sí.

Sonó más cansada que excitada. Y Stride lo entendía. Los asesinatos de niños eran los casos más difíciles de llevar, y la muerte de ese chico, Pete Hale, había afectado mucho a Serena.

—Tengo que dejarte —le dijo Stride.

Se estaban acercando al apartamento de MJ.

—Lo sé. Yo también.

Ninguno de los dos colgó, incluso el silencio del aire a través del teléfono era como un hilo de salvación que los unía.

—Oye, Jonny —Serena añadió—: Debes tener cuidado. Esto no es Duluth.

Stride dejó Paradise Road delante del complejo residencial de las Charlcombe Towers. Se inclinó hacia delante y levantó la mirada a través del parabrisas.

Lo viejo y lo nuevo, pensó.

Las tres torres blancas de cuarenta pisos, flamantes y relucientes, se elevaban hacia el cielo nocturno en el lado oeste de Paradise. Los balcones de los pisos multimillonarios trepaban por las paredes de los edificios como escaleras hacia el cielo. Apenas una manzana más allá, oscuro y en ruinas, quedaba un vestigio del viejo Las Vegas, uno de los últimos casinos de la época de los sesenta. Había sido una princesa en su tiempo, pero se había ido quedando consumida y demacrada. Todavía en pie, aunque no por mucho tiempo. Stride ya había comprendido que lo viejo no duraba mucho en esa ciudad.

Amanda señaló el casino abandonado, listo para el derribo.

—Boni Fisso está ultimando un gran proyecto para ese espacio, tan pronto como hayan hecho detonar el viejo edificio. Un complejo turístico de tema asiático. Dicen que costará casi dos billones de dólares.

—¿Por qué asiático? —preguntó Stride.

—Supongo que hay muchos peces gordos en Japón y Singapur. Y creo que imaginan que China es la próxima promesa capitalista. El exterior tendrá el aspecto de un palacio de la dinastía Ming.

—Lástima que MJ ya no esté aquí para verlo —dijo Stride.

Atravesó la entrada y les hizo un gesto a los guardias, que mostraron unos rostros pétreos y recelosos mientras estudiaban la furgoneta polvorienta de Stride.

—Deberíamos haber traído el Spyder —le dijo Amanda.

Les llevó casi cuarenta y cinco minutos salvar el puesto de los guardias y llegar al apartamento de un solo dormitorio de MJ Lane, que estaba a la mitad de la torre norte, en el piso veintiocho. Dentro, Stride se enfundó unos guantes, pero se detuvo en el vestíbulo con suelo de parqué. Frunció la nariz.

—Hierba —dijo.

Bajó dos escalones hacia la sala de estar, que exhibía una fuente gigante de piedra en el centro, dos opulentos sofás de piel y un equipo audiovisual que ocupaba la mayor parte de la pared oeste e incluía un televisor de alta definición de setenta y dos pulgadas. Aquel lugar era un desastre, a pesar de las decenas de miles de dólares que alguien —¿MJ padre?— había invertido

en acabados de cromo, una mesa de comedor de madera de cerezo y candelabros esculpidos en plata y cristal. MJ lo tenía como el dormitorio de una residencia de estudiantes. Había una revista porno abierta sobre uno de los sofás, docenas de DVD esparcidos por el suelo en una caótica pila delante del televisor y restos de un desayuno para dos —cereales con leche y café frío— olvidados en la mesa de comedor, además del olor a porro a medio fumar que planeaba en el aire viciado. Vio ropa interior de hombre y unas bragas en la alfombra, cerca de la puerta abierta que conducía al gran dormitorio.

—MJ tenía una invitada —dijo Stride.

—Y no era Karyn Westermark —añadió Amanda.

La frente de Stride se arrugó.

—¿Cómo lo sabes?

—Karyn nunca lleva ropa interior.

Stride rió entre dientes. Observó los DVD sin nombre del suelo y pulsó el botón del reproductor digital. Una imagen surgió en la inmensa pantalla. Gemidos guturales los envolvieron desde unos altavoces ocultos por todo el apartamento. Stride vio a un hombre con las piernas y los brazos abiertos encima de la cama, y con una chica desnuda sentada a horcajadas sobre él y haciendo oscilar sus cónicos senos encima de su boca. Por un instante pensó que estaba viendo una película porno, pero se trataba de una cinta casera. El hombre de la cama era MJ. No reconoció a la mujer, pero su cabello rizado y castaño no concordaba con los mechones rubios y lisos como un palo que habían visto en la imagen de Karyn Westermark del servicio de seguridad del Oasis.

—Hay tíos que no aprenden nunca —dijo Amanda—. Creía que ver tu propia peli de destape en internet te hacía ser un poquitín más cuidadoso con estas cosas.

Stride detuvo la exhibición. Vio un teléfono y un contestador automático sobre la pantalla de vidrio que rodeaba la fuente gorjeante. El piloto rojo parpadeaba. Cuando Stride le dio al botón, una voz electrónica anunció que MJ tenía tres mensajes.

«MJ, soy Rex Terrell. He pensado que podríamos intercambiar algún

secreto. Yo ya te enseñé los míos, ¿por qué no me enseñas tú los tuyos? Llámame, ¿vale?».

Terrell dejó un número, que Stride anotó en su cuaderno. La llamada había sido realizada justo después de la medianoche del sábado.

—¿Sabes quién es Rex Terrell? —preguntó Stride.

Amanda negó con la cabeza.

El siguiente mensaje era de Karyn Westermarck, dulce y breve.

«Soy Karyn. Estoy en la ciudad, cariño. A las siete en punto en el Olives. Nos vemos. Te quiero».

—Ya sabemos que han cenado en Bellagio —dijo Amanda—. Me pregunto si Karyn sabe algo de la morenita que protagoniza la última película de MJ.

El último mensaje empezaba con unos segundos de silencio. La cinta crujió. Stride oyó unos movimientos de fondo, un hombre que se aclaraba la garganta y algo de música clásica. Finalmente llegaron las palabras, con una voz quejosa y entrecortada por incómodas pausas. Intervalos en los que no sabía qué decir. Había un intenso dolor en su tono.

«MJ, soy Walker... por favor no dejes de escuchar, no borres el mensaje. Tenemos que hablar... estás equivocado...».

Stride pulsó el botón de pausa.

—¿Walker? —preguntó.

Amanda asintió.

—Walker Lane, el productor. El padre de MJ.

«Lo que has oído no es verdad, y ojalá supiera qué decir para conseguir que creyeras que...».

La última pausa fue más prolongada que las otras, y Stride pensó que el mensaje había terminado. Pero entonces la voz continuó, más suave, suplicante:

«Me gustaría que vinieras a casa. Le pido a Dios que dejes de vivir ahí... Quiero contarte la verdad, cara a cara... Voy a intentarlo con tu móvil. Si aún no hemos hablado cuando oigas esto, llámame».

Walker Lane colgó el teléfono. La hora grabada en el contestador era medianoche, más o menos cuando MJ y Karyn estaban entrando en su

habitación del Oasis. Una hora antes de que alguien siguiera a MJ a la calle y le disparase.

Stride volvió a mirar la habitación. Vio algunas fotos enmarcadas de MJ con varios famosos, la mayoría mujeres. Había una foto de hacía años con un MJ muy joven y una mujer que Stride supuso que sería su madre. Pero ni rastro de su padre; ni la menor señal en ninguna parte de que Walker existiera, salvo por el olor a dinero.

—Me pregunto si habrá llamado al móvil de MJ. Eso tal vez explicaría por qué Karyn se ha marchado, antes y por qué MJ estaba disgustado.

—No es la voz de un hombre que pagaría para ver muerto a su hijo —dijo Amanda.

—No. Pero quiero saber sobre qué discutían.

Continuaron registrando el apartamento. Stride encontró más drogas dentro de un muy bien provisto mueble bar, un arca de madera esculpida que contenía una bolsa grande de marihuana, un sobre plastificado con muchos gramos de cocaína y dos frascos de lo que parecía ser Oxycontin. Habían rascado las etiquetas.

—Parece un consumidor refinado, pero no un vendedor —dijo Amanda.

Stride estuvo de acuerdo. Se puso a guardar y sellar las drogas en bolsas de pruebas.

—¿Qué hay del Maserati? —preguntó Stride, captando la atención de Amanda—. No te lo compraste con un sueldo de policía.

Ella se encogió de hombros.

—Tuve que demandar al municipio el año pasado. Discriminación. Acoso. No creerías la mierda que tuve que aguantar.

—Me parece que sí —dijo Stride.

—En cualquier caso, el municipio pactó conmigo. El tribunal obligó a los jefes a declarar lo correcto, y la mayor parte de las gilipolleces se acabaron. Pero no quieren tener nada que ver conmigo.

—Todos los policías son hombres, Amanda. Hasta las mujeres.

—No creas que no lo sé —dijo—. El acuerdo era bastante satisfactorio. Seis cifras. Nadie se imaginó que yo resistiría. Estoy segura de que creían que cogería el dinero y me largaría. Pero ni hablar de eso. Me compré el Maserati,

guardé el resto del capital en el banco y seguí trabajando. Se pusieron como locos.

Stride se rió. Le gustaba su actitud desafiante. Le recordaba a Maggie, la que había sido su compañera en Duluth durante tanto tiempo.

—Aunque ha sido muy duro para mi novio —añadió Amanda—. Me siento peor por él que por mí misma. Apareció unos seis meses después de que yo hiciera el cambio, y eso fue hace cuatro años. Y no, al principio no lo sabía. Y sí, fue un gran impacto. Pero lo ha aceptado.

—La verdad es que no iba a preguntarlo —le dijo Stride.

—Venga ya, sentías curiosidad. Todo el mundo la siente, no pasa nada.

—Culpable —admitió él.

—Tienes suerte, ¿sabes? —afirmó Amanda—. Con Serena. Es preciosa.

—Sí, lo es.

La belleza de Serena lo arrolló cuando la vio por primera vez. Largo cabello negro por el que no podía dejar de deslizar los dedos. Ojos verde esmeralda que lo provocaban con su danza. Piel dorada por el sol y unas pocas líneas que arrugaban su piel para decirle que pasaba de los treinta e iba rumbo a los cuarenta. Un cuerpo alto y atlético que mantenía estilizado a base de duro trabajo.

Amanda se lo vio en la mirada.

—La quieres, ¿verdad?

—Claro que sí —contestó él.

—Yo también quiero a Bobby —dijo Amanda—. Se traga un montón de mierda, y aun así lo acepta.

—Eso vale mucho. —Stride se detuvo en seco y puso los ojos en blanco—. Has pillado lo del nombre, ¿no? *A man-da*^[7].

Amanda sonrió con timidez.

—La mayoría de la gente no lo pilla nunca.

—Vamos al dormitorio —dijo Stride. Y rápidamente añadió—: Para registrarlo.

La suntuosa alfombra del dormitorio de MJ era negra, al igual que los

muebles, todos lacados y brillantes. En la pared del lado izquierdo había ventanas que llegaban desde el suelo hasta el techo, con puerta doble en el medio, y Stride pudo ver las luces de la ciudad a través de las lamas verticales de madera. La cama de MJ, California extra grande, se encontraba en la pared opuesta. El edredón de tablero de ajedrez rojo y negro estaba medio caído de la cama, y las sábanas de color granate, hechas un revoltijo. Stride divisó un envoltorio de condón en el suelo.

—Ve a revisar el baño, ¿de acuerdo? —dijo.

Amanda desapareció por la puerta que había cerca de la cama. La atención de Stride se desvió hacia el escritorio, en el otro extremo de la habitación, un campo de batalla de correo sin abrir, comunicados de banco, revistas masculinas y cuentas de restaurantes y hoteles. Se sentó y empezó a buscar entre el desorden.

—Más pastillas —anunció Amanda al regresar—. Montones de éxtasis. Y puedes escoger: Levitra, Cialis y Viagra. Podría haber jugado al tenis con la polla.

Stride tuvo un escalofrío.

—¿Hay algo ahí? —preguntó Amanda.

—No encuentro ninguna agenda, ni electrónica ni de las normales. Tenía más de diez millones en sus cuentas, seguramente cortesía de Walker. Jugaba mucho, por toda la ciudad y también en el Caribe.

—¿Acosadores? ¿Cartas amenazadoras? ¿Pleitos?

—De momento, no.

—Y ¿cuál es el móvil? ¿Por qué alguien querría matar a este tío?

Stride se frotó los ojos, pues notaba que la falta de sueño le estaba afectando.

—No parece que le debiera dinero a nadie. Tal vez se trate de un triángulo amoroso entre Karyn y la morenita misteriosa del vídeo, aunque creo que todos andan detrás de todos entre esta clase de gente. En principio no es motivo para un asesinato; no con un asesino a sueldo. Tomaba drogas, pero ¿qué tiene eso de especial? Estaba enemistado con su padre: eso es todo lo que tenemos, y no es mucho.

—A no ser que tengamos a un psicópata entre manos.

Stride se levantó del escritorio. Pensó en el asesino del vídeo, dejándoles su huella.

—Sí, eso es algo que debemos tener en cuenta.

Vio un periódico doblado en la mesita junto a la cama sin hacer de MJ y lo cogió. Las páginas ya estaban amarillentas, y al comprobar la fecha vio que tenía más de tres meses. Leyó el titular:

DEMOLICIÓN PARA DEJAR PASO AL ORIENT

Las fotografías ocupaban casi toda la primera plana. Boni Fisso dándole la mano al gobernador Mike Durand frente a una maqueta arquitectónica del espléndido complejo nuevo. El salón del viejo casino en su época de apogeo, hacía cuarenta años, con chicas bailando semidesnudas en el escenario. La nube de polvo de uno de los antiguos casinos que habían sido arrasados en cuestión de segundos con la eficiencia de una bomba.

—¿Has visto alguna vez una demolición? —le preguntó Stride a Amanda.

—Sí, era vigilante de seguridad cuando derribaron la última torre del Desert Inn —dijo—. Es impresionante. Por aquí una implosión siempre es sinónimo de fiesta.

Stride asintió. Vio un número de *LV*, la revista mensual de la ciudad, que descansaba debajo del periódico. En una esquina de la portada había una foto del mismo casino y un titular provocativo al lado:

TRAPOS SUCIOS DE UN CASINO

Amanda espió por encima de su hombro.

—Vive arriba, ¿sabes? Por si quieres pasar a decir hola...

—¿Quién?

—Boni Fisso. Este complejo es suyo, igual que el hotel de la calle de

enfrente. Estoy casi segura de que su ático está en esta torre.

Stride conocía la reputación de Fisso. Era un empresario perteneciente a una raza en extinción en Las Vegas, una reliquia de la época en que mandaba la mafia, antes de que la ciudad se convirtiera en un mercado corporativo. Fisso debía de tener más de ochenta años, pero seguía apareciendo sofisticado y robusto en las fotografías, como un hombre viejo que se resiste a desfallecer. Era bajo, de apenas metro setenta, pero con la constitución de una boca de incendios a la que podías patear sin llegar a abollar nunca.

—¿Qué sabes de Boni? —preguntó Stride—. ¿Está limpio su dinero?

—Cuesta creerlo, pero nadie ha demostrado jamás lo contrario —dijo Amanda—. Lleva años en el punto de mira de la Junta de Control del Juego, pero nunca han obtenido pruebas para ponerle en la lista negra. O eso, o Boni tiene algún contacto amigo entre los políticos. Sea como sea, ha sabido jugar sus cartas. Pretende ser como Steve Wynn^[8]: nada más que un promotor honrado y filántropo.

—¿Tiene Boni alguna relación con MJ?

Amanda se encogió de hombros.

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

Stride señaló el periódico y la revista.

—Parece ser que MJ estaba muy interesado en su nuevo complejo.

—Bueno, este balcón da directamente al lugar de la demolición. Durante los próximos dos años habría contemplado cómo surgía el Orient de entre las cenizas, si alguien no le hubiera volado los sesos.

Stride asintió. Sabía que Amanda estaba en lo cierto: no era nada significativo. Pero algo le inquietaba, de todos modos. Las pequeñas cosas causaban ese efecto sobre él; piezas descoloridas del rompecabezas que no encajaban. MJ tenía cosas más importantes que hacer en esta ciudad. Drogas. Fiestas. Mujeres. ¿Por qué razón guardaría un periódico varios meses atrasado junto a su cama?

¿Qué había en el proyecto Orient que fuera tan importante para él?

Y una explotación de dos billones de dólares, financiada por un hombre de quien todo el mundo sospechaba que tenía conexiones con la mafia. Eso sí que era un motivo por el que matar, si alguien se entrometía en tu camino.

Aunque Stride no veía cómo un playboy como MJ podía resultar una amenaza para un hombre como Boni Fisso.

Stride atravesó el dormitorio hasta las puertas dobles de cristal que daban al balcón. Las abrió y salió afuera. Una brisa hizo sacudir las lamas verticales. En el exterior no había muebles, sólo una larga verja de hierro y vistas al extremo norte del Strip. Se agarró a la reja. El corazón le palpitaba un poco desbocado con las alturas. Se imaginó a MJ ahí de pie, ciego de cocaína, preguntándose si podrían brotarle alas con las que volar. «Los jóvenes son estúpidos», pensó Stride. Comprendió que seguramente MJ jamás habría salido allí; seguramente, ni siquiera llegó a abrir nunca la puerta. Tenía a Karyn Westermarck desnuda en su cama, y quizás a incontables mujeres más, y eso era una vista mejor que todas las luces del Strip juntas.

Pero Stride se entretuvo ahí de todos modos. Se preguntó, tan sólo por un instante, si él podría volar. Era un lugar hermoso, el ambiente estaba fresco con aquel clima de finales de septiembre, cuando lo peor del calor ya había pasado y las noches tenían cierto sabor otoñal. Hacia el este había un resplandor rojizo allí donde el sol asomaba para nacer por encima de las montañas; pero el valle aún estaba arropado por la noche.

Aunque, en realidad, allí la noche nunca caía del todo. Era el país del sol de neón.

Dirigió la mirada al viejo casino de Boni, al otro lado de la calle, cuyo tejado quedaba a unos diez pisos por debajo de él. El edificio en sí era lóbrego, despojado de vida. A la altura de la calle, una valla protectora y un provisional muro contrachapado custodiaban la propiedad; ya no había huéspedes ni jugadores. En las semanas transcurridas desde que cerrara el centro, el equipo de demolición ya se había hecho dueño del lugar, había destripado los interiores y taladrado agujeros en las paredes para introducir cilindros de dinamita. En un par de semanas más, pulsarían un botón, una simple descarga eléctrica, y todo el castillo de naipes se vendría abajo.

Stride pensó en la fotografía del periódico. Chicas sobre el escenario. Hombres en esmoquin. Martinis. Dinero. Ahora, vanos fantasmas.

Dejó vagar la mirada piso por piso, todos ellos silenciosos y oscuros.

Excepto el tejado. El tejado resplandecía.

Era algo muy propio de Las Vegas, pensó Stride: dejar la luz encendida cuando la fiesta había terminado.

Vio un ornamento con iconos de Oriente Próximo que se extendían a lo largo de la baranda como cúpulas diminutas. Allí donde el tejado se hundía en el centro del hotel, vio vagamente las losas y los árboles de lo que alguna vez debió de ser el jardín del ático del casino. Todo estaba iluminado por el letrero del establecimiento, que todavía centelleaba en la oscuridad con parpadeos de neón rojo y verde, proporcionando a los fantasmas del interior un motivo para creer que aún eran de carne y hueso. Nadie les había dicho que ya era hora de irse.

Cada pocos segundos, el letrero se fundía en negro, y luego todas las letras se encendían de nuevo, una por una, como si nada hubiera cambiado, como si los pisos de debajo palpitaran de vida. Una a una, letra a letra, hasta que el nombre completo parpadeaba en lo alto del tejado: Sheherezade.

Capítulo 5

Serena se dio cuenta de que Cordy estaba deprimido. Cuando le recogió en su apartamento en el norte de Las Vegas, tenía una expresión de perro apaleado, como un niño obligado a permanecer de cara a la pared. Mientras conducían de vuelta hacia el sur a través de las calles de la ciudad, miraba por la ventana con amargura y sin decir palabra. Hasta su pelo tenía un mal día. Normalmente lo llevaba engominado hacia atrás como la melena de un león negro azabache, pero esa mañana algunas matas salían disparadas en los lugares más curiosos, como la hierba que crece entre las grietas de las aceras. No era en absoluto el estilo de Cordy.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Serena mientras esperaban ante un semáforo en rojo.

Casi no había tráfico en Cheyenne y Jones. Se encontraban en la corta franja de horas muertas en que el gentío de la noche por fin se ha ido a la cama, y todos los demás empiezan a despertarse perezosamente.

Cordy emitió un largo y dramático suspiro.

—Lav y yo —dijo—. Ya es historia.

Lavender era una preciosa bailarina negra de striptease que le sacaba a Cordy quince centímetros como mínimo. Durante la época en que Serena y Cordy habían sido compañeros, éste había cambiado de novia como de camisa, saltando de una a otra, y todas ellas eran menudas, rubias y jóvenes. Lavender era distinta, y cuando empezaron a salir Serena pensó que tal vez Cordy hubiera encontrado por fin a su media naranja.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Serena.

Cordy bajó la ventanilla del Mustang de su compañera y escupió. Luego

maldijo en español.

—¿Tú qué crees, mami? La he jodido. Me follé a una amiga suya y Lav lo ha descubierto.

—Mierda, eres un estúpido.

—La culpa es de esta condenada ciudad —le explicó Cordy, irritado—. Toda esta jodida carne. Quiero decir que si metes a un tío como yo en una habitación llena de chiles dulces, tarde o temprano va a dar un mordisco.

—Sólo que ahora, el que se queda sin comer eres tú.

Dejó a Cordy sufrir en silencio mientras doblaban por Jones. Quería decirle que el verdadero problema era que escuchaba a su polla en lugar de a su cerebro. Aunque no estaba completamente equivocado respecto a Las Vegas, y ella lo sabía. No podías poner tantos vicios en un mismo lugar y esperar que la gente no se viera tentada a cruzar la línea.

Serena había pasado más de dos décadas en Las Vegas, incluidos sus diez años de trabajo para la Metro. El cuerpo estaba lleno de ex bailarinas, y la mayoría de la gente daba por hecho que Serena era una de ellas, debido a su físico esbelto. Sin embargo, en su primera época Serena había vivido un aspecto mucho menos glamouroso de la ciudad, tras llegar en plena madrugada desde Phoenix con su amiga Deidre a los dieciséis años de edad.

Había unos mil caminos que llevaban a la ruina para las chicas jóvenes que llegaban a Las Vegas: striptease, prostitución, juego, bebida, robos, peleas, drogas, películas porno o simplemente aterrizar en la cama del hombre equivocado. Todos ellos conducían al mismo final, convirtiendo a bonitas flores en deshechos que flotaban entre las verdes algas de un pantano.

Como Deidre. Su mejor amiga, su salvadora, la chica a la que le debía la vida, la chica que decía que necesitaba a Serena más que a nada en el mundo. Muerta.

A veces, Serena se asombraba de no haber muerto ella también. Había optado por un trabajo de oficina en un casino cuando podría haber ganado diez veces más en cualquier club, teniendo en cuenta su físico. Había seguido estudiando, primero para sacarse el graduado escolar y luego, trabajando por las noches y los fines de semana, para estudiar derecho criminal en la Universidad de Las Vegas. Tardó diez años en conseguirlo. Al morir Deidre,

la culpabilidad sumió a Serena en un letargo alcohólico que le costó dos años de su vida y prácticamente todo aquello por lo que había luchado.

Finalmente, volvió a ponerse en pie, hizo una cura de desintoxicación y regresó al campus.

No tenía muy claro de dónde había salido aquella determinación. Tal vez fuera que, al escaparse de Phoenix junto con Deidre, se había prometido a sí misma que aquello por lo que había pasado en su casa no destrozaría el resto de su vida.

Pero Cordy tenía razón. Las Vegas no te lo ponía fácil.

—Puedo hacerte reír —le dijo Serena.

—Ni hablar. Estoy de luto. Visto de negro.

Serena lo miró. Llevaba una camisa de seda negra con dos botones sin abrochar, pantalones de vestir estrechos y negros y zapatos de piel de gamuza. Pero aquello no tenía nada que ver con Lavender. Cordy era una criatura de diseño, un modelo pequeño pero muy logrado. A Serena le gustaba vestir informal, sin florituras, con vaqueros, camisetas y botas desgastadas de *cowboy* la mayoría de los días.

Cuando se arreglaba, sabía que era capaz de sacar los ojos de las órbitas a los hombres. Se acordaba de cuando conoció a Stride, en el aeropuerto de Duluth, cuando ella voló hasta allí como parte de la investigación del asesinato de una chica en Las Vegas. Por un antojo, se había puesto uno de sus conjuntos más potentes: pantalones de piel azul celeste, cinturón plateado, camiseta con el estómago al aire y gabardina negra de piel. Era la única vez que vio a Jonny quedarse sin habla.

—Veinte pavos —dijo Serena.

—Los veo. Hoy no voy a reírme.

—Sawhill ha sacado a Jonny a la calle con Amanda —le explicó.

Cordy se rió a pesar de sí mismo.

—¡Oh, mami! ¿Amanda? Sus pechos son más grandes que los tuyos, ¿sabes?

—Tengo noticias para ti, Cordy: su paquete también es más grande que el tuyo. O eso he oído.

—Se me ponen los pelos de punta sólo de pensarlo —y añadió—: Oye,

¿sabes por qué el novio de Amanda se pasa el día tirado en el sofá?

—Temo preguntarlo.

—¡Porque le gusta «encender» a la tele!

Cordy se rió hasta resoplar.

Serena sacudió la cabeza.

—Guarda esa porquería entre nosotros, *muchacho*. Parece ser que a Jonny le cae bien. Y ya me estás dando los veinte pavos.

—Oh-oh... Hablando de eso, se está haciendo una porra sobre Stride. La mayoría piensa que se estrellará y se quemará en un par de meses.

—Jonny es tan fuerte como ellos —dijo Serena.

—Sí, pero esto es Las Vegas.

Serena optó por no discutir. No porque pensara que Cordy tenía razón, sino porque se le ocurrían mil razones por las que Stride podía largarse, y ninguna de ellas tenía nada que ver con el trabajo.

—Supongo que también habrá una porra sobre mí —dijo—. Sobre si Jonny y yo aguantaremos.

—Las apuestas a tu favor son casi tan grandes como Keno^[9] —le contestó Cordy—. Muchos tíos aún piensan que eres Barbed Wire^[10].

Serena se estremeció; las palabras de Cordy le habían tocado la fibra. En el cuerpo tenía fama —y bien merecida— de belleza fría, inteligente e inaccesible. Barbed Wire. Ella era la chica que hacía doblegar a los hombres, ensartando egos con sus agudos comentarios y levantando un muro infranqueable alrededor de sus emociones. Un envoltorio muy sexy que nadie parecía capaz de desenvolver.

En lo que a Serena respectaba, estaba bien así. Nunca había confiado en los hombres. En Phoenix, mientras su madre caía en la adicción a la cocaína, su padre desapareció de la ciudad, dejando que su hija acompañara a su mujer en el abismo. Acabaron viviendo en un apartamento cerca del aeropuerto con un camello medio indio llamado Perro Azul. La mayor parte del tiempo, la madre estaba en deuda con él a causa de las drogas. Serena se convirtió en la moneda de cambio.

No le gustaba pensar en aquella época. La mejor defensa era simular que no había existido. Como la caja de Pandora: mejor mantener la tapa cerrada y

no ver lo que contenía, porque no había vuelta atrás. Y así es como se convirtió en un libro cerrado para cualquiera que pretendiera acercarse a ella. A los treinta y seis años, nunca había tenido una relación seria, y en realidad nunca lo había echado de menos, nunca lo había deseado de verdad.

Hasta que apareció Jonny.

Ni ella sabía cómo había conseguido Stride derribar sus muros con tanta facilidad. Tal vez porque era muy distinto a los hombres de Las Vegas; no era un charlatán que se ponía la máscara que él creía que querías ver. Él mismo era un confuso lodazal de emociones, igual que Serena, del que no se podía ver el fondo. Y esa profundidad la atrajo de inmediato. Cuando él le permitió atravesar sus propios muros, hablándole de la pérdida de su primera esposa debido a un cáncer, a Serena se le partió el corazón en pedazos. Apenas se conocían el uno al otro, y sin embargo supo que él se había enamorado, de un modo auténtico, intenso. Y entonces también se enamoró ella.

Pero una cosa era hacer el amor en una playa de Minnesota a media noche; eso era una fantasía. Pero esto, aquí, era la vida real. Esto era el día a día.

La caja de Pandora estaba abierta, y no le gustaba lo que veía. Espectros del pasado que salían revoloteando y la acechaban en la oscuridad. Se enorgullecía de ser dura como un clavo, pero últimamente, en ocasiones volvía a sentirse como una adolescente asustada. Asustada por el amor, por el sexo, por el futuro... Estaba más confusa de lo que lo había estado en años.

A Jonny sólo le había contado retazos sueltos sobre su pasado y sobre lo que le estaba ocurriendo ahora. En parte, estaba acostumbrada a confiar en sí misma y enfrentarse ella sola a sus problemas; no deseaba ayuda. Y en parte no quería espantarlo mostrándole que no era sólida hasta la médula, que su armadura había sido perforada.

Además, sabía que también él estaba esforzándose por intentar hallar su camino. Sin hogar. Era lo máximo que había conseguido decirle: que se sentía sin hogar. Serena entendía esa sensación de verse desplazado de la única vida conocida, pero oírle hablar de ese modo disparaba toda clase de alarmas en su cabeza. Como si un día, Jonny pudiera decidir que su hogar estaba en alguna otra parte, lejos de Las Vegas y lejos de ella.

Serena entró en un aparcamiento al aire libre en el lado norte del centro comercial Meadows. Éste era *su* centro, a sólo escasos kilómetros de su casa; llevaba años deteniéndose aquí. No había esculturas ni acuarios gigantes, como en el Caesars. No había tiendas donde se aprovisionaran famosos que desembolsaban cien mil dólares por visita. Sólo estaban Macy's y Foot Locker y Radio Shack, esas tiendas corrientes donde compraba la gente corriente. A Serena le encantaba, porque el centro entero parecía normal, como si pudiera haber estado en cualquier otro suburbio de cualquier otra ciudad. No había en él nada de Las Vegas.

A las cinco de la mañana, el aparcamiento era una vasta y vacía extensión de pavimento, donde sólo un puñado de coches solitarios se encontraban dispersos como chinchetas en un mapa. Las farolas aún estaban encendidas, y derramaban pálidos círculos de luz en el suelo. Pero la aurora estaba cerca. A medio camino del aparcamiento les estaba esperando un coche patrulla. Sus faros estaban encendidos y el motor en marcha. Al colocarse a su lado, Serena vio que el agente que iba al volante tenía la ventanilla bajada y el brazo colgando por fuera, y que entre sus dedos ardía un cigarrillo. El coche que habían venido a ver se encontraba aparcado a menos de veinte metros: un Pontiac Aztek de color azul oscuro.

Al verles, el policía salió del vehículo y después volvió a entrar para apagar el cigarrillo. Era alto y desgarbado, y el uniforme le venía ancho de hombros. Llevaba el pelo rubio como si su madre aún lo sentara en una silla y se lo cortara con un cuenco encima de la cabeza. Se quedó tocándose la barbilla como si tuviera un grano pertinaz. Serena no creía que tuviera más de veinte años, y se dio cuenta de que estaba terriblemente serio y nervioso.

Ella salió de su Mustang.

—Buenos días, agente —dijo—. Nos ha hecho madrugar mucho.

—Sí, señora —le contestó él, con un acento gangoso de Texas—. Lo sé y lo siento mucho. Soy el agente Tom Crawford, señora.

Serena se presentó a sí misma y a Cordy; a Crawford sólo le faltó hacer una reverencia.

—¿Cuánto tiempo llevas en el cuerpo, Tom? —le preguntó Serena.

—Oh, cerca de un mes, calculo.

Simulando frotarse el ojo, Cordy le lanzó una mirada a Serena y musitó:

—Mierda.

Ella sacudió la cabeza y suspiró. Novatos.

—Bien, Tom, aquí tienes un coche azul. Tenemos un testigo que creyó ver un coche azul dándose a la fuga después de atropellar al chico. Pero eso fue en Summerlin, que está a varios kilómetros de aquí, y varios peldaños por encima en el nivel de vida.

Crawford asintió, sin dejar de rascarse la barbilla.

—Sí, señora, leí el informe del incidente con ese chico, Pete Hale, y el atropello en Summerlin. Algo terrible. Lo leí palabra por palabra, y llevo toda la semana con los ojos bien abiertos buscando un coche azul. Mire, esta noche hemos recibido una llamada de la empresa de seguridad que vigila este aparcamiento, informándonos de que este coche ha estado estacionado aquí, sin que nadie lo tocara, una semana como poco. Sospechan que está abandonado. Pensaban llamar a la grúa, pero antes querían saber si queríamos echarle un vistazo primero. El supervisor de noche ha pensado que había que retirarlo y ya está, pero he oído que era azul, ¿sabe? Y estamos a un zumbido de Summerlin bajando recto por la carretera. Y ese accidente fue hace alrededor de una semana. Así que he pensado que valía la pena registrarlo.

—¿La empresa de seguridad ha tardado una semana en llamar? —preguntó Serena, sacudiendo la cabeza.

—Sí, señora, eso me temo. Hacen muchos turnos, según tengo entendido, y el tipo que hacía la ronda esta noche no había pisado el aparcamiento desde el fin de semana anterior.

—Vamos —le dijo Serena, bostezando y esperando que no la hubieran sacado de la cama en vano.

—Bueno, al llegar aquí, lo primero que he hecho ha sido revisar la parte frontal del coche, y estoy bastante seguro... Bueno, deje que se lo enseñe.

Con zancadas irregulares, el agente Crawford los guió hasta el frontal del Aztek y utilizó la gran linterna de acero de su cinturón para iluminar el coche. Serena contuvo el aliento. Justo en el centro, el capó estaba doblado y la

rejilla tenía una marca. El parachoques estaba partido y la placa de la matrícula retorcida, como a medio camino de convertirse en un avión de papel.

Crawford se puso de rodillas.

—Si mira muy de cerca, podrá ver fibras pegadas en la rejilla. Y también hay algo más, que podría ser piel y sangre.

Serena había visto cadáveres a medio devorar en el desierto sin que se le revolviere el estómago. Pero había algo en el estropicio de ese coche —en realidad no era gran cosa para lo que había hecho— que le dejó la boca con sabor a bilis.

—Buen trabajo, Tom —le dijo Serena con gravedad.

Cordy guardaba silencio, pero su piel de cobre palideció. Pateó el suelo con la punta del zapato, y enterró las manos en los bolsillos. Sólo Crawford se mostraba impasible y hasta entusiasmado ante lo que había descubierto; pero era joven, y aquello era un acontecimiento, la clase de historia que contaría a los demás novatos al año siguiente. Él no había estado en esa calle de Summerlin el viernes pasado para ver el cuerpo destrozado de Pete Hale, con un charco de sangre debajo de la cabeza. Ni para oír el llanto de su madre. O para ver el dolor apagado y ausente en la mirada de su padre.

Era un barrio de clase media alta, de aquéllos en que ambos padres tenían buenos trabajos y los chicos de doce años estaban solos en casa al volver en autobús de la escuela, y pasaban el rato viendo la tele o jugando en la videoconsola. Linda y Carter Hale se consideraban afortunados. Linda Hale no trabajaba. Peter tenía a alguien que le abría la puerta después del colegio. El chaval había estado jugando afuera, en el camino de entrada, lanzando una pelota de tenis contra la puerta y cogiéndola con su guante, cuando Linda Hale oyó el batacazo penetrar en su cocina. Y lo supo, de la forma en que cualquier madre sabe que ha ocurrido una catástrofe. Encontró a Pete fuera, medio en la acera y medio en la calzada. Sin nadie alrededor. Sin testigos. Lo más que hallaron fue a una asistenta tres manzanas más allá que había visto de reojo un coche azul atravesando el vecindario a la carrera, hacia la hora del accidente. El laboratorio estaba investigando las huellas para averiguar el modelo por la pintura azul y los trozos de rejilla. Pero Serena sabía que ahora

ya no importaba. Era un Aztek. Era ese coche.

—¿Has registrado el interior? —preguntó Serena.

—No, señora, claro que no —le aseguró Crawford—. El coche estaba cerrado, y de todos modos no sería procedente. No he tocado nada.

—¿Y comprobar la matrícula?

—Bueno, eso sí que lo he hecho. Sí, señora. El coche está registrado a nombre de Lawrence Busby. Sin antecedentes. Treinta y cuatro años, afroamericano, dos metros, ciento diez kilos. O eso es lo que dice su permiso de conducir. El señor Busby denunció el robo de su coche a las ocho treinta del pasado viernes por la noche.

—Varias horas después del accidente —dijo Serena—. Muy oportuno, ¿no?

Crawford le dedicó una tímida sonrisa de chico de campo.

—Eso mismo he pensado yo. Un poco demasiado oportuno. Por eso le he ofrecido al señor Busby traerle gratis hasta aquí para que recoja su vehículo.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Cordy.

—He conseguido que el supervisor le envíe un coche patrulla al señor Busby, en Bonanza. Ya saben, por si decidía irse corriendo como un perro de la pradera. Luego le he llamado. Le he explicado que habíamos encontrado su coche y que estaríamos encantados de traerle. Estará al caer.

—Eres un texano muy espabilado, agente Crawford —le dijo Serena.

—Gracias, señora. Es lo que me dice mi madre. Mi mujer ya no está tan segura.

—¿Cómo sonaba Busby al teléfono?

—Bueno, lo primero que ha preguntado es si había algún desperfecto —dijo Crawford—. Supongo que es natural, pero me ha parecido interesante. Le he contestado que no había nada que no pudiera arreglar un buen taller.

Serena pensó en ello, intentando ponerse en el lugar de Busby. Acaba de matar a un niño. Está asustado por si alguien ha visto el coche, o por si ha dejado alguna prueba en la escena que pueda conducirles a la puerta de su casa. Otro delincuente que ve demasiado *CSI*. Así que se deshace del coche en el centro comercial, vuelve a casa en autobús y denuncia que se lo han robado. Con un poco de suerte, nadie lo relacionará nunca con el accidente. Y

si lo hacen, ya le ha echado la culpa a otro.

Pero algo le olía mal. El barrio de Summerlin donde vivían los Hale era blanco como las azucenas, y supuso que un hombre negro de la envergadura de Lawrence Busby habría llamado la atención. Tampoco podía entender por qué Busby, que vivía a unos tres kilómetros del centro, podía estar conduciendo a toda velocidad por un barrio residencial en el extremo oeste de la ciudad.

—Ábrenos el coche, ¿quieres, Crawford? —le pidió Serena—. Me gustaría echar un vistazo antes de que llegue Busby.

—¿No necesitamos una orden para eso?

Serena se encogió de hombros.

—Es un vehículo robado, según el señor Busby. Necesitamos buscar pruebas para saber quién lo robó.

Crawford abrió el maletero de su coche patrulla, sacó un alambre rígido y delgado con un bucle en un extremo y abrió la cerradura de la puerta del conductor del Aztek en cuestión de segundos. Con cuidado, para no estropear ninguna huella, abrió la portezuela cautelosamente.

Serena miró dentro y luego se deslizó detrás del volante. Observó a su alrededor. Busby había limpiado a conciencia; el interior estaba immaculado, limpiado con aspiradora, sin papeles ni desperdicios. Con la punta de un bolígrafo abrió la guantera, pero dentro sólo encontró el manual del usuario. Abrió el cenicero. Estaba por estrenar.

Oyó que se abría la puerta de atrás.

—¿Hay algo ahí delante? —preguntó Cordy.

—Nada.

—Comprobaré debajo de los asientos.

Serena vio la luz de una linterna deslizándose como un reflector por el suelo. Cordy silbó.

—Ven con papá —dijo—. He encontrado un trozo de papel. Parece un recibo.

Serena salió del coche y observó cómo Cordy maniobraba con el brazo por debajo del asiento. Unos segundos después emergió triunfante, sosteniendo un pedacito blanco de un centímetro por uno y medio entre las

pequeñas fauces de unas pinzas. Enfocó el papelito con la linterna, y Serena se inclinó con él para verlo mejor.

El recibo era de una tienda de comida rápida de algún lugar cerca de Reno, más de seiscientos kilómetros al norte. Seis *donuts* de crema y un Sprite a las ocho de la mañana. Desayuno para campeones. La fecha del recibo era de más de dos semanas antes del accidente.

—Creo que ahí viene el señor Busby —dijo Crawford, mientras un segundo coche patrulla entraba silenciosamente en el aparcamiento.

Cuando el vehículo se aproximó, Serena vio lo que parecía un oso pardo en el asiento del copiloto. Lawrence Busby debía de pesar más de doscientos kilos. Tenía un rostro con forma de luna, el cabello negro aplastado encima del cráneo y unos carrillos que le colgaban como a un sabueso. Serena vio cierto brillo en el rostro de ébano del hombre. Estaba sudando.

—Apuesto a que sus pechos son más grandes que los tuyos —dijo Cordy, guiñando un ojo.

Serena reprimió una sonrisa. Vio a Busby buscar la manecilla de la puerta, y ella alzó la mano como un guardia urbano parando el tráfico en plena circulación. La mujer policía del interior del coche le habló con aspereza a Busby, y Serena vio que se le agrandaba el blanco de los ojos. El hombre volvió a colocar las manos sobre su regazo. Ahora, además de sudar, estaba asustado.

Cordy le hizo una seña con el dedo a la policía del coche patrulla, que salió y se reunió con ellos. Serena se acercó al coche y se instaló en el asiento del conductor. Dejando la puerta abierta, pulsó un botón para bajar la ventanilla del copiloto. Cordy se aproximó por ese lado y apoyó los codos en la puerta.

El coche apestaba. Busby llevaba una camiseta gigantesca de los Running Rebels^[11], cuyas manchas de humedad en los sobacos y debajo del cuello olían. Sus piernas, como troncos de árbol, emergían de unos shorts blancos. Moviéndose con nerviosismo, echó un gas y luego masculló una disculpa. Sus ojos saltaban sin parar de Cordy a Serena.

—Señor Busby —comenzó Serena—, ¿es ése su coche?

Busby asintió. Se le movía el mentón.

—¿Cuánto hace que lo tiene?

—Unos dos meses —farfulló Busby.

Para ser un hombre tan grande, su voz era tan delicada que Serena tuvo que esforzarse para oírle.

Cordy asomó la cabeza por la ventana.

—¿Cabes en ese coche, tío? Yo nunca hubiera dicho que cabrías. ¿Qué haces? ¿Te metes ahí con esa barriga que tienes?

Busby tenía aspecto de estar a punto de llorar.

—Ya basta, Cordy —lo cortó Serena—. ¿A qué se dedica, señor Busby?

—Soy cocinero en el Lady Luck, en el centro.

—¡Cocinero! —exclamó Cordy—. ¿Nunca os preguntáis por qué los clientes parecen hambrientos mientras vosotros siempre mostráis una gran sonrisa en la cara?

Busby negó dócilmente con la cabeza.

—Yo no escatimo nada.

—¿Tiene algún otro empleo? —le preguntó Serena—. ¿Algo que le dé un poco de dinero extra?

—No, llevo cinco años a tiempo completo en el Lady Luck.

—¿Ha estado alguna vez en Summerlin?

—¿Esa zona rica del oeste? Creo que no. No tengo por qué.

—¿No fue allí la tarde del viernes pasado? —continuó Serena.

—No. Ya le he dicho que nunca he estado allí. —Se secó la frente con una mano del tamaño de un balón de fútbol—. ¿De qué va todo esto?

—Esto va del chico al que mataste, saco de mierda —le dijo Cordy.

Busby sacudió la cabeza con furia. Sus ojos se volvieron aún más grandes y blancos.

—Yo no he matado nunca a nadie.

—Atropellaste a un niño —insistió Cordy—. Y luego saliste corriendo como un vulgar conejo, no tuviste cojones para decirle a su madre lo que habías hecho.

—Está loco —murmuró Busby. Se volvió hacia Serena—. Este hombre está loco. Yo no hice eso. Ni hablar.

—¿Quiere explicarnos cómo le robaron el coche? —preguntó Serena con

frialdad.

—Lo dejé en el aparcamiento de la calle Fremont, en el centro, el viernes pasado. Cuando volví, ya no estaba y lo denuncié. Eso es lo que pasó.

—¿Eso fue hacia las ocho treinta de la tarde?

—Creo que sí —contestó Busby—. Debía de ser hacia esa hora.

—¿Y qué estaba haciendo en el centro? —quiso saber Serena—. ¿Jugar a las tragaperras?

—No estaba jugando, sino trabajando —dijo Busby—. Como ya le he explicado, cocino salchichas y huevos en el Lady Luck.

—¿Cuándo entró a trabajar? —preguntó Serena.

No le gustaba adónde estaba yendo todo aquello.

—Hacia mediodía, como siempre.

—¿Quiere decir que aparcó el coche en la rampa de Fremont antes del mediodía? —repitió, sólo para asegurarse.

—Claro. Es lo que hago cada día. Es lo que estoy diciendo.

Serena cerró los ojos al sentir malestar de nuevo. Esta vez era porque sabía que se equivocaban: aquel hombre tenía una coartada. Pensó en Cordy burlándose de su barriga y entonces recordó también la estrechez del Aztek cuando ella se había metido dentro para registrarlo. Frío, frío.

—¿Trabaja alguien con usted? —preguntó Serena.

Sabía que estaba malgastando saliva. Él no era el tipo.

—Pues sí, hay un puñado de cocineros y camareros que entran y salen durante todo el día.

—¿Se tomó algún descanso? ¿Paró para comer por la tarde?

Se estaba aferrando a un clavo ardiendo, y lo sabía.

—No, no tengo pausa para comer. Hago todo el turno de un tirón.

Serena no pudo evitar sonreír. Miró de reojo el cuerpo de cachalote de aquel hombre.

—Vamos, señor Busby. ¿No hace una pausa para comer? ¿Usted?

Busby sonrió también, por primera vez.

—Lo que pasa es que estoy intentando adelgazar. Y... en fin, no negaré que en el trabajo pico algo de vez en cuando.

Serena suspiró.

—Ahora cuéntenos qué pasó con su coche.

—No hay mucho que decir. Salí del trabajo a la hora de siempre y volví al aparcamiento. El coche no estaba. Siempre lo dejo en la misma plaza, así que no podía haberlo perdido. Simplemente, no estaba allí.

—¿Algún pariente suyo tienes llaves del coche?

—No se puede decir que tenga muchos parientes —dijo Busby—. Mi madre murió y mi padre está en una residencia. Y nadie ha querido casarse conmigo con este aspecto.

Serena asintió. Ahora se sentía como una basura por haber puesto a ese pobre hombre contra las cuerdas. Una vida triste y solitaria, y lo único que se le ocurría a ella era espolvorear un poco más de miedo y de dolor. Y ahora iba a decirle que no podía llevarse su coche esa misma noche.

Le hizo una seña a Cordy y ambos se apartaron del coche. Cordy se llevó un chicle a la boca y se puso a mascarlos ruidosamente.

—No lo hizo él, ¿verdad?

—No.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Cordy.

Serena se paró a reflexionar. Y cuanto más lo hacía, menos le gustaban las implicaciones de lo que habían encontrado. Ya no parecía un accidente; parecía algo mucho peor.

—Alguien roba un coche en el centro y resulta que luego se ve envuelto en un atropello mortal en un barrio de las afueras esa misma tarde.

—Mató al chico deliberadamente —concluyó Cordy.

—Te aseguro que es lo que parece.

Serena se acordó del recibo de los *donuts* de crema. Regresó al coche patrulla, donde Busby permanecía a la espera, y se asomó al interior.

—¿Viajó a Reno el mes pasado, señor Busby?

Éste frunció el ceño.

—No, no viajé a Reno. Nunca he estado allí.

Capítulo 6

Stride estaba esperando en el despacho del teniente Sawhill, mientras removía el café de su taza y miraba hacia abajo por la ventana del tercer piso a un gato negro que cruzaba la calle sigilosamente y desaparecía en un patio trasero lleno de basura. Poco después, un policía pasó a toda velocidad montado en una bicicleta de montaña que parecía demasiado pequeña para él. Las nalgas se le salían del sillín y llevaba las rodillas casi pegadas al mentón. Gato y agente, patrullando los dos en busca de ratas.

El departamento de homicidios se hallaba fuera del Downtown Command, el edificio insignia de la Metro, moderno y de color beis, cuya entrada estaba flanqueada por palmeras. Los padres de la ciudad lo habían ubicado en uno de los barrios más feos, a pocas manzanas de los casinos del centro, como si la presencia del cuartel policial pudiera reducir mediante osmosis el índice de criminalidad de los alrededores. No era el caso.

Stride comprobó su reloj y vio que era casi mediodía. Le rugía el estómago. No estaba seguro de qué era lo que más deseaba, si comer o dormir.

A su espalda, la puerta del despacho se abrió y se cerró. Stride saludó con la cabeza a Lester Sawhill, que frunció el ceño y señaló con el dedo la silla que había frente a su escritorio. Sonó el teléfono y Sawhill lo cogió. El teniente se instaló en su sillón de cuero, tan grande en comparación con la constitución menuda de su ocupante que le daba el aspecto de un niño de visita en el despacho de su padre. Stride también tomó asiento y esperó.

—Buenos días, gobernador —saludó Sawhill, al parecer nada impresionado, como si hablara cada día con aquel hombre.

Serena decía que no recordaba haber estado nunca en el despacho de Sawhill sin que éste hablara por teléfono con algún político. Le gustaba tener público. Así le recordaba a todo el mundo qué lugar ocupaba él en la jerarquía. En Minnesota, Stride estaba bajo las órdenes del inspector jefe, un hombre que parecía un duende y se llamaba Kyle Kinnick —alias K2—, con orejas de elefante y una voz aflautada que sonaba como un clarinete tocado por un crío de seis años. Sawhill no era mucho más alto que K2, pero era un ejemplar más perfilado. Parecía que fuera a cortarse el pelo cada cinco días, pues el nítido corte de su escaso cabello castaño nunca se modificaba en absoluto. Tenía la cara estrecha como una «V» mayúscula, mejillas picadas de viruela y unas medias gafas que llevaba colgando de una cadena cuando no descansaban sobre el pequeño bulto redondeado que remataba su nariz.

Sawhill vestía un modesto traje gris, viejo pero bien cuidado. Era su uniforme. Lo mismo daba si era un día de julio y había un sol abrasador, por lo que decía Serena. Sawhill nunca llegaba hasta el punto de desabrocharse el botón del cuello de la camisa y aflojarse el nudo de la corbata. Nunca levantaba la voz, que carecía de tono pero estaba completamente controlada. No parecía experimentar ninguna emoción, al menos ninguna que consiguiera aflorar a su rostro o que encendiera la chispa de sus ojos castaños.

—Es un gesto muy considerado, gobernador —dijo Sawhill por teléfono.

Tenía una bola antiestrés de color rosa en el escritorio y la estrujaba rítmicamente, tensando sus finos dedos. De vez en cuando se estudiaba una uña, como si tal vez necesitara limársela.

Era como si Stride fuese transparente, mientras escuchaba aquella conversación a una sola voz.

Le había costado años confiar en K2, porque en lo más hondo de sí mismo Stride siempre había creído que escalar puestos en la burocracia policial implicaba ser un político astuto y renunciar a los atributos de un buen agente. Pero K2 era distinto. Para él los policías eran lo primero, y Stride lo respetaba por su lealtad.

Tal vez algún día Sawhill lo convenciera de que también él estaba en el bando de los buenos. Aunque no lo creía. Con eso no quería decir que Sawhill fuese una mala persona. No lo era: Stride sabía que tenía un profundo

sentido de la moralidad. Era mormón, como tantos otros oficiales mayores de Sin City. Ni caféina, ni tabaco, ni alcohol. Y muchos hijos, al menos siete, supuso Stride al contar las fotografías que veía diseminadas por las estanterías, detrás del escritorio de Sawhill. Pero Sawhill ponía a Dios y Las Vegas por delante de sus agentes.

Stride no entendía cómo podían sobrevivir aquí Sawhill y los demás mormones. Podían trabajar en los casinos, pero no apostar. Eran religiosos en una ciudad sin dios. Le parecía extraño y algo hipócrita, como si el camarero de un bar pensara que beber es malo pero no le importara ver que otros se remojaban la garganta con veneno.

Sawhill colgó el teléfono.

—Era el gobernador Durand —explicó, por si Stride no lo había pillado—. Eso debería darte una idea de la importancia que se le da a este homicidio.

—Soy consciente de ello —replicó Stride.

—Es un caso muy público, detective —añadió Sawhill—. Han asesinado a un famoso. El departamento de comunicaciones ya está sorteando las pesquisas de la prensa de todo el mundo.

Stride no sabía muy bien qué quería decir Sawhill con eso. Si el teniente hubiera sabido que aquel caso resultaría ser tan destacado, nunca habría recurrido a sus ovejas negras: el detective novato de Minnesota y su compañera transexual. Ni en un millón de años. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás, a no ser que Stride le diera un motivo metiendo la pata.

—Lo que me recuerda... —continuó Sawhill—. Desvía cualquier pregunta de los medios a la oficina de relaciones públicas. ¿De acuerdo? Tienes un caso que resolver; así que no quiero que malgastes tu tiempo con los periodistas. Y eso también va por Amanda.

Por Amanda sobre todo, pensó Stride. Sawhill no quería que ninguno de los dos representara a la ciudad o, aún peor, acaparase la atención.

—¿Cómo va la investigación? Necesito decirle algo al alcalde.

—Tenemos al autor en un vídeo —dijo Stride—. Nos dejó su huella dactilar. Deliberadamente. Es un gesto muy temerario. No es propio de un asesino a sueldo que sólo está haciendo un trabajo.

Sawhill entornó los ojos.

—¿Estaban sus huellas en el banco de datos?

—No. Tampoco pudimos obtener una buena imagen de su cara: sabía dónde estaban las cámaras. En resumen, actuó con mucha sangre fría.

—Pero ¿estás seguro de que andaba detrás de Lane? ¿No fue un horrible asesinato al azar?

—No fue el típico golpe pero ¿al azar? No. Iba detrás de MJ. Lo siguió y lo mató.

—¿Tienes alguna idea acerca del móvil? —preguntó Sawhill, impaciente.

—Drogas, juego, mujeres... Elija uno y ya tiene un móvil. Pero de momento nada hace pensar que lo mataran por alguno de ellos.

—¿Y cómo piensas resolver el caso?

Ahora se mostraba inquisidor, rastreando alguna debilidad, esperando que Stride le proporcionara una excusa para apartarle del caso.

—Estamos haciendo un esquema con lo que tenemos, que no es mucho. El Oasis está revisando todas sus filmaciones de la entrada del último mes, para ver si ese hombre estuvo allí explorando el terreno y fue un poco menos cuidadoso a la hora de ocultarse el rostro. Estamos reconstruyendo el recorrido de MJ de aquel día y utilizando el esquema para comprobar si alguien vio al asesino cuando éste le seguía los pasos. Amanda y yo estamos hablando con cualquiera que conociera a MJ o le hubiera visto recientemente, para ver si encontramos la pista de alguien a quien hubiera podido cabrear. Y quiero hablar con el padre de MJ: algo pasaba entre ellos. A lo mejor no es nada, pero de momento es el único indicio de que algo iba mal en la vida del juguista de MJ.

Sawhill negó con la cabeza.

—Tal vez sea mejor que yo mismo hable con Walker Lane.

—¿Y eso por qué? —preguntó Stride, esforzándose para que su voz no delatara su irritación.

—Walker Lane es un hombre rico e influyente —dijo Sawhill. Su tono era el de un maestro aleccionando a un alumno poco despierto—. El propio gobernador se ha encargado de darle la noticia. Supongo que no estarás sugiriendo que el señor Lane es sospechoso...

—No tengo ningún motivo para pensar eso —dijo Stride—. Pero Walker y MJ estaban reñidos. Creemos que hablaron una hora antes del asesinato. Es posible que MJ estuviera involucrado en algo que condujo a su muerte, y Walker tal vez sepa qué es.

Sawhill tamborileó con los dedos encima del escritorio. Asintió, no muy contento.

—Muy bien, de acuerdo. Tú haces la entrevista. Pero mañana, no hoy. —Stride empezó a protestar, pero Sawhill se lo impidió con un gesto—. Concedámosle al señor Lane un intervalo decente para el duelo. Tienes muchas otras pistas que investigar. Y sé considerado, detective; se trata de un hombre poderoso que acaba de perder a su hijo.

—Entendido —dijo Stride.

—¿Cómo os lleváis Amanda y tú? —preguntó Sawhill.

Su rostro estaba impertérrito, pero Stride se preguntó si ocultaba una sonrisa.

—Ningún problema. Es lista. Me cae bien.

—Oh, estupendo.

Pareció decepcionado.

Stride apenas había vuelto del despacho de Sawhill cuando Amanda asomó la cabeza por la pared de su cubículo.

—Tenemos compañía —le dijo alegremente y con la mirada chispeante—. Karyn Westermarck en carne y hueso. Sobre todo carne.

Stride siguió a Amanda a la sala de juntas del tercer piso, cuyos amplios ventanales daban a la conejera de cubículos que conformaban la brigada de detectives.

—¿Por qué la han llevado a la pecera? —preguntó Stride.

Amanda se limitó a sonreír, y Stride lo entendió al llegar ante la ventana y ver que Karyn llevaba una camisa blanca desabrochada y con los faldones atados en un nudo flojo debajo de los pechos, que corrían un serio peligro de salirse cada vez que se inclinaba hacia delante. Stride también se dio cuenta de que la mayoría de los detectives había encontrado algún motivo para

recorrer el largo camino hasta la cocina en busca de un refresco, una ruta que pasaba por delante de los ventanales de la sala de juntas.

Entró y le pidió a Amanda que cerrara los estores.

—Claro, así soy yo la mala —masculló Amanda entre dientes.

Karyn se puso en pie y se inclinó sobre el escritorio para darle la mano, ofreciendo otra generosa visión de su escote. Stride no se atrevió a dejar que su mirada descendiera hacia el sur, y vio cierta expresión divertida en el rostro de Karyn, como si disfrutara al verle esforzarse.

—Soy Karyn —dijo, pronunciando su nombre como si se escribiera «Corinne».

Stride no estaba familiarizado con su trabajo como actriz, pero Amanda ya le había preparado. La revista *Us*, le volvió a advertir su compañera. Karyn era una prometedor estrella de culebrones, que intentaba dar el salto a la liga de los grandes. Era una belleza despampanante de Los Ángeles, con un pelo rubio y liso que le llegaba más abajo de los hombros y brillaba como un campo de trigo en verano. Tenía un perfecto rostro alargado y unos serenos ojos azules, que reflejaban la inteligencia aguda de alguien que conocía a la perfección el poder que detentaba simplemente por su aspecto. A través de la mesa de cristal, Stride vio una falda roja que le llegaba a medio muslo, y luego la larga y sedosa extensión de sus piernas desnudas.

—Gracias por venir a hablar con nosotros, señorita Westermarck —dijo Stride—. ¿Puedo ofrecerle una taza de café?

—Uno con leche y sin espuma estaría muy bien —contestó Karyn.

—Me temo que tenemos café solo, y hay un polvo blanco con cucharillas de plástico —replicó Stride, y añadió—: El polvo va dentro del café.

Karyn le sonrió, pero sus ojos eran gélidos y no había en ellos el menor agradecimiento.

—No tomaré café.

—Siento mucho lo de MJ. Parece ser que usted y él estaban muy unidos.

—Yo no diría tanto —respondió Karyn.

—¿No? Hemos oído que pasaban mucho tiempo juntos. Incluida la pasada noche en el Oasis.

—Quedábamos para follar —dijo ella encogiéndose de hombros—. Nos

veíamos cuando los dos estábamos en Las Vegas. Fiesta, juego, sexo. Eso es todo.

—¿Le sorprendió oír que lo habían asesinado, justo después de que usted le dejara?

—Claro.

A Stride no le pareció que fuera a echarse a llorar.

—¿Tiene alguna idea de quién mató a MJ, o por qué?

Karyn negó con la cabeza.

—Para nada.

—Cuando quedaban los dos, solían ir al Oasis.

—Casi siempre. Pero también íbamos a otros sitios. Al Hard Rock, al Mandalay... Si había una pelea o un concierto, allí estábamos.

—¿Cuánto hace que le conocía? —preguntó Stride.

—Un par de años. Le conocí en una fiesta en el Oasis. Ya sabe, era joven, mono y le soltaba dinero a todo el mundo. ¿A quién no le gustaría? Aquella primera noche iba en limusina y fuimos a dar un paseo, y creo que así es como empezó todo.

—¿Se acostó con él? —preguntó Stride.

Karyn se inclinó hacia delante. Sus senos rozaron el cristal. A través de su sonrisa, Stride vio un destello de su lengua de color cereza.

—Aposté con él en la fiesta que podía hacer que se corriera usando solamente mi pezón derecho.

«No preguntes, no preguntes, no preguntes», se dijo Stride a sí mismo.

—¿Y quién ganó? —preguntó.

«Mierda».

Los ojos de Karyn bailaban, y él vio briznas de oro en un océano azul.

—Esa noche bebimos una botella de Krug en el Spago. Pagó MJ.

Stride se aclaró la garganta y procuró ceñirse a lo suyo.

—¿Era una relación seria?

—¿Como un matrimonio? Ni hablar. Yo no quería firmar un acuerdo prenupcial de ochenta páginas.

—¿Veía MJ a otras mujeres?

—Estoy segura de ello.

—¿Como quién? —quiso saber Stride.

—La verdad es que no le seguía la pista, detective. La única de la que estaba enterada era Tierney Dargon.

Stride apuntó el nombre.

—¿Qué puede decirme de ella?

—A Tierney le gusta hacer como si fuera una de las nuestras, pero no era más que una camarera de cócteles que tuvo suerte y se casó con un humorista rico y viejo.

—¿Humorista? ¿Se refiere a Moose Dargon? —preguntó Stride.

—El mismo.

Stride había oído a Moose Dargon, un humorista de la época del Rat Pack^[12] que tenía fama de chico malo cuando era joven. Le había visto un par de veces en la tele y casi no recordaba nada de él, excepto que el tío tenía un asombroso par de cejas que se movían en su cara como orugas gigantes. Ni siquiera se le había ocurrido que Moose siguiera vivo.

—¿Qué aspecto tiene Tierney? —preguntó, pensando en la morenita del vídeo que habían visto en el apartamento de MJ.

—Pelo castaño, como ondulado. Delgada. Mona.

La descripción encajaba con la chica del vídeo, y con la mitad de las mujeres de Las Vegas, pensó Stride.

—Moose debe de tener más de ochenta años —comentó—. ¿Cuántos tiene Tierney?

—Veinticinco, quizá. —Karyn se rió—. Estoy segura de que se casó por amor, detective.

—¿Estaba Tierney anoche por ahí?

—No la vi. Pero MJ dijo que Tierney siempre estaba pendiente de él. Tenía intención de quitársela de encima. Tiene un buen cuerpo, pero al fin y al cabo sigue siendo una camarera.

—¿Sabía Moose Dargon que MJ tenía una aventura con su mujer?

—Eso tendría que preguntárselo a Moose —dijo Karyn.

—Si MJ veía a otras mujeres, ¿qué sacaba usted de la relación? —preguntó Stride.

—Era rico —replicó Karyn—. Me gusta vivir de esa forma. Además,

siempre que estaba con él solían aparecer los paparazzi. No me encuentro en un punto de mi carrera en el que me pueda permitir que eso me fastidie. Les necesito.

—Pero anoche no había fotógrafos —señaló Stride.

—No llegué a la ciudad hasta esa misma tarde. Supongo que aún no nos habían olisqueado.

—¿Quién más sabía que ustedes dos iban a quedar?

Karyn se lo pensó.

—Mi ayudante; está en Los Ángeles. Y mis padres, en Boca Ratón.

—¿A quién se lo dijo aquí en la ciudad?

—Pues a la gente del Oasis cuando me registré. También utilicé un guardaespaldas para ir de compras por la tarde, pero le dije que no le necesitaría para la noche. E hice una reserva con nuestros nombres en el Olives.

—¿A quién cree que se lo habría dicho MJ?

—La verdad es que no lo sé, detective. No sabía gran cosa de las otras parcelas de su vida.

—¿Qué hay de la cinta de usted y MJ? —preguntó Stride—. La que acabó en internet. ¿Cómo ocurrió?

—¿Se refiere a por qué lo hice? —preguntó Karyn, lamiéndose los labios brillantes—. ¿O quiere que le firme una copia?

—Me refiero a cómo la robaron.

Stride creyó ver un asomo de sonrisa en el rostro de Karyn.

—No tengo ni idea —dijo ella—. Pero me alegro de que lo hicieran. Conseguí más titulares por que me la metiera por el culo en ese vídeo que si hubiera ganado un premio de la Academia.

—¿Qué le pareció a MJ que la cinta saliera a la luz? —preguntó.

—Le pareció guay. Nadie sabía quién era él antes de eso.

—Hablemos de las fiestas en los casinos. ¿Había drogas?

Karyn entornó los ojos.

—Empiezo a pensar que necesito un abogado.

Desde el umbral, Amanda interrumpió la conversación.

—Esto es Las Vegas, Karyn. Lo que pase aquí, aquí se queda, ¿recuerda?

No estamos aquí para trincarla por nada. Sólo necesitamos información. Así que hable.

Karyn advirtió la presencia de Amanda por primera vez, y la miró larga y detenidamente. Asintió en señal de aprobación.

—Vale, está bien. Todo el mundo sabe que esnifábamos de vez en cuando.

—¿Quién la conseguía? —preguntó Stride—. ¿Tú o MJ?

—Yo no quiero saber de dónde sale, ¿vale? Si está ahí, haré de ella un uso recreativo igual que los demás. Pero yo no compro ni vendo.

—¿Y MJ?

—MJ nunca tuvo problemas para conseguir —explicó Karyn—. No sé de dónde la sacaba.

—¿Ninguna idea?

Karyn se encogió de hombros.

—Siempre hay parásitos. Gente marginal. A lo mejor es un chófer o un camarero. Cuando tienes la pasta que tenía MJ y llevas la clase de vida que llevaba él, no tienes que preocuparte por el tema. Esa gente te encuentra.

—¿Encontraron a MJ anoche?

—Yo no lo vi.

—¿Qué clase de vida llevaba MJ? —preguntó Amanda.

Hacía todo lo posible por parecer cínica y fría, pero Stride pensó que estaba algo impresionada por la presencia de Karyn.

—Era el alma de las fiestas —contestó Karyn, atravesando a Amanda con sus ojos azules—. Es divertido estar en el carril rápido, ¿sabe? Debería venir algún día con nosotros, detective.

—Creo que se sorprendería —respondió Amanda, riéndose.

—¿Por qué? ¿Porque es transexual? —preguntó Karyn, y sonrió mientras Amanda se quedaba boquiabierta—. Puede colar con mucha gente, detective, pero una mujer de verdad ve la diferencia. No es que para mí sea un problema. Muchas personas de nuestro círculo lo encontrarían excitante.

Stride la interrumpió.

—He aquí el problema que veo en todo esto, señorita Westermarck: puede que MJ fuera el alma de las fiestas, pero alguien le siguió y le metió una bala

en el cerebro. Así que alguien tenía alguna queja respecto a él.

—No sé quién —dijo Karyn, rompiendo el contacto visual con Amanda a regañadientes y volviéndose hacia Stride—. MJ era un chollo, siempre pagaba todas las cuentas. ¿Quién echaría a perder algo así?

—¿Nunca perdió los nervios?

—¿MJ? No. Era como un niño. Quería gustar a todo el mundo. Las únicas veces que le oí discutir con alguien fue con su padre. Siempre estaban igual.

—Su padre es un productor de cine de Canadá, ¿no? —preguntó Stride.

—Claro, y Tom Hanks es un actor —replicó Karyn con desdén—. En este negocio todo el mundo conoce a Walker Lane. Joder, admito que la primera vez que me acerqué a MJ fue para ver si le hablaba bien al viejo de mí. Pero enseguida comprendí que MJ no quería tener nada que ver con Walker, excepto por su dinero.

—¿Le explicó por qué?

—No, pero siempre había algo. Discutían por pasta, discutían por mamá, discutían porque MJ vivía en Las Vegas... Hace unas semanas yo estaba en el apartamento de MJ cuando Walker llamó. MJ se puso como loco. Cogió el teléfono y lo lanzó contra la pared. Nunca le había visto de ese modo.

—¿Sabe cuándo habló con su padre por última vez? —quiso saber Stride.

—Claro. Ayer por la noche.

—¿Y de qué hablaron?

Karyn se encogió de hombros. Jugeteaba con un pedazo de papel del escritorio; hizo una bola con él y lo frotó entre dos largas uñas.

—No lo sé, pero MJ estaba cabreado; y yo también. Nos tomamos un descanso del *blackjack* y subimos a enrollarnos a mi suite. Yo necesitaba un buen polvo, ¿sabe? Pero apenas habíamos empezado cuando sonó el móvil de MJ. Era Walker. Se chillaron el uno al otro durante unos minutos y luego MJ ya no estaba de humor. Así que me fui. Le dije que a ver cuándo crecía.

—¿Y después?

—Después, nada. Fui a un club y estuve allí casi hasta las cinco. He oído que MJ volvió a las mesas y siguió bebiendo. Y que luego salió a buscar una puta. Mala elección, ¿eh? Si se hubiera quedado conmigo, esto nunca habría pasado.

«O tú también estarías muerta», pensó Stride.

—Me gustaría mucho saber por qué discutían él y su padre —le dijo.

—Y como ya le he explicado, yo no lo sé. Debería preguntarle a Walker. Pero tengo algo para usted. Quiero decir que oí algo que MJ le dijo a su padre. Bastante irónico, viendo lo que le ha pasado.

—¿Qué dijo? —preguntó Stride.

Karyn dibujó una sonrisa felina.

—Llamó asesino a Walker.

Capítulo 7

Serena la sintió en cuanto puso el pie en el hogar de Linda Hale, en Summerlin: pena.

Estaba suspendida en el aire y se multiplicaba como un virus. Se pegaba a los muebles, se amontonaba en el fondo de la moqueta y arrojaba una pátina borrosa sobre las luces. En todas las habitaciones sonaba un leve eco de pérdida, inconfundible y desgarrador. Aún había juguetes tirados por el suelo del cuarto de estar. Un balón Wilson de tamaño infantil. Carátulas de PlayStation. Un libro de Harry Potter. Serena sabía que nadie los había recogido porque nadie podía soportar tocarlos: los dedos se te quedaban llenos de pena.

Lo peor de todo era el silencio. Se suponía que no tenía que ser una casa tranquila. Los chicos de doce años hacen ruido, gritan, suben el volumen del estéreo. Pero ya no había ningún sonido. Justo ahora podría haber aparecido una pandilla por la puerta, y Linda Hale habría sonreído.

Se sentaron alrededor de una sólida mesa de roble, en un porche en el exterior de la cocina que daba a un jardín de cactus cuidadosamente diseñado. La señora Hale sostenía una taza de café con ambas manos. Había fotos de familia, toda una colección de recuerdos de una vida, esparcidas por la mesa tras ser volcadas de una caja de zapatos.

—Hemos encontrado el coche implicado en el atropello —le explicó Serena.

La señora Hale asintió, pero sin reaccionar. Tenía la mirada fija en las fotografías, y sus ojos brillantes saltaban de una en otra.

Igual que Serena, estaba a la mitad de la treintena. Llevaba el pelo rubio

cortado en una melena corta, un peinado funcional para una madre que se pasa el día en casa, directamente de la ducha al entreno de fútbol de Peter. No necesitaba mucho maquillaje, aunque llevaba pendientes de plata y una fina cadena, también de plata, alrededor del cuello. Vestía una elegante camisa Kuhlman con los puños doblados hacia atrás.

—Su marido trabaja como ejecutivo en Harrah's, ¿no es así? —preguntó Serena.

—Sí —contestó ella suavemente.

Aún tenía la mente en las fotos. En el pasado.

Era una casa grande para una familia de tres miembros. Linda Hale la tenía muy bien arreglada: visitas frecuentes a Pottery Barn^[13], cada adornito de porcelana cuidadosamente dispuesto y limpio... Orden y precisión. Seguramente debía de tener problemas para que Peter recogiera sus cosas. En una época eso debió de volverla loca.

Serena observó las fotos, que se remontaban a varias décadas. Cogió una y contempló los ojos radiantes de un niño pequeño. Estaba en la playa.

Linda Hale se animó.

—Eso es Cocoa, en la costa este de Florida. Hace cinco años llevamos a Peter con mi madre a Orlando. —Deslizó otra foto delante de Serena—. Aquí está con Mickey. Al principio se asustó mucho, pero luego le dio un abrazo muy fuerte.

Más imágenes. Peter en una bici con rueditas, con su padre al lado. Con el equipo de entreno. La madre de Linda —debía de serlo, pues el parecido era asombroso— frotando su nariz con la de su nieto en Navidades. Marido y mujer en la habitación de un hospital, y Linda, con aspecto cansado, sosteniendo a su nuevo bebé.

—A Peter se le ve feliz —le comentó Serena.

Era por decir algo.

—Mucho.

—Y usted se parece mucho a su madre —añadió, aunque odiaba hablar por hablar, especialmente con una madre que había perdido a su hijo.

—Ya lo sé, todo el mundo me lo dice. Pero yo no tengo su clase. Ella tiene una belleza de artista, igual que usted.

—Tal vez la tuve hace una década —dijo Serena, sonriendo.

—No, no. La tiene, por supuesto que sí. Igual que mamá. Yo, en cambio, sólo me hago más vieja.

Rebuscó entre la pila y encontró una octavilla entre las fotos familiares. Era un folleto publicitario en blanco y negro de una bailarina con el traje completo, de seda y lentejuelas. La chica de la imagen, que parecía tener unos veinte años, era clavada a Linda Hale.

—¿Ve? Cuarenta años después, mi madre aún puede tener al hombre que quiera. —Se rió—. Y normalmente quiere a alguno.

—¿Está vivo su padre?

Se encogió de hombros.

—Oh, sí, en alguna parte. Mamá ya va por el cuarto; el número uno fue hace muchos años. Mi segundo padrastro fue lo más parecido a un padre que he tenido. Es uno de los motivos por los que mi marido y yo nos esforzamos por darle a Peter una educación normal. Y por lo que yo me quedé en casa para estar con él.

Bebió un sorbo de café y dejó la taza en un posavasos de madera. Volvía a estar distante. Haciéndose preguntas, pensó Serena. Hablando con Dios. Por qué nosotros, si hicimos todo lo correcto. Nos sacrificamos.

—¿Dice que han encontrado el coche? —preguntó Linda. Serena observó cómo cambiaban sus emociones. La desesperación se transformó en ira y su mandíbula se volvió más dura—. ¿Significa eso que saben quién lo hizo?

—No es tan sencillo.

—No lo entiendo —replicó ella.

—El propietario del coche no lo estaba conduciendo a la hora en que murió Peter. Tiene una coartada. Alguien le robó el vehículo y luego lo abandonó después del accidente.

—¿Y eso qué quiere decir?

Serena se explicó.

—Una posibilidad es que atropellasen a Peter cuando el conductor del vehículo huía de alguna parte o se dirigía a algún sitio a toda prisa. Otra es que nos estemos enfrentando a un psicópata que salió a matar a alguien, y Peter se encontró en el lugar equivocado en el momento equivocado. Y la

última... en fin, la última es que Peter fuese el objetivo. Que alguien lo matara deliberadamente.

—¡Pero eso es una locura! Se trata de un niño.

Serena asintió.

—Lo sé. Tenemos que considerar la posibilidad de que alguien quisiera hacerles daño a ustedes; por eso quería preguntarle si es posible que alguno de los dos tenga enemigos.

—¿Enemigos que quisieran matar a nuestro hijo? —Sacudió la cabeza—. Ni remotamente.

—Sé que cuesta creerlo, pero en Texas, una madre contrató a un asesino a sueldo para acabar con el grupo de animadoras de su hija. La gente es capaz de cualquier cosa. Por eso sería de gran ayuda que me hablara de la menor discusión, incluso las que a usted puedan haberle parecido triviales.

Linda se recostó en su silla. Dejó caer las manos a los costados.

—Es demasiado descabellado.

—Sé que lo parece. Pero si hay cualquier cosa...

—Es que es eso, no hay nada. Somos una familia corriente de clase media. Nos ocupamos de nuestros asuntos. No llamamos la atención. Mi marido es contable, por el amor de Dios.

—¿No ha recibido llamadas extrañas últimamente? ¿O amenazas?

—En absoluto. Esto no es como en los viejos tiempos; ahora todo son sociedades anónimas. Si un ejecutivo de un casino recoge una moneda del suelo, queda registrado en algún lugar del informe financiero. Todo está a la vista.

—¿Qué me dice del aspecto personal? —preguntó Serena—. Por favor, no se lo tome a mal, pero tengo que preguntarlo: ¿algún problema con las drogas o con el dinero?

—Lo siento, pero no llevo una doble vida. Lo que ve es lo que hay. Y lo mismo con mi marido.

—¿Son ustedes felices? ¿No han tenido problemas sexuales? ¿Aventuras o algo así?

Linda puso una mueca.

—Una vez a la semana el viernes por la noche es suficiente para los dos.

Espero que no quiera conocer nuestra postura preferida.

—Lo siento —dijo Serena—. Sé que esto es muy indiscreto.

—Es que no veo cómo nuestra vida sexual puede ayudarle a descubrir quién mató a Peter. —Su voz sonó más áspera.

—Comprendo su impaciencia, pero se trata de un atropello muy inusual: en la mayoría de estos accidentes se ven implicadas personas del lugar, personas que iban bebidas. Están asustadas y huyen de la escena del crimen. Normalmente, al cabo de unos días un amigo o familiar los entrega, o la culpa puede con ellos y se presentan voluntariamente. No hay móvil ni intención. Pero lo que le ocurrió a Peter ya no parece un accidente.

—Me doy cuenta, pero no puedo ayudarla —insistió Linda—. No guardamos esqueletos en el armario. Se lo diría de ser así.

Serena la miró a los ojos. No había nada sospechoso en su mirada.

—¿Tiene alguna conexión con Reno? ¿Lo ha visitado recientemente?

—¿Reno? Hace años que no voy. Aquí está lleno de casinos, si quisiera meter una moneda en las tragaperras. ¿Por qué?

—Pensamos que quien lo hizo estuvo en Reno hace unas semanas. Encontramos un recibo en el coche. Tal vez haya alguna relación. ¿Tiene amigos o parientes allí?

—No, lo siento.

Serena asintió.

—Si se le ocurre algo o si sucede algo inusual, espero que me lo haga saber.

—Por supuesto que lo haré. Pero creo que se equivoca: no veo por qué nadie querría perjudicar a nuestra familia a propósito.

—Eso es lo que me da miedo —reconoció Serena.

—¿Por qué?

—Porque significa que tal vez no encontremos a esa persona antes de que mate a alguien más.

Capítulo 8

Aunque por separado, tanto Stride como Serena llegaron a casa poco antes de la medianoche del sábado. Él llevaba despierto casi veinticuatro horas, pero aún tenía demasiada cafeína en el cuerpo como para tumbarse en la cama y dormir. Apenas habían apagado las luces cuando ambos volvieron a salir y cogieron el Bronco de Stride en dirección a los cerros. Se había convertido en un ritual nocturno para ellos. Cogían Charleston hasta que se acababan las casas, antes de que la carretera terminara en Red Rock Canyon. El Bronco se salía del camino pavimentado y subía por una pendiente rocosa hasta un terreno más elevado. Daban media vuelta y aparcaban, con las puertas abiertas, mientras la brisa nocturna soplaba a través de la furgoneta y toda la extensión del valle de Las Vegas desplegada a sus pies. El área de las casas de las afueras, que avanzaba lentamente comiéndose el espacio vacío semana tras semana, estaba oscura.

Incluso en julio, cuando el calor diurno era más feroz, por la noche refrescaba en los cerros, al menos lo bastante para que la brisa que se deslizaba desde las cumbres que tenían a su espalda la hiciera soportable. Ahora, a principios de otoño, el frío se insinuaba, como en una tarde de Minnesota, aunque sin el fragante aroma de los pinos. Stride podía ver literalmente toda la ciudad, con su miríada de luces propagándose en todas direcciones, hasta que finalmente se agotaban en la oscuridad del desierto. La atravesaba el intenso resplandor del Strip, más elevado y más brillante que cualquier cosa a su alrededor, un cinturón multicolor y deslumbrante sobre el grueso vientre de la ciudad.

Desde lejos, sin la luz del sol, el valle centelleaba. No había una orla de

niebla anaranjada flotando sobre la ciudad como un anillo de humo. Los casinos parecían joyas.

Stride giró la parte superior de su cuerpo y se quedó mirando el perfil de Serena. Sabía que ella notaba cómo la observaba. Era el momento en que estaban los dos solos, tranquilos, enamorados, liberados de la ciudad.

—Eres increíblemente hermosa —le dijo.

—Si quieres sexo, tendrás que esforzarte más —replicó Serena, riéndose.

—Pues ésa era mi mejor baza.

Sonrió y le acarició el cabello oscuro, de un modo que expresaba su deseo. Al llegar a casa supo que los dos estaban demasiado cansados para hacer nada aparte de dormir, y deseaba muchísimo hacer el amor con ella.

Serena se acercó y le dio un beso.

—¿Acaso no hemos comprobado que para un hombre en la cuarentena no es seguro hacerlo en una furgoneta? La última vez casi te rompiste la espalda.

—Valió la pena.

—No digas que no te he avisado —dijo ella.

Serena se quitó la camiseta. Estaba muy sexy con el pelo despeinado. Se desabrochó y se quitó el sujetador y echó los hombros hacia atrás. Reclinó su asiento y empezó a bajarse los vaqueros. Su piel era tersa, y sus pechos de un blanco cremoso como la concha de una ostra bajo una luz pálida. Él se colocó encima y notó los dedos de ella sobre su ropa.

Pocos minutos después volvía a estar en su asiento, sudoroso y dolorido.

—Ay —se quejó.

—¿La espalda?

—Las espalda, los brazos, las piernas...

—Te lo dije.

Stride sacó un pie fuera de la furgoneta y lo frotó contra la arena suelta, esperando que no hubiera un escorpión paseándose por ahí y que ninguna serpiente de cascabel eligiera ese momento para deslizarse desde las rocas. Ésas eran las auténticas criaturas de la noche, que hacían lo que les dictaba su naturaleza, a diferencia de los humanos que habitaban el valle.

Serena se tumbó junto a él, desnuda y despeinada. No se esforzó en arreglarse la ropa. Tenía la mirada perdida, fija en las colinas, mientras se

tocaba la piel indolentemente con las yemas de los dedos.

—¿Crees que la novedad acabará pasando?

—¿Te refieres al sexo entre tú y yo?

—Sí.

—Espero que no.

—Estoy lista para volver a intentarlo —le dijo ella.

—Tendrás que hacerlo sola.

Serena soltó un suspiro fingido.

—¿Con Cindy se acabó la novedad?

Stride sonrió cuando una imagen de su primera mujer se cruzó por su mente.

—No. Ella era como tú: nunca tenía bastante.

—Sí, claro, yo soy una adicta sexual. Sólo me alegro de que las vaginas no sean como los *piercings*.

Stride sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Ya sabes: que no se cierran cuando no las usas.

Stride echó la cabeza hacia atrás y se rió, y Serena con él. Apoyó la cabeza en su hombro y él la rodeó con el brazo. Se quedaron en silencio unos minutos más, mecidos por el viento.

Cuanto más tiempo llevaban allí sentados, más notaba él cómo se iba alejando Serena. Así sucedía normalmente: cada vez que se acercaban y ella se sentía segura, daba un nuevo paso hacia el pasado y sacaba otro fantasma del armario.

Era un halago, según ella, pues nunca lo había hecho con nadie. Sus secretos eran como notas encerradas en botellas que había arrojado al mar hacía mucho tiempo. Ahora, una por una, regresaban a la costa.

Él sólo conocía fragmentos de la vida de Serena. Meros hechos. Le había contado lo que le había ocurrido siendo una adolescente en términos clínicos, como un médico recitando el informe de otra persona. Su madre la utilizaba como puta para pagarse las drogas. Se quedó preñada, abortó y se escapó. Fin de la historia. Sólo que esa clase de historias nunca terminan.

—¿En qué piensas? —preguntó.

Serena se tomó un buen rato antes de responder, mientras él se preguntaba si se rendiría y hablaría de algo seguro, como el trabajo o la música o las luces en el valle.

—He estado pensando mucho en Deidre —dijo.

Deidre era la chica que había venido a Las Vegas con Serena cuando se escaparon de Phoenix a los dieciséis años. Serena nunca le había hablado mucho de ella. Stride sólo sabía que había muerto.

—Es curioso, ¿no? —continuó—. La verdad es que hacía años que no pensaba en ella, pero últimamente aparece en mis sueños. Me duermo, y ahí está.

—Contrajo el sida. No fue culpa tuya.

Serena se frotó los hombros, como si tuviera frío.

—La cuestión es que nunca fui a verla. A lo mejor no había nada que yo pudiera hacer, pero no debía haberla dejado morir sola. Es decir, ella me salvó. Ahí, en Phoenix, ella me salvó. Abusaban de mí día y noche, y ella me ayudó a escapar. La quería, Jonny. La quise de verdad en esos primeros años que pasamos juntas. Pero la dejé morir, sin más.

—No es necesario que diga que eso no es cierto, ¿no? —aseguró Stride.

Serena se encogió de hombros.

—No. Pero de todas formas es algo que siempre vuelve a mí. A estas alturas ya tendría que estar superado, muerto, no debería ser nada del otro mundo. Pero no puedo sacar a la luz sólo una parte de mí contigo, y dejar el resto desconectado.

Stride frunció el ceño.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—No estoy segura de que puedas hacer nada.

—Supongo que entonces una alternativa sería que yo también me desconectara —dijo él.

—Por supuesto. Pero eso no es lo que quiero. Sólo tengo que aprender a manejarlo. Y mantenerte cerca de mí.

—Yo no voy a ir a ninguna parte.

Serena se volvió hacia él, poco convencida.

—Sé lo que sientes por este lugar. Me preocupa que llegues a odiar la

ciudad más de lo que me quieres a mí. Volverás a Minnesota, que es adonde pertenece tu corazón.

—Mi corazón te pertenece a ti.

Serena le cogió una mano y le besó las yemas de los dedos.

—Gracias por decirlo.

Pero no estaba seguro de que ella le creyera. Ni estaba seguro de creerlo él mismo.

Se disponía a abrazarla de nuevo cuando en algún lugar de la esterilla del suelo, donde estaban sus vaqueros hechos un ovillo, sonó un teléfono móvil. Serena se rió, alejando la tensión del momento, y buscó su teléfono.

Stride oyó una voz de hombre. Serena se animó.

—Eh, Jay, espera un segundo.

Cubrió rápidamente el aparato y le susurró a Stride.

—Jay Walling es un detective al que conocí en Reno. Sesenta años y hecho un figurín. Ve demasiadas películas de Sinatra. —Volvió a hablar por el teléfono—: Jay, estoy con otro detective. Voy a poner el altavoz.

Pulsó un botón y después continuó:

—Jay Walling, te presento a Jonathan Stride, y viceversa.

—¿Cómo está, Jay? —dijo Stride.

—Perfectamente, gracias. —Su voz tenía una suave elegancia—. Dime, Serena, ¿es éste el hombre con el que juegas a las casitas? ¿O por fin han arrestado a Cordy por algún delito contra la moral?

Aun en la oscuridad del coche, Stride notó cómo Serena se ruborizaba, incómoda.

—Veo que los rumores han cruzado todo el estado, Jay. Sí, Jonny y yo somos pareja; y no, las mujeres de Las Vegas aún no están a salvo de Cordy. ¿Te importa que te pregunte quién te ha hablado de nosotros?

—A decir verdad fue mi teniente —dijo Walling—. Tiene mucha relación con Sawhill.

—Realmente estupendo.

—No te ofendas, querida. Mi mujer se sentirá aliviada. Lleva esperando que alguien te cace desde que tú y yo trabajamos juntos en ese caso el año pasado.

—No hagas que suene como un sueño imposible —le soltó Serena.

—Nada de eso. Lo que pasa es que pones el listón muy alto. Detective Stride, lo felicito. Serena es una de mis personas favoritas del mundo entero, así que trátela bien o haré que lo liquiden.

Stride se rió, y Serena refunfuñó.

—Jay, si no te callas voy a tener que ser yo quien te liquide. Y ahora dime: ¿comprobaste el recibo del coche del atropello?

Walling se rió entre dientes.

—Seis *donuts* de crema y un Sprite. Al menos sabemos que tu delincuente no es diabético.

—Muy gracioso.

—Localicé la tienda, pero pagaron en efectivo y el propietario no recuerda nada.

—Vaya sorpresa. Es lo que me suponía. Gracias por intentarlo.

—Sí, pero hay algo más. Estaba pensando que tal vez podrías coger un avión para Reno mañana.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Porque no me gustan las coincidencias —dijo Walling—. El mismo día en que tu delincuente se pegó el chute de azúcar en Reno, mataron a una mujer en un rancho varios kilómetros al sur de aquí: alguien le rebanó el cuello.

Capítulo 9

Stride empezó a investigar al padre de MJ, Walker Lane, siguiendo docenas de enlaces en la red desde el ordenador de su cubículo. No había ninguna página oficial sobre él, sólo páginas de cotilleo que hacían un refrito con los mismos trapos sucios de su vida en Hollywood, y sazonaban los textos con insinuaciones sobre su recluso estilo de vida en Canadá.

Había muchísima información sobre los principios de Lane en los sesenta, cuando era un niño prodigio de la producción y la dirección que hizo fortuna con su primer filme, que él mismo produjo. Desde el principio fue una cuestión de lucro, y no de arte. *El árbol de las cerezas* presentó a una novel de quince años, una especie de Hayley Mills^[14] con pechos, cuyos ojos inmensos e inocente atractivo sexual conquistaron a los espectadores, a pesar de que se trataba de una pobre historia de espionaje sobre una chica que ayudaba a George Washington a ganar la guerra de la Independencia. Le siguieron dos comedias familiares que cosecharon un gran éxito, y Lane se ganó fama como un Frank Capra, el chico que convertía en oro todo lo que tocaba. Como no se había unido a los grandes estudios, los beneficios económicos fueron sólo para él.

El escándalo lo perseguía, sobre todo porque corrían rumores por el plató de que había mantenido una aventura con su estrella, menor de edad, desde su primera película juntos. Lane lo negó, aunque no ocultaba sus maneras de playboy, asistiendo a todas las fiestas de Los Ángeles y Las Vegas y dejando un rastro de fotografías suyas con jóvenes aspirantes a actrices colgadas del brazo.

Y después, la gran desaparición.

Por lo que Stride sabía, había ocurrido en 1967. Lane abandonó Hollywood y se trasladó a Canadá, y básicamente se evaporó de la escena pública. Desde la distancia, siguió trabajándose su reputación de pez gordo. Durante las tres décadas siguientes, seleccionó y financió una serie de éxitos apabullantes, pasando hábilmente de la comedia al drama a medida que cambiaban los gustos del público. Nunca volvió a dirigir, al menos por lo que sabía Stride, sino que se convirtió en una gran influencia, un fabricante de estrellas, sin volver a poner nunca un solo pie fuera de su finca en la Columbia Británica. Era el productor ejecutivo de dos de las veinte películas que habían dado mayores rendimientos en la historia.

Su celo por la privacidad se volvió casi obsesivo. Los actores y directores que lo conocían firmaban acuerdos de confidencialidad. Al igual que Howard Hughes, parecía llevar su imperio básicamente por teléfono. Stride no encontró ni una sola fotografía suya de los últimos veinte años. Corrían rumores sobre una enfermedad que lo habría dejado confinado a una silla de ruedas y sobre una degeneración facial que habría devastado su rostro, en otros tiempos hermoso y juvenil... y parecido al de MJ, reconoció Stride al ver las fotos antiguas de Walker. También corrían rumores sobre un escándalo que lo había llevado a dejar el país. Pero por lo que él sabía, nadie había levantado la liebre y descubierto la verdadera historia.

A principios de los ochenta se casó con una joven actriz, después de que ella se presentase a la prueba para un papel en una película de ciencia ficción que él financiaba. No consiguió el personaje, pero sí a Walker, y dos años más tarde nació MJ. No se habían hecho públicos los detalles de la relación entre Walker y su esposa veinteañera, pero en algún momento la cosa se puso muy fea. Stride encontró nuevos artículos a partir de 1990 sobre el suicidio de la mujer. No hubo ninguna ceremonia, ni fotografías de un Walker Lane apenado, ni un solo comentario en público. Como si no hubiera existido.

Stride no pudo encontrar ninguna prueba de que Lane hubiera concedido una entrevista en décadas. No era una buena señal: no esperaba que un hombre así estuviera dispuesto a hablar de todos sus secretos padre-hijo con un detective de la policía de Las Vegas.

—¿Estás preparado para tu cara a cara? —preguntó Amanda, dejándose

caer en la silla.

Se la veía limpia y descansada, cosa que le hizo sentirse viejo. Había acompañado a Serena a McCarran para coger un vuelo temprano a Reno, y dos tazas de café no habían bastado para disipar la bruma de su cabeza. Por otra parte, aún sentía en su cuerpo el placentero dolor de la apretada y sudorosa sesión de sexo con Serena, hacía unas horas.

—Tendré suerte si responde a mi llamada —dijo Stride.

—No deja de ser un padre cuyo hijo ha muerto. Debe de estar ansioso por descubrir lo que ha pasado.

Stride se encogió de hombros.

—Tal vez. Parece ser que Sawhill prácticamente tuvo que rogarle al gobernador para conseguir el teléfono de Lane. Nadie quiere que haga esta llamada.

—Excepto yo, que quiero oír cómo suena ese tío tan importante. Así que hazla.

—Vayamos a una sala de reuniones.

Ocuparon un despacho pequeño y sin ventanas y cerraron la puerta tras de sí. Stride había traído otra taza de café y Amanda una rosquilla y un vaso de zumo de naranja. Se sentaron a ambos lados de la mesa de reuniones y Stride arrastró el teléfono hacia él. Amanda tenía un bloc amarillo delante. Él pulsó la tecla de manos libres y marcó el número.

Creyó que tendría que pasar por cinco abogados y secretarias, asistentes personales y ayudantes jefes. Sin embargo, casi de inmediato, el propio tipo contestó a su teléfono.

—Walker Lane.

Su voz sonaba exactamente como la que habían oído en el contestador automático del apartamento de MJ, sólo que llana, carente del tono suplicante y emotivo. Era una voz terrible, descarnada como papel de lija; un viejo sabueso intentando ladrar como un perro feroz en la flor de la vida.

Stride no pudo evitar pensar en la foto que había encontrado de Walker Lane en los sesenta: absurdamente alto, con una mata de pelo rubio y gafas de Clark Kent. Engreído, como si el mundo fuese a ser suyo algún día, cosa que hoy no estaba lejos de la realidad. Pero el precio que había pagado estaba

esculpido en su voz.

Stride se presentó a sí mismo y a Amanda; Lane no pareció sorprendido. Stride se preguntó si el gobernador le habría avisado, preparándolo para la llamada.

—¿Tienen alguna idea de quién ha matado a mi hijo? —quiso saber.

Stride explicó lo que habían descubierto en los vídeos del casino y los pasos que estaban dando para rastrear los movimientos de MJ.

—Nos estábamos preguntando —añadió— si tendría usted idea de quién puede ser el asesino o por qué quería ver a su hijo muerto.

—No. No lo sé. Sólo quiero que le encuentren.

—¿Le contó MJ si tenía algún problema? —preguntó Stride.

—No.

—¿Conoce a alguien en Las Vegas a quien estuviera especialmente unido?

—No —repitió Lane.

—¿Y las mujeres que había en su vida? ¿Sabe usted con quién se veía?

—No se lo preguntaba.

Walker Lane no malgastaba palabras innecesarias. Stride comprendió que tendría que poner sus cartas sobre la mesa.

—Señor Lane, hemos oído el mensaje que le dejó usted a MJ en el contestador. Sabemos que habló con él poco antes de que lo mataran. Es evidente que había un desacuerdo significativo entre ustedes dos; ¿puede contarnos de qué se trataba?

Esta vez hubo una larga pausa.

—Eso es un tema personal, detective. No tiene nada que ver con su muerte.

—Entiendo que lo vea así, señor Lane —dijo Stride, eligiendo las palabras con cuidado—, pero a veces encontramos conexiones por caminos imprevistos. O podemos explorar áreas de investigación más productivas porque podemos tachar cosas de la lista.

«En otras palabras: seguiremos cavando hasta descubrirlo», quería decir Stride.

Lane no mordió el anzuelo; no dijo ni una palabra.

Finalmente, cuando el silencio se hubo prolongado demasiado, Stride se rindió.

—¿Cuánto tiempo llevaba MJ viviendo en Las Vegas?

—Desde que cumplió veintiuno.

El tono de Lane era seco y afligido.

—¿Usted no lo aprobaba? —preguntó Stride.

—No.

Stride empezaba a entender por qué ese hombre nunca había hecho una película más larga de ochenta y siete minutos.

—¿Por qué motivo?

—Porque esa ciudad es una cloaca —espetó Lane—. Es inmoral. Un páramo. Sólo hay dos clases de personas viviendo allí: drogadictos e imbéciles.

Amanda levantó una mano desenfadadamente y estiró el dedo corazón en la dirección del teléfono. Stride se encogió de hombros.

—¿Cuándo vino aquí por última vez? —le preguntó.

—Hace una eternidad, detective.

—La ciudad ha cambiado mucho desde entonces —contestó Stride.

—No ha cambiado nada. Nada de nada. Y ahora, si no tiene nada más que decir, déjeme volver a mi trabajo y vuelva usted al suyo, que es descubrir quién mató a mi hijo.

—Aún tengo algunas preguntas —dijo Stride.

La impaciencia de Lane crepitó a través de la línea telefónica.

—¿Qué?

Stride se estaba quedando sin ideas para hacer hablar a ese hombre y decidió dar un salto mortal.

—MJ parecía muy interesado en el proyecto de ese nuevo casino cerca de su edificio: el proyecto Orient, que está lanzando Boni Fisso. ¿Sabe usted por qué?

—No tengo nada que decir sobre Boni Fisso —resopló Lane.

Stride y Amanda se miraron el uno al otro. Era obvio que el nombre de Boni había tocado alguna fibra.

—¿Estaba MJ involucrado de algún modo en ese proyecto? —insistió

Stride.

Lane suspiró con fastidio. Stride deseó tenerlo delante para poder interpretar su lenguaje corporal.

—A MJ no le importaba el nuevo casino —replicó Lane—. Lo único de lo que sabía hablar era del Sheherezade.

—¿Y eso por qué? —preguntó Stride.

Hubo otro momento de silencio.

—El Sheherezade —dijo Lane—. Cuando leí que lo derribaban, pensé que al fin terminaría todo.

Hizo una pausa, pero Stride podía oír cómo se ensanchaban las grietas de su dique: Lane quería contárselo, igual que se lo había querido contar a MJ.

—Boni no podía limitarse a demolerlo en mitad de la noche. Dejar que todo el mundo se despertara y encontrara un montón de escombros. Todos sus secretos sellados, listos para que se los llevaran. No señor, lo convirtió en otra maldita atracción turística. El gobernador es quien pulsará el botón; la delegación de medio Congreso estará ahí aplaudiendo. Como si se tratara de algo noble. Como si estuvieran diciéndole adiós a algo sagrado.

—¿Qué ocurrió allí? —preguntó Stride.

—Las Vegas me mató, eso es lo que ocurrió —replicó Lane—. Y ahora ha matado a mi hijo. A los dos. Dios mío, esto no termina nunca. Los pecados perviven para siempre en esa ciudad. Sólo que nunca creí que pudiera alcanzarme y destruirme otra vez.

Stride esperó hasta que hubo terminado. Podía oír al hombre respirar con dificultad.

—Parece como si supiera por qué mataron a MJ —dijo Stride, y añadió—: ¿Tiene algo que ver con Boni Fisso?

—No, detective, no conozco el motivo. El pasado es el pasado y no tengo ninguna razón para pensar que lo ocurrido entonces guarda alguna relación con lo que le ha pasado a MJ. O con Boni. No veo de qué modo.

—Aun así... —empezó Stride.

—Aun así, usted quiere saber. Siente curiosidad; es de lo que vive. Pero lo siento; ya he dicho más de lo que debería y no puedo decir nada más.

Amanda se inclinó hacia el teléfono.

—Pero si fue hace tanto tiempo, señor Lane, ¿por qué no contárnoslo?

—No, no puedo. Estoy llorando la pérdida de MJ; desearía haber sido mejor padre. Ya es suficiente dolor sin tener que remover los errores que cometí cuando era un joven estúpido.

—Señor Lane —dijo Stride—, sabemos que MJ le llamó asesino.

—Sí, lo hizo.

—¿Por qué?

Lane suspiró.

—Tendrá que preguntárselo a Rex Terrell, detective.

Stride recordó el mensaje del contestador del apartamento de MJ. Rápidamente comprobó sus notas.

«MJ, soy Rex Terrell. He pensado que podríamos intercambiar algún secreto. Yo ya te enseñé los míos, ¿por qué no me enseñas tú los tuyos?».

—¿Quién es Rex Terrell? —preguntó Stride.

—Un escritor —respondió Lane, recreándose en esa palabra con desdén—. Es quien sacó a la luz toda esa mierda del Sheherezade y le metió a MJ ideas en la cabeza. Pídanle que les explique lo que hice, y tal vez encuentren la forma de matarme de nuevo. Ya he muerto muchas veces, detective. No me vendrá de una.

Capítulo 10

Serena salió a toda velocidad de Reno por el sur en un Malibu alquilado, mientras aspiraba el dulce aire de montaña que soplaba a través del coche y escuchaba a Terri Clark en el estéreo hasta que los altavoces del Chevrolet vibraron.

«Creo que el mundo necesita una copa», cantaba Terri con su acento canadiense.

Alguna vez le habían dicho a Serena que se parecía a Terri Clark, sin la gorra de *cowboy*. Las dos eran altas y tenían un sedoso pelo oscuro. Tal vez por eso a Serena le gustaba tanto.

Como en la canción de la radio, Serena reparó en que necesitaba una copa. Al lamerse los labios aún pudo imaginar el sabor del vodka, aunque hacía más de una década que lo había dejado. Una copa era zona prohibida, *Verboten*. Suponía que era como los cigarrillos para Jonny. No importaba que hiciera un año o veinte: las ganas podían regresar en un instante y dejarte sin aliento.

El rostro de su madre le vino a la cabeza como un relámpago. Intentó ahuyentarlo mirando a través de la ventanilla el pico del monte Rose a lo lejos, pero era como si su madre estuviera haciendo autoestop a un lado de la carretera como en un viejo episodio de *The Twilight Zone*^[15]. Apareciendo una y otra vez, persiguiéndola. Entre todas las cosas que le había hecho su madre y no podía olvidar, la peor fue que le pasara sus genes adictivos. Para su madre, el demonio era la cocaína. Para Serena, el demonio era el alcohol. Durante dos años, cuando tenía poco más de veinte, había bebido hasta consumirse. Estaba agradecida a Alcohólicos Anónimos y a todo un grupo de

extraños que la habían hecho volver.

Fue en la época posterior a la muerte de Deidre. Es curioso que no empezara a beber cuando las dos salieron de Phoenix, cuando las visiones de las sucias manos del camello sobre sus pechos la seguían acechando cada noche. O que no empezara cuando Deidre comenzó a acostarse con hombres por dinero y animó a Serena a hacer lo mismo. No, fue años más tarde, cuando Deidre ya estaba fuera de su vida. Una semana después del funeral. Una copa se convirtió en dos, dos en diez y diez en cientos.

Alguien le había contado que Deidre pesaba treinta y un kilos cuando murió. A Serena le entró un escalofrío dentro del coche. La chica a la que había conocido era tan diferente, estaba tan viva. Con el pelo rojo y ensortijado. Una manera informal de vestir y caminar que los hombres adoraban, como adoraban el tatuaje sobre la raja de su culo, una serpiente enroscada que parecía ondular de placer cada vez que se le subía la camiseta. Tenía la piel pálida, no apta para el sol del suroeste. Su blancura la hacía destacar en una ciudad de cuerpos bronceados. Cuando estaba desnuda en la ducha, casi parecía que desprendiera luz.

Lo cierto es que Deidre y Serena nunca pertenecieron al mismo mundo. Deidre iba deprisa en una ciudad apresurada: un ajuste perfecto. Durante los primeros años, Serena agradeció que Deidre la hubiera arrancado de la boca del lobo, pero tarde o temprano tenía que separarse y seguir su propio camino. Al fin dejó a Deidre y se mudó.

Nunca volvieron a hablar. Cuando Deidre murió, la culpabilidad aplastó a Serena y ella la filtró a base de botellas de Absolut.

Recordaba cuánto le había sorprendido ver que podía meter botellas en el congelador y dejar que el alcohol se enfriara, se enfriara y se enfriara sin llegar a helarse nunca.

Treinta y un kilos. Dios.

Siguiendo las indicaciones que Jay Walling le había dado, aparcó en el arcén al final de un largo camino de tierra a la salida de la vieja 395, cerca de la casa donde se había cometido el crimen. Salió del coche y disfrutó del silencio. Los pocos sonidos que oía eran claros y nítidos, como el crujir de la grava bajo sus pies y el zumbido distante de un avión que ascendía sobre las

colinas tras despegar del aeropuerto de Reno. Un halcón revoloteaba sobre ella, escudriñando los campos, pero excepto al rapaz Serena no vio a un alma por ninguna parte.

Un puñado de viejos ranchos sembraban los campos crecidos. La maquinaria de granja descansaba allí cerca, oxidada y sin usar, y los cables de teléfono se combaban de poste a poste. Vio las elevadas montañas al este, con árboles de hoja perenne trepando por sus laderas y manchas de nieve pegadas a las cumbres. Más cerca, los pies de esas mismas montañas estaban cubiertos de castaños rojizos, que se volverían verdes con la llegada de las lluvias.

La casa que había venido a ver era modesta, gris y de dos plantas, con una caravana aparcada a un lado. La casa más cercana estaba a un kilómetro. Había un gran prado con una valla blanca en el que esperó ver caballos, pero estaba vacío y las hierbas se doblegaban bajo la brisa fresca. El aire olía a flores salvajes.

Se había llevado una taza grande de café de un local de comida rápida unos kilómetros atrás. Dio unos sorbos mientras esperaba, apoyada en el capó del coche. Quince minutos después, vio que un Ford Taurus blanco se detenía detrás de ella. Estaba reluciente, como si acabaran de lavarlo. Serena imaginó que seguramente Jay Walling se tomaba como una ofensa personal cualquier partícula de polvo que tuviera la audacia de adherirse a su coche. Conocía bien a Walling. Habían trabajado juntos en un homicidio horrible el año anterior, cuando encontraron un cuerpo en el desierto de Las Vegas cuya cabeza apareció en el estante de las bolas de una bolera de Reno. ¿Quién dijo que los asesinos no tenían sentido del humor?

—¿Qué tal, Jay? —saludó Serena cuando Walling salió del coche—. ¿Y esa cagada de pájaro que llevas en la chaqueta?

Él miró hacia abajo espantado y Serena se rió. Walling vestía una chaqueta de piel negra que debía de haberle costado dos mil dólares, y la mimaba como a un bebé. También llevaba un sombrero de fieltro negro que le hacía parecer una reliquia del Manhattan de los cincuenta. Era alto, de rostro alargado y con bigote rectangular.

—Ya echaba de menos tu sentido del humor, cariño —le dijo Walling—.

Espero que mi llamada de anoche no interrumpiera un pequeño festival del amor entre el detective Stride y tú. De verdad que creí que me saldría tu contestador.

—Diez minutos antes y a lo mejor habrías oído algún que otro jadeo.

—Ah, bueno. —Walling pareció algo incómodo con los detalles—. ¿Así que va en serio?

—Eso creo —admitió Serena—. Y él parece creerlo también. Estoy intentando no meter la pata.

Walling, que conocía parte de la historia de Serena, asintió pensativo.

—En fin, te agradezco que hayas venido hasta aquí. ¿Puedes decirme algo más sobre el recibo que encontraste?

Serena le hizo a Walling un resumen del atropello y muerte de Peter Hale y de su descubrimiento del coche de Lawrence Busby en el aparcamiento del centro comercial Meadows.

—El recibo estaba debajo del asiento del conductor —dijo.

—¿Alguna idea de quién robó el coche?

Serena negó con la cabeza.

—Lástima. Todo esto podría no significar nada, pero me huelo algo. Ese recibo era de un pequeño puesto de comida rápida a menos de ocho kilómetros de aquí. Unas dos horas después de que se vendiera esa media docena de *donuts* de crema, una mujer era asesinada en este rancho. Y luego aparece el recibo en un coche robado implicado en un atropello en Las Vegas.

—No me gusta nada.

—No, ni a mí.

—¿Y qué pasó aquí? —preguntó Serena, señalando el rancho con un movimiento de cabeza.

Walling se tiró del bigote y después se quitó el sombrero. Se atusó el cabello gris, cuidadosamente peinado.

—Un asesinato brutal. No tenemos casos así muy a menudo. Albert Ford llegó a su casa después de jugar un partido de golf y encontró la puerta principal abierta y a su mujer en el suelo del vestíbulo. Un corte limpio le había seccionado la carótida. Por lo que sabemos, ella abrió la puerta y el autor la atacó allí mismo. Un río de sangre.

—¿Móvil?

—No tenemos ninguno —dijo Walling—. No se llevó nada de la casa. No parece siquiera que entrase.

—¿Y no hay testigos?

Walling se encogió de hombros e hizo un gesto hacia el paisaje vacío.

—¿Aquí? No hay muchos vecinos. La carretera se acaba en dirección al este. No hemos encontrado a nadie que viera nada.

—¿Qué sabemos de la mujer asesinada?

—La sal de la tierra —dijo Walling—. Ambos. Los Ford residen en Reno desde hace varias generaciones. Retirados los dos. Albert Ford crió caballos durante décadas y liquidó el negocio hace unos años. Su esposa, Alice, era maestra de escuela, tercer curso. Se dedicó a ello treinta y cinco años y se jubiló más o menos por la misma época en que Al se deshizo de los caballos.

Serena sacudió la cabeza.

—¿Maestra de escuela de tercer curso?

—Exacto. No tiene ningún sentido.

—¿Y Al está fuera de sospecha?

Walling asintió.

—Sus compañeros del golf confirmaron su coartada. Alice llevaba muerta varias horas cuando él la encontró.

—¿Tienen hijos?

—Cuatro, todos mayores. El más joven tiene treinta y pocos.

—¿Alguno de ellos vive en Las Vegas? —preguntó Serena.

—No, dos en Los Ángeles, uno en Boise y otro en Anchorage. Todos limpios. Un hermano de Alice vive en Reno, pero no tiene a nadie más en este estado. En cuanto a Al, es el único que queda de su familia.

—No creo que el hermano sea de la mafia —dijo Serena.

Walling se rió.

—Director retirado de una agencia de adopción. Ahora vive en una residencia.

—Así pues, tenemos a un chico de doce años atropellado por un coche y a una maestra jubilada con el cuello cercenado —dijo Serena—. Ninguna coincidencia en el *modus operandi* ni en el lugar del crimen. Y lo único que

tenemos para atar los dos cabos son unos cuantos *donuts*. Puede que sólo sea una cortina de humo, Jay.

—Salvo por el hecho de que las dos víctimas tienen algo en común —dijo Walling.

—¿Sí?

—Somos incapaces de encontrar un motivo por el que alguien quisiera matarlos.

Capítulo 11

Rex Terrell llegaba treinta minutos tarde.

Eran las cinco en punto y Stride y Amanda estaban instalados en la esquina del Battista's, bajo una pared llena de antiguas fotos de famosos que cubrían varias décadas. Ya habían echado al acordeonista que pretendía amenizarles con una serenata y habían rechazado el vino de la casa que venía con la cena. Pero finalmente decidieron aceptar dos platos de macarrones con salsa de carne a cuenta de la casa.

Terrell había elegido el lugar, que estaba en una calle lateral detrás del Barbary Coast.

—El auténtico Las Vegas —dijo—. Monumento histórico.

Stride había obtenido el número de Terrell del contestador de MJ, y por fin le había localizado a media tarde. Resultaba que Rex Terrell trabajaba por su cuenta escribiendo artículos de cotilleos para revistas de entretenimiento, incluida *LV*. Stride quería saber lo que Terrell le había explicado a MJ Lane sobre su padre y el Sheherezade.

Esperaban con impaciencia. Amanda pinchó un poco de pasta con su tenedor.

—¿Y cómo es Minnesota? —preguntó.

Stride sonrió.

—¿Estás pensando en mudarte?

—¿Quién sabe? Ya me imagino cómo suena, pero no me importaría vivir en un lugar algo menos extraño. Bobby y yo hemos hablado de irnos de aquí —y añadió—: También sería agradable estar en algún sitio donde no todo el mundo estuviera enterado, ¿me entiendes? Me refiero a mi secretillo.

Stride asintió.

—Minnesota es frío.

—¿Frío? ¿Y eso es nuevo? Te diré algo, Stride: ¿sabes aquella cosa blanca que está ahí colgada durante seis meses? Se llama nieve.

—No me refiero a eso —contestó Stride—. A mí no me preocupa el tiempo: yo vivía justo a la orilla del lago Superior. Desde mi porche veía entrar y salir a los grandes cargueros.

—¿Y por qué te marchaste? —preguntó Amanda.

Dudó, preguntándose hasta dónde quería explicar, hasta que se dio cuenta de que seguía siendo el de siempre: un nativo de Minnesota, cerrado al mundo exterior.

—Empecé a notar que era un lugar frío. Cuesta conocer a la gente de allí. No te dejan entrar en ellos. No encontrarás gente más agradable, pero puedes vivir décadas a su lado y no llegar a conocer lo que de verdad cuenta: el interior. Nunca se abren.

—Parece que estés hablando de Serena —dijo Amanda.

Stride sacudió la cabeza.

—No me malinterpretes: también yo soy así. Y Serena, es cierto. Pero nosotros hemos sido capaces de llegar el uno al otro de una forma en que nadie más lo había hecho. Y descubrí que me gustaba. Para mí era algo por lo que valía la pena mudarse.

—Pero echas de menos Minnesota —dijo Amanda.

—Claro que sí.

—¿Y Las Vegas? Si a mí me resulta extraño, no me imagino lo que te parecerá a ti.

Stride dejó vagar la mirada por el restaurante. Amanda tenía razón: aquello era Las Vegas en todo su esplendor hortera y malévol. Pensó en Walker diciendo que era una ciudad inmoral y en trabajadores como Gerard Plante, del Oasis, manipulando tranquilamente a sus clientes. Pero estaban también las montañas y las aguas azules del lago Mead. Y Serena. Y algo irresistible y terrible en todo ello.

Levantó la vista y, por fortuna, no tuvo que responder.

Rex Terrell les estaba saludando mientras cruzaba el restaurante, con el

otro brazo alrededor de la espalda del maître. Llevaba una camisa verde lima por fuera de unos pantalones caros de seda negra. Cabello rubio engominado que salía disparado en púas irregulares y gafas de sol negras y estrechas. Unos treinta años, peso medio, y musculoso. Traía un vaso en forma de globo con una bebida cobriza que se derramaba por el borde a medida que él se aproximaba.

—Rex Terrell —dijo, extendiendo la mano—. ¿Sois los detectives...? Vaya movida. Un auténtico caso de asesinato. Como *CSI*.

Stride le estrechó la mano, que estaba húmeda, y se presentó. Amanda hizo lo mismo.

—¿Amanda Gillen? —Rex se quitó las gafas y se acercó a su cara—. Dios mío, te conozco. Qué titulares tan deliciosos. «Metro Sexual: policía travestí dice que su “arma” no es gran cosa». —Soltó una risita, derramando más bebida—. ¿Te acuerdas de ése?

—Que te jodan —respondió Amanda.

Terrell se sentó y cogió un tenedor, con el que robó un bocado de pasta del plato de Amanda.

—¡Oh, no, no, a mí me encantaba! ¿Y tu pleito? Estuve contigo todo el tiempo. Te aclamé cuando ganaste. ¡Y mírate, eres lo más! El transexual es definitivamente el nuevo gay.

Stride se percató de la gélida mirada de Amanda; estaba sosteniendo su vaso de agua con tanta fuerza que creyó que lo iba a hacer añicos con la mano.

—Estás jugando con fuego, Rex —le dijo Stride.

Terrell siguió parloteando.

—Oye, cielo, ¿qué me dices de un artículo en *LV*? Podríamos incluir un desplegable. No me refiero a chica con polla, nada por el estilo, aunque eso haría subir las ventas. Más bien algo de buen gusto, erótico, con clase, tal vez un relleno en el lugar adecuado. Estoy hablando de algo artístico.

Amanda agarró a Terrell por la mandíbula y se la apretó hasta que se calló. Luego le acercó la cara a la de ella.

—Céntrate, Rex, y escucha atentamente. No soy un monstruo de feria. No soy un número de circo. Soy Amanda. Puede que sea algo diferente a la

mayor parte de la gente, pero lo único que quiero es llevar una vida normal. No quiero que nadie invada mi vida privada, así que déjame en paz o ahora mismo cojo un cuchillo de untar mantequilla y practico contigo la operación que decidí no hacerme yo. ¿Entendido?

Apartó a Terrell de un empujón y éste se frotó la mandíbula.

—Vaya, vaya. —Miró a Stride—. Es una bestia. Pero me gusta, me gusta de verdad.

—Tal vez ahora podamos ir al grano —dijo Stride.

—Oh, por supuesto. Aquí me huelo una historia. ¿MJ asesinado? Quiero el material.

Stride negó con la cabeza.

—Nada de historias, Rex. Esto es extraoficial, y la conversación va en un solo sentido. Tú nos dices lo que sabes sobre MJ.

—Empieza por explicarnos dónde estabas el sábado por la noche —añadió Amanda.

—¿Pensáis que yo lo maté? Qué excitante. Pero no. David y yo llegamos al Gipsy a las diez y estuvimos allí toda la noche. —Le guiñó un ojo a Amanda—. Puedes llamar a David y comprobarlo si quieres, pero que no lo haga tu compañero, porque David tiene debilidad por los tíos fuertes y silenciosos.

—MJ —insistió Stride.

—En fin, ¿qué puedo decir?

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Stride.

—Me llamó después de que saliera el artículo. Muy disgustado. Pero quién le culparía, ¿no? Quiero decir, si fuese mi padre...

—¿Qué artículo? —quiso saber Amanda.

Terrell se llevó una mano al corazón.

—Lo mejor que he publicado en *LV*. Estaba seguro de que recibiría amenazas de muerte, pero ni una. Qué decepción. Sin embargo, dije nombres y nadie más lo hizo. Dos nombres importantes en especial: Walker Lane y Boni Fisso.

Stride se acordó: había un número de la revista *LV* en la mesita de noche de MJ, debajo del periódico con la historia sobre la demolición.

—¿Y de qué iba ese artículo? —preguntó Stride.

—Se llamaba «El feo secreto del Sheherezade». ¿Te vale de pista?

—MJ llamó a su padre asesino —dijo Stride—. ¿Es eso lo que decías en tu artículo?

—Así es. Un escándalo, ¿eh?

—Hemos hablado con Walker Lane. Dice que tú le metiste ciertas ideas en la cabeza a MJ.

—¿Hablasteis con Walker? ¿Y me mencionó a mí? Oh, eso es demasiado. Me preguntaba si le habría llegado algo. Walker Lane hablándole a la gente de Rex Terrell. Dios, David flipará con esto.

Stride y Amanda intercambiaron una mirada exasperada.

—Cuéntanos la historia —dijo Stride—. La versión abreviada, por favor.

Terrell asintió. Agitó su copa vacía hacia la camarera.

—El Sheherezade fue el primer gran local de Boni Fisso —dijo—. Eso sí que era Las Vegas de verdad. Como esto, el Battista's. Auténtico. Es decir, si te fijas en los bares que hay ahora por aquí, la mayoría es un engaño. Tienen sus fotos de famosos, claro, pero sólo salen Tara Reid y Lindsay Lohan, y de hace diez años; la gente las ve y pregunta quiénes son. Sinatra era auténtico. Alan King. Rose Marie.

—Rex —le advirtió Stride entre dientes.

—Es decir, yo soy hijo de Las Vegas —continuó Terrell—. ¿Cuántos hay así? Nacido y criado. Soy auténtico. Hoy en día todo el mundo es de California.

Amanda cogió un cuchillo de postres y empezó a dar golpes con él contra la palma de su mano. Terrell se puso pálido.

—Muy bien, muy bien. Por vosotros, me ahorraré lo mejor. En 1967, el Sheherezade era el mejor local de la ciudad. Junto con el Sands. Parte del éxito de ese antro era el espectáculo, ¿sabéis? Tenían una bailarina increíble: Amira Luz. Una belleza española, cabello negro, todo un carácter. Una absoluta máquina sexual, y no miento. Hacía un número de desnudo que llenaba todos los asientos, hasta los topes todas las noches. En aquella época había un montón de tetas saltando por los escenarios, pero todas eran del montón, mortalmente aburridas. Amira hacía un baile de flamenco y se

desnudaba como una puta de mil dólares. Brutal.

—¿Y? —preguntó Stride.

Terrell se inclinó hacia delante y murmuró:

—Pues que una calurosa noche de julio encontraron a Amira en el fondo de la piscina de la suite preferente, en la terraza del Sheherezade. Alguien le había roto el cráneo.

—¿Y piensas que fue Walker Lane?

—Sin duda. Entonces todo el mundo lo sabía, pero nadie estaba dispuesto a soltar prenda, no en esa época. —Terrell enlazó el dedo índice con el corazón—. Boni Fisso y Walker Lane estaban así de unidos. Walker era el mejor cliente de Boni. Iba al casino cada fin de semana y se alojaba en la misma suite preferente donde Amira fue asesinada. Era un juerguista, nunca tenía bastante de Las Vegas y le gustaba codearse con el crimen organizado.

—Eso no quiere decir nada —dijo Amanda.

Terrell adoptó una expresión de falsa sorpresa.

—Oh, vamos, no te hagas la inocente conmigo. Hablé con gente que vio a Walker en el casino ese fin de semana, aunque la versión oficial es que no estaba en la ciudad. No estaba en su suite. Venga ya. Walker era como un perro en celo. Quería engancharse en la pierna de Amira y luego ir subiendo hasta su coño. La gente me contó que estaba obsesionado por ella, pero a Amira no le interesaba y le dio calabazas. La cosa es que a Walker no le apetecía escuchar un «no» en boca de una bailarina española de striptease. Muerta y al agua.

—Al parecer, no es eso lo que pensó la policía —dijo Stride—. Nunca arrestaron a Walker.

Terrell suspiró con dramatismo.

—¿La policía? Eso fue en 1967, detective. ¿Crees que Boni no era capaz de ahuyentar a la policía? Bah. El detective encargado del caso era Nick Humphrey, y Boni tenía a Nicky en el bolsillo. Todo el mundo lo sabía. Así que Boni hizo desaparecer a Walker de la ciudad. El tío se fue a estilo de Roman Polanski y dejó el maldito país^[16]. Y Nicky miró hacia otro lado. ¿Un asesino en una suite preferente? Por el amor de Dios... ¿Cuántas posibilidades había? En cambio, la policía concluyó que había sido obra de

algún fan que se había colado en el jardín desde el área de mantenimiento del tejado y la mató.

—¿Qué estaba haciendo Amira en la suite? —preguntó Amanda.

—El caso es que había seducido a uno de los recepcionistas para que le dejara una llave, y le gustaba subir ahí a nadar desnuda después del espectáculo, cuando la suite no estaba ocupada. De nuevo, la versión oficial. Es decir, como si lo fuera.

Stride sacudió la cabeza.

—¿Pusiste todo eso en tu artículo? Prepárate para un pleito, Rex.

—Oh, hicimos que un abogado leyera cada palabra —replicó Terrell, poniendo los ojos en blanco—. Añadimos un montón de «quizás» y «supuestamente» y otras palabras igual de escurridizas. Y en cualquier caso, ¿crees que Walker desea que esta historia se extienda a base de demandas? Yo creo que no. Walker quiere que todo esto desaparezca. Igual que Boni, para poder levantar su nuevo palacio del bacará y los ojos sesgados.

—¿Y qué hay de MJ? —preguntó Amanda—. ¿Cómo encaja en todo esto?

—Un momento, guapa, que me vibra el culo. Jodido móvil. Te juro que me llaman tan a menudo que podría llegar al orgasmo si me lo guardara en los calzoncillos. —Se sacó un teléfono fino como un pan de hostia del bolsillo de atrás y miró quién llamaba—. Oh, ella otra vez. No importa, es una agente de prensa. Una rubita que nunca tiene una verdadera historia que vender. Seguro que se folla a sus clientes.

—Rex, se nos está acabando el tiempo —dijo Stride.

—Tranqui, detective. Como he dicho, MJ me llamó en cuanto leyó el artículo. Me preguntó por mis fuentes y no se las di, claro; sólo le sugerí que consultara los archivos de la biblioteca. En aquella época casi todo quedó desterrado a las columnas de cotilleos, siempre que pudieras leer entre líneas. Nada más que chismes. Me preguntó si yo pensaba que su padre había matado a la chica, y sinceramente le dije que sí. Fin de la conversación.

—Pero le llamaste y dejaste un mensaje el día que murió —dijo Stride.

—Claro que sí. En mi trabajo, yo te doy un poco a ti y tú me das un poco a mí. Lo que me recuerda que a vosotros os estoy dando mucho, chicos, así

que no os olvidéis de vuestros amigos. Pensé que MJ me proporcionaría algún trapo sucio de Karyn Westermarck, pero en fin, alguien se lo cargó antes.

—¿Y tienes alguna idea de quién quería verle muerto? —preguntó Amanda.

—¿Aparte de Walker y Boni? —sonrió Terrell—. No, MJ parecía un famoso bastante decente. Más bien soso, si me lo preguntáis. Aunque la meneaba mucho por ahí, así que a lo mejor tendríais que buscar a algún marido celoso.

—¿Como quién? —preguntó Stride.

—Bueno, todo lo que tengo son chismes. Rumores.

—Cuéntanoslos —dijo Amanda.

Terrell miró las demás mesas a su alrededor.

—Sé que la mujer de Moose Dargon, la pequeña camarera de veintitantos, se pasea con muchos famosos por el Oasis buscando rollo. Oí que había quedado muy impresionada con la actuación de MJ en la cinta de su sesión de sexo con Karyn. Es cierto que a Moose ya no se le levanta la salchicha, ni siquiera con Viagra. Y todos sabemos el temperamento que gasta Moose. En sus buenos tiempos, visitó todas las celdas del lugar por dar de puñetazos a la gente.

—Su mujer se llama Tierney, ¿no? —preguntó Stride.

Recordó que Karyn Westermarck ya la había mencionado como una de las amantes de MJ.

—Tierney —gruñó Terrell—. Bah, ¿qué ha pasado con los nombres corrientes? ¿Oísteis que a un actor de Hollywood le pareció lo máximo llamar Tinkle^[17] a su hija?

—¿Qué aspecto tiene Tierney?

—Morena, con el pelo un poco de plumero. Salió en *Playboy* el año pasado. Pechos como las pirámides de Egipto. ¿Sabes a qué clase me refiero?

Stride lo sabía. Comprendió que eran Tierney y sus pechos cónicos los que salían en el vídeo del apartamento de MJ. Se preguntó qué haría alguien como Moose Dargon si viera a su mujer fornicando ante la cámara y si eso bastaría para decidir contratar a un asesino profesional.

—¿Qué más puedes decirnos sobre Moose? —preguntó.

—Sigue siendo la hostia y media, incluso con un pie en la tumba —dijo Terrell—. Básicamente está retirado, pero sigue haciendo cosas de beneficencia, recaudando fondos para el gobierno, cosas así... Sus chistes son guarros, guarros, guarros; te mueres de risa.

—¿Aún tiene tanto temperamento?

A Terrell se le iluminó el rostro; se inclinó hacia delante y susurró.

—Oooh, ¿como para liquidar a MJ por metérsela a la pequeña Tierney? Es una idea deliciosa. Bueno, y también sería muy irónico, ¿sabes?

—¿Por qué? —preguntó Stride.

—Porque Moose era un habitual del Sheherezade en los sesenta. ¿Y a quién se follaba por aquel entonces? Nada menos que a Amira Luz.

Capítulo 12

Sawhill volvía a estar al teléfono con el gobernador Durand.

Stride y Serena se sentaron en las dos sillas que había delante de su extenso escritorio, mientras el teniente le lamía el culo al gobernador vía telefónica. Cordy estaba apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos. Amanda también se quedó de pie y Stride reprimió una sonrisa al verla jugar con Cordy: se iba acercando unos centímetros y éste, con aire apocado, se desplazaba un poco más allá, intentando mantener la distancia. Luego ella inspiró hondo hinchándose el pecho y estiró perezosamente los brazos hacia arriba. Cordy no pudo evitar mirarla.

Sawhill también vio el juego y chasqueó los dedos en su dirección.

—Ahora mismo tengo una reunión con mi equipo —le explicó Sawhill al gobernador, con voz informal y familiar—. No, no, le aseguro que esa línea de investigación está cerrada. Puede informar al respecto.

A Stride no le gustó cómo sonaba eso. Sawhill lo estaba mirando fijamente mientras lo decía, y él tuvo la intensa sensación de que estaban a punto de atarle las manos.

No era ningún secreto que Sawhill tenía grandes aspiraciones en el departamento, con un ojo echado al puesto de sheriff. Stride debía reconocer el mérito de Sawhill: el teniente conocía las reglas del juego y sabía qué contactos políticos iba a necesitar para ganar la partida. El sheriff actual ya había anunciado su jubilación para el año siguiente. Al menos dos veteranos de la Metro, mayores y más experimentados que Sawhill, habían dado voces de que lucharían por conseguir el puesto; pero nadie descartaba a Sawhill. La elección de un sheriff tenía más que ver con la promoción que con los votos,

y Sawhill se había pasado la última década cultivando amistades en las altas esferas. Y sobre todo, sabía que los titulares sobre asesinatos eran poco diplomáticos.

Sawhill colgó y cogió una copia de la edición del martes del *Sun* de Las Vegas.

—Tengo dos investigaciones por asesinato en primera plana —les dijo—. Al gobernador no le gusta. A mí no me gusta. Por eso os quería a todos aquí, para que me expliquéis lo que estáis haciendo para que estos casos desaparezcan de las portadas.

Lo dijo como si de algún modo a los cuatro detectives que había en la sala les gustara y estuvieran disfrutando con los focos de los medios de comunicación.

—Serena —continuó el teniente, bajándose sus medias gafas para poder mirarla por encima de la montura—, tú primero. Cuéntame lo del asesinato cerca de Reno y sí está relacionado con el atropello del chico de Summerlin.

—A una maestra de escuela llamada Alice Ford le seccionaron la garganta en su rancho —explicó Serena—. Jay Walling y yo estuvimos una hora y media con el marido de la víctima. No pudimos encontrar ninguna relación entre Alice Ford en Reno y la familia de Peter Hale en Summerlin. No hay ni el menor asomo de un móvil común a ambas víctimas.

—O sea que a lo mejor no hay conexión —concluyó Sawhill—. Estamos hablando de una arteria importante entre Reno y Carson City. Puede que parezca insignificante comparado con Las Vegas, pero miles de coches circulan cada día por esa carretera. El hecho de que el autor del atropello comprara *donuts* por ahí el mismo día que asesinaron a Alice Ford no significa que lo hiciera él.

—No me gustan las coincidencias.

—A mí tampoco, pero ocurren. Aparte del recibo que encontraste, no hay nada para enlazar los dos casos.

—Es cierto —admitió Serena.

—¿Y si fuese un asesino a sueldo? —sugirió Amanda desde el otro lado de la habitación—. Podrían ser dos trabajos independientes y tú te tropezaste con el hilo conductor.

—Claro, es posible —dijo Serena—. Pero ¿quién contrata a un profesional para matar a un niño de doce años y a una maestra de escuela jubilada?

Sawhill hizo un gesto con la mano para cortar la conversación.

—Que Reno se ocupe de Reno —le dijo a Serena—. El crimen que me concierne a mí está aquí mismo. ¿Qué más tienes?

Cordy se aclaró la garganta y luego chilló y saltó en el aire, como si hubiera mirado abajo y visto una tarántula trepándole por el pie.

—¿Y a ti qué te pasa, Cordy? —preguntó Sawhill.

Cordy se puso de color escarlata.

—Nada —murmuró—. Lo siento.

Stride vio que Amanda se esforzaba por mantenerse seria.

Cordy trató de recuperar la sangre fría.

—Nos dimos otra vuelta por el barrio, en Summerlin. Pensé que ahora que sabíamos que era un Aztek, podríamos refrescar algunas memorias. Es un coche feo como el culo, ¿quién no lo vería?

—¿Y? —preguntó Sawhill.

—Dimos en el blanco: una vecina recordó haber visto un Aztek azul estacionado al otro lado de la calle, pocos minutos antes del atropello. Lo que significa que nuestro hombre estaba al acecho: quería darle al chico.

—¿La testigo vio al conductor? —preguntó Sawhill.

Cordy negó con la cabeza.

—Estaba en el segundo piso. Ni siquiera vio si había alguien dentro del coche.

—¿Y qué es lo siguiente?

—Jay Walling me ha enviado un montón de recibos de la tienda que vendió esos *donuts* de crema —dijo Serena—. Compras con tarjeta de crédito en los dos últimos meses en que la persona pidió *donuts* y Sprite. Más otros clientes que estuvieron en la misma tienda en la hora siguiente a nuestro hombre. Podría obtener ayuda haciendo algunas llamadas.

Sawhill asintió.

—También estamos comprobando la investigación de otro atropello mortal en el suroeste, con otro niño involucrado —continuó ella—. A lo

mejor este tipo ya había hecho esto antes. Y estamos averiguando si algún pariente o amigo podía tener una cuenta pendiente.

—Sed discretos —les recordó Sawhill. Apuntó a Cordy con el dedo—. Tú también, Cordy.

Ambos asintieron. Stride sabía que él era el siguiente.

—Detective Stride, eres nuevo en este departamento —le dijo Sawhill—. En cambio, el gobernador Durand ya conoce tu nombre.

—Me siento halagado —replicó Stride en tono agradable.

Serena le dio una patada.

—No lo estés. Ha puesto algunos calificativos delante: Walker Lane le llamó quejándose porque tú parecías más interesado en un asesinato de hace cuarenta años que en descubrir quién mató a su hijo.

—Yo no sabía nada del asesinato de Amira Luz cuando hablé con Walker. Fue él quien nos llevó hasta Rex Terrell.

Sawhill resopló.

—Rex Terrell ha convertido la revista *LV* en el *National Enquirer*^[18]. Escribe basura y cotilleos. No tiene ningún papel en esta investigación.

—Pero hubo un asesinato en el Sheherezade.

—Sí, conozco ese crimen, detective.

—Me gustaría hablar con el detective que llevó la investigación entonces —dijo Stride—. Nick Humphrey. ¿Aún está vivo?

—Así es, pero sería una pérdida de tiempo. —Sawhill se inclinó hacia delante y se quitó las gafas—. Lo que seguramente olvidó de mencionar Rex Terrell es que el asesinato de Amira Luz quedó resuelto.

Stride titubeó; aún no había consultado los archivos sobre la muerte de Amira.

—Tiene razón, no lo sabía.

—El asesino se suicidó —replicó Sawhill resueltamente—. Era un acosador; un desempleado de Los Ángeles adicto al juego. Un mes después de que mataran a Amira Luz, lo encontraron colgado en su apartamento de Los Ángeles. Tenía fotografías de la chica colgadas por todo el dormitorio, y un recibo del Sheherezade de la noche del crimen. Supongo que Rex omitió este pequeño detalle.

Stride sintió que le ardían las mejillas.

—Hay cosas que siguen sin encajar. Terrell dice que habló con gente que vio a Walker Lane en Las Vegas aquel día. Y luego salió del país y apenas ha vuelto desde entonces. ¿Por qué?

—A lo mejor prefiere el beicon canadiense. A lo mejor siempre quiso ser de la policía montada. No tengo ni idea, ni me importa. Walker Lane no mató a nadie.

—MJ pensaba que sí.

—MJ se equivocaba. Rex Terrell también. Y tú también. No hay ninguna relación con la muerte de MJ, porque no hay ningún misterio. Sigue por otro camino. ¿Está claro?

Stride asintió.

—Perfectamente.

Pero las dudas persistían. Deseaba aceptar que Rex Terrell podía haberse montado una película para contársela a ellos, con más ficción que realidad. Si Walker Lane se hubiera visto perseguido por unos rumores tan desagradables tras la muerte de la chica, habría optado por abandonar la ciudad de todos modos, aunque fuese inocente. Pero una y otra vez había salido otro nombre en toda esa historia, como un patito de plástico imposible de hundir en el agua de la bañera.

Boni Fisso.

Boni, que era dueño del Sheherezade y tenía lazos tanto con Amira Luz como con Walker Lane.

Boni, que había invertido dos billones de dólares en el proyecto del casino Orient. «Algo por lo que matar».

Sawhill no era estúpido y leyó la mirada de Stride.

—No pareces convencido, detective, así que dime: ¿qué relación podría haber entre la muerte de Amira Luz y el asesinato de MJ Lane?

Stride sacudió la cabeza.

—No se me ocurre nada —admitió.

—Bien. Busca una teoría más plausible para el crimen. Y realmente espero que encuentres una.

—Sabemos que MJ tenía una aventura con Tierney Dargon —dijo Stride.

—¿La mujer de Moose?

Stride se preguntó cuántas Tierney Dargon podía haber en Las Vegas.

—Había un vídeo en el apartamento de MJ donde salían los dos juntos. Nos han hablado de ello tanto Karyn Westermarck como Rex Terrell, así que era algo sabido.

Sawhill se recostó en su silla y tiró de su barbilla puntiaguda.

—Moose es un salvaje. Siempre lo ha sido. Yo no descartaría que sea capaz de montar en cólera y matar a alguien. Ha estado cerca varias veces.

—Salvo que no fue un arrebato —señaló Amanda. Avanzó y se apoyó en el escritorio—. Fue un crimen planeado.

—Y a no ser que haya rejuvenecido varias décadas y haya perdido unos cuarenta kilos, el asesino no fue Moose en persona —dijo Stride.

—Podría haber contratado a alguien —dijo Sawhill—. ¿Hablaréis con Tierney?

Stride asintió.

—¿Y los vídeos grabados por el casino? ¿Hay alguna otra imagen del asesino?

—Si estuvo allí, no tenía el mismo aspecto que el sábado por la noche —contestó Stride.

—Muy bien, mantenedme al corriente.

Los despidió con un ademán y volvió a descolgar el teléfono. Con la otra mano agarró la bola antiestrés de color rosa de su escritorio y la estrujó. Stride se preguntó si sería más delicado con los pechos de su mujer.

—Quiero a vuestra gente en estos casos día y noche. Hacedlos desaparecer de primera plana o coged a los autores. Y Stride, no quiero que vuelvas a hablar con Walker Lane sin consultarlo conmigo.

—Entendido —dijo Stride.

Los cuatro salieron disparados por la puerta y Stride la cerró detrás de él al marcharse. Cordy le lanzó una mirada asesina a Amanda, que le guiñó el ojo y le hizo una pequeña seña doblando el meñique. Él se marchó hecho una furia.

—Por cierto, ¿qué le has hecho? —preguntó Stride.

Amanda soltó una risita.

—Le he pellizado el culo.

Capítulo 13

Amanda condujo en dirección al sur de McCarran y aparcó en un sitio desde el que podía observar los aviones que aterrizaban en la pista 25 izquierda. Había optado por el viejo Toyota en lugar del Spyder, que reservaba para los fines de semana y los viajes por carretera. Sintonizó en la radio la frecuencia de la torre y escuchó el parloteo entre pilotos y controladores de tráfico aéreo. Estaba previsto que el vuelo de Tierney Dargon desde San Francisco aterrizara en media hora.

Había unos cuantos fanáticos de los aviones aparcados por ahí. Algunos elaboraban listas de control de las entradas y salidas de los vuelos y las marcaban a medida que veían venir y marcharse aviones. Amanda no llegaba a ese punto. A ella simplemente le gustaba sentarse allí con un café con leche y un cigarrillo. Ya no fumaba a menudo, pero cuando venía aquí se permitía un pitillo y guardaba el paquete en la guantera para tales ocasiones. Había algo en el humo, el café azucarado, el rugir de los motores y el olor a gasoil que hacía que el tiempo se detuviera, como en una especie de hipnosis por la que su mente podía divagar. Ni siquiera traía a Bobby. Éste era su lugar.

Lo había descubierto cuando llegó a la ciudad desde Portland, hacía cinco años. Fue cuando aún era Jason Gillen, un espabilado policía de Oregon que se convirtió en un espabilado policía de Las Vegas. Fue cuando pensaba en suicidarse. Recordaba haber estado ahí sentado con su arma en el asiento de al lado, preguntándose si tendría las agallas de hacerlo y comprendiendo finalmente que huir no era una cuestión de agallas. Lo valiente era quedarse ahí y plantar cara a la gente que tenía miedo de ella porque sus piezas estaban montadas de forma distinta a la de los demás.

Así que Jason murió y nació Amanda.

Se quitó el cigarrillo de la boca, exhaló una estela de humo por la ventana y sonrió al ver la marca del pintalabios en el papel blanco.

La gente siempre pensaba que era una cuestión de sexo. Que para ser ella, para ser como era ella, había que ir por el lado salvaje de la vida. Que sólo podía hacerle eso a su cuerpo, engullendo hormonas cada día, si estaba obsesionada por el sexo. Nunca la creían cuando les explicaba que en el fondo ella y Bobby eran bastante conservadores, dentro y fuera del dormitorio. Eran los demás los que estaban obsesionados por el sexo. Los que se excitaban con ella. Los que se ponían cachondos. Tanto hombres como mujeres. Querían saber lo que hacía, en qué posición y con qué frecuencia. Querían verla. Probarla.

Lo peor eran los hombres del cuerpo de policía. Gente como Cordy. Ella crispaba sus nervios varoniles; les asustaba tanto la posibilidad de que los excitara, que huían de ella como de la peste. Antes le molestaba, pero ahora se reía de ello. Era su modo de demostrarles que tenía agallas, que no iba a esconderse. Y a lo mejor también era una pequeña y dulce venganza.

Sabía que los chistes no habían cesado, sólo que ahora eran soterrados porque el jefe había ordenado a los demás agentes que se calmaran. Los acuerdos de siete cifras eran una buena forma de hacer que la gente se comportara, al menos delante de ella. Pero nadie la quería tener cerca. La ignoraban, hablaban a sus espaldas y habían esperado que cogiera su dinero y se largara. Les jodió que se quedara.

Le había preocupado lo de Stride. Podía soportar a los otros la mayor parte del tiempo, pero un mal compañero podía amargarte la vida. Y lo peor es que venía del interior, del medio oeste. Tenía a los de provincias por gente de mente estrecha y cargada de prejuicios. Se imaginó que la miraría como a un extraterrestre. Pero Stride la sorprendió. Entendía qué había visto Serena en él. Era atractivo, de eso no cabía ninguna duda, pero además daba la sensación de tener un alma con kilómetros de profundidad. Una vez superado el asombro, sencillamente la trató como a una persona. Tenía curiosidad — todo el mundo la tenía—, pero Amanda se sintió respetada por lo que había en su cerebro y no entre sus piernas.

Era poco común.

Al otro lado de la valla, un Southwest 737 viró hacia arriba grácilmente y se elevó rumbo al cielo. Amanda sabía que la mayor parte de las personas que había a bordo regresaban a sus casas, con los bolsillos ligeros, dejando tras de sí aquel mundo de fantasía y volando hacia la realidad. A ella le parecía la libertad. Tal vez algún día cogiera realmente el dinero, se subiera al Spyder con Bobby y echara a correr. No porque no pudiera soportarlo, sino porque quería estar en algún lugar donde no la conociera nadie, donde no la mirasen.

Y Bobby se lo merecía. Seguramente no le contaba ni la mitad de la mierda que aguantaba por vivir con ella, o los insultos que recibía. Pero permaneció a su lado y durmió con ella durante más de tres años. Amanda había evitado acostarse con él durante meses mientras salían, porque daba por supuesto que lo perdería en cuanto descubriera la verdad. Cuando finalmente se lo dijo, lo perdió, al menos durante un par de semanas, las que tardó él en comprender lo que sentía. Luego había vuelto y allí se había quedado, sin pedirle ni una sola vez que fuese nada más que lo que era.

Amanda nunca había querido someterse a la operación de cambio de sexo, dar el paso final. Le daba miedo que las cosas salieran mal, que las piezas no funcionaran, quedarse sin sensibilidad sexual o algo así. No lo necesitaba para definirse como mujer. Aunque quería hacerlo por Bobby, para ser un poco más «normal» para él. Salvo que él decía que no, que no lo hiciera si no era por sí misma. Y lo amaba por eso.

Sonaba tan atractiva la idea de escapar algún día con él, de huir de toda esa crueldad... San Francisco tal vez, de donde iba a llegar Tierney. Ahí nadie la miraría dos veces. No en la ciudad de los gais.

Amanda arrojó la colilla fuera del coche. Se rió de sí misma y sacudió la cabeza. Era tan culpable de fantasear como esa gente del avión, pues lo cierto era que nunca se marcharía.

La radio crepitó: la 1580 estaba despejada para el aterrizaje.

Amanda puso el motor en marcha. Tierney Dargon volvía a casa.

Localizó a Tierney en la zona de recogida de equipajes, apartada de la

multitud y con el teléfono apesado entre el hombro y la oreja. Era mona y flaca como un palo, con un top holgado de color rosa que le permitía balancear los pechos y con pantalones ajustados. Pero aparte de su cuerpo de Las Vegas, no se esforzaba demasiado en parecer glamourosa. Llevaba el pelo castaño suelto sobre los hombros en un amasijo de rizos. No se había puesto maquillaje ni joyas, excepto por una pulsera de oro que hacía girar de forma nerviosa alrededor de la muñeca con la otra mano. El blanco de sus ojos tenía una aureola rojiza.

Amanda empezó a acercarse, pero halló su camino bloqueado por un gigante samoano con camisa hawaiana, obviamente un guardaespaldas. Mostró su insignia con discreción. El hombre le pidió que esperase y luego avanzó con torpeza hacia Tierney y le susurró algo al oído. La chica escudriñó a Amanda, le murmuró algo al samoano y volvió a su teléfono móvil.

—La señora Dargon se pregunta si podría hablar con usted en la limusina —le dijo el guardaespaldas a Amanda—. Está esperando fuera. Lleva una foto del señor Dargon en la puerta.

Amanda se encogió de hombros.

—Muy bien.

Encontró la limusina sin problemas. Era evidente que el samoano le había dicho algo por radio al conductor, que la estaba esperando con la puerta abierta. Tenía algo más de sesenta años y saludó a Amanda dándose un ligero toque en la gorra negra cuando ésta entró.

—Hay champán si le apetece —le dijo—. Y también tenemos bollos, pero no coja el de avena con arándano: es el favorito de la señora Dargon.

Amanda sonrió.

—¿Come hidratos de carbono?

El conductor se rió, aunque sin contestar, y cerró la puerta con Amanda dentro.

Nunca había estado en una limusina. Su culo se deslizó por todo el asiento de piel intentando ponerse cómoda. Hacia la parte de delante del coche había un televisor instalado en una esquina, con equipo estéreo y reproductor de DVD en los estantes de abajo. Había un vídeo de rap puesto,

sin sonido. La esquina opuesta incluía un frigorífico y una bandeja circular de cristal con dulces, fruta, una botella abierta de champán y una jarra de zumo.

Amanda vio un retrato de Moose Dargon sobre terciopelo negro, bordado en el asiento del medio, a su izquierda. Parecía veinte años más joven, con un pelo negro salvaje y ondulado, cejas de oruga y una nariz en forma de bulbo y con venas rojas. Amanda chasqueó la lengua, incrédula. Elvis aún estaba en esa limusina.

Optó por sentarse encima de la cara de Moose para lograr algo de adherencia con el terciopelo. Había una serie de cajones de madera empotrados en la mitad inferior de los asientos; echó un vistazo por la ventanilla y luego abrió un cajón entre sus piernas.

Vaya sorpresa. Drogas. Y un paquete de seis de condones. Amanda sacó el sobre de cocaína.

Notó que el vehículo se sacudía cuando salió el conductor. Unos segundos después, la puerta trasera se abrió y Tierney se deslizó dentro. Tomó asiento enfrente de Amanda y se apartó los rizados de la cara. No estaba sonriendo.

—Se trata de MJ, ¿no?

Tenía una voz de niña que la hacía parecer aún más joven de lo que era.

Amanda asintió.

—Lo siento, seguro que estoy horrible —se disculpó Tierney—. Me ha afectado mucho lo que ha pasado.

—Tienes buen aspecto.

Tierney le dedicó una sonrisa tímida.

—Eres muy amable.

Era increíble, pensó Amanda. En Las Vegas, ni siquiera el asesinato era una excusa para no estar perfecto.

—Supongo que encontrasteis el vídeo —añadió Tierney.

—Sí, lo encontramos.

—Dios, no entiendo por qué fui tan estúpida. Pero MJ pensó que sería excitante grabarlo. Moose me va a matar.

Amanda alzó una ceja.

—He oído decir que tiene mucho carácter.

—No, no, no lo digo en el sentido literal. Moose no me pondría la mano encima. Pero se sentiría triste y humillado. Yo no pretendía eso.

Estaba a la defensiva. Amanda decidió ir por otro camino.

—¿Cuándo te marchaste a San Francisco?

—El domingo por la mañana, en cuanto me enteré de lo de MJ. Mi familia vive allí y le dije a Moose que quería pasar unos días con mis padres. Pero sobre todo he estado en un hotel del centro, llorando. No quería que Moose me viera de ese modo. Se preguntaría el motivo.

Estaba al borde de las lágrimas. Amanda se dio cuenta de que Tierney no era una persona fría como Karyn Westermarck. Aquella chica sentía algo por MJ.

—¿Estabas enamorada de él?

—¿De quién, de Moose? —preguntó Tierney, sin comprender—. Por supuesto. Sé lo que piensa todo el mundo: que él quería a un bomboncito colgado del brazo y yo quería su dinero. No es así. Nos preocupamos el uno por el otro.

—Tiene un montón de dinero —subrayó Amanda.

Moose vivía en Lake Las Vegas, un complejo vallado al otro lado de las montañas.

—Claro, pero yo no veo nada de eso. Estoy con él porque es dulce y cariñoso y me trata bien. Yo no era nada antes de conocerle.

—¿Y qué me dices de MJ?

Tierney se quedó largo rato con la mirada absorta en la pantalla del televisor antes de decir algo.

—Tengo veinticuatro años, ¿vale?

Lo dijo como si eso bastara para explicarlo todo.

—Tienes fama de ir a muchas fiestas. Y de tener muchos rollos.

—Pues eso es una gilipollez. Sólo me he acostado con un par de tíos. Y últimamente sólo con MJ.

Amanda se preguntó por el paquete de condones que había justo debajo de sus pies.

—¿Moose sabía lo de MJ? ¿O lo de los otros?

—Él es más bien del tipo «no me preguntes y no me cuentes». Él sabe

que hay cosas que no puede darme.

—Pero ¿y si lo descubriera? En su época, Moose mandó a más de uno al hospital.

—¡Eso fue hace años! Ahora tiene casi ochenta, por el amor de Dios.

—Pero ¿contrataría a alguien para enviar un mensaje? Puede que no te hiriera a ti, pero ¿y a MJ?

—¿Piensas que Moose hizo que mataran a MJ? —Tierney sacudió la cabeza con vehemencia—. Ni hablar. En primer lugar, no haría una cosa así. Ya te he dicho que tenemos un acuerdo. Y en segundo lugar, no sabía lo de MJ.

—Vamos, Tierney —la regañó Amanda—. No seas ingenua. La gente lo sabía. No te reconocimos en el vídeo, pero le preguntamos a alguien con quién podía estar acostándose MJ y tu nombre fue el primero que salió.

Tierney abrió la boca de par en par.

—Oh, mierda. No puedo creerlo.

—¿Querías a MJ?

—¿Quererle? Sí, un poco, supongo. Yo no me acuesto con gente que no me importa, a pesar de lo que pienses.

—Bueno, pues si Moose creyó que sentías algo por MJ, eso podría haberle hecho sentir muy vulnerable. Podría haber pensado que le dejarías.

—Te equivocas —insistió Tierney—. Moose sabe que yo nunca haría eso. Está enfermo. Cáncer. No le queda mucho tiempo, y sabe que yo estaré a su lado. MJ era... en fin, sí que pensé un poco en el futuro. En el después.

Amanda tenía dificultades para decidir si Tierney era una chica dulce y solitaria o una astuta cazafortunas con la mirada puesta en el premio gordo. Si estaba fingiendo, lo hacía muy bien.

—¿Sabías lo de Karyn Westermarck? —preguntó Amanda.

Tierney apretó sus labios carnosos hasta que formaron una línea fina.

—Sí.

—¿Te molestaba?

—Una vez hicimos un trío. Me volvió loca. No quise volver a hacerlo. Aunque MJ sí quería.

—¿Estuviste con MJ el sábado por la mañana?

Asintió.

—Y el viernes por la noche también.

—¿Por qué te marchaste el sábado?

—Tenía que ir a un sitio con Moose el sábado por la noche. Una fiesta.

—¿Adónde? —preguntó Amanda. Apuntó los detalles a medida que Tierney se los iba contando—. ¿Estuviste con Moose todo el tiempo? ¿Hizo o recibió alguna llamada a través de su móvil?

Tierney negó con la cabeza.

—Estuvo haciendo relaciones públicas. Era una cosa política para el gobernador. Ya sabes, vuelve a presentarse como candidato. Yo estuve con Moose toda la velada.

—¿Sabías que esa noche MJ estaba con Karyn?

—Lo suponía —dijo Tierney con tristeza.

—Pareces celosa.

Tierney se enrolló un rizo alrededor del dedo y jugueteó con él.

—Karyn es de primera división, eso ya lo sé. Yo sólo soy una camarera de cóctel que estaba en el lugar adecuado en el momento justo. Intento encajar con MJ y su gente, pero en realidad no lo consigo. Sé que se ríen de mí.

—Y entonces ¿por qué sales con ellos?

—¿Con quién si no? Mis viejos amigos no pueden tratar conmigo tal como soy ahora. A causa de Moose. Ya sabes, vivir junto al lago, los guardaespaldas, la limusina... No importa que siga siendo la de antes. Si eres joven y tienes dinero, simplemente acabas en el Oasis. Y en esa pandilla hay los pequeños grupitos de siempre. Es como el instituto.

—¿En qué grupo estaba MJ?

—En el de Karyn. Así le conocí. Hace unos seis meses él estaba en el casino con Karyn, que estuvo muy simpática conmigo. Más tarde me di cuenta de que era porque quería que me fuera a la cama con ellos. A mí me gustaba MJ, así que lo hice. Después de eso empezamos a salir, sólo nosotros dos.

—¿Cómo le sentó eso a Karyn?

Tierney se encogió de hombros.

—No creo que le importara. Seguía acostándose con MJ siempre que quería. —Había un asomo de amargura en su voz.

—Karyn dice que MJ estaba pensando en dejarte —dijo Amanda.

Tierney se asombró.

—¿Eso dijo? Ni hablar, no me lo creo. MJ no habría hecho eso.

—¿Tienes alguna idea de quién podía querer matar a MJ?

—No, ninguna —dijo Tierney—. No puedo imaginármelo. Pero Moose no, definitivamente.

Amanda preguntó:

—¿Sabes si MJ tenía algo que ver con Boni Fisso? ¿Si se conocían?

—¿Boni? No, que yo sepa. Nunca lo mencionó.

—¿Qué me dices de Moose? ¿Conoce a Boni?

Tierney asintió.

—Pues claro. Moose siempre actuaba en el Sheherezade en los viejos tiempos.

Amanda no estaba segura de que eso significara algo. Pero Moose era un hombre imprevisible, a pesar de su edad y su estado de salud. Si alguien como él quería contratar a un asesino a sueldo, era fácil imaginárselo hablando con Boni.

Le dio las gracias a Tierney y se dispuso a abrir la puerta de la limusina. La chica le agarró el brazo con suavidad. Era una mano pequeña.

—¿Es necesario que todo esto se haga público? Me refiero a lo mío con MJ.

—No puedo prometerte nada —dijo Amanda—. Y como ya he dicho, es un secreto a voces.

Tierney asintió y dirigió la mirada al cajón del otro lado de la limusina, que no estaba cerrado del todo. Volvió a mirar a Amanda y luego apartó otra vez la mirada.

—Has cogido mi mierda, ¿eh?

—Sí —le contestó Amanda—. Aunque no soy de antivicio. Lo tiraré. No es asunto mío, ¿sabes?, pero tú no pareces hecha para el carril rápido, Tierney. Quizá deberías pensar en hacer algunos cambios.

—Gracias. —Tierney lanzó una mirada hastiada a su alrededor y dibujó

una media sonrisa—. Lo creas o no, hay una parte de mí que piensa que ojalá aún estuviera sirviendo copas en el Venetian. A veces es más fácil estar fuera, mirando.

Stride se recostó en su incómoda silla de madera y estiró los brazos. Le dio un tirón en los músculos agarrotados de su espalda que le dolió. Notó un dolor detrás de los ojos y los cerró, con la esperanza de aplacar el martilleo que sentía en la cabeza. Llevaba tres horas leyendo microfichas, parpadeando ante imágenes borrosas de hacía cuarenta años, sintiéndose transportado a 1967. El año en que Amira Luz fue asesinada. Era raro ver los titulares de los periódicos de aquella época sabiendo cómo había acabado la historia. Las chicas jóvenes de los anuncios ahora eran ya viejas. Había una fotografía de Robert Kennedy. Todo el mundo llevaba un cigarrillo asomando entre los labios.

Las cosas no eran tan distintas entonces. Las Vegas flotaba más allá del tiempo, corrupta y en cierto modo incorruptible. Vio artículos sobre lo mal que lo pasaban los negros en el norte de la ciudad, y unas páginas después anuncios de los artistas negros que triunfaban en el Strip. Vio nombres del pasado en su momento de apogeo: Red Buttons, Milton Berle, Ann-Margret... Las minifaldas estaban de moda. La última película de Bond, *Sólo se vive dos veces*, se exhibía ese verano en cartelera. Connery era lo máximo.

Trató de imaginarse cómo sería vivir en esa época, formar parte de aquellos días. Desde la distancia parecía anticuado, como los dibujos de modelos a lápiz y las fotografías con colores difuminados. Sofisticado pero naíf. Sintió la atracción de la nostalgia, el anhelo de los viejos tiempos. Pero la nostalgia por las épocas pasadas no era más que tristeza.

Los viejos tiempos tampoco fueron tan buenos. Vio titulares sobre huelgas de trabajadores y escándalos sobre sobornos. La muerte de un líder de la *Cosa Nostra* en Nueva York, a miles de kilómetros, ocupaba la primera plana en Las Vegas. Los rumores sobre los asuntos más turbios compartían periódico con la magia negra de Frank, como sombras de nubes que van pasando en lo alto.

Cogió una copia del primer artículo que había impreso. Estaba fechado el 18 de junio:

REGRESO TRIUNFANTE DE AMIRA

Tras un paréntesis de seis meses en el barrio parisino de Montmartre, la bailarina española Amira Luz recibió una clamorosa bienvenida el sábado por la noche en su regreso al Sheherezade, donde una multitud asistió a la presentación de su nuevo y atrevido espectáculo, que lleva por título *Llama*.

Al igual que otros shows tan en boga ahora en los escenarios de los casinos, *Llama* incluye un conjunto de chicas en topless espléndidamente ataviadas, así como un desenfrenado número cómico a cargo del veterano del Strip Moose Dargon. Pero Luz es la estrella. Su momento cumbre es un striptease flamenco, con el escenario iluminado por docenas de velas y una guitarra solista que la acompaña mientras ella se despoja de su traje de color rojo intenso..

Stride recuperó otro artículo, éste de la tercera semana de julio. Amira ocupaba la primera plana:

EL ASESINATO DE UNA BAILARINA CONMOCIONA EL STRIP

La policía de Las Vegas ha confirmado hoy que Amira Luz, la estrella del espectáculo *Llama* en el Sheherezade, fue asesinada el viernes por la noche en una suite de lujo del popular casino. Aunque la policía ofreció pocos detalles, fuentes próximas al casino aseguran que la bailarina fue encontrada a primera hora del sábado por la mañana en la piscina de

la terraza, con el cráneo aplastado. Luz fue vista por última vez el viernes sobre el escenario, en su actuación en *Llama*.

El detective Nicholas Humphrey no quiso especular sobre el móvil del crimen o sobre posibles sospechosos. En una declaración preparada, el propietario del casino Boni Fisso expresó su «profunda tristeza» por la muerte de Luz y garantizó su «absoluta cooperación con la policía para encontrar al perturbado que profanó nuestra propiedad con el fin de perpetrar este crimen atroz».

Un día después de la muerte de Luz, Boni ya estaba allanando el terreno para cargarle las culpas a algún forastero. Stride quería hablar con Nick Humphrey.

Al releer el artículo, Stride sintió que unas manos experimentadas le masajeaban los hombros. Alzó la mirada hacia Serena, que se agachó y acercó su cara a la de él.

—¿Es ésta tu idea de una cita para almorzar? —le preguntó—. ¿La biblioteca?

—Tú no pares —le pidió Stride—. Me gusta.

Los dedos de Serena continuaron amasando y separando los tejidos de su espalda. Miró los artículos periodísticos por encima del hombro de él, así como la pila de cajas con microfichas.

—A lo mejor lo entendí mal —quiso provocarlo—. ¿No había dicho Sawhill que el caso estaba cerrado?

Stride sonrió.

—¿Lo dijo? Creo que me despisté.

Serena arrastró otra silla sobre la alfombra gris desgastada y la colocó al lado de él. Stride notó que varios de los hombres que había en la biblioteca la miraban. Casi todos los visitantes de aquella hora eran hombres, desempleados con vaqueros y gorras de béisbol. Algunos convertían la lectura del periódico en todo un acontecimiento. Otros se limitaban a contemplar el vacío.

—¿Has encontrado algo? —preguntó ella.

Stride se encogió de hombros.

—Tienes que leer entre líneas: casi todo son rumores e insinuaciones. En esa época había una columna de cotilleo que dejaba caer algunas indirectas muy claras. Creo que es de ahí de donde Rex Terrell sacó tantos detalles para su artículo de la revista.

—No me malinterpretes, Jonny —le dijo Serena—: Confío en tu instinto, pero no estoy segura de ver la relación. No entiendo cómo se puede coger un asesinato de 1967 que en principio estaba resuelto y trazar una línea que lo lleve hasta hoy, a la muerte de MJ.

—Puede que no —admitió Stride—. Puede que no haya nada. Pero yo soy como tú: no me gustan las coincidencias.

—¿Por ejemplo?

Stride se recostó en su silla.

—Esto es lo que tengo: MJ empieza a meter las narices en el asesinato de Amira Luz porque lee en la revista *LV* ciertas acusaciones que señalan que fue su padre quien la mató. Poco después, es el propio MJ quien acaba asesinado. El asesinato de Amira tuvo lugar en un casino propiedad de Boni Fisso, quien podría o no tener contactos con el crimen organizado y que este año va a comenzar las obras de un proyecto de dos billones de dólares. ¿Lo estoy haciendo bien?

—Soy toda oídos —dijo Serena—. Primera pregunta: ¿quién era Amira Luz y por qué la mataron?

Stride asintió.

—Amira era una bailarina de striptease, y muy buena, según las crónicas. Decían que era española, pero he encontrado una biografía que dice que en realidad sólo lo era a medias. Su padre era un diplomático español y su madre era una rubia explosiva, hija de un congresista de Texas. Cuando Boni Fisso abrió el Sheherezade a finales de 1965, Amira era un bomboncito de veintiún años, que formaba parte de un espectáculo construido alrededor de un cómico. ¿Adivinas quién?

—Moose Dargon —acertó Serena.

—Exacto. Otra interesante coincidencia. En cualquier caso, Amira fue todo un éxito. Para mayo de 1966 ya tiene su propio espectáculo, al estilo del

Lido^[19], animado por un coro de chicas. Hacia finales de año, Amira se larga seis meses para bailar en París. O tal vez se va allí para pensar en su próximo número. Sea como sea, hacia junio de 1967 Amira vuelve al Sheherezade de Las Vegas con un espectáculo completamente nuevo titulado *Llama*, y tiene más éxito que nunca.

—Hasta que alguien la mata —añadió Serena.

—Así es. Unas semanas después del estreno, Amira aparece asesinada en una suite del ático del Sheherezade. Por cierto, Moose había acabado siendo telonero del nuevo espectáculo de Amira, así que se quedó sin su número. No creo que estuviera muy contento.

—Continúa —dijo Serena.

—Ahora centrémonos en Walker Lane. Rodó una de sus películas en Las Vegas durante la primavera y la ciudad le enganchó. Pronto se convirtió en un habitual y todos los fines de semana volaba aquí desde Los Ángeles. Su surtidor favorito era el Sheherezade. Walker y Boni Fisso eran uña y carne. Y Rex también tenía razón en esto; las columnas de cotilleos sugerían en junio que Walker se había fijado en «una belleza latina que suele subirse a los escenarios de Las Vegas». Amira.

—¿Y cuál es la teoría? —preguntó Serena—. ¿Qué le ocurrió a Amira?

—A ver qué te parece. Walker pierde la cabeza cuando Amira lo rechaza. O a lo mejor se trata de sexo duro que se les escapa de las manos. Ella acaba muerta, y entonces Boni ayuda a Walker a quedar limpio y encuentra una cabeza de turco en Los Ángeles.

—¿Y por qué Walker se habría mantenido a distancia una vez la policía hubo cerrado el caso? —preguntó Serena.

—No lo sé. A lo mejor Boni acordó en secreto con los agentes de entonces que Walker no volvería a pisar nunca Las Vegas. De todas formas, eso era agua pasada hasta que Rex Terrell lo sacó en *LV* y recordó todos los viejos rumores sobre Amira, Walker y Boni. Entonces MJ se entera y empieza a hacer preguntas.

—Y muere asesinado.

Stride asintió.

—Y otra vez vuelvo al plan de Boni para derribar el Sheherezade y lanzar

el proyecto Orient. Lo último a lo que te apetece enfrentarte cuando tienes esa cantidad de dinero en juego es a un fiambre de hace cuarenta años en el armario. Como ocurre con el asesinato de Amira.

—Odio tener que recordártelo, pero Sawhill no quiere que preguntes sobre eso. ¿Qué vas a hacer?

—Preguntar sobre eso —dijo Stride.

Serena se rió.

—Podrías acabar siendo recordado como el detective que fue contratado y despedido con más rapidez en toda la historia de la Metro. Vamos, salgamos de aquí e invítame a almorzar.

—Trato hecho.

Stride recogió sus copias y se las metió en el bolsillo del blazer. Apiló las cajas de microfichas y las sostuvo en un equilibrio precario.

—¿Puedes coger ese número de *LV*? Es el del artículo de Rex Terrell.

Serena recogió la revista. Una de las páginas estaba marcada con un punto y Serena la abrió para verla.

—Ésa es Amira —le dijo Stride.

Era una fotografía grande en blanco y negro de los años sesenta, donde Amira aparecía con un vestido español muy sexy de color negro, el pelo oscuro cayéndole sobre el rostro sudoroso y subiéndose la falda con una mano para mostrar su pierna desnuda y musculosa. Detrás de ella, de blanco, otra bailarina adoptaba una pose similar.

Stride le entregó las cajas al bibliotecario. Miró atrás y se dio cuenta de que Serena no se había movido, sino que sostenía la revista entre sus manos y la miraba fijamente.

—¿Qué pasa?

Serena no pareció oírle. Luego dobló la revista y señaló la foto con el dedo.

—La chica de blanco que está detrás de Amira. Es la abuela de Peter Hale, el niño que murió atropellado.

Segunda parte

CLAIRE

Capítulo 14

Colarse dentro del coche había sido un juego de niños.

Ahora esperaba sentado en el asiento trasero del Lexus, aparcado entre las sombras de la rampa subterránea del centro comercial Fashion Show. Su arma, una Sig 357, estaba en el asiento, a su lado.

El Lexus se encontraba cerca de la entrada de Neiman's^[20]. Cómo no; era una dama a la moda. Setenta y cinco años y viuda. Delgada como un pajarillo. Había aparcado en una plaza para minusválidos, porque tenía artritis en ambas piernas. Las ventanillas del coche eran ahumadas y no se podía ver el interior, pero él podía mirar afuera y verla llegar.

Con el rabillo del ojo se vio a sí mismo en el espejo retrovisor. Luego se encontró fijando la mirada en sus propios y oscuros rasgos: pelo negro y espeso y una marcada línea de la barba. Y sus ojos, de un marrón tan profundo que parecían no tener ningún color en absoluto. La gente se asustaba de su mirada. Siempre había sido así. Cuando lo miraban a los ojos era como si se encontraran encerrados en un armario negro y sin luz, cuyas paredes se fueran estrechando.

Y él era como sus ojos. Carente de emoción, centrado sólo en su objetivo.

Sólo que cuando le tocó al chico supo que no sería así. Peter Hale. Entonces había sentido algo, a pesar de todo su entrenamiento, a pesar de los soldados que le habían enseñado a ver el dolor y la muerte a través de las lentes de un microscopio. Estúdialo. Aprende de ello. Pero no sientas nada.

Sintió algo respecto al chico, hasta el punto de modificar sus planes sobre la marcha, algo que nunca hacía. Cambió los objetivos: al principio era la madre, pero en su lugar se llevó al chico.

Nadie sabría nada de su error excepto él mismo. Pero le fastidiaba. Ya no le gustaba pensar que era una criatura de la ira; no como en los viejos tiempos. Esas criaturas cometían errores. Él era un estratega, un mercenario en el campo de batalla, con un objetivo y un plan.

Vio abrirse las puertas que daban a los ascensores y la anciana salió, con bolsas de la compra en ambas manos. Caminaba con cautela. Cada vez que bajaba el pie derecho torcía el gesto, pues le dolían las articulaciones. La veía claramente, pero ella no podía verlo a él; ni cuando se acercó al coche y metió las bolsas en el maletero ni cuando hurgó con las llaves en la puerta del conductor. La rampa estaba oscura, igual que el coche. Ni siquiera lo vio al abrir la portezuela e instalar su frágil cuerpo en el interior. Cerró la puerta. Lo tenía justo detrás, observándola. Él la oyó exhalar un suspiro cuando al fin liberó sus pies de los zapatos.

La mujer se encorvó e intentó meter la llave en el contacto. Cuando finalmente lo logró, el motor se encendió y una música clásica ligera inundó el habitáculo. Volvió a erguirse y se apoyó en el reposacabezas para relajarse.

Entonces echó un vistazo al espejo y lo vio.

Él ya le estaba colocando la mano alrededor de la cara, para evitar que gritara. No se molestó en sacar el arma; no había necesidad. En lugar de eso se inclinó hacia delante y la tranquilizó hablándole al oído con su voz calmada.

—Sólo daremos un pequeño paseo —dijo.

No quería que se le muriese de un ataque al corazón, y necesitaba que estuviera sosegada para lo que debía hacer: aquella anciana tenía que franquearle la entrada del Lake Las Vegas, pues vivía allí, sola, en un piso donde él podría esperar sin peligro a que cayera la noche.

Sabía que había optado por el camino difícil. Si sólo se trataba de matar a la chica, había formas más fáciles de hacerlo: en las fiestas a las que acudía y en los balnearios donde se desnudaba. La podía pillar en cualquiera de esos sitios. Pero estaba enviando un mensaje: la seguridad no significa nada.

Puedo atacar donde sea.

Voy a por ti.

Capítulo 15

Linda Hale les dijo que cogieran la carretera de Bonanza hacia el este hasta que les entraran ganas de hacerse mormones. Ahí era donde vivía su madre.

Su madre —la abuela de Peter—, que había bailado en los escenarios con Amira Luz.

Stride no entendió el comentario sobre los mormones hasta que él y Serena emprendieron el camino. Allí donde se acababa Bonanza, en la frontera de las montañas orientales, se encontraron a menos de una manzana del gigantesco templo mormón de la ciudad, con sus capiteles blancos visibles desde todo el valle. En el barrio que rodeaba el templo había viviendas espléndidas con Jaguars aparcados en los caminos de entrada, jardines adornados con altos saguaros y piscinas de color azul claro y con forma de riñón.

La madre de Linda, Helen Truax, tenía una casa de luminoso estuco blanco casi delante del templo, con unas vistas al valle que Stride calculó que valdrían al menos dos millones de dólares. Según Linda, su madre no era mormona y disfrutaba haciendo saber a sus religiosos y acaudalados vecinos que había sido una bailarina ligera de ropa.

Cuando Helen abrió la puerta, Stride pensó que no se parecía a ninguna abuela que hubiera visto nunca. Estaba mojada y goteaba, y llevaba una diáfana bata blanca echada sobre los hombros y abierta, mostrando el traje de baño turquesa de una sola pieza que había debajo. Iba descalza y era al menos tan alta como el propio Stride. Éste sabía que tenía sesenta años, aunque podría haberle puesto cuarenta.

—Pasen, por favor.

Sonrió a Stride con unos dientes blancos como la nieve. Sostenía una copa acampanada de vino blanco y tenía los ojos azules más impenetrables que él hubiera visto jamás.

—Su hija dijo que tenía usted una belleza de artista. —Subrayó Serena—. Y estaba en lo cierto.

Helen se rió.

—Me encantaría decirle que todo esto forma parte del equipamiento original, pero no es verdad. Si algo empieza a flaquear, lo levanto. Si empieza a arrugarse, lo estiro. —Ahuecó las manos y se cubrió ambos senos con ellas—. Sin ayuda exterior, a estas alturas estas dos ya estarían apuntando al suelo.

Giró sobre sus talones. La bata no le llegaba tan abajo como el bañador, y Stride contempló el ritmo de sus nalgas al seguirla. Serena le propinó un súbito codazo en las costillas.

La casa de Helen estaba decorada con discreción. Había grandes paredes vacías, pintadas de blanco reluciente y tonos pastel. La misma moqueta de color oro miel cubría los suelos de todas las habitaciones. El poco arte que había era italiano, en su mayoría piezas artesanales de cristal y óleos de paisajes generosos en sombras y sienas. Sin embargo, en un amplio pasillo que daba a la parte de atrás de la casa Stride vio una serie de fotografías colgadas en marcos delgados. Helen, primorosamente vestida, con Sinatra. Helen con Wayne Newton.

Helen con Boni Fisso.

Se dio cuenta de que Stride admiraba las fotos.

—Helena Troya —dijo—. Ése era mi nombre artístico. ¿No le encanta?

—Al parecer conocía usted a todas las grandes estrellas —comentó Stride.

—Pues claro que sí. En esa época era una ciudad pequeña; dentro del mundo del espectáculo nos conocíamos todos. Las Vegas era como nuestro recreo particular, y el mundo nuestro escenario. Los turistas que venían eran como niños con las narices pegadas a un cristal, observándonos y deseando llevarse un poquitín de ese glamour.

—¿Y ya no es así? —preguntó Stride.

—Oh, no. La gente no aprecia la magia de ese período. Los sesenta fueron nuestra época dorada. Había un gran sentido de la elegancia. Pero hoy en día todo es mercantilismo, Disneylandia con una Minnie Mouse en topless. Ya no existe la calidad artística que la ciudad tenía en el pasado. Ma y Pa Kettle llegan aquí desde Kansas y se visten como si llevaran a los chicos a Six Flags^[21]. Incluso los famosos que se quedan aquí ahora son horteras. Echo de menos los viejos tiempos, de verdad que sí.

Helen suspiró. Los condujo a un nivel más bajo, donde había una sala de estar con vistas al valle. La pared este estaba hecha de piedra vista e incorporaba una gran chimenea. A la derecha de Stride había una barra de bar, y detrás de éste una vitrina de cristal de espejo. Helen les hizo atravesar unas puertas acristaladas que daban al patio exterior. Cogió tres sillas de alrededor de la mesa de vidrio y las colocó de forma que la sombrilla les tapara el sol.

Stride divisó dos sillas de terraza dispuestas una al lado de la otra junto a una piscina de doce metros. Dos pares de pisadas húmedas se secaban rápidamente al sol de la tarde. Era evidente que Helen tenía un acompañante que no estaba invitado a la entrevista.

—Linda estaba muy alterada cuando me ha llamado —dijo—. Por su tono parecía como si ustedes creyeran que yo soy en cierto modo responsable de la muerte de Peter.

—No es nada de eso —la tranquilizó Serena—. Estamos investigando si hay alguna relación entre la muerte de Peter y el asesinato de MJ Lane el pasado fin de semana.

—¿Quién? —preguntó Helen. No había asomo de engaño en su voz. Al ver que se sorprendían, añadió—: Seguramente pensaran que estoy anticuada, pero sólo utilizo el televisor para ver viejas películas. Y no leo los periódicos: demasiadas malas noticias.

—MJ Lane murió asesinado muy cerca del casino Oasis —dijo Stride—. Era el hijo de Walker Lane.

Helen pestañeó y pareció incómoda.

—Está bien, conocí a Walker Lane. Pero eso fue hace cuarenta años. No veo qué relación podría haber con la muerte de Peter.

—Se han cometido dos asesinatos en el intervalo de una semana y en circunstancias poco corrientes —dijo Serena—. Las dos víctimas tenían lazos de parentesco con personas relacionadas con el casino Sheherezade en 1967, y especialmente...

—Especialmente, relacionadas con Amira Luz —dijo Helen, terminando la frase.

—Así es —dijo Stride. Siguió una corazonada—: Usted habló con Rex Terrell, ¿verdad? Él la mencionaba en su artículo de *LV* como una de las personas cuya carrera se benefició de la muerte de Amira.

Helen asintió.

Stride se inclinó hacia delante y apoyó los codos encima de la mesa.

—¿Por qué no nos cuenta exactamente lo que ocurrió en esa época?

Helen fijó la mirada en el valle y luego volvió a observar a Stride con una expresión muy dura.

—Tengo una vida agradable. Mi marido es un abogado experto en derecho internacional y gana un montón de dinero. Y está fuera a menudo. Estoy segura de que me entiende.

Sabía que Stride había detectado las pisadas.

—Una cosa es cotillear con un periodista entre bastidores —continuó Helen—, y otra es declarar como testigo para la policía. Estamos hablando de un crimen cometido en un casino propiedad de Boni Fisso. Boni tiene mucho peso y mucha memoria.

—¿La han amenazado alguna vez? —preguntó Serena—. ¿Cree que alguien podría haberle enviado un mensaje asesinando a su nieto?

—No —dijo Helen con rotundidad—. En absoluto. No me ha llegado nada de nadie. Y desde luego no de Boni. La sola idea de que la muerte de Peter pudiera implicarme de alguna manera por lo que ocurrió en el pasado... es demasiado para mí. No veo cómo ni por qué.

—Por eso necesitamos saber lo que pasó en 1967 —le explicó Stride—. Para encontrar la relación.

—Tal vez sea el único modo de averiguar quién mató a Peter —añadió Serena.

—Peter —murmuró Helen, venciendo su resistencia—. No puedo creer lo

que le sucedió. Nunca he sido una persona muy emocional, detectives. No soy de los que creen que los compromisos duran para siempre. Pregunten si no a mis ex maridos. Pero quería a ese niño.

Tamborileó con las uñas sobre la mesa del patio y se mordió el labio.

—Supongo que lo primero que diré es que me siento como si también yo tuviera las manos manchadas de sangre. Yo odiaba a Amira: estaba locamente celosa de ella. Cuando la mataron, debo decir que me alegré. Es curioso lo mezquino que parece con la distancia, pero por entonces yo apenas tenía veintiún años y era ambiciosa, y Amira se interponía en mi camino.

—¿Cómo era ella? —preguntó Serena.

—¿Amira? Era un escándalo.

—¿En qué sentido?

Helen les dedicó una sonrisa picara.

—Ustedes dos son demasiado jóvenes para entender aquella época. Estábamos en medio de una revolución sexual, pero aún había mucho del universo de los cincuenta. Pelo encrespado; horribles gafas de color negro que nos daban aspecto de bibliotecarias; sombreros ridículos; minifaldas con vuelo con las que prácticamente enseñábamos el coño, mientras se suponía que todavía éramos vírgenes... —Se rió. Stride pensó que Helen se alegraba de que su lenguaje los sorprendiera—. Había un montón de carne —continuó—. El Lido en el Stardust, el Folies en el Tropicana, Minsky en el Slipper... Todo con los pechos al aire, aunque bastante soso. Aun así, causábamos sensación. En Henderson teníamos varios concejales que pensaban que unas cuantas tetas sobre un escenario significaban el fin de la civilización tal como la conocíamos. Querían que las chicas llevaran medias, que los escenarios fueran elevados y estupideces por el estilo. Por suerte nadie los escuchó. Como ya he dicho, era una desnudez bastante inocente.

Bebió un sorbo de vino.

—Pero entonces llegó Amira. Al mirar atrás ahora, puedo admitirlo: Amira tenía algo especial, algo de lo que yo carecía. Era totalmente desinhibida. Cuando Boni convirtió a Amira en bailarina principal de nuestro espectáculo de destape, fue toda una sensación. Y era un espectáculo bastante conservador. Pero *Llama*... Dios mío. Todo el mundo creía que era una

prima donna que se había ido seis meses a París, pero cuando volvió y dio a conocer *Llama*... Nadie había visto nada igual. Amira no se desnudaba. No bailaba. Era como si se masturbara ahí mismo, en el escenario. Para 1967, queridos, aquello sí era un escándalo.

—¿Cómo era Amira como persona? —preguntó Stride.

—Fría, ambiciosa y egoísta. —Helen repasó el borde de su vaso de vino con una uña lacada—. ¿Suena muy duro? Confieso que yo no era imparcial con ella, porque me trataba como a una mierda. Hacía lo mismo con las demás bailarinas. La mayoría de nosotras nos hacíamos amigas y cuidábamos de las otras. Pero Amira no; sólo estaba interesada en sí misma.

—¿Sabe cómo acabó en Las Vegas? ¿Cómo fueron sus inicios?

—Cualquier chica joven de entonces con ganas de ser una estrella iba a uno de estos dos sitios —dijo Helen—: Hollywood o Las Vegas. No creo que a Amira le atrajera la idea de ser actriz de cine. Se alimentaba de la gente. Le gustaba actuar delante del público, y era muy sexual. Las Vegas era el lugar más natural para ella.

—Pero uno no entra en una ciudad y se convierte en una estrella —dijo Serena.

—La mayoría de la gente no. Pero Amira no era como la mayoría. Lo primero que hizo fue tener una aventura con Moose y él la metió en su espectáculo. Eso le proporcionó un público, y a partir de ahí, su atractivo sexual le fue abriendo puertas.

—¿Cómo consiguió relacionarse con Moose?

Helen se rió.

—Moose no era exactamente un hombre difícil en aquella época. Más tarde me explicó que con Amira había echado los mejores polvos de su vida. Por supuesto, no se daba cuenta de que esa pequeña zorra se daría la vuelta y lo apuñalaría por la espalda, llevándose su espectáculo.

—Debió de enfadarse mucho —dijo Stride.

—Se puso furioso, que en el caso de Moose, es decir mucho. Destrozó su camerino cuando Boni le comunicó que ya no tendría su propio espectáculo y que haría variedades en *Llama*. Boni tuvo que traer a Leo para que hablase con él.

—¿Leo? —preguntó Serena.

—Leo Rucci, la mano derecha de Boni. Se encargaba del día a día del casino.

—¿Qué cree que Leo le dijo a Moose?

—Creo que Leo le dijo que acabaría en la calle con la cara hecha pedazos si no se callaba.

—Así que Moose le guardaba mucho rencor a Amira —dijo Stride.

—Claro. Como casi todos nosotros. A Amira no le importaba a quién tenía que pisar para conseguir lo que quería.

—¿Tenía novio Amira? —preguntó Stride—. Después de Moose, quiero decir.

—Yo no lo vi nunca. De hecho, no creo que tuviera muchos amigos. Apenas se la veía por el casino cuando no estaba actuando. Al resto de nosotros nos gustaba apostar y beber con las demás estrellas, pero Amira hacía su actuación y desaparecía. Creo que eso formaba parte de la imagen que cultivaba. Era inalcanzable. Hacía que los hombres la desearan.

—Háblenos de Walker Lane —dijo Stride—. Hemos oído que él también deseaba a Amira.

Los ojos de Helen titilaron.

—Bueno, primero me deseó a mí.

—¿Se acostó usted con él? —preguntó Serena.

—Una vez. Aquella primavera estaba rodando su película de Las Vegas, *Noches de neón*. ¿La recuerdan? Bueno, enseguida cayó en el olvido, pero recaudó un montón de dinero en su época. Algunas escenas se grabaron en el Sheherezade y yo le conocí cuando vino al espectáculo. En el lapso de un par de meses, creo que se tiró a todas las bailarinas.

—¿Estaba Amira entre ellas?

Helen negó con la cabeza.

—En aquel momento no había vuelto de París. Pero cuando se estrenó *Llama* aquel verano, Walker se volvió loco por ella. Todos los fines de semana volaba desde Los Ángeles y se sentaba en primera fila, como un cachorrillo. Pero por lo que nosotros sabíamos, Amira no le dedicó ni un minuto de su tiempo.

—Hay un largo camino desde el amor no correspondido hasta el asesinato —dijo Serena—. Yo diría que Moose tenía un motivo mejor. O usted, en realidad.

—Es cierto —reconoció Helen—. Por otra parte, nosotros no abandonamos la ciudad justo después del crimen. ¿Por qué cree si no que se difundió el rumor de que Walker no había estado en Las Vegas esa noche? Boni estaba encubriendo a su cliente. Pero Walker estaba ahí; yo le vi en el primer show.

—Cuéntenos lo que pasó aquella noche —dijo Stride.

—No lo sé, de verdad. Hicimos nuestras dos actuaciones de *Llama*, a las ocho y a las once. Amira estuvo en las dos. Se fue hacia la una de la madrugada. La vi marcharse de la zona de bastidores. No hubo nada extraño en ello, pero a la mañana siguiente se rumoreaba en el casino que la habían matado.

—¿Vio a Walker en el segundo espectáculo? —preguntó Stride.

—No. Normalmente asistía a los dos si estaba en la ciudad, pero aquella noche sólo estuvo en el primero.

—¿No volvió a verle en el casino después del primer show?

—No volví a verle y punto. Nunca más.

Helen levantó las cejas como diciendo: «Eso es lo que llevo rato explicándoles».

—¿Qué hizo usted al terminar el último número? —preguntó Serena.

—Fui a una habitación del hotel. Leo se reunió allí conmigo y nos pasamos una hora llenando las sábanas de sudor.

—¿Leo Rucci, el director del casino?

Helen asintió.

—Así es como se llamaba a sí mismo: el director. Aunque para Boni básicamente era un musculitos. Controlaba a la gente a base de intimidar y amenazar y de dar palizas cuando era necesario.

—¿Y por qué se acostaba con él?

A Helen pareció divertirse su ingenuidad.

—Pues en primer lugar, porque era ambiciosa, igual que Amira. Yo sabía que cuando ella decidiera que quería ganar más dinero en alguna otra parte, a

mí me darían el papel principal directamente. Pensé que Leo podría dejarme bien delante de Boni; y lo hizo. —Guiñó un ojo—. Pero no se trataba sólo de eso: Leo también tenía la polla más grande que he visto nunca. Veintidós centímetros y gorda como una salchicha. Sólo podía hacerlo con él después del espectáculo, porque no había forma de bailar si antes me había metido esa cosa dentro.

Lo dijo con toda naturalidad. A Stride le daba la sensación de que a Helen le gustaba escandalizar. Procuró no ruborizarse, aunque se notaba las mejillas cada vez más calientes.

—¿Cuánto tiempo estuvo Leo con usted? —preguntó Serena, acudiendo en su auxilio.

—Cerca de una hora. Eso fue hacia las dos de la madrugada. Normalmente podía contar con Leo para un par de rondas, pero tuvimos que dejarlo.

—¿Por qué? —quiso saber Serena.

—Mickey lo llamó. Había un problema afuera.

—¿Quién era Mickey?

Helen se encogió de hombros.

—Un socorrista. Siempre había estudiantes que cogían trabajos de verano para sacarse dinero y tirarse de paso a algunas esposas mientras sus maridos estaban en las mesas. Mickey le dijo a Leo que había un tío borracho junto a la piscina intentando empezar una pelea. Leo salió a romperle la nariz.

—¿Es así como Leo solucionaba la mayoría de sus problemas? —preguntó Stride.

—Oh, sí. Era un hijo de puta vicioso. Enorme como un defensa de fútbol. También a mí me dio un par de bofetadas, y entonces fue cuando di nuestro asunto por terminado.

—¿Oyó algo más sobre la pelea? —preguntó Serena.

—Ni una palabra. Supongo que no era nadie. De haber sido Dean o Shecky, nos habríamos enterado. Además, al día siguiente sólo se hablaba de Amira.

—¿Y esa noche no volvió a ver a Leo?

—No, no hasta el día siguiente.

—¿Le contó algo sobre el asesinato? —preguntó Stride.

Helen sonrió.

—Sólo que debía mantener la boca cerrada y evitar hacer preguntas. A las otras chicas les dijeron lo mismo. Si alguien preguntaba, no teníamos ni puñetera idea.

—¿Qué hay del detective a cargo de la investigación? Se llamaba Nicholas Humphrey. ¿Habló con él alguna vez?

—Claro. Nos interrogó a todos juntos, y Leo estaba ahí también. Nadie dijo nada. Y si me lo pregunta, Nick no pareció muy decepcionado. No creo que le interesara mucho averiguar la verdad.

—¿Nick? —subrayó Stride—. ¿Le conocía?

—Era un habitual del Sheherezade —respondió Helen—. A veces hacía trabajos privados de seguridad para las estrellas.

Stride empezaba a pensar que a lo mejor Rex Terrell tenía razón y todo había sido amañado.

—¿Alguna vez se encargó Nick Humphrey de la seguridad de Walker Lane? —preguntó.

—Bueno, es posible que Nick le echara una mano en *Noches de neón*. No estoy segura. —Helen se acercó más a ellos. Unas cuantas gotas de agua cayeron de su traje de baño y aterrizaron en la mesa del patio—. ¿Puedo preguntarles algo? ¿En qué nos concierne esto a mí o a Peter?

—Nuestra primera idea fue que alguien intentaba que usted guardara silencio —dijo Serena.

—Pero nadie me ha amenazado —insistió Helen.

Stride la observó más de cerca. Desde ahí sí se podía ver su edad, por mucho que tratara de ocultarla con cirugía plástica y maquillaje. Y también se veía el vicio. Pero no engaño. Ni miedo. No se estaba escondiendo de nadie, ni encubriendo la verdad.

—Ahora mismo no sabemos quién hace esto ni por qué —admitió Stride—. Pero mientras tanto, por favor, tenga cuidado. Hasta que sepamos a qué juego está jugando esta persona, desconocemos cuál será su próximo movimiento.

Capítulo 16

Estar ahí arriba, pensaba Stride, era como estar en la cima del mundo, mirando hacia abajo. Cumbres de montañas áridas e irregulares de roca rojo anaranjado se recortaban contra un cielo azul que parecía tan alto como el limbo. Las grietas de la erosión en los precipicios parecían muescas que hubieran sido talladas en las colinas con un cuchillo. Una belleza agreste y abrumadora cercaba el valle.

El clima de última hora de la tarde era templado, pero no caluroso, aunque incluso en el resplandor agonizante del sol sentía con qué facilidad podía volverse feroz. Se acordó del verano y de cómo se había asado, de que apenas podía respirar y de que notaba como una arenilla recalentada que le obstruía los pulmones. Ni rastro de las brisas del lago o las tormentas de Minnesota, ni espectáculos eléctricos de relámpagos ni aquella fresca humedad. Sólo un horno, puesto en la función parrilla y encendido durante tres meses.

Echó un último vistazo al estuco blanco de la admirable residencia de Helen.

—¿Cómo crees que es en la cama? —preguntó, mirando a Serena de soslayo y con una sonrisa.

—Creo que es más de lo que tú podrías resistir —replicó Serena.

—Tienes toda la razón.

Le sonó el teléfono móvil. Otra vez Sara Evans. Nunca descansaba.

—Es Sawhill. —Stride se lo imaginó con su bola antiestrés en la mano, estrujándola rítmicamente—. Hola, teniente —contestó.

Serena se cruzó la garganta con un dedo y movió los labios: «Nos va a

cortar la cabeza».

—Cordy dice que creéis que puede haber alguna relación entre el asesinato de MJ y la muerte de Peter Hale —dijo Sawhill.

—Es lo que parece.

Stride le explicó cómo habían descubierto el vínculo entre Helen Truax y Walker Lane, y lo que Helen les había contado sobre Amira Luz.

—Creí haberte dicho que esa línea de investigación estaba muerta —dijo Sawhill.

Stride escogió las palabras con cuidado:

—Lo hizo, señor. Y lo estaba. Ha sido curiosidad profesional, nada más. Fue una cuestión de suerte que Serena reconociera a la abuela del niño en una foto que salió en *LV*, en el artículo de Rex Terrell.

—Curiosidad profesional —dijo Sawhill, repitiendo la frase como si estuviera probando un vino agriado—. Dime, detective, ¿esperas que me trague ese cuento?

—Ni por un instante —replicó Stride.

Sawhill se rió.

—Muy bien. Suelo despedir a los policías que me toman por un idiota, y respeto a un policía que sigue sus instintos, aunque acabe escaldado. Cosa que puede sucederte, Stride.

—Me doy cuenta de ello —reconoció Stride.

—¿Qué hay del asesinato de Reno?

—Serena habló con Jay Walling. De momento no parece que la mujer asesinada, Alice Ford, o su familia tuviera ninguna relación con el Sheherezade o con Amira. Pero Jay seguirá en ello.

Mientras hablaba con Sawhill en la acera, Stride oyó que también sonaba el móvil de Serena. La vio responder la llamada y ahuecarse la mano junto al oído, retrocediendo varios pasos.

Sawhill seguía hablando.

—Por ahora debemos mantener a la prensa al margen, ¿entendido?

—De acuerdo.

—Mi prohibición sigue en pie: no vuelvas a hablar con Walker Lane sin decidirlo antes conmigo.

—Está bien —dijo Stride.

No mencionó que Walker Lane se encontraba otra vez en su lista, junto con otro nombre que sacaría de quicio a Sawhill: Boni Fisso. Aquella investigación tenía todos los ingredientes para convertirse en un terremoto político y arrastrar a un montón de gente.

—¿Cuál será tu próximo movimiento? —preguntó Sawhill.

—Quiero hablar con Nick Humphrey —dijo Stride—. El detective que llevó la investigación original sobre la muerte de Amira.

—Muy bien, te daré su dirección —respondió Sawhill—. Todavía vive en la ciudad.

Stride oyó que pulsaba algunas teclas y luego Sawhill recitó una dirección del norte de Las Vegas. Stride la anotó en su libreta.

—Ándate con cuidado, detective. Quiero que sigas adelante porque parece ser que tu instinto era acertado; pero mantén a raya tu curiosidad profesional.

Sawhill colgó. A unos pasos de distancia, Serena hizo lo mismo.

—Un aplazamiento —le dijo él—. Sawhill cree que la relación es débil, pero no va a apartarnos del caso. Todavía.

Serena estaba sonriendo.

—Es un bastardo mentiroso.

—¿Cómo?

—Era Cordy —siguió Serena—. No hay nada débil en la relación. Hemos buscado huellas en el Aztek y había una, preciosa, esperándonos dentro, en el parabrisas frontal. Concuerda con la huella que encontrasteis en la máquina tragaperras del Oasis. Era el mismo tío.

—Hijo de puta —dijo Stride—. ¿Sawhill lo sabe?

—Cordy acaba de salir de su despacho.

—Y pensar que he sido incluso educado con él —se rió Stride.

Se subieron al Bronco y descendieron la larga extensión de Bonanza, de vuelta a la ciudad. Los edificios elegantes desaparecieron detrás de ellos a medida que bajaban hacia el valle, reemplazados por monótonas casas de clase media con muros grises. Stride se detuvo ante un semáforo en rojo, se volvió y miró pensativo a Serena. Otra vez estaban trabajando en el mismo

caso. Como en el asesinato de Rachel Deese, aquel verano en que se conocieron. Eso le proporcionaba un chute de adrenalina.

—Así que tenemos a un mismo asesino —dijo Serena—. Y el tío va dejando su tarjeta de visita en el escenario de cada crimen.

—¿Buscó Jay Walling las huellas en el escenario de Reno?

Serena asintió.

—No había ninguna.

—Pues a lo mejor no hay ninguna relación —dijo Stride.

—O aún no la hemos encontrado. Es posible que al autor no se le ocurriera dejar una huella tras de sí hasta el atropello. Y entonces decidió que quería guiarnos en una alegre cacería. Por eso dejó el recibo como pista con la que vincular el asesinato de Alice Ford en su rancho.

—Salvo que tanto Helen como Walker Lane aparecen mencionados en el artículo de Rex Terrell en *LV*. Tienen una relación con Amira Luz. Los Ford no, hasta donde sabemos.

—¿Crees que el artículo de Rex podría ser la relación? —preguntó Serena—. ¿Que es lo que hizo que empezara todo?

—Es posible —respondió Stride—. Hacía años que nadie se preocupaba por Amira hasta que él empezó a husmear. Puede que Rex haya llamado la atención de alguien.

Capítulo 17

Cuando estaban avanzando por el camino de entrada de Nick Humphrey, una pequeña mancha blanca salió disparada como una flecha por la puerta de al lado. Se detuvieron mientras un West Highland terrier daba vueltas a toda velocidad alrededor de sus pies, bailando sobre sus patas traseras y dejándose caer luego de espaldas. Serena se rió y se puso en cuclillas para acariciar el vientre del perro. Éste cerró los ojos, embelesado.

Un anciano negro se acercó cojeando desde la casa vecina.

—Lo siento mucho.

La perra se puso en pie de un brinco y empezó a saltar entre las piernas del hombre para llamar su atención, deseosa de que la cogiera en brazos. Él se agachó con un gruñido y la levantó.

—¡Vaya perro guardián estás hecho! —refunfuñó el hombre.

La perra le lamió la cara.

—Es muy dulce —le dijo Serena.

—Sí, le encanta la gente —contestó el hombre. Después añadió—: Soy Harvey Washington. ¿Han venido a ver a Nickey?

Ellos asintieron.

—Está dentro. Seguramente viendo los deportes. Yo prefiero el canal de Historia. Me encanta cuando emiten programas sobre dinosaurios. —Dejó la perra en el suelo y ésta se sentó y alzó la vista para mirarle—. A ti no te hubiera gustado esa época, ¿eh, pequeña? Habrías acabado como aperitivo para un T-Rex de esos.

La perra no parecía convencida. Tocó con la pata la pierna de Serena y después volvió a tumbarse de espaldas.

—Oh, eres una dama, por el amor de Dios —dijo Harvey—. No vayas por ahí ofreciendo tu barriga de ese modo. ¿Quieres que todo el mundo piense que eres una chica fácil?

Harvey tenía el cabello gris y rizado y la nariz ancha. Su piel de color chocolate estaba arrugada y le colgaba en brazos y piernas como una prenda que no fuera de su talla. Llevaba pantalones cortos azul oscuro y un polo blanco.

—¿Hace mucho que conoce a Nick? —preguntó Stride.

—Oh, hace años. Mucho antes de que los dos nos mudásemos aquí.

—¿Usted también estaba en el cuerpo? —preguntó Serena.

—No, nada de eso. Aunque puedo ver que ustedes dos sí. Se les nota. Lo reconocería en cualquier parte.

Stride vio un leve centelleo en la mirada de Harvey y se preguntó si aquel hombre conocía a la policía de primera mano. No desearía haber sido un hombre negro en Las Vegas de los viejos tiempos.

—No les entretengo más —dijo Harvey—. Estoy seguro de que tienen mucho que hablar con Nick. Cuando le vean, pregúntenle si se está tomando el Lisinopril. La presión sanguínea de ese hombre sería capaz de destapar una botella de champán.

Un pequeño avión planeaba en lo alto con un rugido de motores. No estaban lejos del aeropuerto de North Las Vegas. Nick Humphrey vivía justo a las afueras de Cheyenne, donde aún quedaba mucho campo abierto. Stride podía oír el ruido sordo de los bulldozer excavando la tierra en alguna parte, plantando la semilla de alguna otra urbanización como ésta. Todas las casas eran baratas y sin ninguna chispa, pintadas del mismo color beis apagado y colocadas una junto a la otra como si fuera un juego de construcción. Stride lamentaba pensar que esto era lo mejor que podía permitirse Humphrey tras varias décadas de servicio.

Stride y Serena prosiguieron hasta la puerta principal y llamaron al timbre. Humphrey respondió de inmediato, como si los hubiera estado esperando. Tenía los párpados caídos en actitud recelosa. Stride le explicó quiénes eran y que querían hablar con él sobre un viejo caso, pero su pétrea expresión no cambió.

—Amira Luz —añadió Stride.

—Sí, eso he pensado —dijo Humphrey.

Les hizo entrar encogiéndose de hombros.

Humphrey llevaba perilla y el pelo, de un blanco impactante, cortado al rape. Era fuerte para su edad, y al estrecharles la mano casi se la desmenuza. Llevaba vaqueros y zapatillas, pero no camisa, y un albornoz verde atado sin fuerza a la cintura. Les condujo a una salita pequeña, dejando tras de sí aroma a Ben-Gay^[22].

—¿Quieren una cerveza? Si alguien pregunta, puedo decir que sólo era agua embotellada.

Ambos declinaron la oferta, y él no pareció sorprendido. Añadió:

—Mejor. Nadie se creería que guardo agua embotellada en mi frigorífico.

Su sala de estar, sucia y desordenada, tenía el aspecto de un piso de soltero. Había frascos de píldoras y latas de cerveza repartidos sobre una mesita de café, cuya chapa de madera presentaba arañazos y manchas en forma de círculo. Libros y periódicos se amontonaban en el suelo. Stride tomó asiento en un sofá y oyó que su estructura combada chirriaba a través de los cojines. El relleno se salía por la tela floreada y rasgada en los brazos.

Luego vio una vieja pelota de béisbol rodando por la mesita. La cogió y se dio cuenta de que estaba firmada con una tinta azul desvaída. «Willie Mays».

—Esto debe de valer mucho —dijo Stride.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Es que no puedo tener cuatro cosas bonitas?

—Yo no he dicho eso.

Humphrey resopló.

—Soy coleccionista. —Se sentó en una vieja silla reclinable de piel delante de ellos—. He oído que ahora Sawhill está al frente de homicidios.

—Así es —dijo Serena.

—Un puñado de mormones al frente de Sin City —dijo Humphry, al tiempo que hacía una mueca—. ¿No parece una jodida broma? Pero supongo que en los demás casinos del país son los indios los que se forran con las apuestas. No sé qué es peor.

—¿Trabajó usted con Sawhill? —le preguntó Serena.

—Claro. Ambicioso pero listo. La política primero y Dios lo segundo. He oído que le ha echado el ojo al puesto de sheriff para la campaña del año que viene.

Serena asintió.

—Aunque dicen que el sheriff promocionará a otro.

—No esté tan segura: Sawhill va a levantar mucho polvo. Tiene un hermano que trabaja como ayudante del gobernador, y una hermana que se dedica a la publicidad política y trabajó en la última campaña del alcalde. Y el viejo, Michael Sawhill, es un pez gordo de la banca. Toda la familia tiene contactos.

—No parece que le haya sorprendido que viniéramos aquí para hablar de Amira Luz —dijo Stride.

—Vi el artículo en *LV* —respondió Humphrey con aspereza—. A ese mocoso de Terrell sólo le faltó acusarme de recibir sobornos. Llamé a un abogado y me dijo que no podía hacer gran cosa. Lástima. Con un pleito por difamación me habría pagado algunas reformas.

—Se ve que en aquella época mucha gente pensó que Walker Lane estaba involucrado en el asesinato —dijo Serena.

Humphrey se encogió de hombros.

—No había ninguna prueba. Y sí muchas que señalaban a ese tío de Los Ángeles.

—Pero Walker estuvo en Las Vegas aquella noche —dijo Stride.

—Ya lo sé, diablos. Era ese maldito artículo el que decía que no teníamos pistas. Pero había seis personas que me dijeron que Walker Lane abandonó la ciudad antes de la segunda representación del espectáculo. Volvió a Los Ángeles.

—¿Es posible que mintieran? —preguntó Serena.

—Claro que es posible. Pero de ser así, se inventaron unas historias muy buenas.

—¿Habló directamente con Boni Fisso sobre lo ocurrido aquella noche? —quiso saber Stride.

Humphrey se agitó, incómodo, y se tiró de la entrepierna.

—¿Boni, hablando con policías? Seguro. Traté con Leo Rucci. Él era el

cabecilla, el jefe que Boni tenía dentro del casino. Todo pasaba a través de Leo, el gilipollas más cabrón que he conocido nunca.

—Hemos oído que Leo Rucci se fue a poner fin a una pelea en plena noche del asesinato. ¿Investigó eso?

—¿Una pelea? No oí ni una palabra; Rucci no lo mencionó. Su coartada era que estaba echando un polvo con una bailarina y ella lo confirmó. Además, Rucci no acostumbraba a terminar peleas; más bien las provocaba.

—¿Qué me dice de un socorrista llamado Mickey? Fue él quien llamó a Rucci. ¿Habló con él?

—Qué va. Chicos monos en la piscina los había a patadas. —Humphrey se levantó de su silla—. Tengo que mear. La próstata. Vaya mierda. Apuesto a que en este momento la mía es del tamaño de una jodida naranja.

Abandonó la habitación y Stride se levantó del sofá, al tiempo que sacudía la cabeza.

—Es un infierno hacerse viejo —dijo.

—Explícamelo —contestó Serena con una sonrisa pícaro.

Stride pensaba a veces en ello: la diferencia de edad de casi una década que había entre los dos. Le preocupaba que algún día ella pudiera despertar y preguntarse qué estaba haciendo con un viejo. No se sentía mayor de lo que era, ni tampoco más joven, pero no era un superhombre. Estaba a media cuarentena y algo del equipamiento original estaba desgastado. Físicamente se sentía mejor lejos del frío de Minnesota, pues sufría menos aquellos pinchazos que traían los gélidos vientos del lago.

Serena, en cambio, estaba físicamente en su mejor momento, al menos para él. Era su alma la que parecía más vieja, y eso era precisamente lo que los había unido. Como si Serena se hubiera empezado a magullar y erosionar a edad temprana. Lo único que deseaba Stride era que ella le hablara más al respecto. Al principio le había ofrecido pequeños destellos, como ventanitas abiertas en un calendario de adviento, pero todavía quedaban muchas cosas que él desconocía.

Escudriñó la sala de estar de Humphrey, en busca de pistas sobre ese hombre. Secciones de deportes cubrían el suelo junto a su silla reclinable, y no sólo del periódico de Las Vegas sino también de Los Ángeles, Chicago y

Nueva York. Apuestas deportivas. Seguramente Humphrey invertía mucho tiempo en encontrar la combinación ganadora.

El asiento reclinable apeataba a mentol. Toda la casa estaba fría y húmeda, como si las ventanas hubieran permanecido cerradas largo tiempo. También percibió un rastro de aromas *cajún* en el aire, como si alguien hubiera estado sazonando un *jambalaya*^[23].

—Mira esto —lo llamó Serena.

Estaba observando una serie de fotografías enmarcadas y colgadas de la pared. Había fotos publicitarias de estrellas del viejo Las Vegas, parecidas a las que Stride había visto en el Battista's. Reconoció a Dean Martin, Elvis y Marilyn Monroe.

—Todas llevan autógrafo —dijo Serena.

Stride se encogió de hombros.

—Colecciona objetos varios, ya nos lo ha dicho.

—No; están firmadas para él —dijo Serena.

Stride se reunió con ella junto a la pared y se dio cuenta de que estaba en lo cierto: cada fotografía llevaba el nombre de Nick y una dedicatoria personal, además del autógrafo de la estrella.

—Helen dijo que hacía trabajos privados de seguridad —subrayó Stride.

—Sí, pero mira el mensaje de Marilyn —le dijo Serena.

Stride se acercó un poco más a la imagen sonriente de la rubia platino. Sobre un hombro desnudo, en rotulador negro, una mano femenina había escrito: «Nicky, vaya noche. Te he necesitado y tú estabas allí. Besos, con cariño, MM».

—Era una chica increíble —dijo Humphrey al volver a entrar en la sala, detrás de ellos.

Llevaba una copa en forma de globo con una buena cantidad de lo que parecía whisky.

—Vamos, Nick —le dijo Stride—. Puede que se las arreglara con Willie Mays y con Dean Martin, pero no con Marilyn; eso no me lo trago.

Humphrey se puso petulante. Dejó su whisky y empezó a hurgar en un montón de libros en rústica que había en una mesa. Sacó uno de ellos y cruzó la habitación dando bandazos en dirección a Stride; era una biografía de

Marilyn Monroe.

—Hay unas fotos después de la página setenta y dos —dijo—. En una de ellas sale una carta que le escribió a Dimaggio. Y ahora dígame si no es la misma letra.

Stride y Serena encontraron la página y sostuvieron la imagen de la vieja carta de Marilyn junto a la fotografía de la pared. Humphrey se rió ante las caras que pusieron. Stride tuvo que admitir que la escritura parecía calcada.

Humphrey se sentó en su silla reclinable, cogió el whisky y les dedicó una sonrisa, enormemente complacido consigo mismo.

—Y ahora, chicos, ¿quieren decirme por qué están aquí? —preguntó—. Me imagino que la Metro no tiene recursos para desenterrar asesinatos de hace cuarenta años.

Stride y Serena volvieron a sentarse. Él se sorprendió echando vistazos furtivos al retrato de Marilyn y siguió pensando que Humphrey se estaba marcando un farol.

—Dos parientes cercanos de personas que aparecían en el artículo de Rex Terrell han muerto asesinados en las dos últimas semanas —explicó Serena—. El mismo autor. Queremos saber si esas muertes están relacionadas de algún modo con el asesinato de Amira Luz.

—Cuarenta años es mucho tiempo para esperar a vengarse —replicó Humphrey.

—Aun así, tal vez debería tomar precauciones —sugirió Stride—. Diga a sus familiares que hagan lo mismo.

Humphrey se encogió de hombros.

—No me he casado ni tengo hijos. Yo soy el último de la estirpe.

—¿Tiene idea de quién podría estar haciendo esto o por qué? —quiso saber Serena.

—Para nada —contestó Humphrey—. Espero que no piensen que soy yo. Un asesino de geriátrico en serie, eso sí que sería una novedad. Podría salir en *Ley y orden: departamento de residencias de ancianos*.

—Entonces, ¿qué cree que está pasando? —preguntó Stride.

—Mire, usted ya ha mencionado su nombre —dijo Humphrey—: Boni Fisso. Tiene un gran proyecto en marcha, ¿no? Un par de billones en juego...

Stride asintió.

—Fue lo primero que pensamos también nosotros: que Boni podía temer que la verdad sobre la muerte de Amira saliera a la luz. Pensamos que a lo mejor estaba enviando un mensaje a las personas que se vieron involucradas en aquella época: mantened la boca cerrada.

—Boni no se molestaría con parientes y mensajes —dijo Humphrey—. Simplemente los quitaría de la circulación.

El viejo detective sacudió la cabeza, como si de pronto se lo hubiera imaginado. Al observar cómo funcionaba la cabeza de aquel hombre, Stride se dio cuenta de que Humphrey había sido un policía inteligente. Lo que hacía que las lagunas en la investigación de la muerte de Amira olieran aún peor.

—Enfoquémoslo desde otro punto de vista —propuso Humphrey—. Tal vez alguien quiera desbaratar el nuevo casino de Boni como una extraña forma de justicia para Amira. Así que empieza a matar a gente, dejando migas de pan para que vosotros le sigáis. Y todo ello conduce al pasado.

«Migas de pan —pensó Stride—. Como huellas dactilares».

—¿Tenía Amira algún pariente?

—Yo no encontré ninguno. Era hija única y sus padres habían muerto. Pero no tendría por qué ser alguien relacionado con Amira. Boni se ganó muchos enemigos en sus tiempos.

—La cuestión es: ¿adónde conducen las migas de pan? —preguntó Stride—. Si usted tiene razón respecto a ese tipo, al parecer cree que hay más cosas sobre la muerte de Amira de las que salieron a la luz.

—Se equivoca —insistió Humphrey—. El caso se cerró.

—Oiga, Nick —dijo Serena con cautela—. No se tome esto a mal, pero dicen que era usted un habitual del Sheherezade. Hizo allí muchos trabajos de seguridad privada. —Señaló las fotografías de la pared—. Y al parecer tiene esas imágenes para demostrarlo.

La mirada de Humphrey se volvió tan fría como el hielo en su copa.

—¿Y?

—Eran otros tiempos, con normas diferentes. Ésta era una ciudad sin ley. Lo que nos preguntamos es...

—Lo que se preguntan es si me untaron —dijo Humphrey con una voz cada vez más áspera—. ¿Verdad? Joder, son peor que Rex Terrell.

—Nadie ha dicho eso —replicó Serena—. Pero quedan muchos interrogantes, y usted parece demasiado espabilado para que se le pasaran por alto. Queremos saber si alguien le presionó para acelerar la investigación.

Humphrey se los quedó mirando y Stride pensó que estaba viendo el dolor de un hombre atrapado. El policía retirado bajó la mirada hacia su copa y apuró lo que quedaba del whisky de un solo trago.

—No hubo presiones —dijo, con voz ronca y un nudo en la garganta.

Stride captó un movimiento con el rabillo del ojo: Harvey Washington apareció por la puerta de al lado y se quedó de pie en el umbral de la sala de estar, con su perra en brazos y la mirada triste. El animal se revolvió para que lo dejaran en el suelo.

—Nick, ¿por qué no les cuentas la verdad? Somos viejos. Ya no le importamos un comino a nadie.

Humphrey no se mostró sorprendido.

—Mierda, Harvey, aún podría meterme en problemas. Los dos podríamos.

Harvey sacudió la cabeza y bajó a la perra. Ésta correteó al instante por toda la habitación, saltó al regazo de Humphrey y se quedó hecha un ovillo para echar una cabezada.

Serena pestañeó.

—¿Es suyo el perro?

—¿Quieren decirnos qué diablos está pasando? —preguntó Stride.

Harvey se cruzó de brazos y esperó. Humphrey le rascó la cabeza a la perra y evitó alzar la mirada. Se encogió de hombros, petulante.

—Haces lo que tienes que hacer —le dijo a Harvey.

—Oh, no seas crío —contestó éste. Apartó una destartalada silla de madera de la pared y se sentó en ella—. Recibió presiones —les dijo a Stride y Serena—. Pero no es lo que ustedes piensan: Nicky nunca aceptó ni un centavo. Fue indulgente con esos tíos por consideración a mí.

Stride no lo entendía.

—¿Usted?

—Somos pareja desde hace casi cincuenta años.

Humphrey, en su silla, respiró hondo. De haber habido un armario en la sala, se habría arrastrado de vuelta a su interior.

—Leo Rucci lo sabía. No sé cómo. Esa gente lo sabía todo sobre todo el mundo. Dejó muy claro que si me movía en la dirección equivocada, el departamento descubriría que yo era homosexual. Eso me habría costado mi empleo.

—¿Y la dirección equivocada era Walker Lane? —preguntó Stride.

Humphrey abrió los brazos de par en par.

—¿Usted qué cree? Yo sabía que era sospechoso, pero estaba bien jodido.

—Fue más que eso —añadió Harvey—. Nick me estaba protegiendo: él habría perdido su trabajo y yo habría acabado en la cárcel. La ley y yo no siempre hemos visto las cosas de la misma manera.

Stride vio a Marilyn Monroe sonriéndole desde la pared.

—Es usted falsificador —adivinó.

—Es un artista en su campo —subrayó Humphrey.

Harvey agachó la cabeza con modestia.

—Imito cosas. Cuando yo era joven, a veces no era tan quisquilloso con que la gente supiera lo que era real y lo que no.

—¿Y ahora? —preguntó Stride, cogiendo la pelota de béisbol de Willie Mays.

Harvey sonrió entre dientes.

—De vez en cuando le regalo algo a Nicky. Para nosotros es como un juego. Hoy en día puedo vender mis imitaciones en eBay y así aún puedo ganarme un dinero. Pero tranquilos, siempre aviso de que son imitaciones, y no objetos reales.

—Y estoy segura de que sus compradores son siempre igual de honrados cuando lo revenden —dijo Serena.

—Eso ya no es asunto mío —replicó Harvey en tono tranquilo.

Stride no podía creerlo. Un policía gay y un amante que resultaba ser un artista de la estafa. Y el resultado era que alguien (¿Walker Lane?) había salido impune de un asesinato y que habían matado a algún pobre chiflado de Los Ángeles para cerrar el caso. Y cuarenta años más tarde, había comenzado

otra ronda de crímenes.

—¿Está vivo Leo Rucci? —preguntó Stride—. Necesitamos hablar con él.

—Está vivo —dijo Humphrey—. Pero Rucci sólo era los brazos y las piernas. Boni era el cerebro. Sólo él sabe realmente lo que pasó aquella noche.

—El problema es que a Boni no le apetecerá hablar con nosotros si no es con una orden y con siete abogados censurando cada pregunta —dijo Stride.

—Pregúntenle a Sawhill si puede pedirle a su padre que haga una llamada —dijo Humphrey—. Ese viejo lleva años haciendo apaños financieros para Boni y muchos otros propietarios de casinos.

—¿Sawhill tiene contactos con Boni? —preguntó Stride.

—Ésta es una ciudad pequeña —respondió Humphrey.

—También podrían hablar con la hija de Boni —propuso Harvey.

Serena levantó la mirada, sorprendida.

—No sabía que Boni tuviera una hija.

Humphrey asintió.

—Claire Belfort. Cogió el apellido de su madre. Claire y Boni riñeron hace años. Ella es cantante de folk en un garito del Boulder Strip.

—¿Por qué iba a ayudarnos? —preguntó Stride.

Humphrey se encogió de hombros.

—A lo mejor no lo hace. Es probable que no. Pero si alguien puede conducirnos hasta Boni con una simple llamada, ésa es Claire.

Capítulo 18

Aparcó el Lexus en la carretera del lago, delante de un edificio cuyas ventanas estaban a oscuras. El propietario de la mansión, quienquiera que fuera, había ido a pasar la noche fuera de la ciudad, o tal vez estaba de crucero por las tranquilas aguas de las islas griegas. Eso es lo que hacía la gente de Lake Las Vegas. Podían permitirse ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa.

La verdad era que no importaba si había alguien dentro. El hecho de mirar a la calle y ver un Lexus aparcado enfrente de casa no levantaría ninguna sospecha. Podía ser un vecino que estaba dando un paseo nocturno cerca del agua. Después de todo, los extraños no podían llegar hasta aquí. No se podía entrar sin pasar por la puerta de seguridad de la orilla sur.

La anciana había interpretado bien su papel. Había sonreído al guardia, riéndose como si nada fuera mal, como si no hubiera nadie en el asiento de atrás apuntándola con un arma. Había subido la ventanilla y seguido adelante, como hacía casi todos los días. El único signo revelador que el guardia pudo ver desde la parte trasera, era el frenético temblor de sus dedos sobre el volante. No por el Parkinson, como cabría esperar de una mujer mayor. Era pánico.

Había pasado el final de la tarde en casa de ella, observando cómo aumentaba su miedo y observando la puesta del sol. Estaba atada a una silla y amordazada, con unos ojos como platos que seguían sus movimientos mientras él iba y venía de la ventana. Al hacerse de noche, por fin estuvo listo. Sabía que ella esperaba que la matara, y se preguntó si el corazón de aquella mujer se calmaría cuando él simplemente abandonara la casa, le

robara el coche y se alejara.

No condujo hasta muy lejos. Sólo unos edificios más abajo siguiendo el lago, donde las viviendas más grandes se pegaban al agua. Desde aquí disfrutaba de una visión privilegiada sobre la gran casa que dominaba la calle.

A la espera.

Quería fumarse un cigarrillo pero no se atrevía a abrir los cristales ahumados del coche. Mejor que pareciera vacío, por si pasaba alguien. Ahí sentado, casi inmóvil, contemplaba la gran construcción, observaba las luces que se encendían y apagaban de una habitación a otra y veía siluetas ocasionales que se movían detrás de las cortinas. Usó un par de prismáticos minúsculos para ver el interior y confirmar que ambos seguían estando en casa. Solamente ellos dos.

De tanto en tanto, echaba una mirada hacia el lago. Las luces de las urbanizaciones titilaban como el país de Las hadas. Eso era lo que vendían aquí: ilusión.

Volvió a centrarse. Había hecho esto muchas veces; no estaba nervioso. Pero el lapso mental con el chico aún lo tenía inquieto. Se había permitido enfadarse, que sus emociones se desbordaran. Con los demás no había sido ningún problema. No quería que lo fuera otra vez. No esta noche. No con el resto, en los días venideros.

Vio un movimiento en el espejo retrovisor del coche. Unos faros. Una limusina negra se deslizó al lado del Lexus, continuó calle abajo junto al río y penetró en el camino de entrada de la casa que él vigilaba. El conductor no apagó el motor ni los faros, ni tampoco tocó la bocina; simplemente era la hora en que debía estar ahí, y cuando trabajas para famosos siempre estás ahí a la hora indicada.

La puerta de la casa se abrió.

Levantó los prismáticos y observó al gran hombre que salía de la gran casa y se dirigía a la puerta trasera de la gran limusina. Todo lo que tenía que ver con aquel tipo era desproporcionado. El conductor había salido del vehículo y le estaba esperando, tocándose la gorra y sonriente.

La puerta del asiento de atrás del coche se cerró. La delantera también. Se

quedó observando cómo la limusina salía otra vez del camino y emprendía la marcha a la inversa por la carretera del lago, pasando de largo el Lexus igual que a la ida.

Dejó transcurrir otros diez minutos, sentado en silencio en la oscuridad. La calle seguía desierta. Finalmente puso el coche en marcha, dejando los faros apagados, y descendió cuidadosamente con el Lexus el trozo de pavimento que le quedaba hasta llegar delante de la gran casa. Aparcó el coche y puso el freno, aunque dejó el motor encendido. No le iba a llevar mucho tiempo. Siempre le sorprendía oír los errores que cometían a veces otros profesionales, como apagar el motor del coche y encontrarse, a la vuelta, con que no volvía a encenderse. Una tontería como ésa podía costar veinticinco años de una vida.

Escudriñó los espejos una última vez y salió del coche. La Sig era casi imperceptible en su mano derecha.

Mientras avanzaba por el camino de entrada sintió un atisbo de duda, que procuró acallar. Luego lo entendió: la conocía. En casi todos los otros casos se había enfrentado a un extraño, cuya historia ignoraba. Pero en este caso había estado con ella, y le había gustado. Parecía perdida, una víctima, un poco como él mismo. Llegó hasta la enorme puerta de entrada, rica en bronce y madera, y pensó en lo pequeña que se la veía en aquel entorno gigantesco.

Pero no importaba, al fin y al cabo. Todo el mundo era una víctima más tarde o más temprano. Eso era lo que le decía la voz, la que siempre había estado ahí, guiándole.

«Amira».

Llamó al timbre de la puerta. Pasaron unos segundos. Cada vez estaba más incómodo, bañado por la luz del porche. Llevaba el arma escondida detrás del muslo derecho.

A ella le costó abrir la puerta y al hacerlo le sonrió, reconociéndolo. No había ni rastro de temor en su rostro.

—Ah, hola —dijo con su voz de niña. Bonita. Vulnerable—. ¿No has recibido el mensaje?

Fueron sus últimas palabras. Cuando vio la pistola, sólo tuvo un instante para sentirse confusa y después asustada, y luego se acabó. No podías

permitirte vacilar cuando tenías alguna duda. Diez segundos más tarde volvía a estar en el Lexus, con las ventanillas abiertas para dispersar el acre olor a humo, conduciendo de vuelta a las colinas que llevaban a la ciudad.

Capítulo 19

Serena pidió una botella de agua con gas en una copa de champán. Encontró una mesa para dos cerca del escenario y le dio al camarero una propina de veinte dólares para que se llevara la otra silla.

Odiaba estar sola en un casino, pues tenía que pasarse la noche quitándose de encima a los borrachos que pasaban por allí y ver cómo se servían unas copas que le recordaban lo que ella no podía hacer. Pero Stride había sugerido que la hija de Boni, Claire, podría responder mejor si hablaba sólo con ella, cara a cara en una reunión informal en el club, que con los dos juntos.

Los casinos del Boulder Strip atraían sobre todo a gente del lugar, enterados que daban por hecho que tendrían más oportunidades lejos de Las Vegas Boulevard (cosa poco probable) y que podrían jugar más, con más beneficios en apuestas más pequeñas (cierto). Serena sabía que Cordy era parte integrante del Sam's Town, el mayor casino del Boulder, unos kilómetros al norte. Cada año depositaba miles de dólares en sus ávidas manos, pero a cambio le trataban como a un rey.

El local donde cantaba Claire, el Limelight, no jugaba en la misma liga que sus hermanos mayores, como Sam's Town, Arizona Charlie's o Boulder Station, y no incluía un hotel anexo. Estaba en el desolado extremo sur de la autopista, donde aún quedaban acres de sucia tierra abierta, salpicada de zonas para caravanas, tiendas para adultos y casas de empeño. En los límites habían empezado a asomar algunas urbanizaciones, al tiempo que los suburbios se extendían cada vez más por el desierto.

El Limelight había sido restaurado recientemente sobre el esqueleto de un

casino junto a la carretera largo tiempo cerrado, un garito de cerveza y tragaperras donde cada noche solía haber bronca y los gafes perdían sus pocos dólares en el juego. Nadie lamentó verlo desaparecer. El Limelight no era gran cosa, pero era uno de los pocos sitios de la ciudad que ofrecían música country en vivo por el precio de un par de copas. Stride y ella se habían dejado caer alguna que otra vez por allí. Era poco más que una barra y un espacio del tamaño de una caja de cerillas dedicado al juego, con mesas y máquinas tragaperras y una claustrofóbica sala de espectáculos de paredes verdes, una barra larga con máquinas de vídeo-póquer y unas cincuenta mesas circulares, encajonadas sin demasiado espacio para respirar frente a un angosto escenario.

Bebió un sorbo de agua y observó cómo se llenaban rápidamente las mesas. Era evidente que Claire Belfort tenía cierta fama. Cualquiera podía llenar el club un sábado por la noche, pero era martes, y eso significaba que la gente había venido para verla a ella. Hasta ese momento, Serena había estado dispuesta a creer que el dinero de Boni había allanado el camino para la carrera de su hija, pero ahora ya no estaba tan segura. El Limelight era un antro, pero las personas que venían a ver los espectáculos entendían de música.

A las nueve en punto, el grupo de Claire ocupó sus puestos. Era un conjunto típicamente country, con violín, bajo, batería y metal. Las luces de la sala de espectáculos se apagaron, y unos cilindros en lo alto iluminaron el escenario. El grupo abrió con una melodía elaborada y melancólica que Serena reconoció de inmediato como una de sus canciones favoritas, *You'll Never Leave Harlan Alive*, una amarga elegía sobre los apuros de los mineros de Kentucky. Serena había oído a Patty Loveless cantarla, y Patty era difícil de igualar.

Pero ahí, desde la parte de atrás del escenario, oyó una voz brumosa que envolvía las letras y entretejía todo el dolor del mundo con la música. La voz de Claire podría haber hecho frente a las exigencias del blues. Era robusta y colmada de emoción, pero con un matiz en su expresión que Serena sólo había oído en las cantantes de country más maduras. Sonaba un poco como Allison Moorer, con una voz tan afligida e hipnótica que Serena la encontró

excitante de oír, irresistible, como si perteneciera a una sirena.

Claire entró en el foco de luz desde un rincón del escenario. Siguió cantando mientras sonaban los aplausos y luego descendió a un susurro cuando la gente se puso a escuchar la canción. Llevaba el pelo largo y rubio rojizo, con los extremos ondulados que se agitaban alrededor de sus hombros. Su rostro era anguloso, de líneas duras, y tenía hoyuelos en las mejillas, con una pequeña marca de nacimiento en uno de ellos que hacía que su cara fuera imperfecta y atractiva a un tiempo. Tenía unos ojos azules penetrantes e inteligentes, y llevaba una blusa de seda rosa con los tres botones de arriba sin abrochar, pantalones negros que se aferraban a sus delgadas piernas y tacones finísimos de aguja. La luz se reflejaba en los aros de sus pendientes de oro.

Se colocó en la parte frontal del escenario, justo encima de Serena, y cantó una conmovedora historia sobre un anciano del siglo XIX que regresaba a las minas de carbón para alimentar a su familia, sólo para acabar muriendo allí como tantos otros. La música era sugerente. Serena se sorprendió con los ojos fijos en Claire sobre el escenario, cautivada. Sus miradas se encontraron y una extraña y electrizante sensación pasó de una otra. Serena lo atribuyó a su propia imaginación, aunque lo sintió como algo real e intenso.

Cuando finalizó la canción, con Claire murmurando los últimos versos una y otra vez como un fantasma, Serena se puso en pie para aplaudir. Vio el rubor en el rostro de Claire y el modo en que ésta se fortalecía con la energía del público.

Claire pasó a otra balada country y siguió con un *rockabilly* muy rítmico, y luego con una mezcla de temas de *bluegrass*^[24]. Pero todas ellas eran canciones tristes, con letras que hablaban de pérdidas, rendición y muerte, la clase de temas que sonarían a falsos con una cantante mala. Claire los devolvía a la vida, los hacía reales y lastimeros. En cada una de las tragedias que cantaba, encontraba una íntima nostalgia a la que Serena podía remitirse y recordar.

Siguió posando la mirada en Serena. Hablándole a ella. Provocándola. No eran imaginaciones suyas. Cuando se miraban la una a la otra, los labios de Claire se arqueaban en una leve sonrisa, no de humor o ironía sino de

familiaridad. Casi era como si Claire le estuviera cantando a ella; o así era como lo percibía.

Serena se sintió seducida.

Era una sensación remota que llevaba años sin experimentar. No estaba bebiendo más que agua, pero se sentía ebria de todos modos. La música y el humo la aturdían. La voz de Claire era como una suave caricia sobre su cuerpo, y Serena se sintió desnuda y expuesta.

Era algo electrizante.

Una hora más tarde, Claire abrió la puerta de su camerino con la misma sonrisa enigmática. El sudor brillaba sobre su piel después de la actuación. Sus ojos, al mirar a Serena, eran chispeantes y curiosos.

—Soy Serena Dial —le dijo—. Detective de homicidios de la Metro. Me gustaría hablar contigo.

La mayoría de la gente se encorvaba y se convertía en plastilina al oír aquello. Empezaban a soltar secretos de hacía años. Claire se limitó a arquear una ceja para mostrar su sorpresa y abrió la puerta un poco más, de modo que Serena pudiera deslizarse al interior.

Era un camerino pequeño y sombrío, con linóleo amarillo en todo el suelo. El techo estaba formado por paneles de espuma manchados de humedad, y un par de cacerolas en el suelo atrapaban gotas ocasionales que emitían un tintineo musical. Había un sofá cama a mano derecha y una mesa de jugar a cartas con varias sillas alrededor. De un perchero con ruedas colgaban vestidos de Claire. Tenía un frigorífico, un fregadero y un cuarto de baño en la parte de atrás.

Claire señaló el sofá y la mesa.

—Tú misma.

Serena se sentó en una de las sillas que había junto a la mesa.

—¿Puedo traerte una copa? —preguntó Claire. Cuando Serena negó con la cabeza, añadió—: Supongo que no sería de buena educación ofrecerle un porro a un policía.

Serena se rió. Claire sacó una botella de agua del frigorífico y se

repantigó en otra de las sillas, con las largas piernas extendidas y un codo encima de la mesa. Abrió la botella de agua con unos dedos finos y delicados.

—Serena Dial —dijo—. Gran nombre.

—Gracias.

Claire se acercó y pasó la mano por el pelo negro de Serena.

—También me encanta tu pelo. ¿Qué utilizas?

Serena le contestó, avergonzada de nombrar un simple champú barato.

Claire asintió y volvió a recostarse en su silla.

—Supongo que los detectives no habláis de esa clase de cosas. Sois duros, ¿no? Los detectives son gente dura. ¿No deberías estar gorda y llevar un traje barato, en lugar de ser preciosa?

—Éste es mi look nocturno —contestó Serena con una sonrisa—. Durante el día estoy gorda y visto de poliéster.

Claire sonrió.

—¿Te ha gustado mi concierto?

—Me has parecido increíble —le dijo Serena sinceramente—. ¿Por qué no estás en Nashville?

—¿Por qué, es que esto no es glamouroso? —replicó Claire. Atrapó con la mano una de las gotas que caían del techo—. No lo hago por dinero, y aquí puedo cantar lo que quiera y cuando quiera. En Nashville, la gente querría controlarme.

—Como tu padre —dijo Serena.

Claire apretó los labios.

—Sí, como mi padre. ¿Se supone que tiene que impresionarme que le conozcas? No es ningún secreto.

—Aunque tú tampoco lo vas pregonando.

—No, no lo hago. Y seguramente a él también le gusta que sea así. ¿Por eso estás aquí? ¿Para hablar de Boni?

Serena asintió.

—En parte.

—¿Cuál es la otra parte? —preguntó Claire, tomando un sorbo de agua.

—Decirte que tal vez corras peligro.

—Qué intrigante —dijo Claire—. ¿Y tú me vas a proteger?

—No es ningún chiste. Han muerto dos personas.

Claire asintió.

—Yo no he dicho que fuera un chiste. Pero ¿por qué iba alguien a querer matarme? ¿Por ser la hija de Boni? Puede que estemos distanciados, Serena, pero habría que ser un estúpido para hacer algo así. Conozco a mi padre, y tú eres policía, así que supongo que tú también. Boni los eliminaría. Los torturaría. Aparecerían en un campo de maíz, como Spilotro^[25].

—No creo que a quien esté haciendo esto le preocupe tal cosa.

Serena le habló de las muertes de Peter Hale y MJ Lane, y de las pistas que los habían conducido hasta la muerte de Amira Luz, cuarenta años atrás.

—¿Has oído hablar de Amira alguna vez?

—No —respondió Claire—. Boni nunca la mencionó. Pero yo nací después, ese mismo año.

—¿Y de Walker Lane?

—Sé algo de él, claro, pero ya está. No sabría decirte si tenía alguna relación con mi padre.

—¿Por qué os distanciasteis tu padre y tú? —preguntó Serena.

Claire no respondió. Se llevó la botella de agua a la boca y volvió a beber. Luego le cogió una mano a Serena y le dio la vuelta, dejando la palma hacia arriba. Ella no la apartó. Con el dedo corazón, Claire siguió levemente una línea que bajaba por la palma de Serena hasta la muñeca. El dedo de Claire estaba húmedo por el agua condensada sobre la botella.

—Sé leer las manos, ¿lo sabías? —dijo con voz traviesa.

Serena le siguió el juego.

—¿Y qué ves?

—Bueno, ya sabemos que eres dura.

—Cierto.

—Eres policía, así que no voy a arriesgarme con tu línea de la vida. Lamento decirte que tu línea del amor se rompe.

—¿En serio?

—Sin ninguna duda.

—También veo que tuviste una aventura apasionada con otra mujer cuando eras joven.

Serena retiró la mano.

—¿De qué coño va esto?

Claire levantó las suyas en un gesto de rendición.

—Tranquila, ¿vale? Era una broma —y añadió—: Aunque me parece que te he tocado la fibra, Serena.

Ésta se dio cuenta de que su corazón estaba acelerado.

—No, sólo me has sorprendido.

—En fin, no te preocupes por eso —replicó Claire con soltura—. Sólo estaba leyendo mi propia palma. Ésa es mi historia. Soy homosexual, por si no lo habías notado.

—¿Y Boni no lo aprobó?

—Es una parte del asunto.

—Pero ¿sólo una parte?

Claire suspiró.

—Me tiré mis primeros veintiocho años dejando que Boni dirigiera mi vida, igual que dirige todo lo que le rodea. Soy su única hija y quería que yo siguiera sus pasos. Fui a la Universidad de Las Vegas y me saqué un máster en administración de hoteles, todo para poder encargarme de su negocio cuando estuviera dispuesto a pasármelo. Es lo que quería yo también; él alimentó esa ambición dentro de mí.

—¿Y qué pasó? —preguntó Serena.

El rostro de Claire no reflejaba ninguna emoción.

—Tuvo que elegir entre su negocio y yo. Y el negocio estaba primero. Vaya sorpresa.

Serena supuso que estaba ocultando algo.

—¿Y tu madre?

—Murió cuando me dio a luz. Siempre hemos estado Boni y yo solos; al menos hasta que me largué. Decidí que quería ser yo misma, y no un clon de mi padre.

—Tú también pareces muy dura —dijo Serena.

—Ya te he dicho que estaba leyendo mi propia mano. En cualquier caso, eso fue hace más de diez años y apenas hemos hablado desde entonces. Él hace algún intento de vez en cuando, pero ahora me valgo por mí misma. No

quiero que me compre, y eso le saca de quicio. Soy la única persona del mundo a la que ha sido incapaz de dominar.

Serena supo de alguna manera que Claire debía de ser muy parecida a su padre. Terca. Dominante. Imaginó que habrían tenido peleas titánicas a lo largo de los años. Le impresionaba que Claire se hubiera mantenido firme. Era lo mismo que había tenido que hacer ella, en el transcurso del tortuoso camino desde su madre hasta Deidre. Gente que prometía salvarla y luego la traicionaba.

—Has hecho que me resulte difícil preguntarte lo que te quería preguntar —admitió Serena.

Claire sacudió la cabeza.

—Para nada. Pregunta lo que sea. Pero puede que yo también quiera conocer alguno de tus secretos.

—Necesito hablar con tu padre. Creemos que quizás él sepa qué está pasando y por qué. Si tiene que ver con lo que le ocurrió a Amira, él es el único que podría hacer encajar las piezas.

—Y quieres que le llame —dijo Claire.

—Exacto.

—Lo siento, Serena, pero no estoy dispuesta a hacer eso. No haré nada que pueda ponerme en deuda con él.

—Lo comprendo. Pero hay vidas en juego, y puede que la tuya también lo esté.

—¿De verdad piensas que estoy en peligro? —preguntó Claire.

—Sí, así es.

Claire asintió.

—Tengo que pensarlo —dijo. Y un momento después, añadió—: No puedo darte una respuesta ahora, ¿de acuerdo?

—No tardes mucho —la apremió Serena.

Encontró una tarjeta en su bolsillo y se la dio. Claire la cogió y dio unos golpéenos con ella en la mesa.

—Dime una cosa —le pidió.

Serena sonrió.

—Vale.

—¿He acertado?

—¿Te refieres a lo que has dicho sobre mí? —Serena sabía perfectamente a qué se refería. La aventura. Tocarle la fibra—. No es asunto tuyo.

—Ah, me olvidaba de que eres dura.

Claire se levantó y estiró lánguidamente los brazos por encima de su cabeza.

—Me voy a dar una ducha —dijo.

Serena arrastró su silla hacia atrás encima del linóleo y se dispuso a levantarse.

—Yo me marchó.

—No, no pasa nada. —Claire le hizo un gesto para que volviera a sentarse—. Podemos seguir hablando.

Dio un par de pasos hacia la puerta del camerino y echó la llave. Luego empezó a desabrocharse la blusa. Cuando hubo terminado se la dejó abierta, de modo que el escote y el vientre quedaban a la vista.

—¿Cantas? —le preguntó Claire.

—¿Yo? No. Vacío las salas de karaoke.

—¿Y cómo te expresas? Debes de tener algo.

—Hago fotos —respondió Serena—. Del desierto.

Serena la observó quitarse los pendientes cuidadosamente, utilizando ambas manos para abrir los aros de oro. Los dejó sobre la mesa y luego se pasó los dedos por el pelo, deshaciendo los enredos con suavidad.

—Me gustaría verlas —le dijo.

Se dejó caer la blusa de los hombros. La seda le frotó la piel y luego le cayó por la espalda. Sus pechos desnudos eran perfectas esferas blancas con pezones rojos y erectos. Tiró delicadamente de cada manga y se dio la vuelta para colgar la blusa en el perchero. Su columna se tensó, ahondándose en el hueco de su espalda.

—¿Te gustaría cenar? —le preguntó Claire sin volverse.

—No puedo, lo siento.

Claire se bajó una cremallera lateral de los pantalones y se los quitó, dejando las nalgas y los muslos al descubierto; luego dobló cada pierna para quitárselos. Ahora sólo llevaba un tanga negro.

Se dio la vuelta.

—Lástima.

Serena sabía que era el momento de decir algo, de soltar una broma, de irse. Pero se quedó allí, sin moverse, sin respirar casi, y Claire se quitó el tanga, mostrando su montículo de color caoba, recortado hasta quedarse en un solo mechón de suave pelo rizado. Se quedó ahí de pie un breve instante y luego desapareció en el cuarto de baño. El agua de la ducha empezó a salir.

Serena se levantó de la silla. Miró la puerta cerrada del camerino y supo que simplemente tenía que irse. Pero Claire volvió, con una toalla colgando a ambos lados del cuello que llegaba lo bastante abajo para ocultarle los pechos, aunque no el resto de su cuerpo desnudo.

—El agua tarda una eternidad en calentarse —dijo.

Serena asintió e intentó humedecerse los labios con la lengua, pero tenía la boca seca. Claire avanzó hasta quedar a unos centímetros de Serena, demasiado cerca para estar cómodas.

—Podrías unirte a mí.

—No, no podría.

—Eres preciosa —le dijo Claire.

—Tú también —reconoció Serena, antes de poder reprimirse.

—Me gustaría volver a verte.

—No soy homosexual —dijo Serena.

—¿Y qué importa eso? A mí me atraen las personas, no me importa si son hombres o mujeres. Me atraes tú.

—Estoy comprometida —contestó Serena, y añadió—: Con un hombre.

—Pero yo también te atraigo a ti.

Serena quiso negarlo, aunque no lo hizo.

—Mira, esto no va a ocurrir.

Claire extendió la mano y le tocó la cara a Serena con el dorso.

—No se lo escondas a él. Ahora tienes un secreto.

—Lo siento. —Serena se apartó—. He enviado las señales equivocadas.

—No eran equivocadas. Me deseas tanto que casi puedes saborearlo.
¿Qué hay de malo en ello?

Sonó el teléfono móvil de Serena. Ésta retrocedió como si se hubiera

incendiado la habitación y se metió la mano en el bolsillo para sacarlo. Oyó la voz de Stride y se sintió engullida por una oleada de culpabilidad. No podía creer lo que estaba haciendo, lo que deseaba hacer. «No desde Deidre», pensó para sí.

—¿Qué hay? —preguntó, y se odió a sí misma porque su voz sonaba ronca por la excitación.

Stride la hizo bajar otra vez a la tierra:

—Ha habido otro asesinato —dijo.

Capítulo 20

Amanda tuvo que reprimir las lágrimas al ver el cuerpo de Tierney Dargon. Se sorprendió. Con el paso de los años se había endurecido frente a la muerte, pero los cuerpos que veía día sí y día no raramente eran de personas a las que hubiera conocido cuando vivían. Eran cadáveres, carne y heridas desprovistas de personalidad. Pero Amanda había visto a Tierney tan recientemente que podía acordarse de su perfume y oír la entonación añorada de su voz. Le había caído bien. Le había dado lástima. Tierney era una buena chica perdida en la gran vida de Las Vegas. Pero nada más.

Ahora era como MJ, con los ojos abiertos por el espanto y el terror, y regueros de sangre que surcaban su rostro desde el agujero de herida de bala que tenía en la frente. Muerta en el recibidor de la inmensa casa de Moose, como Alice Ford en Reno, sin tiempo para reaccionar ni gritar. Abre la puerta, ve el rostro de la muerte y ¡bang! Su cerebro ha desaparecido antes de poder rebelarse. Al instante.

Amanda miró dentro de la mansión más allá del recibidor y comprendió que, aun en vida, a Tierney se la habría visto fuera de lugar allí. Era joven, y aquélla era la casa de un rico viejo. Moose la había convertido en un santuario de su pasado, con estanterías llenas de premios, pósteres de hacía una década que anunciaban sus espectáculos y docenas de fotografías de Moose en el escenario. Era un hombre desmesurado, comparable a su casa, pues ambos eran chabacanos y gigantescos. El salón estaba decorado como un fastuoso casino, con elevadas columnas romanas, adornos dorados, un gran piano y, lo más impresionante de todo, una piscina interior en el segundo piso con fondo transparente, para que las visitas pudieran mirar

arriba y ver el azul del agua. La casa de Moose era una de las mejor situadas en Lake Las Vegas: se encontraba en la urbanización MiraBella, junto al campo de golf y el lago artificial privado del complejo, con el paisaje lunar de las colinas del desierto recortado en la distancia.

Nadie dudaría en abrir la puerta aquí, ni siquiera a un extraño. Lake Las Vegas estaba situado varios kilómetros al este de la ciudad, sobre las montañas de la carretera al lago Mead. Sólo había una carretera estrecha para salir y entrar de MiraBella y las demás urbanizaciones de la orilla sur, con un puesto de vigilancia para que extraños y vagabundos se mantuvieran en el exterior. Si entrabas, estabas a salvo. Aunque no esta vez.

Amanda se preguntaba cómo se las habría arreglado el asesino para cruzar la puerta de la orilla sur.

—¿Dónde está Moose? —preguntó a uno de los agentes uniformados que había en la escena del crimen.

Vio que la mirada del policía se nublaba con desagrado y se enfureció. No había cambiado nada.

—El vigilante de la entrada dice que se ha ido en la limusina hacia las seis —contestó—. Supongo que alguien lo estará intentado localizar.

—¿Supones? —replicó Amanda. El policía se encogió de hombros y ella añadió con aspereza—: No supongas nada. Averigüalo y me lo dices.

—Sí, «señor» —contestó él, mordaz.

Amanda se fue poniendo de peor humor cuando él se alejó.

Había un equipo considerable trabajando en la escena del crimen. Era una de las ventajas de que te mataran en Lake Las Vegas, normalmente inmune a esa clase de crímenes, a no ser que se tratara de una esposa rica que disparaba a un marido rico. Aquí, un cuerpo acaparaba mucha atención. La llamada había sido realizada por un vecino que oyó el disparo. Era cazador y conocía la diferencia entre la detonación de una pistola y el chasquido de un rifle, que no era un sonido inusual en las colinas del desierto. Cuando fue a investigar, encontró la puerta abierta de par en par y a Tierney en la entrada.

El móvil de Amanda sonó. Era Stride.

—¿Dónde estás? —preguntó ella.

—Estoy aparcado fuera, al lado de tu coche —dijo Stride—. Creí que

nunca te llevabas el Spyder a la escena de un crimen.

Amanda se desconcertó un poco.

—Normalmente no. Pero me encanta conducirlo por las carreteras de montaña. ¿Por qué?

—Sal aquí, ¿vale?

Amanda notó sabor a bilis y una punzada de preocupación en el estómago. Cerró el teléfono y se dirigió a la puerta principal. Al pasar por delante de dos de los técnicos, oyó un comentario en susurros y una risa a sus espaldas. Se dio la vuelta, pero no pudo descubrir quién había hablado. Les lanzó una mirada furibunda y luego salió como una flecha, dejando atrás el cuerpo de Tierney, hacia el aire cálido del exterior. El camino de entrada, que dibujaba una curva, estaba siendo rastreado en busca de pruebas. Tomó una ruta enrevesada que pasaba por las rocas del jardín y por el grupo de coches patrulla en el linde de la cinta que delimitaba la escena del crimen. Más allá de la casa estaban la profunda oscuridad del lago y el centelleo de las luces del hotel que se encontraba en la orilla opuesta.

Stride estaba apoyado en su Bronco, junto al Spyder de ella, a unos quince metros de distancia. Estaba de pie bajo una farola, con los brazos cruzados encima del pecho. Cuando llegó a su lado, él señaló con la cabeza la puerta del conductor del deportivo de Amanda. Ésta lo vio y soltó un taco.

Le habían rayado el coche. Alguien había grabado la palabra «pervertido» en la puerta del Spyder con grandes letras.

—No quería que lo descubrieras tú sola —dijo Stride.

Amanda se debatía entre la sensación de rabia y la humillación.

—Cabrones —musitó—. Esto no acaba nunca. Gracias por avisarme.

—He preguntado por aquí —continuó Stride—. Nadie admite haber visto nada.

—Vaya sorpresa.

Amanda repasó con el dedo los surcos sobre la pintura. En cierto modo era como si la violaran, como si eso fuera lo que quisieran hacerle de encontrársela sola.

—No permitas que hagan esto sin pelear, Amanda —le dijo Stride.

—Nunca lo he hecho hasta ahora.

Sin embargo, Amanda se preguntaba cuánto podría seguir aguantando. No importaba las veces que demostrara su valía; seguían yendo a por ella, tratando de expulsarla. Volvió a mirar la palabra. Pervertido. Podía sentir el odio de quien lo había escrito. No se trataba de una broma pesada o un escarnio, sino de un acto primitivo y alarmante.

—¿Estás bien? —preguntó Stride, observándola.

Ella sacudió la cabeza. No estaba bien.

—Podría haber cogido al asesino de Green River^[26] y los mensajes habrían hecho referencia a mi polla. Quiero decir, ¿realmente es tan importante?

Stride se rió. Amanda se dio cuenta de lo que había dicho y se rió también. Así liberó parte de la tensión.

—Está bien, sí es importante —dijo, con picardía. Y después añadió—: Ya sé lo que piensa la gente, sólo que duele que te lo restrieguen constantemente por la cara.

Pasó unos segundos más sintiendo lástima de sí misma. Stride esperó sin presionarla, y a ella la invadió una oleada de afecto por él. Se acordó de lo que Serena le había dicho: Stride había surgido de la nada y se había convertido en una salvación para ella. Amanda se sentía un poco así. No en el sentido romántico, porque quería a Bobby, y sabía que Stride quería a Serena. Pero tenerle cerca le hacía sentirse un poco menos sola dentro del cuerpo, como si finalmente contara con un aliado, con un amigo. Nunca le había pasado, no desde que no era Jason. Sus amigos de entonces habían ido cayendo, uno detrás de otro.

—Dime una cosa —le pidió a Stride—. ¿Por qué no me odias tú también?

—Vamos, Amanda. No es una pregunta propia de ti.

—Tienes razón, es una estupidez. Lo estaba preguntando alguien que no soy yo.

Stride volvió a centrarse en el trabajo.

—Dijiste que Tierney tenía un guardaespaldas, ¿no? ¿Dónde estaba?

—¿El samoano? Creo que sólo es un musculitos de alquiler. No había nadie más en la casa.

—¿No debería haber personal interino en un palacio como éste? —

preguntó Stride—. ¿Un mayordomo, seis doncellas y unos cuantos jardineros para regar las rocas?

—No, según el vecino que encontró el cuerpo. He hablado con él: dice que sólo hay personal diurno. Se ve que a Moose le gusta andar por ahí desnudo cuando es de noche.

—Gracias por meter esa imagen en mi mente —dijo Stride.

—Lo que me pregunto es cómo entró aquí el asesino. Te aseguro que no vino andando desde la autopista en plena noche.

—¿Hay un registro de todos los vehículos que entran y salen?

Amanda asintió.

—Tengo a agentes rastreando todos los coches del registro de seguridad, empezando por los que han salido después de la hora del asesinato.

—¿Ha vuelto a dejar el cartucho?

—Sí, un 357, igual que con MJ. Apuesto a que si podemos recuperar la bala, concordará. Aunque dudo que lo necesitemos siquiera: no está intentando ocultar su rastro. Están buscando huellas para ver si nos ha dejado otro recuerdo.

—Tres asesinatos —dijo Stride—. Cuatro, si tienen relación con el de Reno. Lleva un buen ritmo.

Amanda vio unos faros que se aproximaban por la avenida del lago en la que Moose y otro puñado de vecinos acaudalados tenían sus hogares. Cuando el vehículo pasó bajo la primera farola, reconoció la limusina en la que se había sentado con Tierney Dargon. Cuando ella estaba viva y floreciente.

Señaló el coche.

—Moose —dijo.

Stride comprendió de dónde había sacado su apodo el cómico^[27]. Era sorprendentemente alto y parecía todo piernas, como un mago de circo con zancos. Tenía una lanuda cabeza de pelo largo, teñido de negro y espeso para un hombre de su edad. Estaba sentado con los codos apoyados en las rodillas, y se cubría el rostro con sus dedos largos y flacos como tentáculos, mientras el cabello le caía encima de la cara. El esmoquin le venía holgado. Se había

deshecho el lazo, que colgaba como un murciélago aplastado sobre su camisa blanca con volantes.

Estaba a solas con Stride y Amanda en la parte de atrás de la limusina. Sus pies casi tocaban los asientos de enfrente.

—Mi preciosa niña —dijo—. Debería haberla dejado donde estaba. Soy un bastardo egoísta. Quería a alguien que cuidase de mí. Que me enterrara. Y ahora tengo que enterrarla yo a ella.

Levantó una angustiada mirada hacia ellos. Stride percibió sus características cejas, peludas y salvajes, que podía ondular y mover a voluntad. Formaban parte de su espectáculo. Podía hacerlas bailar y todo el público se moría de risa. Stride le había visto en un número en televisión hacía casi veinte años. El suyo era un humor negro y autodestructivo, plagado de chistes sobre la bebida, el divorcio y los ataques, extraídos de su propia vida. Pero sus cejas lo iluminaban todo, como si fueran monigotes idénticos y él fuese el ventrílocuo.

Aquella noche, yacían inmóviles encima de sus ojos como perros dormidos.

—¿Puede decirnos dónde estaba esta noche, señor Dargon? —preguntó Stride.

Fue educado pero firme.

Moose se centró poco a poco. Parecía realmente aturdido por el dolor, pero Stride se había sentido engañado demasiadas veces por el sufrimiento de un cónyuge. A menudo resultaban ser los autores, no las víctimas. Y Moose era actor.

—Estaba actuando en una fiesta para recaudar fondos —dijo, mientras se señalaba una insignia a favor de la reelección del gobernador Durand que llevaba en la solapa del esmoquin.

—¿Por qué no ha ido Tierney con usted?

Una de las cejas de Moose volvió brevemente a la vida.

—Soy como una bestia cuando tengo que actuar. No hablo con nadie, ni antes ni después. Tierney tendría que haberse sentado sola en una mesa llena de abogados arrogantes y escucharles hablar de su última moción Daubert^[28] mientras le miraban las tetas. Lo habría detestado.

—¿Quién más sabía que iba a estar sola en casa? —preguntó Stride, poniendo énfasis en la palabra «más».

—No se me ocurre nadie —contestó Moose—. Normalmente, Tierney sale si yo tengo actuación. Es joven. Pero hoy había decidido quedarse en casa a ver películas.

—¿Le ha comentado a alguien sus planes?

—Sólo a la empresa de seguridad. Les ha llamado hacia mediodía para avisar de que no necesitaría escolta esta noche.

Stride echó un vistazo a Amanda, que ya estaba garabateando algo en su cuaderno. Le pidió a Moose los datos de la empresa de seguridad. Se llamaba Premium Security. Stride recordó que Karyn Westermarck también llevaba guardaespaldas cuando estaba en Las Vegas, y se apuntó un recordatorio para averiguar si recurría a la misma empresa.

Amanda se inclinó hacia delante.

—Señor Dargon, ¿conocía usted a MJ Lane?

El rostro de Moose carecía de expresión.

—¿El hijo de Walker? ¿El chico al que mataron la semana pasada? Yo conocía al padre en los años sesenta, pero a MJ no. ¿Por qué?

—No hay ninguna forma de decir esto de manera delicada —le explicó Amanda—. Tierney tenía una aventura con MJ.

—Oh. —Moose recostó la cabeza hacia atrás hasta quedar con la mirada fija en el techo de la limusina—. Ya lo entiendo. Creen que soy un cornudo celoso. Primero hice matar al amante y ahora a mi esposa.

—Tiene usted fama de temperamental —dijo Stride.

Moose bajó la mirada y dibujó una sonrisa triste. Sus cejas se tensaron. Stride se percató de la palidez grisácea de aquel hombre, y de cómo los huesos del rostro delimitaban el contorno de su cráneo. Había visto aquello antes, cuando su mujer, Cindy, se estaba muriendo de cáncer.

—¿Era en un tiempo? Por supuesto. Pero entonces todos éramos chicos malos. Bebíamos, salíamos y nos descontrolábamos. Estábamos llenos de vida, por eso le gustábamos a la gente. Yo solía mearme en las fuentes del Caesars. Provocaba a chicos monos hasta que intentaban pegarme y entonces yo les rompía la mandíbula. Bailaba encima de las mesas de *blackjack*. Era

parte del espectáculo. Cuando llegaba demasiado lejos, me metían en una celda hasta que volvía a estar sobrio y por la mañana comía huevos y beicon con los policías. Me sabía el nombre de pila de todos los polis de la ciudad, e iba a casi todas las fiestas de cumpleaños de sus hijos.

—¿Así que sus malas rachas eran sólo una actuación?

—Estoy diciendo que yo era lo que todo el mundo esperaba de mí. Mire, podía pelearme con el mejor, a veces fui un hijo de puta, pero tengo ochenta años, detective. Ahora voy por libre. Soy un cerdito chillón con los huevos cortados. Mis días de locuras, cuando tenía temperamento y ganas de usarlo, pasaron hace ya mucho tiempo. No me casé con Tierney por sexo, ni siquiera para tener algo joven y bonito colgado del brazo. Lo crean o no, nos gustábamos el uno al otro. Éramos amigos. Yo la animaba para que viera a hombres jóvenes si quería, porque sabía que ella tendría que volver a esa vida cuando yo ya no estuviera. No le pedía detalles, así que no tenía ni idea de que mantuviera una relación con MJ o con cualquier otro.

Stride escuchaba a la espera de alguna nota falsa, pero no oyó ninguna.

—¿Se acuerda de Helen Truax? —continuo Stride—. Su nombre artístico era Helena Troya.

—Claro. Era bailarina en el Sheherezade.

—¿Llegó a conocerla muy bien?

—Lo bastante para salir a tomar una copa de vez en cuando —dijo Moose—. Pero eso era todo. Era la chica de Leo Rucci, así que yo me mantenía alejado. ¿Adónde quieren ir a parar con esto?

—Hace menos de dos semanas, el nieto de Helen murió asesinado en un atropello —explicó Stride—. Luego el hijo de Walker Lane. Y ahora su mujer. Creemos que la misma persona es responsable de las tres muertes.

Moose se irguió.

—¿Creen que todo esto tiene que ver con el Sheherezade?

—Ustedes tres aparecían mencionados en el artículo de Rex Terrell sobre el asesinato de Amira Luz. ¿Habló usted con Terrell?

El labio superior y las cejas de Moose parecieron torcerse de disgusto al mismo tiempo.

—¿Yo? ¿Hablar con un maldito gusano como Rex Terrell? De ninguna

manera.

—Rex dice que usted y Helen, entre otros, se beneficiaron de la muerte de Amira.

—No negaré que no me entristeció demasiado ver a esa pequeña zorra muerta y enterrada —dijo Moose—. Me la jugó. Me utilizó para llegar a Boni y luego me pateó las pelotas.

—Helen dice que usted le contó que Amira era la mejor amante que había tenido —siguió Stride.

—Eso no es ningún secreto. Estábamos liados. La sangre española es muy caliente. Pero no era mejor que una prostituta, pues sólo me utilizó para escalar peldaños.

—¿Dónde estaba usted la noche en que mataron a Amira? —quiso saber Amanda.

Moose se rió.

—En la cárcel, borracho. Como ya he dicho, era algo habitual en aquella época. Resultó una suerte contar con una coartada.

—Entonces ¿no sabe lo que pasó esa noche?

—Sólo lo que se rumoreó —contestó Moose.

—¿Se refiere a Walker Lane? —preguntó Stride.

Moose asintió.

—Todo el mundo supuso que lo había hecho él. El cuento del acosador resultó muy conveniente. Imagino que buscaron una cabeza de turco. Ya he dicho que me alegro de haber tenido una coartada, porque yo podría haber sido un blanco tentador.

—Así que usted también piensa que lo hizo Walker.

—Tiene sentido —dijo Moose—. Aunque me sorprendió.

—¿Por qué?

—Nunca pensé que Walker tuviera cojones para hacerlo. Era un blando. Le gustaba jugar con fuego, pero no era más que un niño pijo de Los Ángeles. Para matar a Amira había que tener huevos. No puedo creer que aún siga vivo después de haber hecho eso.

Stride y Amanda se miraron mutuamente.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Stride.

—La mayoría de la gente no lo sabe, pero yo sí, porque conocía a Amira. Ella me lo contó, sólo para restregármelo. Y Walter también lo sabía; tenía que saberlo. Sé que a él le encantaba su espectáculo y que iba siempre. Pero debería haber sabido por Leo Rucci que los servicios a los clientes preferentes no incluían a Amira.

Stride entornó los ojos.

—¿Por qué?

Las cejas de Moose ejecutaron una pequeña danza, como orugas retorciéndose al son del Cascanueces.

—Amira Luz era propiedad exclusiva de un solo y único hombre —dijo—. Un hombre con el que no te buscabas líos. Boni Fisso.

Capítulo 21

Serena aparcó en el camino de entrada a su casa. No salió del coche. Apagó el teléfono móvil y permaneció sentada silenciosamente en la oscuridad.

Se acordaba de la primera vez que había ocurrido con Deidre, cuando tenía dieciocho años. Ella estaba en la ducha. Deidre sabía que a veces iba a refugiarse debajo del agua, dejando que ésta se derramara sobre su cabeza mientras volvían los recuerdos, con la esperanza de que consiguiera llegarle más arriba de la boca y la ahogara. En Phoenix solía ducharse cuando Blue Dog, el camello de su madre, había acabado con ella. Agua marrón, tibia y después fría.

No estaba segura de cuánto tiempo se había quedado ahí la primera vez. Helada. Perdida. Sintiéndose como una tetrapléjica, consciente de su entorno pero incapaz de moverse o reaccionar, impotente para detener lo que le estaba sucediendo. Obligada a rebobinar su pasado y verlo pasar una y otra vez. Como si, en los dos años desde que había escapado de Phoenix, no hubiera escapado en absoluto, sino que estuviera siendo consumida por un solo y silencioso grito.

Luego sintió que alguien más se introducía en el interior de su capullo. Sin hacer ruido y surgida de ninguna parte, Deidre estaba allí con ella. Detrás de ella, en la ducha, piel desnuda contra piel desnuda. Los labios de Deidre estaban junto a su oído y la iban arrullando sin parar: «Ya está, pequeña». Las manos de Deidre ciñeron su estómago y la sostuvieron con suavidad, la alimentaron, la salvaron. Serena se apoyó de espaldas contra ella, y algo se fundió en su interior. Un dique de miedo y vergüenza empezó a presentar fisuras y a ceder. Serena sollozó. Todo su cuerpo tembló mientras sentía su

propia alma indescriptiblemente fría y glacial, excepto por la calidez de Deidre detrás de ella. Cuantas más lágrimas derramaba, más la agarraba y la tranquilizaba Deidre. «Ya está, pequeña».

Serena se giró y hundió la cabeza en el hombro de Deidre, y ésta siguió sosteniéndola, dejando que se desahogara. Ignoraba cuánto tiempo habían permanecido allí mientras ella salía de su pozo inundado y volvía a la luz. El agua de la ducha seguía cayendo; era fría, pero ellas estaban calientes. Cuando finalmente Serena miró a Deidre a los ojos, se sintió liberada. Contempló con júbilo el rostro mojado y hermoso de Deidre y se sintió anegada por un amor y una gratitud que se transformaron en pasión. Empezó Deidre, y Serena no la detuvo, sino que se unió a ella. Sus labios se juntaron. Sus cuerpos resbaladizos parecieron confundirse. Notó que Deidre disfrutaba de su tacto, y cuanto más respondía, más se esforzaba Serena para darle placer. Besándola. Masajeándole el hueco de la espalda. Escuchando cómo crecía el murmullo de sus ruegos. Deslizando los dedos dentro de ella, en todas partes, delante y detrás, profundos y recónditos. Deseando trepar por su interior.

En su recuerdo parecían deslizarse, goteando, desde la ducha a la cama. Y luego se pasaron horas juntas mientras afuera caía la noche, haciendo el amor una y otra vez en el chirriante lecho doble donde Serena solía dormir sola. Finalmente, cuando se hubieron saciado la una a la otra, cayeron dormidas, entrelazadas y exhaustas.

Fueron amantes durante seis meses. Ella sabía que Deidre deseaba que todo siguiera de aquel modo. Y al principio, Serena también. Le daban miedo los hombres y en los brazos de Deidre se sentía segura. No tenía madre, y Deidre también ejercía ese papel. Eso le bastó durante un tiempo.

Pero a medida que Serena fue recuperando la confianza en sí misma, se dio cuenta de que su relación era un castillo de arena. Quería a Deidre, pero ya no deseaba seguir siendo su amante. Deseaba ver lo que era capaz de construir por sí misma, ella sola, sin apoyarse en nadie ni recurrir a alguien que la rescatara.

Discutieron al respecto. Deidre se puso histérica. Al fin, Serena cayó en la cuenta de que era Deidre la que estaba asustada, la que necesitaba amor y

temía a los hombres. Era Deidre la que no podía vivir sin Serena.

Pero aun así, Serena rompió de todos modos. Así es como empezó la nueva vida de Deidre: su descenso a las drogas y la prostitución. Siempre pensó que lo hacía para devolverle el golpe a ella, para echárselo en cara. Serena se seguía culpando. Ella era la responsable: había podido contar con Deidre en la peor época de su vida y, después, había huido cuando su amiga la necesitaba. La dejó morir sin siquiera ir a verla, sin tratar de consolarla.

Serena se quedó sentada en el coche, contemplando los recuerdos que su mente recreaba. Volvía a tener dieciocho años. Así es como se sentía. Cuando Claire se había subido a ese escenario, Serena había visto a Deidre. Cuando Claire la había tocado, sintió las manos de Deidre. No se parecían en nada, pero eso carecía de importancia. Claire tenía razón: Serena la deseaba. Deseaba seguirla hasta esa ducha, desnudarse, besarla, tocarla y encontrar el modo de hacerle el amor a Deidre otra vez. De decirle cuánto lo sentía. De decirle que todo iría bien.

«Ya está, pequeña».

Capítulo 22

—¿Y ahora qué? —preguntó Amanda.

Se encontraban en el exterior de la casa de Moose.

—Volveré a llamar a Walker Lane por la mañana —dijo Stride—. Al diablo con Sawhill, me importa un comino lo que diga.

—Walker no admitirá que mató a Amira.

—No, pero tal vez sepamos quién está haciendo esto y por qué. No se trata de una venganza al azar; es algo personal.

—Si Walker mató a Amira, ¿por qué no lo eliminó Boni? —preguntó Amanda—. Suponiendo que Moose esté en lo cierto cuando dice que Boni y Amira eran amantes.

Stride pensó en la suite del ático de las Charkombe Towers y en Boni Fisso mirando el viejo casino a sus pies. Y en su nuevo proyecto Orient.

—Una cosa es matar a miembros de la familia. Pero un productor famoso como Walker... eso es mucho más difícil de encubrir. Si Walker Lane fuera asesinado o desapareciera, la gente haría preguntas.

—Walker desapareció —respondió Amanda—. Huyó a Canadá.

Stride asintió.

—A lo mejor estaba huyendo de Boni. A lo mejor todavía está huyendo.

Oyó el timbre de su teléfono móvil. Lo cogió esperando que fuese una llamada de Serena, pero no reconoció el número que aparecía en la pantalla.

—Stride —contestó.

Oyó una voz masculina, llana e indiferente. Un extraño.

—¿Ya la habéis encontrado?

Stride comprendió sin necesidad de preguntar. Desde el instante en que

había visto al asesino dejándoles su huella dactilar en el Oasis, sospechó que llegaría este momento. Ese hombre hallaría la forma de establecer contacto, de convertirlo en algo personal.

Chasqueó los dedos con fuerza en dirección a Amanda para llamar su atención. Ésta interpretó su rostro mientras él se señalaba el teléfono y pulsaba el botón del altavoz.

—Ahora estamos en la casa de Moose —dijo.

—Ella no —replicó la voz con impaciencia—. La chica no.

—¿De quién hablas? —preguntó Stride.

Movió los labios en dirección a Amanda: «¿Otra víctima?».

—Tendrás que ser más rápido, detective. No tengo tiempo para darte todas las pistas masticadas. Me marché en un Lexus plateado. Eso debería acotar el terreno.

Stride escuchaba en busca de cierto regodeo en el tono de voz, pero no lo detectó. No sonaba desequilibrado como un monstruo.

—¿Por qué me llamas ahora? —quiso saber Stride.

—Estoy haciendo el trabajo en tu lugar, detective. Voy a atrapar a un asesino.

—¿Por qué cometer un crimen para atrapar a un asesino? —preguntó Stride con aspereza—. Las personas a las que has matado eran inocentes. ¿Por qué no vienes simplemente y nos dices lo que crees saber sobre la muerte de Amira? Deja que nosotros le hagamos justicia.

—¿Como habéis hecho durante estos cuarenta años? —preguntó el hombre.

—Mataste a un niño —le soltó Stride—. Eso es peor que cualquier cosa que sucediera entonces.

Se hizo un largo silencio, lo que le llevó a Stride a pensar que había logrado encontrar una vena que sangrar. Notó que la respiración del hombre se volvía más rápida y violenta.

—Tú no entiendes lo que sucedió entonces —dijo el hombre finalmente.

—Explícamelo —dijo Stride—. Y cuéntame qué tiene que ver todo eso contigo. —No estaba hablando con un anciano; como mucho, alguien de su edad tal vez. No había forma de que hubiera participado en los

acontecimientos del Sheherezade—. ¿Estás ahí? —añadió Stride al ver que el hombre no contestaba—. ¿Hola?

El silencio se instaló en el aire. Comprobó la pantalla y vio que la llamada había terminado. Su interlocutor había colgado.

Cuando pulsó un botón para volver a marcar el número, sonó y sonó sin que nadie lo descolgara.

—Mierda —dijo—. Tenemos otro cuerpo.

Pero éste estaba vivo.

Media hora más tarde encontraron a Cora Lansing, una viuda de setenta y cinco años, atada a una enorme silla de nogal en su comedor, en otra casa cercana a la residencia de MiraBella de Moose. Una tira de cinta adhesiva le cubría la boca. Tenía los ojos agrandados por el miedo y se había hecho sus necesidades encima, llenando de hedor el hogar perfumado de lavanda. Pero no estaba herida.

Llamaron a un equipo médico, que le administró oxígeno y le quitó cuidadosamente la cinta de la boca. Ésta dejó tras de sí un sarpullido y unos residuos pegajosos que la mujer se tocó con irritados golpecitos de uñas. Era frágil como un pajarito, pero estaba furiosa, incluso después de ducharse y cambiarse de ropa. Stride le sirvió un vaso largo de Remy Martin, que sacó de su mueble bar, para tranquilizarla.

Enseguida obtuvieron su historia. Había estado de compras en Nieman's y, al volver, se encontró a un extraño dentro de su Lexus. El hombre la obligó a regresar por las colinas hasta la entrada de la orilla sur de Lake Las Vegas y se escondió en el asiento de atrás mientras ella saludaba al guardia. Le había dejado bien claro que si lo alertaba los mataría a los dos, y lo dijo con tal tono de voz que Cora no dudó que lo haría.

La mujer condujo hasta su casa, donde él la ató, la amordazó y esperó a que cayera la noche. Luego se marchó llevándose su coche.

—¿Vio qué aspecto tenía? —preguntó Stride.

—Claro que sí —replicó Cora inmediatamente, para su sorpresa—. Nunca olvidaré su cara.

Stride sintió una oleada de excitación, mezclada con aprensión. Le dijo a Amanda:

—Que venga un dibujante.

Stride miró a Cora y dijo para sí mismo lo que nunca le hubiera dicho en voz alta a la mujer: «¿Por qué diablos sigue con vida?».

—¿Puede describírmelo? —preguntó.

Cora retrató con rapidez a un hombre de constitución similar al que había visto Blonda en la parada de autobús antes del asesinato de MJ: no tan alto como Stride, delgado pero muy fuerte, con el pelo corto y oscuro y rostro anguloso. O se había afeitado la barba, o la que usó el sábado por la noche era postiza. Cora proporcionó detalles suficientes para que el dibujante de la policía pudiera ofrecer una interpretación sólida. Stride echó un vistazo a su alrededor, a los objetos caros y de buen gusto que había en la casa de Cora. Tenía buen ojo.

—¿Le ha dicho algo? —preguntó Stride—. ¿Sobre quién era o por qué estaba haciendo esto?

Cora negó con la cabeza.

—Ni una palabra. Apenas ha dicho nada. Pero era muy autoritario, muy aterrador.

Stride le dio las gracias y buscó a una mujer policía para que se sentara con ella mientras esperaban a que el dibujante llegase de la ciudad. Salió de la sala de estar de Cora y volvió al exterior. La llamada del asesino seguía vivida en su mente. Ojalá hubiera sido más larga, porque no estaba seguro de que ese hombre volviera a llamar: ya había dicho lo que necesitaba decir para implicar a Stride en la caza. Pero ¿la caza de qué?

Amanda se reunió con él.

—No pareces muy contento —le dijo—. ¿No es esto lo que se llama un punto de partida, una pista? Es algo bueno, ¿no?

—Sólo lo hemos conseguido porque él nos lo ha dado —dijo Stride—. Podría haber matado a esa mujer y no tendríamos una mierda. Pero ahora quiere que sepamos qué aspecto tiene. ¿Por qué?

—A lo mejor es un bastardo arrogante. No sería el primer asesino en serie que la caga por culpa de su ego. Mira a BTK^[29]. Nunca lo habrían trincado

en Wichita si él no hubiera empezado a mandar cartas a los periódicos treinta años después.

—Sabe que está corriendo un riesgo. Sabe que es posible que le encontremos. Su imagen va a salir en todos los periódicos. Alguien puede localizarle.

—Quizá piense que ha ocultado tan bien su rastro que no importa.

—No lo creo, Amanda. Estoy seguro de que ha ocultado su rastro, pero no creo que nos diera algo tan importante si no formara parte de su plan. Joder, podría haber matado a Tierney en la ciudad cuando quisiera. No tenía por qué pensar un modo de saltarse el sistema de seguridad que hay aquí. Y te aseguro que no tenía por qué proporcionarnos su rostro.

—Está fardando —sugirió Amanda.

Stride lo pensó un momento. Oyó otra vez la voz del asesino en su cabeza. Frío y centrado. Quejándose por tener que darles las pistas masticadas. Como si la policía estuviera interfiriendo en sus planes.

—O mandando un mensaje —dijo Stride.

Capítulo 23

Serena apareció en la puerta de su cubículo el miércoles por la mañana. Él se estaba inclinando peligrosamente hacia atrás en su silla giratoria, con los pies apoyados en el escritorio laminado.

—Hola, forastera —dijo.

Había llegado a casa mucho después de que Serena se metiera en la cama, y había salido al amanecer, dejándola dormida.

—Hola —contestó ella.

—Tendrías que probar el desayuno energético del asesino —añadió.

Serena lo miró confusa y él señaló el escritorio. Entonces se le alisó la frente y se rió al ver una bolsa con *donuts* de crema y una botella grande de plástico de Sprite. Serena entró y se sentó, pero Stride pudo leer en sus gestos que estaba incómoda.

—¿Algo va mal? —le preguntó.

Se alegró de que ella no intentara engañarle con una sonrisa falsa y diciéndole que eran imaginaciones suyas.

—Ayer ocurrió algo —dijo Serena.

—¿De veras? ¿Y estás bien?

—Sí. —Vaciló y añadió—: En realidad aún no estoy preparada para hablar de ello.

Stride era bueno jugando al póquer y su rostro no reflejó nada.

—¿Debo preocuparme? —le preguntó.

—No. A lo mejor. No lo sé. —Sacudió la cabeza—. Eso te lo aclara mucho, ¿eh? Lo lamento.

Él se la quedó mirando un buen rato, tratando de ver más allá de sus ojos

y de comprender lo que estaba escondiendo.

—Estaré aquí cuando estés lista —le dijo—. Pero no me apartes de ti.

—No tendrás tanta suerte —respondió Serena.

Le guiñó el ojo para intentar que todo volviera a ir bien. Eso le hizo sentir un poco mejor.

Amanda se acercó al cubículo con un haz de hojas blancas.

—Aquí está nuestro hombre —dijo, y entregó a cada uno una copia del retrato que el dibujante había hecho a partir de la descripción de Cora Lansing.

A Stride lo atrajeron inmediatamente los ojos de aquel hombre, oscuros pero extraordinariamente expresivos. Pensó que si lo colgaba de la pared, esa mirada lo seguiría mientras se movía por la estancia.

—Tenemos a agentes peinando todos los barrios donde tuvieron lugar los asesinatos, para ver si alguien lo reconoce —dijo Amanda—. También se lo he mandado por fax a Jay Walling, en Reno. Sawhill va a distribuir el retrato entre los medios de comunicación en una rueda de prensa esta mañana.

Stride sonrió; sabía que a Sawhill le encantaban los focos. Lo presentaría como si fuera el producto de una brillante labor de investigación por parte de su departamento, no como un regalo del asesino.

—¿Has llamado a Walker? —preguntó Amanda.

—Sawhill quería un par de horas para consultar a los políticos —contestó Stride—. Le he dicho que si no sabía nada de él a mediodía, simplemente iba a coger el teléfono.

—¿Y qué hay de Boni? ¿Hemos hecho algún progreso?

Stride se volvió hacia Serena.

—¿Hablaste con Claire? —le preguntó.

Ella asintió.

—Están reñidos; no creo que ella le llame. Aunque no cerró la puerta del todo.

—¿Cómo es? —preguntó Amanda.

—Es de una independencia feroz. No pareció importarle que pudiera estar en peligro. Y por cierto, como cantante tiene un talento excepcional. Y encanto. Creo que, igual que su padre, está acostumbrada a conseguir lo que

quiere.

Stride se dirigió a Amanda:

—Tenemos que avisar a la gente. Y deprisa. El artículo de Rex Terrell mencionaba a otras dos personas. Ellas o sus familiares pueden estar en peligro. Y busquemos también a Leo Rucci: era la mano derecha de Boni en el Sheherezade, el que se acostaba con Helen. Cualquiera que se pusiera a investigar lo que le pasó a Amira se toparía con el nombre de Leo.

—Ya lo tengo en mi lista —dijo Amanda—. A lo mejor también puedo hacerle sudar con lo del asesinato de Amira.

—Sí, estoy seguro de que es un tío hablador. Si puedes, averigua de paso lo de la pelea de la noche del asesinato. Y lo del tal Mickey. Hay algo ahí que no me gusta.

—Bien.

Se volvió hacia Serena.

—¿Podéis tú o Cordy seguir una pista por nosotros? Tierney era cliente de una agencia de seguridad de la ciudad: Premium Security. No sé si Karyn Westermark utilizaba la misma, pero nos dijo que llevaba un guardaespaldas la tarde antes de quedar con MJ. Vale la pena llevarles un retrato del asesino: a lo mejor ese tipo tenía acceso a información interna sobre los horarios de las víctimas.

—Claro, está hecho. —Serena cogió un puñado de retratos y se dispuso a salir del despacho. Entonces, tras sonreírle a Amanda, se agachó y le dio a Stride un largo beso—. ¿Esto ayuda? —le preguntó.

—Esto ayuda.

Ella volvió a guiñarle el ojo y se marchó.

—Yo en tu lugar la denunciaría por acoso —bromeó Amanda.

—No tengo ninguna oportunidad.

El teléfono de su escritorio sonó y Stride lo cogió. Aún estaba un poco sin resuello debido al beso.

—Stride.

—Soy Walker Lane, detective. Tengo entendido que quería hablar conmigo.

Stride reconoció la voz sofocada. Se recostó en su silla y puso sus

pensamientos en orden.

—Sí, así es, señor Lane. ¿Tiene unos minutos?

Hubo una larga pausa a través del teléfono, como era de esperar tratándose de Walker.

—Yo tenía otra idea en mente: había pensado que podríamos vernos en persona.

—¿Piensa venir a Las Vegas? —preguntó Stride, sorprendido.

—No, no. Ya sabe lo que pienso de esa ciudad. Le enviaré mi jet privado, detective. Lo encontrará en McCarran a las dos en punto y le llevará a Vancouver. ¿Le parece bien?

Capítulo 24

La secretaria de la oficina de Leo Rucci en Henderson le dijo a Amanda que éste pasaba todos los miércoles en el campo de golf. Amanda inspeccionó lo suficiente para averiguar que Rucci era el propietario de una próspera cadena de cambio rápido de aceite que se extendía por toda Nevada y el sur de California. Era multimillonario, divorciado y con un hijo que, al parecer, tenía como principal ocupación gastarse el dinero de papá, igual que MJ.

No costaba adivinar quién había establecido a Rucci en el negocio: había una gran fotografía en el vestíbulo del despacho en la que se podía ver a Leo Rucci y Boni Fisso juntos, en la ceremonia de inauguración de su primera estación de lubricantes.

Pero Rucci ya no era bienvenido en los casinos de Boni. Ni en ningún otro. Estaba en el Libro Negro: una lista del estado para controlar a las personas cuyos vínculos con el crimen organizado y otras actividades ilegales les prohibían incluso usar el lavabo en un casino de Nevada. Según Nick Humphrey, Rucci había pringado por Boni en los setenta, cuando los federales hicieron una redada en el Sheherezade en busca de pruebas de evasión de impuestos. Boni salió limpio; pero los federales necesitaban un trofeo, y éste fue Leo. Pasó cinco años en la cárcel por fraude fiscal, pero nunca cantó lo que sabía sobre su jefe.

Cuando salió a principios de los ochenta, Boni le había instalado en un negocio legal. «Un salario por su lealtad», pensó Amanda.

En el camino desde Henderson hasta la I-15, hizo su parada habitual de café y cigarrillo en el aparcamiento cercano a McCarran. Contempló los aviones y pensó seriamente en largarse del trabajo y huir de la ciudad. Era

curioso cómo podía cambiar de idea en un solo día; el día anterior había dado por hecho que nunca se iría. Pero ella y Bobby habían mantenido una larga charla durante la noche, tras llegar a casa desde la escena del crimen en Lake Las Vegas. Él siempre aguantaba despierto para recibirla. Era un encanto. Pero al ver esa injuria raspada en la puerta del Spyder, dio un puñetazo y le entraron ganas de ir a despotricar al Ayuntamiento. Estaba harto de tanto acoso, igual que ella. Amanda sabía que aquello no iba a cambiar nunca. Mientras se quedara en Las Vegas, sería un bicho raro, odiado y repudiado.

El problema era que amaba su trabajo; y no le gustaba la idea de que la echaran de la ciudad.

Apagó el cigarrillo y puso rumbo al campo de golf de Badlands, en el extremo nordeste de la ciudad, para ir al encuentro de Leo Rucci. Un empleado le dijo que el grupo de Rucci estaría en alguna parte del Diablo nueve, y dejó que cogiera un carrito para ir a buscarlo. Mientras seguía los senderos de los carros volvió a enamorarse de la ciudad, como siempre le ocurría. Calles exuberantes de verde esmeralda, colocadas en franjas estrechas entre los edificios gigantes y la masa dorada del desierto, salpicado por trampas de arena de color blanco puro. Las cumbres recortadas de las montañas de piedra rojiza surgían en lo alto kilómetro y medio al oeste. La temperatura pasaba de los veinticinco grados, pero el viento que soplaba contra su rostro la mantenía fresca.

Encontró a Rucci y sus tres compañeros en el green de uno de los últimos hoyos. Sus toscas risas eran transportadas por el viento. Esperó hasta que dieron sus golpes y se pusieron en camino hacia sus propios carritos; luego avanzó y aparcó detrás de ellos. Salió con el retrato policial ondeando en su mano.

—¿Leo Rucci? —gritó.

Los cuatro se detuvieron y la miraron con recelo. Uno de los más jóvenes deslizó una mano dentro de su chaqueta y Amanda se preguntó si iría armado. Rucci alejó a los demás con un gesto y se acercó a ella, haciendo girar su palo en la mano. Obviamente era el más macho, el más alto y el más grande del grupo. Tenía sesenta y muchos, pero era físicamente imponente, con una cabeza afeitada y un cuello que parecía el tronco de un árbol.

Llevaba gafas de sol, camisa Tehama Wind gris y negra y pantalones militares. Le resultó fácil imaginárselo de joven, reventando cabezas para Boni como director de casino del Sheherezade.

—Yo soy Rucci. ¿Y qué? ¿Quién es usted?

—Soy Amanda Gillen, del departamento de homicidios de la Metro.

El rostro de Rucci no se alteró.

—Poli, ¿eh? ¿Y qué quiere de mí?

Amanda le entregó el dibujo.

—Me gustaría saber si conoce a este hombre.

Rucci cogió el boceto e hizo una bola con él; luego lo lanzó al aire y dejó que el viento se lo llevara volando.

—No, no le conozco.

—Gracias por estudiarlo con tanta atención —dijo Amanda.

—No me gustan los policías; lo que significa que no me gusta usted. Si quiere apartar a alguien de la circulación, hágalo sin mí.

—Puede que este hombre intente matarle —dijo Amanda—. O a usted o a su hijo.

Rucci se metió la mano en el bolsillo y se sacó una pelota de golf. La colocó entre sus dos inmensas manazas y enlazó los dedos. Con los codos en alto, apretó. Sus dedos se pusieron rojos, aunque no contrajo los músculos de la cara, como si no estuviera haciendo ningún esfuerzo en absoluto. Amanda oyó un crujido al partirse el revestimiento de la pelota de golf. Él abrió la mano y le quitó la cubierta a la bola, lanzando los restos a lo lejos junto con el núcleo.

—Nadie se mete con Leo, cariño. Si alguien quiere venir a por mí, no necesito su ayuda.

—¿Qué me dice de su hijo? —preguntó Amanda—. ¿También le vigila a él?

—Mi Gino sabe cuidar de sí mismo —contestó Rucci.

—Bien, será mejor que le avise de que alguien podría estar pintando una diana en su espalda. Ya han muerto tres personas, incluido un niño. Todas ellas tenían vínculos familiares con el Sheherezade y Amira Luz. Igual que usted, Leo. Así que usted o su Gino podrían ser los siguientes.

—Gracias por el aviso, detective.

Rucci giró sobre sus talones y se dirigió hacia sus tres colegas de pétreos rostros.

—Oiga, Leo —gritó Amanda detrás de él—. ¿Quién mató a Amira?

Rucci se detuvo. Se dio la vuelta y se apoyó en su palo.

—Fue un chiflado de Los Ángeles. ¿Por qué no se lo pregunta a Nick Humphrey? Él era el policía que se encargó del caso.

—Hay quien piensa que Walker Lane mató a Amira.

—Hay quien piensa que Castro mató a Kennedy y no por eso es verdad.

—Supongo que Walker necesitaría agallas para matar a Amira. Me refiero a que era la amante de Boni, ¿no es así? ¿Lo sabía Walker?

Rucci se acercó con un desagradable gruñido, blandiendo el palo como si fuese a practicar el swing con ella. Sin quererlo, Amanda dio un paso hacia atrás.

—Boni Fisso ha hecho más por esta ciudad que todos los policías y políticos juntos. ¿Entendido? Es uno de los que convirtieron esto en un gran lugar, así que no venga a joderme con él, ¿vale? Los pedos de Boni valen más para Las Vegas que cualquier cosa que pueda hacer usted.

Amanda se recobró y dio un paso dentro de la sombra de Rucci. Era quince centímetros más baja que él, y sabía perfectamente que aquel hombre podía partirla en dos con poco esfuerzo. Pero de todos modos puso su cara al lado de la suya.

—¿Dónde estaba usted cuando mataron a Amira?

—Ya sabe dónde estaba —replicó Rucci, sonriendo por primera vez—. Y sabe lo que estaba haciendo. Me estaba tirando a una bailarina. Apenas podía andar recta cuando yo acababa con ella. A lo mejor le gustaría saber lo que se siente, detective.

—O a lo mejor sólo se la cortaría y la utilizaría como pisapapeles, Leo —dijo Amanda, devolviéndole la sonrisa—. Hábleme de la pelea que hubo aquella noche.

—¿Qué pelea?

—La bailarina con la que se estaba acostando, Helen, dice que usted recibió una llamada de un socorrista, un chico llamado Mickey. Afuera había

una pelea de borrachos y usted fue a detenerla.

Rucci negó con la cabeza.

—Helen se equivoca. Debería mantener la boca cerrada y no hablar con policías, si sabe lo que le conviene.

—Está amenazando a una testigo, Leo, y lo lamentará.

—No necesito amenazar: no hubo ninguna pelea; no hubo ninguna llamada. Helen tiene la memoria jodida, son cosas que pasan. Ya es una mujer mayor, debajo de todo ese Botox y ese plástico. Los borrachos armaban jaleos continuamente, y yo solía romperles la nariz y mandarlos al sitio de donde venían. Pero esa noche no.

—¿Cree que Mickey diría lo mismo? —preguntó Amanda.

—Encuéntrelo y pregúnteselo —contestó Rucci.

—¿Tiene idea de dónde puede estar?

—Claro. Sigo en contacto con cada jodido crío que pasaba los veranos en el casino ayudando a las chicas a quitarse el biquini.

—¿Cuál era su apellido?

Ricci sonrió.

—Mouse.

Volvió pesadamente a su carrito y metió el palo dentro de la bolsa. El grupo se marchó en sus dos vehículos y, mientras se alejaban, uno de ellos miró hacia atrás y extendió su dedo corazón en dirección a Amanda.

Ella le devolvió el gesto.

Capítulo 25

Serena le dejó a Cordy conducir su PT Cruiser hasta las oficinas de Premium Security. Ella se sentó en el asiento del copiloto y miró por la ventanilla, tratando de adivinar cuál sería la emoción que se acabaría imponiendo. Estaba enfadada consigo misma por recrearse en el pasado, confusa respecto a sus sentimientos por Claire, locamente enamorada de Jonny y más caliente que una gata en celo. Tenía donde elegir.

Cordy había sintonizado una emisora de radio en español, y estaba tamborileando con los dedos sobre el volante al ritmo molesto y taladrante de una canción que ella no entendía. Cuando Serena ya no pudo aguantarlo más, alargó el brazo y apagó la radio.

—¿Te carcome algo, mami? —preguntó Cordy.

—No, nada. Sólo que no estoy de humor para bailar *La Bamba* ahora, ¿de acuerdo?

—Sí, claro, como quieras.

Se detuvieron ante un semáforo en rojo y Cordy siguió tarareando la melodía sin la música.

—Dime una cosa —empezó Serena—. Entre tú y Lavender había algo bonito. ¿Por qué la jodiste?

Cordy señaló a través de la ventana. Una morenita de piernas largas hacía ejercicios en una esquina, como si esperara a que cambiase el semáforo para seguir corriendo.

—¿Ves eso? Es una *muchacha*^[30] sexy. La veo y lo primero que hago es quitarle toda la ropa en mi cabeza. ¿De qué color son sus pezones? ¿Cómo son de grandes? Ya sabes: ¿como una moneda de un cuarto de dólar, como

una de medio, mayores? ¿Qué clase de bragas lleva? ¿Biquini, tanga o tal vez nada? Entonces me pregunto qué le gustará en la cama, ¿vale? Pienso que ella...

—Ya basta —dijo Serena, interrumpiéndole.

Cordy se encogió de hombros.

—Tú has preguntado.

Serena esperaba que lo dejara ahí, y así lo hizo él. De todos modos no necesitaba el consejo de ningún hombre: lo que estaba sucediendo en su mente no tenía que ver con la lujuria. O no tan sólo.

Se preguntaba si era bisexual. No había pensado en ello desde hacía años. Incluso cuando estaba con Deidre nunca había pensado en ellas como chica y chica, sino sólo como dos amigas que utilizaban el sexo para reconfortarse la una a la otra. Nunca había salido con ninguna otra mujer. Sus experiencias con los hombres, hasta Jonny, habían sido inestables en el mejor de los casos, pero ella lo atribuía a su postura agresivo-defensiva, derivada del infierno por el que pasó en Phoenix.

Con Claire no había ocurrido nada, se decía a sí misma. Aunque no podía consolarse demasiado con su fuerza de voluntad: cuando Claire intentó seducirla, ella estuvo a punto de ceder y fue solamente la llamada de Jonny lo que había roto el clima y le había dado una excusa para marcharse.

—Ya estamos —dijo Cordy al llegar ante un sucio centro comercial en Spring Mountain Road que parecía que fuera a venirse abajo si soplaba una brisa un poco intensa.

Estaban a unos tres kilómetros al oeste de Las Vegas Boulevard.

Serena levantó la mirada y frunció el ceño.

—¿Esto es Premium Security?

Cordy señaló un rótulo en la puerta de cristal que tenían delante, donde se anunciaba el nombre de la agencia con pintura blanca desconchada. Las ventanas eran oscuras para que no se pudiera ver el interior. Serena tomó nota de los demás ocupantes del pequeño centro, que incluía un puesto de comida rápida con luces giratorias, una tienda de recambios de automóvil y una casa de empeños que anunciaba revólveres.

—Para un poco más adelante —dijo Serena.

—Ajá.

Salieron del coche y se acercaron a la puerta, pero la encontraron cerrada. Serena vio un timbre y lo pulsó varias veces. Escudriñó a través de los cristales oscuros, sin ver nada, aunque sospechó que los estaban grabando. Unos segundos más tarde oyó un suave clic y la puerta se abrió. Entraron en un vestíbulo claustrofóbico, de alrededor de un metro cuadrado, con una puerta cerrada en el otro lado. Había acertado: una cámara apuntaba hacia ellos desde lo alto.

Oyó una voz femenina a través de un altavoz elevado.

—Por favor, asegúrense de que se cierra la puerta exterior.

Cordy se aseguró y, esta vez, oyeron dos clics. Cuando volvió a tirar de la puerta, estaba bloqueada desde dentro. Se encontraban atrapados.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo la voz incorpórea.

Serena explicó quiénes eran y sostuvo su placa frente a la cámara. Se oyó otro clic y en esta ocasión la puerta interior se abrió ante ellos.

Entraron en una sala de espera sorprendentemente lujosa, que no encajaba con el resto del centro. En el aire flotaba una suave música de jazz. La mesa de recepción era de madera de cerezo, con un gran jarrón de narcisos amarillos y brillantes. Una rubia menuda estaba sentada al otro lado del escritorio y a Serena le llegó una ráfaga de su perfume.

—Tomen asiento —dijo, con una gran sonrisa—. El señor Kamen estará con ustedes dentro de un momentito.

Serena y Cordy se sentaron en un sofá demasiado inflado que parecía que fuera a tragárselos. Enfrente de ellos, una mesita de centro ofrecía números recientes de *Economist*, *NewYork Times* y *Variety*. Esperaron casi diez minutos antes de que se abriera la puerta que había detrás de la recepcionista, y de aquel despacho interior salió un hombre a saludarlos. Ambos batallaron por desincrustarse del sofá y le estrecharon la mano.

—Soy David Kamen, presidente de Premium Security.

Kamen iba vestido con un cuello de cisne de punto negro y pantalones grises. Tenía treinta y tantos, era alto y apuesto y tenía el pelo de color rubio arena y una tez pecosa típica del sur de California. Llevaba unas gafas rectangulares y negras, pasadas de moda hacía ya tanto tiempo que Serena

supuso que volvían a estar a la última.

Kamen se los llevó a su despacho, decorado con tanto gusto como la recepción. Serena se dio cuenta de lo pesada que era la puerta cuando se cerró detrás de ellos con un sólido ruido sordo.

—Antes de que nos sentemos, ¿me permiten ver sus credenciales, por favor?

Serena y Cordy le presentaron sus placas y Kamen las estudió cuidadosamente. Se las devolvió con una educada sonrisa y les hizo un gesto para que se sentaran alrededor de una mesa de reuniones circular y de roble. Madera con incrustaciones. Más narcisos.

—Tenemos a algunos ex miembros de la Metro en nuestro equipo —les informó Kamen.

Serena asintió y pronunció un par de nombres; quería que Kamen supiera que habían hecho los deberes. Él efectuó un leve asentimiento de apreciación.

—Fue usted tirador, ¿eh? —comentó Cordy, señalando una fotografía en la pared que mostraba a Kamen vestido de camuflaje y con un rifle en la mano.

Era una de las pocas fotos que había en una pared cubierta con papel oscuro y metálico.

Asintió.

—Afganistán.

—¿Un tirador profesional con gafas? —preguntó Serena.

Kamen le guiñó el ojo.

—Me ha pillado. Mi visión es perfecta. Más que perfecta. Las gafas hacen que la gente piense lo contrario, y me gusta que sea así. Además, son guais, ¿no le parece?

—Hay un largo trecho entre disparar a moros y proteger a modelos en Las Vegas —dijo Cordy—. ¿Cómo acabó aquí?

—Me reclutaron.

Kamen cruzó las manos y sonrió, sin dar más detalles. No era la clase de hombre que proporciona información de buena gana. Esperó a que continuaran ellos, manteniendo una expresión educada pero lanzando ojeadas al reloj de encima de la mesa.

Al ver que Cordy se disponía a sacar el retrato robot del interior de su chaqueta deportiva, Serena le cogió suavemente el brazo para detenerlo. Quería oír lo que podían sonsacarle a aquel hombre antes de ponerle delante el rostro del asesino.

—Ya sabrá que Tierney Dargon murió asesinada anoche —dijo.

—Por supuesto. Es terrible.

—Su empresa le proporcionaba servicios de seguridad, ¿no es así? —preguntó Serena.

—La señora Dargon recurría a menudo a nuestro personal de seguridad cuando estaba en Las Vegas. Moose es un hombre extremadamente rico y les preocupaban los intentos de secuestro. Pero se sentían seguros cuando estaban en MiraBella, y allí no utilizaban nuestros servicios.

—Mal hecho, ¿no? —dijo Cordy—. Supongo que hubiera sido mejor que tuvieran a algunos de sus chicos por allí.

Kamen no respondió.

—¿Tierney le llamó ayer para cancelar el servicio que había solicitado? —preguntó Serena.

—Sí, así es.

—¿Cuál era el acuerdo inicial?

—Ella iba a pasar la velada en un casino del Strip. Uno de mis hombres tenía que recogerla y escoltarla, pero ella se puso en contacto con nosotros hacia mediodía para indicarnos que había decidido quedarse en casa esa noche y que no necesitaría nuestros servicios.

—¿Habló usted con ella directamente?

Kamen negó con la cabeza.

—Habló con nuestra recepcionista.

—Supongo que trabajan ustedes con muchas estrellas —dijo Cordy—. Deben de ver muchas locuras. Me imagino que será como el Servicio Secreto: tienen que mantener la boca cerrada.

—Somos muy discretos.

—¿Qué me dice de esa actriz de culebrón, la que hizo el vídeo porno con MJ Lane? ¿Trabajan para ella alguna vez?

—Karyn Westermarck es cliente nuestra, sí —reconoció Kamen.

—Pero ¿MJ Lane no?

—No.

—¿Y el sábado pasado? —preguntó Serena—. ¿Estaba uno de sus hombres con Karyn?

Kamen asintió.

—La señorita Westermarck se puso en contacto con nosotros al llegar a la ciudad, y Blake, uno de los nuestros, la acompañó mientras iba de compras por la tarde. Ella prefiere la seguridad en la sombra; que nos quedemos en un segundo plano, no a su lado. Estamos allí si nos necesita, pero nuestra presencia no es evidente.

—¿Blake estuvo también con ella el sábado por la noche?

—No. Lo despidió cuando iba a encontrarse con MJ —y añadió—: Espero que no estén sugiriendo que alguno de mis empleados podría estar involucrado en esta cadena de asesinatos. O que hemos proporcionado información sobre los planes de nuestros clientes.

—Sólo estamos buscando conexiones —dijo Serena—. Cuando dos de las víctimas tienen relación con la misma agencia de seguridad, nos pica la curiosidad.

—Nosotros trabajamos con cientos de clientes, detective, incluidos muchos famosos. Si alguien decide matar a gente conocida, o a personas cercanas a ella, es muy probable que nosotros estemos relacionados. No hay nada raro en ello.

Serena sabía que tenía razón. Buscar famosos en Las Vegas era como pescar peces en un barril. Estaban por todas partes.

Le mencionó los otros nombres (Linda y Peter Hale, Albert y Alice Ford) y no le sorprendió descubrir que ninguna de esas familias de clase media tenía nada que ver con Premium Security. Kamen pareció aliviado.

—¿Tiene algún otro cliente famoso que guarde alguna relación con el casino Sheherezade? —le preguntó Serena.

Vio un asomo de duda en su mirada.

—Estoy seguro de que habrá muchos —replicó con cautela—. El Sheherezade duró años. ¿Por qué?

—Podría haber un vínculo entre las víctimas y el casino.

—¿Qué clase de vínculo? —preguntó Kamen.

—Todavía no lo hemos hecho público —contestó Serena—. Parece como si nos estuviera ocultando algo, señor Kamen.

Éste se quedó en silencio, mientras se mordía los labios y la estudiaba intensamente. Serena tuvo la incómoda sensación de que era la misma mirada que utilizaba para las víctimas a través de la mirilla de su rifle de francotirador.

—¿Señor Kamen? —insistió.

—No tenemos ninguna relación propiamente dicha con el Sheherezade —dijo.

Cordy se inclinó hacia delante.

—¿Propiamente dicha? ¿Y qué tal impropiedades? ¿Qué tal alguna relación secundaria? Denos una pista, Dave.

Kamen lo miró como si prefiriese masticar vidrio.

—La agencia es propiedad de Boni Fisso —dijo.

—¿Boni Fisso es el dueño de Premium Security? —preguntó Serena.

—Es el dueño de muchos negocios —respondió Kamen—. Fabricación de tragaperras, marketing directo, artículos de golf... No tiene un papel activo en el día a día de nuestra actividad. Simplemente es una inversión.

Los dientes blancos de Cordy brillaron al sonreírle a Kamen.

—¿Me está diciendo que usted y los chicos nunca hacen ningún trabajo privado para el señor Fisso, como advertir a unos cuantos tramposos que se están metiendo con el tío equivocado?

—Nada de eso —dijo Kamen entre sus apretados dientes.

Serena no se lo tragó ni por un instante. Una agencia de seguridad propiedad de Boni Fisso era una forma estupenda de tener músculos disponibles y encubrir sus asuntos más turbios bajo la apariencia de una actuación legítima. También explicaba el local de bajo coste y que la agencia estuviera camuflada. Se preguntó si los secretos de algún famoso llegarían hasta Fisso de modo que éste pudiera hacerle chantaje.

Pero sabía que no tenían material suficiente —éste se basaba sólo en el vínculo entre Karyn y Tierney— para conseguir una orden con la que abrir sus archivos y ponerse a indagar. Por el momento, Kamen y Boni estaban a

salvo.

—Si alguien más muere asesinado y averiguamos que usted tenía información que podría haberlo evitado, nos veremos obligados a hacer una larga e intensa visita a Premium Security —dijo—. ¿Queda claro?

Serena sabía que era una amenaza insustancial, pero la pronunció con voz fría y dura.

—Por supuesto, detective.

Kamen no estaba intimidado. Cordy buscó en el bolsillo interior de su chaqueta para sacar una copia del retrato robot y le entregó el papel por encima del escritorio.

—Y ahora le toca observar, Dave.

—Queremos que se fije bien en este retrato y que luego se lo muestre a sus hombres —añadió Serena—. Si alguien ha visto a esta persona, necesitamos saberlo inmediatamente. Y dígales que vigilen que no se acerque a sus clientes.

—Desde luego —dijo Kamen.

Desplegó la hoja y la colocó cara abajo encima de su mesa, empleando los pulgares para allanar las arrugas. Luego le dio la vuelta y los ojos oscuros del asesino lo miraron.

Serena lo observó palidecer.

Capítulo 26

Stride nunca había estado en un jet privado. Había una diferencia abismal entre eso y volar en clase turista, donde se pasaba la mayor parte del vuelo con las rodillas casi pegadas a la barbilla. La cabina del Gulfstream disponía de asientos para ocho personas, suntuosos sillones reclinables de color marfil que parecieron engullir su cuerpo entre la piel y la espuma de los cojines. Él era el único pasajero, aparte de los dos pilotos y una azafata de vuelo de mediana edad que sonrió ante su expresión pasmada. Podía elegir entre sentarse junto a una mesa de arce o repantigarse ante una pantalla con música y películas por satélite. Cuando la azafata, que se llamaba Joanne, describió el magnífico almuerzo, Stride optó por sentarse a la mesa, leer el *Wall Street Journal* y contemplar el terreno desértico que daba paso a las Rocosas cuarenta mil pies más abajo. Resultó fácil pretender por unos minutos que él era el multimillonario, y comprendió que era un estilo de vida al que era fácil acostumbrarse.

Se cambió de asiento después del almuerzo y se instaló con una taza de café solo humeante y oscuro, exactamente como le gustaba a él. Joanne le enseñó cómo utilizar el mando a distancia; Stride encontró una emisora de música country en la radio por satélite y la hizo retumbar en toda la cabina. Supuso que era la primera vez que alguien escuchaba a Tracy Byrd en aquel avión cantando *Watermelon Crawl*, pero Joanne era amable y no se quejó. Pensaba revisar sus notas sobre el caso y seguir leyendo lo que había averiguado sobre Walker Lane. Pero a pesar del café, el pesado almuerzo y el traqueteo del jet al sobrevolar las montañas actuaron como sedantes. Varios días de estrés y falta de sueño hicieron mella en él, que acabó reclinando el

asiento y cerrando los ojos.

Su sueño lo devolvió a Minnesota. Se encontraba en la playa enfrente de su vieja casa, en una lengua de tierra que sobresalía entre el lago Superior a un lado y las plácidas aguas del puerto al otro. Estaba sentado en una raída tumbona de plástico, mientras contemplaba cómo rompían las olas del lago contra la orilla, y su primera mujer, Cindy, se encontraba a su lado en una tumbona igual a la suya. Estaban cogidos de la mano. Cada mano tiene un tacto diferente, y Stride realmente pudo volver a tocar la de ella y notar cómo le rascaban la piel los salientes de su anillo de esmeralda. Cindy no hablaba. Una parte de él sabía que era un sueño, y quiso volver a escuchar el sonido de su voz, que se había ido borrando de su memoria con el paso de los años; pero ella permanecía en silencio, observándole, queriéndole. Al final se quedaba dormido en el sueño y, al despertar, estaba solo en la playa. La silla de ella no estaba. Antes había visto a unos niños jugando junto a las olas y corriendo en la arena, pero también ellos habían desaparecido. Había visto un carguero fondeado en el agua, uno de esos en los que trabajaba su padre antes de que una tormenta se lo llevase lago adentro, pero el barco tampoco estaba.

Stride se despertó cuando una corriente térmica sacudió el avión, y oyó a Montgomery Gentry cantando *Gone*^[31] en la radio por satélite. Así era como le había hecho sentir su sueño: desaparecido desde hacía mucho.

Joanne le comunicó que se estaban preparando para tomar tierra, y Stride miró afuera para ver las cumbres nevadas recortándose más allá del horizonte de Vancouver. Sabía por qué había soñado con Cindy: habían estado juntos en Vancouver una vez, hacía muchos años, cuando hicieron un crucero por Alaska. Habían pasado un fin de semana en la ciudad después del crucero, y había sido una experiencia mágica correr los dos juntos a través de la niebla de Stanley Park a primera hora de la mañana, y comerse, en un banco junto al agua y rodeados de gaviotas hambrientas, cangrejo Dungeness^[32] comprado en el mercado de la isla Granville. Recordaba haber pensado, durante ese viaje, que nunca había sido tan feliz en toda su vida. Pero no mucho después de que volvieran debió enfrentarse a una de las investigaciones más tenebrosas de su carrera, la desaparición de una adolescente llamada Kerry McGrath. Y en pleno caso, su hermosa Cindy fue devorada por el cáncer, tan

veloz y brutalmente que al final apenas la reconocía. Más tarde supuso que el cáncer ya había echado raíces mientras estaban en Vancouver. Se preguntó qué decía eso sobre la vida, y no estuvo muy seguro de quererlo saber.

Stride estaba ansioso por ver Vancouver de nuevo. Le gustaba la ciudad, y además quería enfrentarse a sus demonios, o tal vez sólo regodearse en ellos. Pero cuando aterrizaron comprendió que no sería así. No era un coche lo que le estaba esperando para llevarle con Walker Lane, sino un helicóptero, al que se subió después de que diera su aprobación el agente de aduanas que había recibido el avión. Se lo llevó por los aires rumbo al sur, lejos de la ciudad y en dirección a las islas del golfo al norte de Victoria. Le puso un poco nervioso sobrevolar el agua, no en un hidroavión sino en un aerolito que simplemente chocaría contra la superficie y se hundiría en caso de que sus rotores dejaran de girar. Al menos era un día tranquilo y despejado. Volaron durante lo que le pareció una eternidad, aunque seguramente fueron sólo veinte minutos, antes de que ante Stride aparecieran las islas punteando el agua azul debajo de ellos. Vio pueblos de pescadores y grandes franjas de robles y abetos que alfombraban las colinas y se precipitaban hacia angostas playas pedregosas. Al sobrevolar una de las islas más pequeñas el piloto empezó a descender peligrosamente cerca de las copas de los árboles. Al otro lado de la cima, en la orilla sur de la isla, Stride vio de pronto un claro donde había un sólido edificio pegado a la playa. El agua parecía lamer las ventanas con vistas al estrecho. La casa era de diseño Victoriano, con numerosos gabletes y una gran torre principal coronada por un tejado cónico. Los colores eran oscuros y góticos.

El piloto voló por encima de la propia casa y asentó suavemente el helicóptero en un círculo de cemento entre los jardines traseros. Apagó el motor y Stride salió. Una asistente lo recibió y lo condujo a través de un laberinto de setos y fuentes hacia un vasto porche trasero, con pesados muebles antiguos y baldosas de cerámica de color crema.

—El señor Lane enseguida estará con usted —le explicó la mujer, y lo dejó esperando a solas.

Stride permaneció cerca de las puertas y sintió la fresca brisa que surcaba la isla. Se preguntó qué cabía esperar de Walker Lane. Lo único que había

visto eran fotografías de hacía décadas, cuando Walker se parecía mucho físicamente a su hijo MJ, con el pelo revoltoso y aspecto desgarrado, como un chaval cuyas extremidades han crecido demasiado y demasiado rápido. Incluso entonces ya era millonario, y con el paso de los años había transformado la «m» en una «b». Stride nunca había conocido a un billonario. Por la voz de Walker al teléfono, se lo imaginaba como un hombre alto y severo, majestuosamente canoso, vestido con un jersey y sosteniendo una copa de oporto.

Acertó en lo del jersey, pero nada más.

—Bienvenido a Canadá, detective —dijo Walker al entrar en el porche en una silla de ruedas que controlaba con la mano derecha a través de un mando—. Me alegro de que accediera a venir aquí.

Stride no pudo evitar quedárselo mirando. Reconocía la voz, que sonaba como un huracán, pero no al hombre. La mitad de la cara de Walker se encontraba extrañamente rígida, como si hubiera perdido su control a causa de un ataque. El ojo derecho estaba fijo, y a Stride le llevó unos instantes comprender que era postizo, de cristal. Tenía la nariz deformada, reconstruida después de una fractura. Cuando sonreía, sus dientes eran prístinos y perfectos, y Stride supuso que también postizos.

—¿No es lo que esperaba? —preguntó Walker con sequedad.

Stride estaba demasiado sorprendido para contestar. Le tendió la mano y Walker se la estrechó. El apretón, al menos, fue tenso y potente.

—No hago propaganda de mi minusvalía, detective —continuó Walker—. Espero poder contar con su discreción. La mayor parte de la gente que viene aquí firma acuerdos de confidencialidad. No haré lo mismo en este caso porque quiero confiar en usted, y quiero que usted confíe en mí.

Stride seguía aturdido por el aspecto de Walker y por su ojo postizo, que parecía asombrosamente real.

—Entiendo —dijo.

—¿Saben quién mató a mi hijo? —preguntó, de forma muy significativa. Sonaba como el hombre impaciente con el que Stride había hablado por teléfono.

—Sí, lo sabemos. —Stride vio cómo afloraba la sorpresa al ojo bueno de

Walker, y buscó en la delgada carpeta que llevaba para sacar el retrato robot —. No le hemos arrestado, pero tenemos su cara. Éste es el hombre que mató a MJ.

—Déjeme ver.

Stride le entregó el dibujo y Walker lo cogió ansiosamente. Lo sostuvo con su mano derecha lo bastante lejos para que su ojo lo pudiera enfocar.

—¿Le conoce? —preguntó Stride.

—No. —Walker negó con la cabeza, decepcionado—. No me resulta familiar.

—Le dejaré el retrato.

Walker dio la vuelta al dibujo y lo dejó en su regazo.

—¿Le gustaría dar un paseo antes de que nos pongamos manos a la obra? No mucha gente llega a entrar aquí, ¿sabe?

Stride había cruzado medio continente para encontrarse con ese hombre y sentía curiosidad por ver su casa, la clase de residencia que era probable que no volviera a ver nunca.

—¿Por qué no? —dijo.

—Bien.

Walker dio media vuelta con la silla de ruedas y le guió desde el porche hasta el cuerpo principal de la casa. En contraste con la decoración antigua, era electrónicamente sofisticada, con todas las tareas controladas por ordenador y manejadas desde el panel de mandos de la silla de Walker. Ventanas, luces, puertas, cortinas, claraboyas... todo podía abrirse, cerrarse, encenderse y apagarse con sólo apretar un botón. Fueron de habitación en habitación, y cada una de ellas parecía sacada de algún palacio europeo: enormes y laboriosamente decoradas, aunque estériles como un museo. Stride sabía que la casa no podía tener más de un par de décadas, pero daba la sensación de ser una reliquia de otro siglo. No transmitía la sensación de que alguien vivía allí.

En general era una casa cálida, pero parte de la humedad de la región conseguía abrirse paso a través de los muros, y a veces el calor parecía disiparse con los altos techos. Stride se sorprendió estremeciéndose y abrochándose el botón de la chaqueta. En sólo unos meses, pensó, había

pasado de ser un habitante de Minnesota inmune al frío a ser un morador del desierto que se helaba cuando la temperatura bajaba de los veinticinco grados.

—Raramente abandono la isla —le explicó Walker—. Seguro que ya lo sabe. Pero puedo hacerlo casi todo desde aquí. Veo aquí mismo prácticamente todas las películas que se hacen.

Condujo a Stride a una sala de cine a tamaño completo, con un pasillo con acceso para minusválidos justo en el centro. Podrían haberse encontrado en la mejor multisala de Las Vegas. Stride comprendió que seguramente ese cine siempre estaba vacío, con Walker allí sentado, solo, analizando película tras película. Empezaba a sentir lástima por ese hombre.

Walker se percató de sus emociones.

—No lo sienta por mí, detective. No soy Howard Hughes, ¿sabe? La gente no para de visitarme: actores, directores, editores, agentes... Me involucro intensamente en todos los aspectos de cada una de mis películas. Cuando se están rodando, cada día me mandan aquí un informe electrónico, y yo lo reviso y devuelvo mi respuesta al plato por la mañana.

—¿Por qué no se desplaza allí? —preguntó Stride.

—En primer lugar, no lo necesito. Puedo hacerlo desde aquí, y tiene que admitir que estamos en uno de los lugares más bellos de la tierra.

Stride asintió. Eso era cierto. Cada vez que pasaban por delante de una ventana, veía la isla, el estrecho o los jardines, y todas ellas eran vistas en las que perderse.

—En segundo lugar, soy extremadamente reservado. Ya no soy un juguista. Para ser sincero, mi aspecto hace sentir incómoda a la gente, y eso es algo que odio. Las personas que vienen aquí normalmente me conocen lo suficiente para respetar mi privacidad y no dejarse desconcertar por mí.

Llevó a Stride a través del salón, situado en la parte delantera de la casa y con una galería acristalada que daba al mar, y luego a una terraza que conducía a un muelle, más abajo. Stride vio que pasaba un ferry bastante mar adentro, camino de Victoria. Los árboles se cerraban alrededor del edificio, y vio varias águilas que los sobrevolaban en círculos.

—Es maravilloso —dijo Stride sinceramente.

—Gracias, detective. —Walker pareció darse cuenta de que el cumplido era real, y se le vio complacido—. Quiere saber cosas sobre MJ, ¿verdad? Por qué todo se complicó tanto entre nosotros.

—Me gustaría, sí —admitió Stride.

Walker avanzó en su silla hasta el borde del balcón, desde donde podía mirar las olas que, más abajo, azotaban las rocas suavemente.

—¿Le sorprende que muchas mujeres quieran casarse conmigo?

Stride negó con la cabeza.

—En absoluto.

Walker utilizó su único ojo para dedicarle una mirada de complicidad.

—Muy diplomático, detective. Pero, desde luego, es por mi dinero. Actrices (maldita sea, y un montón de actores también) que parecen tener ideas muy progresistas sobre las sillas de ruedas y la apariencia física cuando piensan en todo ese dinero en el banco. Me dicen que es el amor lo que cuenta. Realmente tienes que ser de Los Ángeles para conseguir que funcione esa treta.

Stride se rió. Walker hizo lo mismo.

—Pero la madre de MJ era distinta. Era una actriz terrible, con toda la voluntad del mundo pero sin pizca de talento. Creo que el director debió de intuir que ella y yo congeniaríamos, porque sin duda no me la envió a causa de su prueba. A lo mejor sólo pensó que me hacía falta un buen revolcón. Ella quería salir en la película que yo estaba preparando y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa, y me refiero a cualquier cosa, para lograrlo. Cuando la rechacé, se derrumbó, llorando. Era muy inestable, pero había algo extrañamente atractivo en ella. Era una chiquilla, y supongo que yo quería tener a alguien de quien poder cuidar. Para sorpresa de mucha gente de Hollywood, nos casamos. Podría decirse que fuimos co-dependientes durante un tiempo.

—Lo comprendo —dijo Stride.

Pensaba en su segunda esposa, Andrea, con la que tuvo una relación similar. Dos personas que se necesitaban la una a la otra pero que no se querían.

—MJ nació un par de años después. No me di cuenta de que ella estaba

cayendo en una profunda depresión. La gente no hablaba de estas cosas. Sólo pensé que ya no me amaba y que tampoco quería al niño. Fui un estúpido.

Stride había leído artículos de periódico sobre Walker: su mujer se había suicidado pocos años después del nacimiento de MJ.

—Creo que ya conozco el resto.

—Sí, su suicidio fue toda una noticia. Pero usted desconoce el porqué, detective. MJ lo comprendió finalmente, o eso le pareció. Se dio cuenta de que mi mujer no había podido aguantar la competitividad. Era frágil y neurótica, y yo sólo la hice empeorar porque no pude dejar atrás el pasado, ¿sabe? MJ también se dio cuenta. Por eso le afectó tanto todo ese tema del Sheherezade.

Stride notó que sus sentidos se ponían en alerta al oír el nombre del casino. Sofocó sus emociones y endureció su corazón; ahora se avergonzaba de que Walker Lane le hubiera agradado.

—Ha dicho que su mujer no pudo soportar la competitividad —dijo—. ¿Qué quiere decir? ¿De qué no podía desprenderse usted?

Walker suspiró.

—Sí, por eso ha venido aquí, ¿verdad? Para escuchar la verdadera historia. —Dio media vuelta con la silla de ruedas y señaló la torre que se erigía por encima de la casa—. ¿La ve, detective?

Stride miró hacia arriba, confundido. Solamente vio tejados en punta y piedra, y docenas de ventanas que se abrían al mar. Vio la torre en lo alto, con un balcón circular en la cima como una glorieta.

—No sé... —comenzó, pero al fin sus ojos se centraron en las cinco piedras distintas a las demás en la torre.

Eran de pizarra gris igual que el resto, pero cada una tenía una letra grabada. Había otras piedras entre ellas, de manera que quedaban diseminadas, formando una palabra en horizontal que se extendía de un extremo a otro de la torreta. Años de lluvia del Pacífico habían difuminado sus contornos, pero todavía se podía leer.

AMIRA

Volvió a posar la mirada en Walker, sin comprender nada. Éste estaba perdido en sus pensamientos y escudriñaba las letras con su único ojo como si pudiera acariciarlas.

—Bautizó su casa con el nombre de ella —murmuró Stride—. ¿Por qué?

—¿Por qué? Detective, es usted poco romántico.

—Usted la mató —dijo Stride.

Las palabras se le escaparon.

Walker negó con la cabeza. No parecía enfadado; solamente serio y desconsolado.

—No, no. Jamás. ¿No lo comprende? Antes me habría matado yo. Muchos días lo he pensado, sólo para estar con ella. Yo amaba a Amira. Y ella me amaba a mí. Íbamos a casarnos esa misma noche, la noche en que Boni Fisso la asesinó.

Cuando regresaron al porche, Stride vio que el cielo sin nubes se había disipado en retazos de oscuridad. Aquí los cambios eran muy veloces, del sol a la lluvia y de la lluvia al sol. La llovizna empezó a humedecer el jardín en el exterior y a manchar las ventanas. La temperatura bajó. Walker llamó a uno de sus empleados y éste puso unos troncos en la chimenea y encendió una hoguera que rápidamente caldeó la estancia. Abrió un vino, y Stride abandonó sus inhibiciones y aceptó un vaso. Walker dio unos sorbos al pinot negro mientras contemplaba el crepitar de las llamas.

—Ojalá pudiera explicarle cómo era Las Vegas en aquella época —dijo Walker—. Creo que tenía la misma clase de hechizo que el Hollywood de los años treinta. Era una ciudad joven, electrizante y glamourosa. Millonarios codeándose con bailarinas. Artistas jugando en el casino a las dos de la madrugada. Todo el mundo se enfundaba en joyas y esmóquines como si fuera a ir a la ópera. Recuerdo que todo el mundo me parecía hermoso. Todo el mundo era rico. Era una ilusión, por supuesto. Juegos de manos. La ciudad es experta en eso. Pero por entonces no podías entrar en uno de los casinos sin que te atrapara; a lo mejor es porque el mundo real parecía muy lejano. Andabas cien kilómetros en cualquier dirección y no había más que desierto,

un erial absoluto. Recuerdo estar conduciendo por la carretera de dos carriles que llega desde California, y pasar horas en la oscuridad sin ver un destello de luz en ninguna parte. Y entonces veías un resplandor como fuego en el horizonte, y llegabas a la cima de una colina y te encontrabas con esa isla de neón centelleando en mitad de la noche.

—Helen Truax dijo que en esa época la ciudad tenía carácter de estrella —comentó Stride.

—Sí, tiene razón. Así era exactamente.

Stride añadió:

—Helen era una de las bailarinas de Amira.

Walker sacudió la cabeza.

—¿De veras? No la recuerdo.

—Su nombre artístico era Helena Troya. Dice que se acostó con usted.

Walker pareció incómodo.

—No lo pongo en duda. A mí me iba todo aquello. Era joven y rico, y en esos días me gustaba acostarme con un montón de chicas. Las Vegas me sedujo como a tantos otros.

—¿Qué me dice de Amira?

—Sí, ella también me sedujo. ¿Ha leído algo de *Llama*?

Stride asintió.

—No hay palabras para describirlo —dijo Walker—. Creo que me enamoré de Amira la primera vez que la vi. Yo tenía muchos ligues, pero Amira era distinta. Me enamoré de la cabeza a los pies. A lo mejor me estoy dando coba a mí mismo, pero pienso que a ella le ocurrió lo mismo. Tal vez sólo me quisiera por mi dinero o buscara una forma de escapar, pero creo que me quería con la misma pasión.

—Pero Amira era la amante de Boni, ¿no es cierto? —preguntó Stride.

El rostro de Walker, la parte que podía mover, reflejó su dolor.

—Una locura, ¿verdad? Qué ingenuo. Jugué a los gánsteres creyendo que sólo se trataba de otra de mis películas. Esos tíos duros con traje y sombrero parecían actores. Pero era real.

—¿Qué pasó?

—Creímos que podríamos mantenerlo en secreto —dijo Walker—. Nadie

sabría lo que sentíamos hasta que hubiéramos desaparecido y estuviéramos casados.

«Desaparecido», volvió a pensar Stride.

—Yo no era hábil ocultando mis sentimientos. Era joven y llevaba el amor escrito en la cara. Todo el mundo lo sabía; se enteraron cuando me dejé ver todos los fines de semana en sus espectáculos. Boni también lo sabía, por supuesto. Leo Rucci me dijo cómo estaba el tema; me dijo que Amira era propiedad de Boni, como una silla o un perro. Eso me enfureció, pero simulé que no era más que un capricho, nada serio. Amira actuaba mejor. Nunca me miraba en público, y le dijo a Boni que si alguna vez le ponía la mano encima, me dejaría tieso. Boni se reía, según ella. Así que ya ve, creímos que lo conseguiríamos. Después de su actuación, en plena noche, ella se colaba en mi suite del tejado y estábamos juntos. Era nuestro secreto.

—No existen muchos secretos en Las Vegas —dijo Stride.

—No. Más tarde comprendí que seguramente había micrófonos en mi suite. Nos creíamos muy listos, pero él supo todo el tiempo lo que había entre nosotros.

—Hábleme de esa noche.

—Esa noche —murmuró Walker—. Esa horrible, horrible noche. —Alzó su mano derecha y se tocó la parte paralizada del rostro, frotándola como si pudiera sentir algo en ella—. Después de su último número, teníamos planeado irnos a Europa. Pensábamos casarnos y pasar seis meses viajando por todo el mundo.

—Pero ¿Boni lo sabía?

Walker asintió.

—Él y yo pasamos la velada juntos en su despacho. Lo hacíamos a menudo. A mí Boni siempre me pareció encantador; nos lo pasábamos bien. Pero ese día pasaban las horas y noté que algo iba mal. Había algo distinto en él. Se hacía tarde; yo sabía que Amira estaría esperando en mi suite y quería irme con ella, pero Boni iba buscando excusas para que me quedara allí, y yo no dejaba de mirar el reloj. Entonces llegó Leo Rucci, el ejecutor de Boni. Siempre me asustó, porque sabía que bajo su traje se escondía un matón vicioso. Boni le pidió a Leo que me escoltara de vuelta a mi suite; yo

protesté, pero Boni insistió. Y al irme, Boni me besó en ambas mejillas. Recuerdo lo que dijo: «Que Dios te acompañe, Walker». Y entonces lo supe; supe que iba a ser terrible.

Stride no dijo nada. Se acordó de cuando había estado de pie en el apartamento de MJ, mirando la suite del tejado del Sheherezade que quedaba más abajo.

—Leo me siguió a la suite. Intenté detenerle, pero él sólo se reía. Yo esperaba encontrarme a Amira allí, pero no se oía nada y pensé que ya se habría marchado. Y entonces vi que la puerta que daba a la terraza estaba abierta. Tuve una horrible sensación. Salí afuera. —A Walker se le hizo un nudo en la garganta—. Estaba en la piscina. El agua era roja y turbia. Me la quedé mirando, y lo único que podía pensar era que yo la había matado. Por enamorarme de ella.

—¿Qué le hicieron a usted? —preguntó Stride, adivinando lo que vendría luego.

Walker bajó la mirada hacia sus extremidades inútiles.

—Leo me llevó al sótano y me metió en una limusina. Dijo que me llevaban al aeropuerto, y que tenía que abandonar la ciudad y no volver nunca más. Pero eso no era suficiente para ellos, por supuesto. Los dos hombres del coche dieron un rodeo por el desierto. ¿Sabe lo que es que te rompan las rodillas con un bate de béisbol, detective? ¿O que te fracturen el cráneo con piezas de metal en los nudillos? Les hubiera pagado lo que fuera para que me mataran. Pero tuvieron mucho cuidado con eso: Boni no me quería muerto. Quería que yo supiera lo que me había hecho.

Sentado en su silla de ruedas, Walker Lane, el billonario, empezó a llorar. Stride estaba furioso.

Con Boni Fisso, un hombre al que no conocía. Y con Las Vegas, por todas las vidas que arruinaba. Sintió una extraña cercanía con el hombre del retrato robot, que intentaba buscar justicia para Amira a su propia e inmoral manera. Empezaba a darse cuenta de que el asesino había estado muy por delante de ellos desde el principio.

Nunca se trató de Walker.

Se trataba de Boni.

Capítulo 27

—Su nombre es Blake Wilde —le dijo Serena a Stride—. O al menos ése es el nombre que ha estado utilizando. Era guardaespaldas de Premium Security. El tío que lleva la agencia, David Kamen, reconoció a Blake en el retrato. Es nuestro hombre, y ha desaparecido.

Era de noche y Stride se encontraba en el hangar privado de Walker en el aeropuerto de Vancouver, esperando a que volviera el Gulfstream. El jet se encontraba en Denver, en tierra, sin permiso para despegar debido al mal tiempo. Ahora también estaba lloviendo en la costa.

—¿Cuánto tiempo trabajó ahí? —preguntó Stride.

—Sólo un par de meses. Kamen asegura que investigaron a Blake a fondo y salió limpio, pero su archivo personal ha desaparecido. Dicen que debió de birlarlo Blake. Me pregunto si Kamen lo habrá mandado a la trituradora.

—¿Crees que se conocían?

—Kamen tiene un pasado militar. Tirador para los marines en el Golfo. Pero he hecho algunas llamadas y se rumorea que estuvo vinculado con muchos otros grupos de Oriente Próximo, incluidos traficantes y mercenarios. Si fueras Blake Wilde y quisieras aterrizar en Las Vegas, ¿no recurrirías a un viejo amigo?

—La cuestión es por qué vino Blake a Las Vegas —dijo Stride.

—Para matar a gente.

—Ya lo sé, pero ¿por qué? ¿Por qué él? ¿Por qué ahora? Supongo que daría una dirección falsa...

—Una casa en Boulder City —contestó Serena—. Familia de mormones con cinco hijos y un beagle; nunca han oído hablar de Blake Wilde.

—¿Qué hay de su número de la seguridad social?

—Pertenece a un niño de Chicago que murió a los cinco años.

—Debieron de pagarle —dijo Stride.

—Ingresaba sus cheques en casas de empeño locales. Una diferente cada vez. Pagaba un diez por ciento de comisión, pero no había cámaras ni le hacían preguntas.

A través de la puerta del hangar, Stride contempló la lluvia que seguía cayendo.

—¿Así que ese tío estuvo con Karyn Westermarck el sábado por la tarde? —preguntó—. ¿Se ocupaba de su seguridad?

—Increíble, ¿no? —respondió Serena—. Eso explica el disfraz de esa noche. No le importaba esconderse de nosotros, pero no quería que Karyn lo reconociera.

—¿Y Tierney Dargon?

—Sí, Kamen dice que también trabajó para ella. No tendría ningún problema para que le abriera la puerta en Lake Las Vegas.

Stride no podía creer que estuvieran tan cerca, y aun así le daba la sensación de que no tenían nada.

—Tiene que haber algo más —dijo—. ¿El comprobante de alguna compra, algo con un número de tarjeta de crédito o una cuenta de banco?

—Cero —dijo Serena—. Todo lo que les dio era falso. Y eran buenos trabajos. He llamado a Harvey Washington, el vecino de Nick Humphrey. Llama a un falsificador si quieres encontrar a otro, ¿no crees? Me ha dado un par de nombres de timadores locales. Cordy también lo está comprobando con algunos de sus chivatos de la calle. Pero este tío es listo; apuesto a que no lo hizo por la zona.

—Es probable que ya tenga otra identidad de reserva, además —dijo Stride.

—Nos estamos poniendo en contacto con todas las personas para las que trabajó como segurata. Les estamos avisando para que extremen las precauciones en el caso de que aparezca, y les estamos entrevistando para ver si Blake soltó algo sobre su vida personal cuando estaba con ellos. Dónde compraba, dónde comía... cualquier cosa que pueda acotar el área de

investigación.

—¿Ha salido el retrato en televisión?

—Sí. Estamos recibiendo llamadas, pero nada sólido por ahora. ¿Qué le has sacado a Walker Lane?

Stride hizo un repaso rápido de su día con Walker y de lo que éste le había contado sobre la relación entre la muerte de Amira y Boni Fisso.

—¿Le crees? —preguntó Serena.

—En cualquier caso, tiene sentido —respondió Stride—. O bien en realidad Walker mató a Amira y Boni ordenó que le dieran una paliza como castigo, o bien Boni se los quitó de encima a los dos porque Amira y Walker pensaban escaparse. Ésa es la versión de Walker, y creo que es la verdad. Ese hombre tiene más dinero que Dios, y aun así parece asustado de Boni.

—Hay otra cosa —continuó Serena—. Boni es el propietario de Premium Security.

Stride sacudió la cabeza. Los tentáculos de Boni Fisso se agarraban al cuello de todas las personas implicadas en la investigación.

—Lo que significa que David Kamen ya le ha contado a Boni todo lo que está pasando.

—Cuenta con ello —dijo Serena—. Me pregunto si nuestro asesino, Blake Wilde, sabía que la empresa llevaba la firma de Boni. A lo mejor formaba parte del juego introducirse en una de sus empresas encubiertas.

—Creo que Blake Wilde conoce a Boni mil veces mejor que nosotros —concluyó Stride, y añadió—: Tenemos que hablar con Boni: él tiene que saber qué diablos está ocurriendo. Todo señala en su dirección. Y quizá también en la de su proyecto Orient.

—Sawhill dice que ha intentado conseguir que nos veamos con él —dijo Serena—. Incluso le pidió a su padre que llamase a Boni, pero no ha habido suerte. Lo máximo que podemos conseguir es una entrevista con su abogado.

—Maldita sea —blasfemó Stride—. No voy a arrestar a ese hijo de puta. Me encantaría, pero no puedo. No es sospechoso de ninguno de estos asesinatos, así que ¿por qué cuernos no habla con nosotros? El único asesinato que creemos que cometió fue hace cuarenta años, y no podemos tocarlo por eso.

—Boni mantiene sus manos lejos de la mierda —dijo Serena.

—Sólo hay una manera: tienes que volver a hablar con Claire.

Serena se quedó callada durante un rato sorprendentemente largo. Por fin dijo:

—No creo que funcione. No hablará con él.

—Dijiste que no había cerrado la puerta del todo. Necesitamos que nos ayude.

—Es una pérdida de tiempo —insistió Serena.

Stride no entendía nada.

—Tú puedes convencer a cualquiera de lo que sea, ¿cuál es el problema?

—Claire intentó ligar conmigo —dijo.

Él casi se rió.

—Vaya, ¿eso es todo? Los tíos intentan ligar contigo todo el tiempo. Si se pasa de la raya, tienes mi permiso para derribarla. —Procuraba entender qué se estaba perdiendo, por qué aquello la descolocaba. Entonces por fin se le encendió una luz—. A no ser que llegarais hasta el final.

—No —le dijo ella. Y luego, violentada—: No del todo.

—¿No del todo? Eso es como decir que se está medio embarazada.

—No pasó nada —insistió Serena. Luego continuó—: Pero deseé que ocurriera. Es decir, para mí fue algo surgido de la nada. Estaba dispuesta a meterme en la cama con ella. Es eso lo que me asustó. Mierda, no puedo creer que te esté contando esto.

Stride se había quedado sin palabras, intentó dejar que su cerebro se ajustara a sus sentimientos, pero no tenía ni idea de lo que sentía. Traición. Celos. Excitación. Todas esas cosas.

—¿Qué es lo que me estás diciendo, Serena?

Se encontró entrando a trompicones en una conversación para la que no estaba preparado, y lo último que quería era mantenerla por teléfono móvil, a miles de kilómetros de distancia.

—No sé qué es lo que te estoy diciendo. —Su voz se estaba fundiendo con la electricidad estática. Aguzó el oído para entenderla—. Hay muchas cosas que no sabes sobre mí. Hay cosas que ni siquiera yo misma sé.

—Estás haciendo una montaña de esto. Te pilló con la guardia baja. No

eres de piedra.

—Habría resultado más fácil si lo fuera —contestó.

—Dime una cosa: ¿tú me quieres? —le preguntó él.

Contuvo el aliento, porque de pronto ya no estaba seguro de lo que ella respondería.

—Sí.

—¿Y Claire ha cambiado algo?

—No, no, no es eso. Pero ahora tengo que volver a verla.

Stride reflexionó.

—Sabes que puedes utilizar la atracción que siente por ti para conseguir que llame a Boni.

—Por supuesto. Eso es lo que tengo que hacer. Pero me preocupa verme superada por la situación.

—¿Tan fuerte es la atracción?

—Sí, lo es.

Stride contempló la neblina que persistía como un halo alrededor de las luces del aeropuerto. Jamás había notado de forma tan aguda la falta de un hogar. Quería marcharse, empezar a andar bajo el aguacero y desaparecer en ninguna parte.

—Mira, yo no puedo decirte lo que tienes que hacer —concluyó.

Le estaba hablando a la nada. La señal se había cortado, perdida en la lluvia. En aquel momento, habitaban universos distintos. Stride supo que la espera y el vuelo de regreso a casa surcando el cielo oscuro serían largos.

Capítulo 28

—Hola, Serena —dijo Claire—. Me alegro de que hayas llamado.

Serena entró en el apartamento de un solo dormitorio, atravesando la fragancia a madreselva del perfume de Claire. Sus miradas se encontraron.

—Siento venir tan tarde —dijo Serena—. En el Limelight me han dicho que era tu noche libre.

—No interrumpes nada —respondió Claire—. Sólo estábamos Bridget Jones y yo.

Las luces del apartamento estaban bajas y ardían varias velas que desprendían aroma a vainilla. En el sofá había una manta y una hendidura allí donde Claire había estado sentada con su libro. Una lámpara *tiffany* sobre una mesa de rincón la alumbraba para leer. En la mesita de centro había un vaso de vino blanco medio lleno. Un jazz suave salía de los altavoces, discretamente ocultos por la habitación.

—Me encanta tu apartamento —le dijo Serena.

Era pequeño pero cálido, con cierta atmósfera tradicional, sin nada metálico o moderno. Los muebles de madera se veían antiguos pero muy bien cuidados, y Serena se preguntó si Claire los habría restaurado ella misma. Por todas partes había objetos coleccionables, como cajas de madera con incrustaciones, ángeles de cristal o animales de piedra.

—¿Puedo ofrecerte un poco de vino? —le preguntó Claire.

—No, no bebo —contestó Serena. Y deliberadamente añadió—: Una vez empiezo, no puedo parar.

—Comprendo. Lo siento. ¿Y un poco de agua mineral?

—Claro.

Claire desapareció en la cocina y Serena tomó asiento en el confidente. Sabía que jugaba a un juego peligroso. Estaba proporcionando información, mostrando secretos que ponían al descubierto quién era ella. Era su estrategia. Le gustaba a Claire. Si conseguía equilibrar su relación en una cuerda floja, cerca pero no demasiado, tal vez Claire hiciera lo que ella quería: llamar a Boni.

Aunque también sabía que los equilibristas a veces sufrían una terrible caída. Se acordó de lo que una amiga divorciada le había dicho sobre tener una aventura: quieres ver lo cerca que puedes llegar de la línea sin atravesarla, y entonces un día miras atrás y te das cuenta de que la línea ya está a medio kilómetro detrás de ti. Serena se preguntó si se habría equivocado al pensar que podía conseguir lo que quería de Claire y al mismo tiempo resistirse a sus encantos.

Claire regresó y le ofreció una copa larga de champán llena de agua burbujeante. También había vuelto a llenar su propio vaso de vino. Claire se sentó de nuevo en el sofá, encima de sus piernas. Se sentía cómoda y relajada dentro de su propio cuerpo, como un gato. Llevaba vaqueros azules muy gastados y un top de satén negro y cuello en pico. Tenía los pies descalzos.

—Te debo una disculpa —comenzó Claire.

—¿Por?

—Por abordarte como lo hice. No es propio de mí ser tan lanzada. Debí de parecerme una especie de tiburón, y yo no soy así.

Serena se preguntó si era cierto o si tan sólo era la fase dos de la seducción.

—Me cogiste desprevenida, eso es todo.

—Lo siento. La culpa es de mi romántica imaginación. Creí que había algo entre nosotras.

Mientras hablaba, en ningún momento apartó sus ojos azules de Serena, y ni siquiera pareció parpadear. También su voz era dulce e incitante, como un saque tibio que bajara suavemente derribando todas las defensas.

Serena sabía que el balón estaba en su terreno. Decir algo. Negarlo. En lugar de ello, se aproximó aún más a la línea.

—No fue tu imaginación.

Claire no pareció sorprendida. Tomó un sorbo de vino.

—Me alegro.

—Pero nunca ocurrirá nada entre nosotras —añadió Serena.

—¿No? —preguntó Claire con una mueca fingida.

—No.

—Lástima. —Escudriñó a Serena detenidamente, tamborileando con despreocupación en su vaso de vino—. ¿Quién era?

—¿A qué te refieres?

—La chica a la que te recuerdo —dijo Claire con una sonrisa de complicidad—. En algún lugar de tu pasado tiene que haber una chica. No soy tan engreída como para pensar que las mujeres heterosexuales saltan la valla de repente al ver mi belleza despampanante.

—Está bien, sí, hubo alguien más —admitió Serena—. Fue hace mucho tiempo.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Serena respiró hondo. Era lo que ella quería: la ocasión de introducir a Claire en su historia, de construir un puente entre ellas. Pero resultaba difícil dilucidar dónde terminaba su estrategia y dónde empezaba su propia catarsis. Llevaba años deseando hablar con alguien sobre Deidre, pero nunca lo había hecho. Ni con su terapeuta ni siquiera con Jonny. A él le había contado algo, pero nunca toda la verdad.

Serena dejó la copa, y las palabras brotaron. Los recuerdos eran vividos, a pesar de los veinte años transcurridos. Le habló a Claire de cuando conoció a Deidre, que era dos años mayor, en un bar de Phoenix donde las dos eran camareras. A medida que el abuso de su madre y el camello de ésta, Blue Dog, se volvió más brutal, Deidre se convirtió en su salvavidas, proporcionándole un lugar al que poder escapar. Deidre le cogió la mano durante el aborto, que se complicó porque ya era demasiado tarde. Habían hablado de regresar para matar a su madre y a Blue Dog, pero la libertad sonaba mejor. Huir, marcharse, escapar. Se fueron las dos a Las Vegas y vivieron juntas, trabajando y divirtiéndose. Eran las mejores amigas, y finalmente fueron más que eso. Fueron amantes.

Serena había encontrado maneras de racionalizarlo con el paso de los

años o de pretender que fue algo distinto de lo que era. Pero fueron amantes. Serena se dio cuenta, mientras estaba contando la historia, de que deseaba volver a sentir parte de ese poder sexual otra vez. Quería ser ella quien excitara a Claire, y supo, al observar a ésta cambiar de postura en el sofá, que lo estaba consiguiendo. Podía tener a esa mujer. Podía lograr que Claire hiciera cualquier cosa por ella. Podía volver a conseguir todo lo que deseara.

Era una sensación embriagadora, como si estuviera bebiendo de nuevo.

Incluso cuando le habló de cuando había dejado a Deidre y del ciclo destructivo que condujo a la muerte de ésta, ya no se sintió propensa a las lágrimas, como le ocurría normalmente. Se sentía fuerte, porque tenía que serlo.

—Eso es mucha responsabilidad con la que cargar —dijo Claire cuando Serena hubo terminado—. Pero ya no me acordaba de lo dura que eres.

—Fui cruel.

—¿Piensas que puedes reconciliarte con Deidre haciendo el amor conmigo? —le preguntó Claire. Era demasiado lista para dejarse engañar—. Porque no puedes. Yo no quiero eso.

—¿Y qué quieres? —preguntó Serena.

Claire no perdía el tiempo.

—Quiero que te enamores de mí.

—Eso no va a ocurrir —contestó Serena, aunque el hecho de que Claire lo hubiera soltado así, sin más, la dejó casi sin aliento—. No estuve enamorada de Deidre. Éramos amantes, pero nunca me enamoré de ella.

—Yo no soy Deidre. —Claire se echó hacia atrás el cabello rubio rojizo, que le cayó sobre el rostro de todas formas, cubriéndole un ojo—. ¿Qué quieres tú, Serena?

—Que consigas que Jonny y yo podamos ver a tu padre —contestó ella—. Eso es lo que quiero. Es todo lo que quiero.

Claire la miró como si lo hubiera sabido todo ese tiempo.

—Y si lo hago, ¿pasarás la noche conmigo?

Serena pensó en Jonny y en el póquer. Mantuvo una expresión pétrea, aunque habría bastado un soplo de viento para hacerla caer desde la cuerda floja a los brazos de Claire.

—No. Y además, has dicho que no es lo que quieres.

—Me parece que a lo mejor no eres tan dura —dijo Claire—. Me parece que si te besara ahora, acabaríamos haciendo el amor. Y que esperas que no intente averiguarlo.

Estaban jugando a sostenerse la mirada, y Serena procuró dominarse y no pestañear.

—Quiero que llames a Boni —repitió.

Claire extendió con languidez la mano hacia la mesita de centro y Serena vio que allí había un teléfono móvil. Claire lo abrió, volvió a apartarse el cabello y miró a Serena intensa y prolongadamente.

—¿Sabes lo que representa esto para mí?

—Sí, lo sé.

—Nunca sabrás lo que me hizo. Cómo me traicionó.

—Lo comprendo. Tal vez algún día me lo cuentes.

Claire pulsó un botón de su teléfono. Aún tenía a Boni registrado en los números de marcación rápida. Era más de medianoche, pero su padre respondió de inmediato.

—Soy Claire —dijo, con la mirada fija en Serena en el sofá de enfrente—. Necesito que me hagas un favor.

Capítulo 29

Un ascensor directo de cristal —ventanas ahumadas y vidrio a prueba de balas— los condujo a la suite del ático en el edificio más al norte de las Charlcombe Towers. A la guarida de Boni.

Stride pensó en MJ mientras ascendían, contemplando cómo retrocedía el suelo por debajo de ellos a una velocidad vertiginosa. MJ había vivido en el mismo complejo que Boni Fisso, con vistas al casino en el que la vida de su padre había quedado destrozada. En el que la amante de Walker Lane había muerto bajo el resplandor del rótulo del Sheherezade. Stride se preguntaba si MJ habría conocido alguna vez a Boni, si sospechaba siquiera el conflicto titánico que medió entre éste y su padre. No era de extrañar que Walker deseara tan desesperadamente que su hijo se mudara.

Miró a Serena, que permanecía en silencio, contemplando el Strip. Se había pasado todo el camino de vuelta a casa, mientras escuchaba el zumbido de los motores del Gulfstream, preguntándose qué sentía respecto a lo de Serena y Claire. Aún no lo sabía. Había medio esperado que ella no estuviera, pero la encontró en la cama de los dos, despierta, al llegar a casa en mitad de la noche. Sin que él se lo preguntara, ella le aseguró que no había ocurrido nada. Luego le hizo el amor, más intensa y apasionada de lo que recordaba haberla visto nunca, y no pudo evitar preguntarse si Serena estaba volcando en él parte de su atracción por Claire.

Aunque en aquel instante no lo lamentó en absoluto.

Se abrieron las puertas del ascensor.

Salieron a un vestíbulo pequeño y muy iluminado. Una pared encalada bloqueaba el paso, con unas gigantescas puertas dobles de roble en el centro.

El suelo era de mármol blanco, inmaculado y resplandeciente. Stride contó un total de cuatro cuadros originales alineados en la pared a cada lado de la puerta, todos ellos del pintor realista Andrew Wyeth, de la serie Helga. Supuso que estaban ahí para aplacar a las visitas mientras esperaban para ser admitidos en el sanctasanctórum, y quizás eran un mensaje para dejar claro que Boni tenía clase, no sólo dinero. Si Steve Wynn podía poner a Picasso en el Bellagio, también Boni podía comprarse una galería.

Stride había oído muchas cosas sobre Boni, aunque costaba discernir cuáles eran verdad y cuáles una trola, como el rumor de que tenía una rata entrenada para roer las pelotas de los que hacían trampas en los casinos. Luego obligaba a los aspirantes a ladrones a comerse los excrementos cuando la rata cagaba. A Stride, eso le olía a leyenda urbana. O la historia de que la mitad de los políticos del estado habían trabajado en sus casinos cuando eran jóvenes y ambiciosos, y que Boni poseía sus almas. Imaginaba que ésa seguramente era cierta.

Rex Terrell había publicado un extenso retrato de Boni en *LV* hacía un año. Bonadetti Angelo Fisso había nacido en Nueva York a mediados de los años veinte. Su padre se ganaba unas perras conduciendo camiones en Manhattan, pero se las arregló para enviar a su hijo mayor, Boni, a Columbia (con la ayuda, según se decía, de jefes mafiosos). Graduado en Derecho y Finanzas, Boni salió de Columbia espabilado, limpio y educado. Evitó que lo reclutaran porque sufría una pérdida del setenta por ciento de su capacidad auditiva en un oído y, en el boom que siguió a la Segunda Guerra Mundial, empezó a comprar y vender negocios por toda la costa este. Los rumores aseguraban que sus operaciones recibían el apoyo de la mafia y que las empresas de Boni eran un servicio de lavandería para dinero manchado de sangre. Pero varias generaciones de agentes del FBI habían invertido un montón de dinero del contribuyente para demostrar que Boni estaba sucio, sin conseguir nada más que unos cuantos cachetes en las manos para algún pez pequeño del imperio de Boni, como Leo Rucci.

Boni había llegado a Las Vegas en 1955. Se hizo con una serie de casinos de poca monta, a los que añadió algunas habitaciones de hotel, magníficos espectáculos y camareras semidesnudas, y los convirtió en máquinas de ganar

dinero. Además se cultivó una imagen de gran benefactor, construyendo hospitales, ajardinando zonas verdes y pagando la matrícula de la universidad a los hijos de empleados que llevaban años en el casino. En público era un santo, siempre con una sonrisa y un chiste a punto. Lo duro estaba detrás del escenario: cuerpos desaparecidos en el desierto, dientes arrancados y huesos rotos. La rata que iba engordando, si creías esa clase de historias.

El Sheherezade fue la joya de Boni. Era la primera propiedad que había construido él mismo desde los cimientos, y cuando se inauguró en 1965 atrajo a los mejores artistas de la época, junto con el Sands y el Desert Inn. Boni ya había intuido lo que descubrirían las generaciones posteriores de empresarios de Las Vegas: que la ciudad tenía que parecer siempre nueva, siempre reinventándose a sí misma. Así que nunca dejó que el Sheherezade se estancara. Buscaba nuevos espectáculos y nuevas estrellas. Como Amira con su *Llama*. Encontró nuevas maneras de impactar y tentar a la gente, y el dinero no dejaba de fluir.

Stride había visto fotos de la última esposa de Boni, la madre de Claire, con quien mantuvo una breve y tormentosa relación. Eva Belfort era una rubia hermosa y aristocrática, prima lejana de la realeza francesa. Casarse con ella le proporcionó a Boni cierta aura de clase europea. La realidad era que, al igual que todo lo demás en la vida de Boni, Eva fue una adquisición que pagó con dinero. La familia de ella poseía un castillo en el valle del Loira y estaba a punto de perderlo por impuestos atrasados, cuando Boni, de viaje por la tierra del vino, conoció a Eva. Su familia volvió a enriquecerse muy pronto y Boni se llevó una novia como trofeo. Debió de ser horrible, pensaba Stride: una niña rica de la campiña francesa obligada a vivir en una versión del infierno barrido por la arena. Según Rex Terrell, Eva era de armas tomar, y ella y Boni tenían unas discusiones feroces por la tendencia de éste a enrollarse con sus bailarinas. Stride se preguntaba si Eva se había enterado de lo de Amira.

Aunque en realidad no importaba. Su matrimonio, el único de Boni, solamente duró tres años. Eva sólo había sobrevivido unos meses a Amira, pues murió al dar a luz y Boni se quedó con su única hija, Claire.

Él y Serena esperaron casi diez minutos en el vestíbulo de la suite de

Boni, antes de que la puerta doble se abriera de repente con un clic y sus batientes se deslizaran en silencio hacia el interior. Una mujer atractiva de unos veinticinco años, con el cabello castaño recogido y traje entallado, apareció para recibirlos.

—¿Detective Dial? ¿Detective Stride? Pasen, por favor. Lamentamos mucho haberles hecho esperar.

Los condujo a un salón que parecía tener la extensión de un campo de fútbol. La pared norte estaba completamente acristalada y daba al Strip, con vistas sobre las montañas al este y al oeste.

—El señor Fisso se reunirá con ustedes dentro de un momento —les explicó—. Les hemos preparado un desayuno, así que, por favor, sírvanse.

Los dejó solos y desapareció por la puerta de una pared revestida de cuero que conducía al resto de la suite. Stride echó un vistazo al bufé y se dio cuenta de que tenía hambre. Los alimentos dispuestos en el mueble de caoba bastaban para saciar a veinte personas. Cogió un plato, untó crema de queso en medio panecillo y lo cubrió con salmón ahumado. Se sirvió un vaso de zumo de naranja y preparó lo mismo para Serena.

La habitación, que transmitía cierta sensación a salvaje Oeste, mostraba la obra de artistas de inspiración *cowboy*, como Remington. También había una escultura, con un motivo sacado del rodeo. Stride tenía grandes dificultades para imaginarse a Boni Fisso, nacido en Manhattan, con sombrero vaquero. Estuvo a punto de hacerle una broma a Serena, pero se alegró de haberse callado cuando se percató de que el propio Boni Fisso acababa de hacer una entrada silenciosa en la habitación.

Fisso le leyó la mente.

—Todos los hombres somos *cowboyss* de corazón, detective. Yo soy un *cowboy* italiano. ¿Ha oído hablar del «spaghetti western»? Eso soy yo.

Se rió con un bramido alto y profundo que retumbó en la gran estancia.

Se movía con notable gracia y presteza para un hombre de más de ochenta años. Les estrechó la mano a los dos y se los llevó hacia la cristalera, donde señaló el paisaje con un gesto de su brazo.

—¡Miren esa ciudad! Dios, qué sitio. Ya saben lo que se dice: que todas las ciudades importantes tienen un río que las atraviesa. Que las jodan.

Nosotros tenemos polvo y yucas y serpientes de cascabel corriendo por la nuestra. El único río aquí es el dinero. Me quedo con esto antes que con toda la basura y las cabezas de pescado que flotan por el Missouri o el Hudson.

—¿No echa de menos los viejos tiempos? —le preguntó Stride—. Todas las personas que vivieron esa época parecen creer que Las Vegas era mejor en los años sesenta.

—¡Diablos, no! —exclamó Boni—. Claro que me gustaría tener el cuerpo y la mitad de la energía que tenía en esos días. Todos estamos de acuerdo en eso, ¿verdad? Y también he perdido a muchos amigos. Todo el mundo se hace viejo. Ya conocen el dicho: *Tempus fuck-it*^[33]. Pero es lo que tiene de bonito esta ciudad: siempre es joven. Entierra el pasado y adelante con ello. Lo mágico es aquello con lo que cada cual ha crecido, detective. Le aseguro que dentro de cuarenta años la gente mayor hablará de cuánto echa de menos Las Vegas de la década del 2000. —Boni se sirvió una copa de champán del bufé—. Vamos, coman, coman los dos. Dios, ya hablo como mi abuela.

No había vuelta de hoja: Boni resultaba encantador. Stride tuvo que esforzarse por recordarse a sí mismo que aquel hombre no se lo pensaba dos veces antes de ordenar un asesinato si eso servía a sus propósitos. Pensó en Walker Lane en su silla de ruedas, que había recibido una paliza casi mortal a manos de los matones de Boni. Pensó en Amira y en su cráneo roto.

Boni lo observaba con sus chispeantes ojos azules, y Stride pensó que sabía exactamente lo que estaba pensando. Con seguridad era lo mismo que pensaban todas las personas que entraban en esa habitación y veían a aquel hombre por primera vez.

—Llenen sus platos y después nos sentaremos —les dijo Boni.

Él tomó asiento en un sillón de cuero rojo, y Stride se dio cuenta de que lo habían diseñado especialmente bajo para que los pies de Boni pudieran descansar en el suelo, pues no llegaba al metro sesenta. Además, el sillón estaba encima de un ligero desnivel, más elevado que los sofás que había a su alrededor. Su trono. Stride casi esperó tener que besar un anillo de rubí.

Boni iba vestido todo de negro. Llevaba un jersey con cuello de cisne, una chaqueta entallada de color ébano y pantalones con pinzas. Sus zapatos de charol relucían como un espejo. Su aspecto seguía siendo muy parecido al

de las fotografías de hacía décadas, cuando ya tenía una calva rodeada de una corona de cabello negro. Ahora el pelo era gris, y tenía la frente salpicada por manchas propias de la vejez. Las medias lunas bajo sus ojos se habían hecho más profundas y la sombra de la barba ya no se podía eliminar con un afeitado. Pero estaba fuerte y en forma, y su mirada era penetrante y alerta. Seguía teniendo una dentadura de estrella de cine.

«Suponiendo que la película fuese *Tiburón*», pensó Stride para sí.

—Señor Fisso... —empezó Serena.

—Oh, por favor, mejor Boni. No me haga sentir tan condenadamente viejo.

Stride vio que Serena se sentía incómoda llamando a ese hombre por el nombre de pila, aunque se esforzó para soltarlo.

—Boni, pues. Yo me llamo...

Boni la interrumpió otra vez:

—No es necesario, no es necesario: Serena Dial. Llegó a Las Vegas procedente de Phoenix, si mis fuentes no me fallan. —Hablabla en un tono ligero, pero Stride tuvo la sensación de que Boni podría haber recitado cada detalle de la vida de Serena, tal vez más de los que habría sido capaz de enumerar él mismo—. Y usted es el chico nuevo del barrio —continuó, dirigiéndose a Stride—. ¿De Minnesota? Aquello está lleno de lagos. Le preguntaría qué diablos está haciendo en el desierto, pero resulta bastante obvio.

Le guiñó el ojo y echó un vistazo a Serena, y así quedó claro que estaba al corriente de su relación. Stride se preguntó si la información procedería de Sawhill.

—Tengo que darle las gracias —le dijo Boni a Serena—. Hacía años que no hablaba con mi hija. Fue agradable oír su voz. Hace mucho tiempo creí que ella viviría aquí, y que dirigiría el imperio a mi lado. Esa chica tenía un olfato para los negocios como no he visto nunca. Qué demonios, debió de sacarlo de su viejo, ¿no? Es decir, Eva, su madre, era de armas tomar, pero tenía el don de gastar dinero, no de ganarlo. No, mi pequeña Claire es la talentosa de la familia; yo no le llego ni a la suela del zapato.

—¿Por qué se distanciaron? —preguntó Serena.

El rostro de Boni se endureció como el hormigón.

—Una detective de la policía preocupada por mis valores familiares. Enternecedor. Pero no ha venido aquí para ayudarme a arreglar las cosas con Claire, ¿verdad?

—No, es sólo que...

—Mire, Claire y yo no veíamos del mismo modo algunas operaciones financieras, así que se largó a cantar sus tristes canciones, sólo para fastidiarme. Y a vivir en ese apartamento, cuando sé perfectamente que ha ganado millones en la Bolsa. —Boni observó a Serena, que no pudo evitar mostrar su sorpresa—. Seguramente le dijo que es porque le gusta acostarse con chicas, práctica que no es muy católica. En fin, me habría hecho más feliz que se casara con algún muchacho fornido como el detective Stride, aquí presente. Le arreglé algunas citas con unos cuantos chicos guapos. ¿Acaso es un pecado? Pero no, tengo que hablar de Claire cada domingo en el confesonario, Dios me ampare. El padre D'Antoni siempre pregunta por ella, para ver si ya ha vuelto al camino del Señor; aunque, la verdad, me parece que simplemente le gusta enterarse de los detalles.

—¿La ha oído cantar? —preguntó Serena.

—Sí, la he oído. Es formidable. Esa chica arrasaría en Nashville si se mudara allí. Pero eso no ocurrirá nunca: su corazón pertenece a Las Vegas. —Boni se recostó en su silla y tomó un sorbo de champán—. Pero tenemos otras cosas de las que hablar, ¿no es cierto? Claire dice que quieren mantener una conversación extraoficial conmigo, sin los malditos abogados revoloteando por aquí. Tengo que respetarlo: yo mismo soy abogado y debo decirles que la mayoría de ellos podrían pegar perfectamente un loro encima de su escritorio que repitiera incansable: «No, no, no». Y luego el loro pasaría la factura a mil dólares la hora. Así que nada de abogados, detectives. Sólo nosotros tres. Esta conversación nunca ha tenido lugar, ¿entendido?

Ambos asintieron.

—El motivo de que estemos aquí... —comenzó Stride.

—El motivo de que estén aquí es que están intentando atrapar a un asesino. Y quieren mi ayuda.

Stride asintió.

—Así es.

—Vi el retrato robot en el periódico. No puedo ayudarles, lo siento.

—Trabajaba para su empresa —replicó Serena—. David Kamen lo contrató en Premium Security. Estoy segura de que ya lo sabía, porque estoy segura de que Kamen le llamó.

—Sí, lo hizo —dijo Boni—. Pero eso no cambia nada. Nunca conocí a ese tal Blake Wilde y no sé cómo pueden encontrarle. Ojalá pudiera serles de ayuda.

—¿Se da cuenta de que Claire podría ser su próximo objetivo? —preguntó Serena.

—No soy estúpido, detective —dijo Boni con sequedad. Se quedó mirando a Serena con sus ojos azules, y añadió—: Siempre tengo a gente vigilando a Claire. Incluso aunque ella no lo sepa, la estoy protegiendo.

Serena le devolvió el golpe:

—¿Era Blake uno de los hombres que la «protegían»?

Boni no contestó, y a Stride le pareció que había dado en el clavo.

—Señor Fisso, ¿puedo hablar con franqueza? —preguntó Stride.

—Por supuesto, detective.

—Esto no ha salido en los periódicos, pero seguramente usted ya sabía incluso antes que nosotros lo que estos tres asesinatos tienen en común: el Sheherezade. O más concretamente, Amira Luz. Blake Wilde, quienquiera que sea, parece decidido a vengar la muerte de Amira, porque piensa que aquello no sucedió exactamente como dijeron los periódicos y la policía. Y es muy posible que esté en lo cierto. Pero no venimos a reabrir la investigación sobre el asesinato de Amira Luz; ese caso está cerrado.

—¿De veras? Tengo entendido que han hecho muchas indagaciones al respecto, detective. He oído que incluso le han hecho una visita a mi viejo amigo, Walker Lane.

—Ya sabe que va en silla de ruedas —contestó Stride—. Está así desde aquella noche.

—Algo terrible. Un accidente de coche, ¿verdad? Una buena lección para no conducir estando ebrio.

—Ésa no es la versión de Walker.

—¿No?

—Dice que usted ordenó que le dieran una paliza, que lo dejaran lisiado como pago por intentar llevarse a su amante.

—Supongo que también me acusó de matar a Amira —respondió Boni con tranquilidad.

—Sí, lo hizo.

—Naturalmente. Yo quería mucho a Walker, detective, pero su comportamiento fue temerario. Cuando cometes errores de consecuencias graves, a menudo tratas de culpar a algún otro.

—Entonces ¿usted no hizo asesinar a Amira? —preguntó Stride.

—Desde luego que no.

—¿No? ¿No era propiedad suya? ¿No era usted su dueño?

Boni le regañó como a un niño:

—Nadie era el dueño de Amira. Nadie. Y menos aún Walker. Creo que eso le provocaba una frustración enorme.

—¿Está diciendo que Walker mató a Amira? —preguntó Stride.

—Por lo que sé, la mató un fan desquiciado. Walker no estaba aquí cuando mataron a Amira; se encontraba en camino de vuelta a Los Ángeles. Creo que fue entonces cuando sufrió ese accidente.

—Y estoy seguro de que encontraremos un informe policial que lo confirme si retrocedemos lo bastante —dijo Stride.

—Estoy seguro de ello. Aunque a veces en cuarenta años las cosas se pierden.

—¿Qué me dice de los registros de contratación del Sheherezade en aquella época? ¿También se perdieron?

—¿Por qué? —preguntó Boni—. ¿Qué están buscando?

—A un chico que trabajó ese verano en el hotel como socorrista. Se llamaba Mickey.

Boni arqueó una ceja.

—¿Y por qué iba a interesarles alguien así?

—La noche de la muerte de Amira llamó a su jefe de casino, Leo Rucci, por una pelea que había afuera. Quiero saber más al respecto.

—Pues lo siento, detective, pero estoy seguro de que los registros de

contratación estarán en algún almacén de la ciudad, medio devorados por las cucarachas. Aunque cuando teníamos a universitarios trabajando allí durante el verano, normalmente le decía a Leo que les pagara en negro. El papeleo y los impuestos suponían tanta molestia que no valían la pena.

Stride se sintió como si estuviera luchando contra un alce viejo con un buen par de cuernos y muchas ganas de reventar cabezas.

—Si no hubiera nada extraño en la muerte de Amira, ¿por qué estaría Blake Wilde tan decidido a vengarla? —preguntó Serena.

Parecía cansada de observar cómo los chicos jugaban a ver quién era más fuerte.

—Es un asesino en serie. Ustedes conocen mejor que yo la mentalidad de esa clase de hombres.

No pudo ocultar una leve sonrisita.

—Si supiéramos por qué está haciendo esto, tal vez nos resultaría más fácil encontrarle —dijo Stride—. Y creo que usted conoce el motivo.

—Usted mismo lo ha dicho, ¿no, detective? Ese hombre tiene algunas ideas equivocadas sobre lo que le pasó a Amira.

Stride negó con la cabeza.

—Mire, sé que quiere cogerle usted primero. Sé que quiere hacerle pagar a su manera. —Stride hizo una pausa y se dio cuenta de que Boni no le contradecía—. Pero lo importante es que alguien le coja, y pronto, antes de que mate a otra persona. Si lo coge usted, muy bien, nunca lo sabremos. Pero no creo que suponga ninguna desventaja para usted que lo cojamos nosotros primero.

—Piense un poco más en ello —dijo Boni.

La máscara cayó y vislumbraron el brillo del acero.

Stride sabía que tenía razón: se trataba de una carrera que Boni necesitaba ganar. No sólo para aplastar a Blake, sino también para hacerle desaparecer de los titulares silenciosa y rápidamente. ¿Quién sabía lo que podría llegar a contar Blake estando detenido? O lo que sabía. Sus acusaciones podían poner a la pasma sobre la pista de Boni y tal vez alejar a los inversores de su proyecto Orient.

Aquel hombre no pensaba ayudarles.

—¿Y si llega demasiado tarde, Boni? —preguntó Serena—. ¿Y si él llega hasta Claire primero? ¿Vale la pena correr ese riesgo?

Se hizo el silencio mientras Boni daba vueltas a esa idea.

—¿Dónde le encontró Kamen? —quiso saber Serena.

—Eso no le servirá de nada —respondió Boni—. Wilde fue mercenario en Afganistán. David lo utilizaba a veces para operaciones que no se registraban. Era bueno. Implacable, sin miedo a nada. Pero no hay más que humo. Nombres falsos. Ningún antecedente.

—¿Puede que le conocieran los demás hombres con los que trabajó Kamen?

Boni negó con la cabeza.

—De ningún modo les diré eso. De ningún modo se lo dirá David.

Stride sabía que podía investigar por la vía militar, pero si Wilde cumplía misiones extraoficiales era poco probable que los altos mandos le proporcionaran más información que Boni.

—Entonces díganos por qué —continuó.

Stride observó cómo evaluaba Boni las cosas. Para él todo eran matemáticas, débitos y créditos. El valor de la información. Al principio pensó que el viejo se la volvería a jugar, pero se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas:

—Les digo esto y lo dejamos.

Ambos asintieron.

—Amira no era una santa, ¿me entienden? Llegó a la ciudad y empezó a acostarse con Moose. Una chica lista: Moose daba mucho de sí. Muy pronto fue la bailarina principal en uno de nuestros espectáculos de destape. Entonces se fue a París, ¿de acuerdo? Un contrato especial. De allí volvió con la idea para *Llama*.

Boni parecía disfrutar del desconcierto que reflejaban sus rostros.

—La cuestión es que no se fue a París —continuó—. Estaba embarazada y quería mantenerlo oculto. Así que la mandé fuera unos cuantos meses y tuvo al crío.

Un bebé, pensó Stride. Un bebé secreto. A veces, los problemas más difíciles eran en realidad los más sencillos. Blake Wilde era el hijo de Amira.

—¿Qué pasó con el niño? —preguntó Stride.

—Lo adoptaron —contestó Boni—. Amira no podía deshacerse del bebé todo lo rápido que quería. No veía el momento de volver. Sabía que *Llama* sería un triunfo.

—¿Moose no lo sabía? —preguntó Serena.

—Nadie lo sabía.

Algo chirrió en el cerebro de Stride. Giró un engranaje y, como un seísmo, una pieza del rompecabezas se colocó en su lugar.

—Dice que la mandó fuera —prosiguió Stride—. ¿Adónde?

—Un socio mío tenía un centro de bungalós en Reno, cerca del lago —contestó Boni—. Allí es a donde iban muchas chicas de Las Vegas cuando tenían problemas de ese tipo.

Stride y Serena se miraron el uno al otro.

—Reno —dijeron.

Tercera parte

BLAKE

Capítulo 30

—Es la segunda vez que te veo en una semana —dijo Jay Walling cuando Serena salió de su coche alquilado frente a una residencia próxima al centro de Reno. El sombrero negro de fieltro, ladeado, le daba un aire chulesco—. Qué suerte la mía.

—Que te den, Jay —contestó Serena con simpatía.

Se subió la cremallera de la chaqueta de piel. Hacía frío en la ciudad, con un fuerte viento procedente de las montañas y ráfagas de nieve en el aire. Una ola de calor otoñal estaba disparando la temperatura en Las Vegas, mientras en aquel lugar parecía invierno. El cielo, en lo alto, era como un carboncillo lúgubre, y las montañas parecían furiosas.

—Se llama William Borden —dijo Walling—. Es el hermano de Alice Ford.

Una vez conocida la relación entre Blake y Reno, no les había costado mucho hallar lo que se les había escapado desde el principio, el nexo que les permitiera vincular el asesinato de Alice Ford en el rancho de Reno con las muertes en Las Vegas. Descubrieron que el hermano de Alice había trabajado durante treinta años como director ejecutivo de una organización sin ánimo de lucro que ofrecía servicios familiares en la mitad norte del estado, lo cual incluía arreglar adopciones confidenciales para chicas preñadas como Amira.

—¿Has descubierto algo más sobre la agencia? —preguntó Serena.

—Son unos santos, por lo que a los chicos de Carson City se refiere. Presupuesto modesto, un montón de pequeñas donaciones anuales y ninguna queja significativa. Hacen un buen trabajo.

—¿Borden llevaba la agencia cuando Amira Luz tuvo a su hijo?

Walling asintió.

—Asumió el cargo en 1960 y siguió al mando hasta su jubilación. Ahora está enfermo terminal debido a una dolencia cardíaca. El año pasado se instaló aquí.

Serena observó los tres pisos de la residencia para ancianos, una caja de cemento de color blanco roto, y se sintió deprimida. No estaban muy lejos de las casas antiguas que daban a las apresuradas aguas del río Truckee, pero podrían haberse encontrado en otro universo. Y fue peor cuando entraron. Las enfermeras se esforzaban, decorando las paredes con dibujos infantiles y luciendo amplias sonrisas, pero aquél seguía siendo un lugar adonde iban a morir las personas consumidas. Pasaron de largo a un hombre diabético con varios miembros amputados. Una mujer temblaba atrapada por las garras de un Parkinson severo. Gente con la mirada vacía y el pensamiento ausente. A Serena le entró sensación de claustrofobia.

Encontraron a William Borden en la salita del segundo piso. En una esquina había un televisor con una docena de personas alrededor sentadas en sofás y sillas de ruedas, mirando una reposición de *Friends*. Una enfermera les indicó quién era Borden. Se encontraba apartado, solo, en un sillón del otro extremo de la estancia, con un libro en su regazo.

Se presentaron y cogieron unas sillas para sentarse delante de él. Serena se quitó la chaqueta. La habitación era un horno.

—Siento mucho lo de su hermana —le dijo Serena.

Reparó en el título del libro que tenía entre manos: *Cómo afrontar una muerte en el seno familiar*. Se preguntó cómo podía nadie afrontar semejante cosa. Sobre todo, si era una muerte violenta. Borden tenía la mirada puesta muy lejos.

—Me siento terriblemente culpable —replicó.

Hablaba con voz de catedrático, reflexiva y algo pomposa. Era un hombre menudo, de barba gris y cabello plateado que necesitaba un corte con urgencia. Llevaba un pijama de color azul cielo y pantuflas.

—Supongo que fue la intención de aquel hombre desde el principio: infligir culpabilidad y dolor. Todavía no he visto a Al. Ni siquiera sé si vendrá a visitarme, ahora que he apartado a su mujer de su lado.

—No fue usted quien lo hizo, señor Borden —subrayó Walling.

Borden se encogió de hombros.

—¿Usted cree?

—Nos gustaría ver si puede identificar al hombre que pensamos que podría haber matado a su hermana —dijo Serena.

Se dispuso a entregarle una copia del retrato realizado por el dibujante de la policía, pero Borden lo rechazó con un gesto.

—No es necesario. Sé quién es. Cuando el señor Walling me llamó, supe exactamente quién había sido.

A pesar del calor de la habitación y la manta de lana que le cubría las piernas, Borden se estremeció.

—Se hace llamar Blake Wilde —dijo Serena.

Borden sacudió la cabeza.

—Ese nombre no me dice nada, aunque estoy seguro de que se lo ha cambiado muchas veces a lo largo de los años. Cuando yo le conocí era Michael Burton. Pero eso fue hace más de dos décadas.

—De veras le agradecería que mirase el retrato —insistió Serena.

Borden suspiró. Lo cogió y se lo quedó mirando con malestar evidente. Al fin cerró los ojos y asintió:

—Sólo tenía dieciséis años cuando le vi por última vez, pero es él, definitivamente. Esos ojos... El resto de su cara ha envejecido, pero esos ojos son los mismos de antes. —Oyó unas risitas procedentes de la gente agolpada junto al televisor. Frunció el ceño—. A eso se reduce este lugar, ¿saben? A apiñar a los moribundos como ganado y esperar a que vayan cayendo uno tras otro. Resulta irónico: he invertido toda mi carrera en tratar de mejorar las vidas de los niños. Nunca encontré tiempo para casarme y tener mis propios hijos. Y al final he acabado aquí, con un corazón putrefacto y sin nadie que me visite, excepto mi hermana. Y ahora ya no está, gracias al error que cometí. Un solo error terrible en treinta años.

—¿Era Blake, o Michael, el hijo de Amira Luz? —preguntó Serena.

—Lo cierto es que no lo sé. Nunca lo supe, porque nunca conocí a la madre.

—Cuéntenos lo que pasó —le sugirió Walling con amabilidad.

—Vino a verme un hombre —explicó Borden—. Fue en la primavera de 1967. Era muy tarde. Llevaba a un bebé consigo, muy pequeño, de no más de un par de días. Me dijo que la madre no era capaz de cuidarlo y me preguntó si podría encontrar un hogar para aquel niño.

—¿Sabe quién era el hombre?

Borden negó con la cabeza.

—No me dio ningún nombre. Era grande, con un cuello como un tronco de secuoya. Intimidaba.

Serena pensó en Leo Rucci, aunque había un montón de hombres musculosos trabajando para los casinos en esa época.

—¿Y usted cogió al bebé sin más? ¿No hizo ninguna pregunta?

—Por entonces, esas cosas ocurrían con mucha frecuencia. Las chicas de Las Vegas tenían relaciones con los jugadores y se quedaban embarazadas. Querían que el problema se solucionara con discreción; sin papeles, sin problemas de herencias... Cada mes parecía haber otra chica y otro bebé. Todo el mundo siente mucha nostalgia de la época del Rat Pack, pero eso es sobre todo si eras rico y blanco. Nadie quería ver lo que ocurría detrás de la cortina: racismo violento, mujeres maltratadas, niños abandonados...

—¿Así que cogió al bebé? —preguntó Serena.

Borden asintió.

Walling se inclinó hacia él y murmuró:

—No es que no lo considere un buen ciudadano, señor Borden, pero ¿hubo algún intercambio de dinero?

Borden alzó la vista al techo.

—Sí, sí, también hubo dinero. Esa gente siempre pagaba generosamente. Pero le aseguro que ni un solo centavo iba a parar a mi bolsillo. Todo se destinaba a la agencia; nos sacaba adelante en temporadas difíciles.

—¿Qué hay de la familia adoptiva? —quiso saber Serena—. ¿Hicieron alguna pregunta?

—En esos tiempos todo se formalizaba en el más absoluto anonimato. Para ellos no había nada fuera de lo común. No es como hoy, que muchas madres biológicas mantienen el contacto con sus hijos mucho después de que hayan sido adoptados.

Walling se atusó el sombrero, que sostenía entre las manos.

—Estoy algo confundido, señor Borden. Si usted no sabía de dónde salía el niño, ni tampoco lo sabía la familia, ¿cómo llegó a sospechar ese hombre que Amira Luz era su madre? ¿Y por qué empezó este horrible juego asesinando a su hermana?

Borden lo miró afligido. Respiró hondo varias veces, y Serena se dio cuenta de que aquello no le resultaría fácil.

—Ignoro cómo descubrió lo de Amira, pero la venganza... en fin, eso comenzó hace mucho tiempo.

—Explíquese —dijo Walling con resolución.

—Ya les he dicho que cometí un error. Un error espantoso. Y no me refiero a aceptar al bebé y coger el dinero. Si tuviera que volver a hacerlo, actuaría del mismo modo: mi misión era proteger a los niños.

—¿Entonces? —preguntó Walling.

Serena miró a Borden a los ojos y empezó a comprender lo que había ocurrido realmente. Ella también lo había vivido. Sintió que el calor de la habitación empezaba a ahogarla. La palabra quedó suspendida entre ellos, a la espera de ser pronunciada.

Abusos.

—Me equivoqué con la familia que elegí —continuó Borden.

Ahora, Walling también lo entendió.

—¿Qué le hicieron al chico?

—Tiene que entenderlo —dijo Borden. Serena pensó que estaba intentando racionalizar la decisión ante sí mismo—. Colocar a los niños con padres adoptivos no es una ciencia exacta. Juzgamos lo mejor que podemos basándonos en entrevistas, pero algunas veces surgen problemas. Confieso que en aquella época yo era joven y demasiado confiado. Tengo un doctorado en Psicología Infantil, y pensaba que era capaz de evaluar a una familia adoptiva y determinar si era apta o no en cuestión de minutos. Entonces no sabía hasta qué punto había cosas que desconocía.

—Y la familia Burton no resultó ser apta —dijo Serena.

Borden sacudió la cabeza.

—El marido, tal vez. Era un hombre decente, muy trabajador, de clase

media baja. Llevaban cinco años casados y estaban desesperados por tener un hijo. Su mujer, Bonnie, estaba entusiasmada. Pensé que serían unos buenos padres. Simplemente no vi las señales. Basándome en lo que sé ahora, estoy seguro de que la propia Bonnie sufrió abusos por parte de alguno de sus padres, y continuó allí donde la habían dejado a ella. Aunque, si es cierto lo que me contó el chico, Bonnie era especialmente cruel.

—¿No hacen visitas de seguimiento? —preguntó Walling.

—Por supuesto. Todo parecía ir bien. Tiene que entenderlo, señor Walling: no estoy hablando de abusos físicos, de palizas y violencia. Estoy hablando de abusos sexuales. Bonnie Burton intimó con su hijo adoptivo desde una edad muy temprana.

Serena sintió como si la habitación se fuera encogiendo y el techo empezara a presionarla contra el suelo. Tuvo una visión de su propia madre y Blue Dog, encima de ella en la cama. Empezó a sudar.

—No era sólo sexo —continuó Borden—. Aterrorizaba al niño para poder dominarlo. Tenía un control absoluto sobre su psique. Cuando se resistía, ella hacía cosas indecibles.

—¿Por ejemplo? —preguntó Walling.

Serena no deseaba oír los detalles.

—El chico me contó que a veces Bonnie lo encerraba en el cuarto de baño, desnudo y a oscuras. Y luego metía cosas por debajo de la puerta.

—¿Cosas?

—Cucarachas sobre todo.

—Mierda —dijo Serena sin querer—. ¿Y usted no sabía nada de todo eso en aquel momento? ¿No lo sabía el marido?

—No, yo no sabía nada. Nuestro contacto con la familia termina a una edad temprana. Y en cuanto al marido... si lo sabía, no lo detuvo. Prefiero pensar que no se enteró.

—¿Cómo lo averiguó usted? —preguntó Serena.

El rostro de Borden sufrió un tic. El grupo congregado frente al televisor se rió otra vez.

—No fue hasta años más tarde. El chico irrumpió en mi casa mientras yo estaba durmiendo. Me ató. Al principio yo no tenía ni idea de quién era.

Pensé que quería robarme. Entonces, una vez me hubo atado, se sentó junto a la cama y me explicó quién era. Quería encontrar a su madre.

—Así que estaba obsesionado con ella ya desde entonces —dijo Serena.

—Oh, sí. En su cabeza, su madre biológica era una víctima, igual que él. A través de los abusos había construido un lazo imaginario con ella. Me explicó que a veces se le aparecía y le susurraba cosas. Le decía que todo iría bien. Le pedía que la buscara.

«Ya está, pequeña», pensó Serena para sí misma, y sintió que la estancia volvía a girar. Estaba furiosa consigo misma por dejar que su propio pasado asomara al presente, infectándola.

—¿Le explicó lo de los abusos mientras lo mantenía atado? —quiso saber Walling.

Borden asintió.

—Con detalle. Si se están preguntando si se lo inventó, les aseguro que no. He entrevistado a miles de niños. Conozco las mentiras y las fantasías, y lo que explicaba no era ninguna de las dos cosas. Haya hecho lo que haya hecho desde entonces, se haya convertido en quien se haya convertido, el chico sufrió una tortura indescriptible en esa casa.

—¿Cómo era? —preguntó Serena—. ¿Era violento?

—Sí, era violento —replicó Borden—. Pero no se trataba de una violencia descontrolada. No estaba enfadado ni tenía ganas de bronca; simplemente era cruel y calmado. Ni siquiera creo que fuese una crueldad deliberada. Había capeado el sufrimiento a base de aislarse del dolor y separar sus emociones de lo que ocurría a su alrededor. Sé que sonará extraño, pero era muy centrado, muy profesional. Para su edad, era bastante maduro. La violencia sólo era una herramienta para conseguir lo que quería.

—Y lo que quería era a su verdadera madre —dijo Serena.

Pensó en Blake como en un niño y se dio cuenta de que entendía su reacción. Se había convertido en una especie de alambre de espinos, igual que ella. Se había congelado a sí mismo. Se había vuelto hacia dentro.

—Exacto. Desgraciadamente para mí, yo no se la podía dar.

Walling entornó los ojos.

—¿Qué le hizo?

Borden se desabrochó la chaqueta del pijama y apartó la tela despacio. Su pecho marchito mostraba la cicatriz en forma de cremallera de una operación a corazón abierto. Pero también había otras marcas, docenas de ellas por todo el pecho, señales circulares como gomas de lápiz.

—Empezó a preguntarme cosas sobre la adopción, qué documentos se conservaban y dónde podía encontrarlos. Al principio le dije mentiras, que no conservábamos ningún documento de entonces, que se habían perdido todos en una mudanza... Él sabía que yo mentía. Se estaba fumando un cigarrillo mientras me interrogaba, y por cada respuesta incorrecta me hacía una marca con la punta encendida. No puedo explicar la agonía que significó aquello. Aunque a él no le proporcionaba ningún placer hacerme daño. Era frío; sólo infligía dolor para conseguir lo que quería: respuestas.

—¿Le contó usted la verdad? —preguntó Serena.

—Casi enseguida. Le llevó un buen rato creerse que no había documentos sobre su adopción y que lo ignoraba todo sobre su madre biológica. Le describí al hombre que trajo al bebé lo mejor que pude recordar, pero dieciséis años más tarde aquello no le sería de gran ayuda. Le conté lo que siempre había sospechado: que su caso olía a mafia. Pero un adolescente a la fuga en Nevada no iba a quebrar el muro de silencio de los jefes de casinos.

—Así que, ¿no cree que averiguara lo de Amira entonces? —preguntó Serena.

—No veo de qué modo. Y sigo sin saber cómo lo ha descubierto. Yo mismo no lo sabía hasta que ustedes me lo dijeron.

—Bueno, supongamos que lo averiguó de alguna manera. ¿Por qué cree que está haciendo esto? ¿Cuál es su plan?

Borden fijó la mirada en el retrato que tenía en la mano. Estuvo largo rato sin decir nada y Serena se dio cuenta de que una lágrima había brotado de un ojo. Se la secó. Ella se preguntaba si sería por sí mismo, por su hermana o por el chico al que accidentalmente había condenado a una vida de tormentos. Tal vez fuera por los tres.

—Sin duda, en parte es por venganza. No sólo por él sino también por su madre. Le está haciendo justicia.

—Pero ¿por qué contra parientes? —preguntó Walling—. ¿Por qué no

contra las personas que él piensa que desempeñaron algún papel en la muerte de Amira?

—Para su mentalidad, duele más perder a un miembro de la familia —dijo Borden—. Ésa es su propia herida. Es algo con lo que puede identificarse. Quiere que las personas que se llevaron a su madre sepan lo que es perder a un familiar. Como le pasó a él. Y como le pasó también a Amira.

—Por lo que hemos oído, Amira se alegró de deshacerse del crío —dijo Serena.

—Puede ser, pero él no lo sabe. Estoy seguro de que no se lo creería de todos modos.

—Pero usted no mató a Amira —señaló Walling—. ¿Por qué empezó por usted?

Borden sacudió la cabeza.

—No se trata sólo de las personas que la mataron, sino de cualquiera que la traicionara. En su cabeza, yo fui el primero. Me interpuse entre la madre y el hijo. Quedó claro cuando vino a mí por primera vez: me culpaba por habérmelo llevado... y también por colocarlo con los Burton.

—Deberíamos hablar con ellos —le dijo Serena a Walling.

En parte odiaba la idea de enfrentarse a otra madre explotadora, y en parte deseaba emprenderla contra esa mujer.

—Eso va a ser complicado —dijo Borden, interrumpiéndolos—. Cuando el chico vino a verme esa noche, acababa de fugarse de la ciudad. Antes de irse prendió fuego a la casa de los Burton. Con ellos dentro.

Capítulo 31

Blake se acordaba perfectamente del momento en que supo la verdad sobre Amira.

Fue por accidente. Un milagro, lo llamarían tal vez algunos. Existía un millón de motivos por los que podría no haberse enterado nunca. Pero él estaba allí, y la revista estaba allí, y sintió que la verdad lo sacudía como ácido quemándole las venas. La vida pende de un hilo muy fino.

Hacía unos meses, se encontraba en la sala de espera de un dentista de Cancún cuya especialidad no era matar raíces o arreglar caries, sino proporcionar cocaína a turistas americanos. El dentista había cometido el craso error de saltarse a todos los que intervenían y que estaban por encima de él en la cadena de suministro, personas que no toleraban el robo. La tarea de Blake era sencilla: separar al dentista de dos de sus incisivos.

Mientras esperaba a que se marchara el último paciente, Blake descubrió que el dentista tenía otra pasión: el juego. Seguramente ésa era la razón por la que necesitaba quitarles una tajada extra a los de arriba. Su sala de espera estaba a rebosar de revistas de Las Vegas, Mississippi y Montecarlo, incluyendo un número reciente de *LV*. Resultó ser el número con el artículo de Rex Terrell sobre Amira Luz y el Sheherezade.

Un hilo muy fino.

Abrió la revista y allí, mirándole desde una fotografía de hacía cuarenta años, estaba su madre. En su mente no apareció ni el menor atisbo de duda. Mirar a Amira fue para él como mirarse en el espejo y ver sus propios ojos. No necesitó que nadie se lo dijera. No necesitaba pruebas de ADN. Lo supo. El vínculo entre ellos pareció emerger de aquella página y penetrar en sus

huesos.

Cuando leyó el artículo, las piezas se ensamblaron y confirmaron lo que veía en la foto: el período de la vida de Amira en que ella desapareció, supuestamente para ir a bailar a París, coincidía con los meses en que Blake había nacido. «Pero no estuviste en París, ¿verdad? Estuviste en Reno; una chica extraviada que tuvo un bebé».

Hasta la conexión con la mafia estaba ahí, tal como le había advertido el hombre de la agencia de adopción.

Boni Fisso.

Allí mismo, en aquella consulta, su madre lo llamó de vuelta a casa, a Nevada, donde había jurado que nunca pondría otra vez el pie. Clamaba para que se le hiciera justicia.

Blake dejó al dentista de Cancún en el suelo, inconsciente por el dolor y con el rostro bañado en un charco de sangre que le manaba de la boca. Lavó los dientes y se los guardó en el bolsillo como amuletos de la suerte, como recuerdo del día en que había finalizado su antigua búsqueda y empezaba otra nueva. Ya estaba elaborando la lista de personas que tenían que pagar por sus pecados. Pecados contra Amira y su hijo.

Volvió a entrar en Estados Unidos a través de la frontera mexicana en Texas. No le resultó difícil. Había pasado la mayor parte de su vida buscando vías para cruzar fronteras, en países como Colombia, Afganistán, Nigeria e Iraq. Había adoptado docenas de identidades, y todas ellas con gran naturalidad, pues sentía que no tenía ninguna propia y verdadera. Su pasado se detuvo en Reno, cuando ató a sus padres adoptivos y los roció con gasolina a ellos y la casa. Y luego, en el exterior, encendió una cerilla y observó cómo la casa de los horrores ardía y explotaba, y oyó sus últimos gritos lastimeros a medida que el fuego se apresuraba escaleras arriba para alcanzarlos, como un sabueso detrás de un rastro intenso. Respiró hondo, olisqueando el aire mientras sus carnes se chamuscaban, y echó a correr.

Una nueva vida. Llevaba casi veinticinco años corriendo.

Había quedado destrozado cuando la búsqueda de su madre desembocó en un callejón sin salida. El hombre de la agencia de adopción le había rogado, con lágrimas en los ojos y el pecho escaldado, que creyera lo que le

decía: que Blake había sido un bebé de la mafia llegado de ninguna parte. Y finalmente, Blake lo creyó. A una parte de él incluso le agradaba el misterio que aquello comportaba. Parecía apropiado: un hombre surgido de ninguna parte, alguien sin pasado, literalmente. Pero las ansias de verdad nunca desaparecieron, como tampoco lo hizo su madre. Dentro de él, en su cabeza, le seguía hablando. Guiándole. Seguía habiendo un cordón umbilical que los unía sin desaparecer nunca.

Blake no se quedó en Estados Unidos. Tenía dieciséis años pero parecía un veinteañero. Cuando Estados Unidos invadió Grenada, se presentó allí junto con un par de mercenarios de Louisiana que olían el dinero. Descubrió que siempre había personas dispuestas a pagar para que alguien hiciera el trabajo sucio. No necesitaba ninguna identidad, porque nadie quería que la tuviera. Era listo, implacable y anónimo. Era todo lo que pedían, y pagaban bien.

De Grenada se fue a Nicaragua. Y después a África. Dio la vuelta al mundo moviéndose en la sombra. La mayor parte de la década anterior la había pasado en Oriente Próximo, donde el riesgo era infinitamente mayor, pero también las recompensas. Disfrutó con el desafío, pero al fin se cansó de trabajar con fanáticos y soportar el calor del desierto. Se trasladó a México, donde entraba en contacto con los cárteles cuando necesitaba efectivo, y se dio cuenta de que le gustaba la brisa del golfo y las mujeres bronceadas que acudían a la costa.

Se consideraba medio retirado. En un paraíso fiscal había un montón de dinero. Sólo aceptaba trabajos de vez en cuando, y normalmente aquéllos que le permitían seguir en la costa. Él, que siempre había carecido de un hogar, se sentía como en casa bajo el sol y junto al mar. Una retahíla de chicas anónimas, algunas turistas y otras locales, mantenían su apetito sexual completamente satisfecho. Se compró una casa. Aprendió a cocinar y a pescar, y bebía Corona y jugaba al póquer con camareros y trabajadores de los muelles los miércoles por la noche.

Pero el agujero negro de su alma continuaba oscuro. Allí nunca penetraba la luz. Las cosas se movían sin ser vistas, con susurros y chasquidos. Y siempre, desde la oscuridad, oía la voz de ella. Su madre, que le murmuraba

para decirle que tenía un trabajo pendiente. Se dio cuenta que se había vuelto perezoso y conformista. Corría el peligro de perder su arrojo y no podía permitírselo; no todavía. Después de todo un verano sin trabajar, bebiendo demasiado y tirándose a una mujer distinta cada noche, salió a la playa enfrente de su casa y comprendió que no estaba listo para retirarse. Algo en su interior lo espoleaba, y más tarde advirtió que había una mano guiándolo desde algún lugar. Le quedaba una tarea por concluir.

Unos meses más tarde, se encontró en la consulta del dentista contemplando el rostro de su madre. Si hubiera dejado de trabajar, nunca habría dado con ella. Cuando leyó el artículo y sintió cómo crecía su rabia, supo que había sido conducido hasta aquel lugar y aquel momento. Tenía que ser así. Ahora volvería a casa.

En Las Vegas, Blake encontró un apartamento barato en un barrio lamentable, en el lado malo de un ruinoso muro de piedra que separaba la clase baja del opulento Cashman Field^[34]. Se podría haber permitido algo mejor, pero quería un escondrijo donde el tipo de la puerta de al lado nunca se acordase de su cara, y donde nadie hablase con los policías.

Había un código en las malas calles: fíjate sólo en ti mismo. Ocúpate de tus propios asuntos.

Devoró todo lo que pudo encontrar sobre Amira Luz. Se pasó horas leyendo sobre ella. Navegó por la red y encontró una filmación pirata en eBay con imágenes granuladas de una de las actuaciones de Amira en *Llama*. Blake se puso la grabación una y otra vez, y contempló paralizado cómo su madre se quitaba la ropa ante una multitud lujuriosa. Lo sedujo igual que a todos los demás. Memorizó cada detalle de la actuación e incluso empezó a reconocer a otras personas que merodeaban por la sala de espectáculos y a otras bailarinas que había sobre el escenario. Como si la historia de la revista cobrara vida ante sus ojos.

Helena Troya. En un momento dado le lanzaba una mirada a Amira, un destello repugnante y fugaz. Llevaba el odio y la más pura envidia escritos en la cara.

Moose Dargon. Borracho en el escenario entre baile y baile. Recogía y desplegaba las cejas como velas negras. Haciendo chistes asquerosos.

«Cuando Dios hizo a Amira, no descansó al séptimo día. Se hizo una paja».

Walker Lane. Sólo la parte superior de la cabeza, más alto que los de su alrededor en la primera fila. Pero Blake podía sentir cómo jadeaba cuando Amira salía al escenario. Así era la lascivia. Podías verla en cómo un hombre ladeaba la cabeza.

Leo Rucci. Inmóvil a la derecha del escenario, como un lobo. Blake también pudo sentir su voracidad por el modo en que miraba a las chicas. «Un hombre con el cuello como un tronco de secuoya». Era él quien había arrancado a Blake de los brazos de Amira.

Empezó a sentirse como si los conociera a todos. Como si pudiera introducirse a través de la pantalla y encontrarse en la sala de espectáculos, oliendo el perfume, la brillantina y el humo. Como si pudiera confundirse con ellos, con un esmoquin que le hiciera estar un poco más erguido y pavonearse un poco más que el resto. Como si pudiera hacer bajar a Amira del escenario y llevársela al desierto en un Coronet descapotable, con el cabello azabache volando al viento. Como si el mundo entero fuese una película en blanco y negro.

Cuanto más se enterraba en el pasado, más fácil era planear el juego en el presente. Y había una ventaja: David Kamen estaba en la ciudad; el tirador de Kabul cuyos tentáculos llegaban a todos los mercados negros de la escena afgana. Blake había hecho muchos trabajos sucios para Kamen, así que éste estaba en deuda con él. Muy pronto Blake consiguió un trabajo que le dio acceso a aquellas personas a las que quería llegar.

Pieza a pieza, todo iba encajando.

La noche antes de ir a Reno se sentó en la oscuridad y contempló de nuevo la grabación de *Llama*. Guardaba los incisivos del dentista, sus amuletos de la suerte, en una caja encima del televisor, y los sacó y jugueteó con ellos mientras observaba. Estaba impaciente, ansioso por empezar. Mientras veía la grabación pensó en sí mismo cuando era un bebé, ya en las manos viciosas de Bonnie Burton mientras Amira estaba en el escenario. Ahora Blake no sentía nada de ira. Al día siguiente comenzaría a equilibrar las cosas.

Pero sabía que aquella noche no podría dormir. Tenía los nervios a flor de

piel y necesitaba calmarlos, aplacarse a sí mismo ante lo que se avecinaba: el largo viaje a Reno y los breves segundos de violencia en la casa de Alice Ford. Dejó su apartamento y salió a beber y a fumar a un club que ya había visitado antes varias veces: el Limelight.

Costaba creer, unas semanas después, que el juego casi hubiera terminado.

Estaba sentado en su coche, un anodino sedán marrón, en un aparcamiento una manzana al norte de un conocido club de striptease cerca del Stratosphere. Era de noche, pero el neón iluminaba las calles. Por el espejo retrovisor podía ver el otro coche, un descapotable, aparcado detrás del club. Habían pasado noventa minutos y Blake suponía que no faltaba mucho para que aquel hombre volviera a salir. No apartó la vista de los clientes que entraban y salían.

Tenía la ventanilla abierta. Estaba fumando. Cada tantos minutos pasaba una prostituta que asomaba las tetas al interior del coche e intentaba cazarlo. Blake se limitaba a lanzarle el humo a la cara y quedársela mirando hasta que ella se echaba atrás, nerviosa y asustada. Se preguntaba si alguna de ellas lo habría reconocido por el retrato que salía en televisión. Entre las sombras del coche, lo dudaba. Y tampoco creía que ninguna de esas chicas corriera a buscar a un policía.

A las once y media, el hombre salió del club. Imposible equivocarse. Joven y gordo, la barriga le colgaba sobre los pantalones grises. Una camisa blanca y una corbata brillante tan aflojada que pendía entre las piernas. Era alto, y empequeñecía a una rubia menudita que llevaba colgada del brazo y cuyos encantos estaban embutidos en un vestido rosa que se ajustaba a su figura. Ambos caminaban como si estuvieran borrachos, pero eso no les impidió subirse al descapotable.

Blake vio a un guardaespaldas, que había estado sosteniendo la pared del club mientras el hombre estaba dentro, echar una ojeada a un lado y otro de la calle. Era estúpido e inexperto y ni siquiera se detuvo a estudiar el sedán. Blake podría haberse acercado al descapotable con una ballesta y ese tío habría continuado mascando su chicle.

Blake abandonó el aparcamiento y se adentró en el tráfico del Strip por el carril derecho. Detrás de él vio al hombre gordo y a la rubia ponerse en marcha a bordo del descapotable. El guardaespaldas se subió a un deportivo, pero era lento. Blake dejó que el descapotable lo adelantase y luego aceleró, sin perderlo de vista. Un minuto después, el vehículo del guardaespaldas también lo adelantó. Blake se quedó unos coches rezagado.

Pasaron de largo capillas para bodas y puestos de *donuts*, fiadores y adivinos que leían las manos y las cartas del tarot. El tráfico era denso. Un aire seco y caliente soplaba a través de la ventanilla mientras Blake seguía al descapotable. Supuso que se dirigían a uno de los casinos de la calle Fremont.

Blake llevaba un auricular sin cables pegado al oído. Marcó un número en su teléfono móvil y, unos segundos después, oyó una voz áspera que contestaba a través del auricular.

—¿Sí?

—Buenas noches, Leo —dijo Blake.

—¿Quién coño es?

—Me llamo Blake Wilde. ¿Sabes quién soy?

Hubo un largo paréntesis de silencio.

—Muy bien; sí, Boni me habló de ti —dijo Leo Rucci—. Y los polis también. Eres el tipo que se cree que podrá resucitar a su mamá atropellando a niños pequeños. ¿Y qué? ¿Debería tenerte miedo?

—Sí, deberías, Leo.

—Pues no me asustas, gilipollas. ¿Por qué no vienes a mi casa ahora mismo y hablamos cara a cara? Pero no lo harás, porque sabes que no vas a salir vivo de aquí.

—Sólo quiero saber si fuiste tú —dijo Blake.

Aceleró, acortando la distancia que lo separaba del descapotable. Adelantó a una limusina y volvió al carril de la derecha. El vehículo con el hombre gordo y la rubia se encontraba a su izquierda.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

—Tú eras el brazo derecho de Boni en el Sheherezade. Quiero saber si fuiste tú quien mató realmente a Amira.

Rucci se rió.

—Algún fan depravado le rompió el cráneo. Déjalo estar.

—Los dos sabemos que no fue eso lo que pasó —respondió Blake.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo sabes tú? Te cagabas en los pañales cuando aquello pasó.

—Dime sólo si fuiste tú, Leo. Si fuiste tú, esto es entre nosotros dos. Tú y yo. Nadie más.

—Yo a ti no te debo nada, capullo.

—Muy bien, si es así como quieres jugar... —Blake respiró hondo y soltó el aire despacio—. Estoy conduciendo al lado de un descapotable blanco —añadió, con la mirada fija en el coche que estaba junto al suyo—. Número de matrícula YA8 371. Es el que conduce tu hijo Gino, ¿no?

De nuevo se hizo el silencio, esta vez más largo y sepulcral.

—No te atreverás —murmuró Leo.

El descapotable con el hombre gordo y la rubia se detuvo ante un semáforo en rojo justo delante. Blake avanzó por el carril de la derecha y bajó del todo la ventanilla.

—Presta atención, Leo —dijo Blake al teléfono.

La voz de Leo aulló en su oído.

—¡Eh, cabrón! ¡No lo hagas, cabrón!

La rubia estaba acurrucada contra el costado de Gino Rucci. Blake se imaginó que tenía la mano en el regazo de él. Por el espejo retrovisor vio al guardaespaldas en el coche de atrás, perezoso y despreocupado.

—¡Eh, cariño! —le gritó Blake a la rubia—. ¿Cuánto cobras?

Ella se dio la vuelta.

—¡Cállate, asqueroso!

—Vamos, cariño, te he preguntado cuánto cobras —repitió Blake—. ¿Cuánto te paga el gordo por un trabajo manual? No puede valer más de cinco pavos.

En el retrovisor lateral, ahora el guardaespaldas estaba atento. Abrió la puerta del conductor. Blake vio el fornido brazo de Gino empujar a la rubia hacia atrás en su asiento. Gino se inclinó hacia delante, con el rostro ensombrecido por la rabia.

—No es gran cosa para ser una prostituta —le dijo Blake—. ¿Es lo mejor

que puedes conseguir, fracasado?

Las mejillas de Gino se encendieron. Sus vasos sanguíneos estallaron como fuegos artificiales.

—Espero que hayas disfrutado de tu último paseo, cerdo —masculló—. Porque no vas a volver a caminar en tu vida.

—¿Lo estás oyendo, Leo? —murmuró Blake al teléfono.

Leo gritó.

—¡Amira era una puta! ¡Era una jodida cabrona!

El guardaespaldas salió del coche. Gino también se estaba levantando, y su enorme torso se elevó del asiento como un globo de aire caliente. La rubia se encogió con la cabeza hundida en el cojín de cuero.

—¿Quieres despedirte, Leo? —preguntó Blake.

—¡Te voy a joder la puta vida!

Empezó a sonar un teléfono móvil en el descapotable de Gino. Blake sabía que era Leo desde otra línea, intentando comunicarse con su hijo. Cogió como si nada el Sig Sauer que tenía entre las piernas y apuntó a través de la ventanilla.

—Escucha esto, Leo —dijo.

El guardaespaldas empezó a hundir la mano en su chaqueta. Gino adoptó la misma expresión estúpida que había mostrado MJ cuando abrió los ojos. Blake apretó el gatillo dos veces, abriendo dos orificios nítidos en el cráneo de Gino. Echó la mano hacia atrás y disparó otra vez, alcanzando al guardaespaldas en la garganta. Los dos hombres se desplomaron. A través del auricular, Leo exhaló un grito gutural. La rubia hizo lo mismo.

—Saluda a Boni de mi parte —dijo Blake mientras aceleraba tranquilamente con el semáforo ya en verde—. Dile que él será el próximo.

Capítulo 32

Otra vez Sara Evans. Nunca descansaba.

Cuando Stride se sacó el teléfono móvil del bolsillo, vio el prefijo 218 en la pantalla. Se había pasado la vida en la zona que correspondía a aquel código, que incluía la mayor parte del norte de Minnesota. Descolgó el teléfono y oyó una voz conocida que decía:

—¿Cómo va eso, jefe?

—¡Mags! —exclamó Stride—. Dios, cuánto me alegro de oírte. Te echo de menos.

—Lo mismo digo.

Maggie Bei había sido su compañera durante más de una década. Era una muchacha china del tamaño de una muñeca Kewpie^[35], pero con el mejor cerebro que él había conocido jamás en el cuerpo policial. Poco antes de que Stride se marchara a Las Vegas, Maggie había anunciado que estaba embarazada y que pensaba renunciar a su placa. Eso había contribuido a que le resultara más fácil su marcha.

—¿Qué tiempo hace por allí? —preguntó Stride.

Sólo un oriundo de Minnesota podía entender que todas las conversaciones debían empezar con una revisión del tiempo.

—Jodido. Lluvia y frío. ¿Y ahí?

—Ola de calor —dijo Stride—. Estuvimos alrededor de los veinte grados durante un par de semanas, pero ahora ha vuelto a pasar de los treinta. Pensé que esto se acabaría después de agosto.

—¿Ya te has convertido en el típico habitante de Las Vegas, jefe? —preguntó Maggie—. ¿Camisas de seda? ¿Gafas de sol? ¿Bebidas

burbujeantes con sombrillitas?

—Sí, y también me tiño el pelo. Y lo llevo peinado hacia atrás.

—Estupendo. Yo ahora soy rubia. Y con implantes.

Stride tuvo que acercarse su Bronco a la acera y aparcar: se estaba riendo demasiado.

—De verdad que te echo de menos, Mags.

—¿Y quién no? —Maggie hizo una pausa y añadió—: Escucha, tengo noticias y me temo que no son muy buenas.

Stride se recobró de inmediato.

—¿De qué se trata?

—He perdido el bebé.

Notó el temblor en su voz.

—Oh, no. Lo siento mucho.

—Ya. En realidad fue hace un par de semanas, pero no tenía narices para llamar y decírtelo.

—Mierda, Mags, deberías habérmelo dicho enseguida.

Maggie suspiró.

—No podías hacer nada.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza, apenado. Era la clase de pregunta estúpida que los periodistas hacían a las víctimas en las noticias de la noche.

—Así así. El médico dice que es muy habitual, que podemos intentarlo otra vez y bla, bla, bla. Pero eso no hace que sea más fácil. A Eric le está costando. Dice que ahora ya no está tan seguro de querer tener hijos. Como si Dios tratara de decirnos algo.

—Eso es absurdo.

—Lo sé. —Vaciló—. Estoy pensando en volver al cuerpo. La verdad es que yo no quería dejarlo, ¿sabes? Fue idea de Eric.

—¿Es lo que tienes ganas de hacer? —preguntó Stride.

—No lo sé. No es lo mismo sin ti.

Stride no supo qué responder a eso, así que guardó silencio. No sabía adónde quería ir a parar Maggie. Hacía mucho tiempo hubo algo entre ellos. Maggie había estado enamorada de él durante varios años, e intentó seducirlo

poco después de la muerte de Cindy. No lo consiguió. Ella no le guardó ningún rencor, ni siquiera cuando Serena entró en escena, pero Stride siempre se preguntó si sus sentimientos se extinguieron por completo. Aun después de que Maggie se casara con Eric, en ocasiones veía indicios de que ella habría cruzado la línea si Stride le hubiera dado pie.

—Pero supongo que tú eres feliz en Sin City —continuó Maggie.

—Oh, sí. Encajo a la perfección. Como era de esperar.

Ella ignoró el sarcasmo.

—¿Qué se siente al volver a ser carne de cañón en lugar de gran jefe?

—Sólo hago lo que hacías tú siempre: quejarme del teniente.

—Perfecto, un punto para ti. ¿Cómo está Serena?

—Bien. —Sabía que la voz lo delataba.

Maggie se tomó un tiempo antes de decir algo. A ella no podía engañarla nunca.

—¿Es que tenéis problemas?

—No sé muy bien lo que tenemos —admitió él.

—Serena tiene muchos fantasmas, jefe. Ya lo sabías antes de meterte.

—Esto no es un fantasma.

Respiró hondo y le contó lo de Serena y Claire. Y le habló también de sus temores ocultos, apenas confesados a sí mismo, de acabar perdiéndola a causa de todo aquello.

—¿Ella dice que todavía te quiere? —preguntó Maggie.

—Eso dice.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

A Stride le vino a la cabeza el viejo chiste: pregúntale a un tipo de Minnesota cómo se siente el día en que muere su perro, le deja su mujer y pierde el trabajo.

—Estupendo —contestó.

—Muy gracioso.

—La quiero, Mags. Ya lo sabes.

—Entonces ¿dónde está el problema? Maldita sea, jefe, esto podría ser tu billete de entrada para un trío.

Stride se rió.

—Claro —y añadió—: De acuerdo, la idea se cruzó por mi cochina cabeza. Pero venga ya, ¿yo?

—Este mundo es mucho más extraño de lo que crees —replicó ella, con una voz que no sonaba para nada como la suya.

—No me digas que tú entrarías en algo así.

—No sigas por ahí, jefe —le contestó.

Él notó que se estaba metiendo en un terreno resbaladizo y decidió cambiar de tema.

—¿Y tú, qué? ¿Vas a volver?

—No lo tengo decidido. Lo del bebé es demasiado reciente, ¿sabes?

—Es verdad. —Estaba tan acostumbrado a ver a Maggie fuerte como una roca que le resultaba extraño oírla expresando su dolor—. Lo siento mucho, Mags.

—Gracias. ¿Sabes? También te llamaba por otra cosa.

—¿Ah, sí?

—Me lo ha pedido K2. Es demasiado gallina para llamarte él mismo.

El inspector jefe Kyle Kinnick era el antiguo jefe de Stride en Duluth.

—¿Y qué quiere? —preguntó Stride, al tiempo que sentía un hormigueo en el pecho.

—La búsqueda de un nuevo teniente para el departamento de detectives se ha suspendido —dijo Maggie—. Quería que yo te tanteara. Ver si podrías estar interesado en volver.

—Bibliotecas —dijo Amanda—. Creo que es nuestra mejor baza.

Estaba de pie junto a la ventana abierta del despacho de Sawhill. Apenas había un atisbo de brisa. Un ventilador portátil gemía sobre el escritorio, dirigiendo su aire a la cara del teniente. Parte de la zona centro se había quedado sin corriente por la tarde, y aunque la comisaría tenía un generador de emergencia, era insuficiente para dar energía al aire acondicionado. El ambiente del despacho era sofocante.

—Este tío tuvo que averiguar lo de Amira en alguna parte —continuó Amanda—. Estamos hablando de Las Vegas hace cuarenta años. Claro que

pudo haber navegado por la red, pero ¿no iría también a la biblioteca? Allí encontraría viejos periódicos, viejas revistas y cosas por el estilo. Tal vez fue uno de los caminos que siguió para elaborar su lista de objetivos.

—Compruébalo —dijo Sawhill. El sudor bañaba su rostro, y aun así llevaba la corbata fuertemente anudada al cuello—. Tenemos la descripción de ese tío en todos los periódicos y en televisión, pero no logramos encontrarle. Y encima se las apaña para matar de un tiro a Gino Rucci y a su guardaespaldas en el mismísimo Strip. Explícame eso.

—Sabemos que se disfraza —dijo Stride—. Si no quiere que le reconozcan, no le reconocen. Pero tenemos a agentes y personal de seguridad de los casinos acechándole. Los testigos de anoche lo sitúan en un sedán marrón, aunque nadie vio la matrícula. Lo hemos añadido al expediente.

—¿Estamos recibiendo llamadas de los ciudadanos?

—Muchas, pero nada significativo —dijo Stride.

—¿Qué más sabemos sobre ese tío? —quiso saber Sawhill.

—Es como si no tuviera identidad —respondió Serena—. Se llamó Michael Burton en Reno hasta los dieciséis años. Jay Walling ha desenterrado algunos documentos escolares pero no hay nada que pueda sernos de ayuda. Después de freír a sus padres, desapareció de escena. No consta en quién se convirtió o adónde fue.

—He investigado en el ejército —añadió Stride—. He podido contactar con otros dos hombres de la unidad de David Kamen en Afganistán. Uno de ellos se acuerda de Wilde y ha confirmado lo que dice Kamen: que el tipo era básicamente un mercenario. Pero no sabía nada que pudiera ayudarnos a encontrarle.

—No hemos hecho pública la conexión con Amira —dijo Serena—. Tal vez deberíamos.

Amanda observó los engranajes políticos girando en la mente de Sawhill.

—¿De qué nos serviría eso? —preguntó éste.

—Puede que Wilde le haya hablado a alguien de Amira o del Sheherezade; a lo mejor le recuerdan o saben algo sobre él.

Sawhill negó con la cabeza.

—No es lo bastante sólido. La conexión con el casino provocaría un

montón de llamadas, pero no creo que eso nos ayude a cazar a este tío. Sólo sería una distracción.

En otras palabras, la gente podría empezar a hacerle preguntas incómodas a Boni Fisso, pensó Amanda.

—Alguien descubrirá la conexión pronto —dijo—. O se filtrará, o algún periodista como Rex Terrell atará cabos.

—Que ellos se preocupen de eso y nosotros nos preocuparemos de atrapar a ese tipo antes de que mate a alguien más. —Sawhill se sacó un pañuelo del bolsillo de la camisa y se secó la frente—. ¿Qué estamos haciendo para prevenir otro ataque?

Serena echó un vistazo a Cordy por encima de su hombro.

—¿Has conseguido la lista?

Cordy asintió.

—Ajá. Tenemos a otras diez personas que trabajaban en el Sheherezade en esa época y cuyos empleos tenían algo que ver con Amira y su espectáculo. Bailarines, coreógrafos... ya sabe, la clase de gente con la que nuestro salvaje^[36] podría creer que tiene un asunto pendiente. Les hemos avisado para que se aseguren de que sus parientes estén alerta.

—Pero Wilde parece ir ascendiendo por la cadena alimentaria —dijo Stride.

—¿Lo que significa...? —preguntó Sawhill.

—Lo que significa Boni —afirmó Stride—. Wilde no nos dejaría saber qué aspecto tiene si no estuviera en la última fase de su juego. Quiere que Boni sepa que va a por él.

—¿Y por qué declarar sus intenciones?

Stride se encogió de hombros.

—Por orgullo, ego, confianza... Quiere que Boni tenga miedo.

Sawhill se recostó en su asiento y frunció el ceño.

—Salvo que no es su estilo abordar a Boni directamente, ¿no cree? En todos los demás casos ha elegido a un pariente. Su hija, Claire, tiene que estar la primera en nuestra lista, ¿no es así?

—Sin duda alguna —dijo Stride.

Sawhill se inclinó hacia delante y apuntó a Serena con un dedo.

—Tú la conoces, ¿verdad? Quiero que te encargues de su protección. Quiero que estés encima de ella, detective.

—No soy una niñera, señor —contestó Serena.

—No; eres una detective que intenta salvar una vida —replicó Sawhill—. ¿Tienes algún problema con esto? —Sin esperar respuesta, añadió inmediatamente—: Quiero que supervises la protección de Claire Belfort. Bajo ninguna circunstancia permitiremos que Wilde se acerque a ella, ¿entendido? Y ahora quiero que vayas con ella, y quiero que te pegues a su culo hasta que cojamos a ese tío. Que se quede en tu casa.

—De acuerdo —dijo Serena.

Tenía aspecto de estarse marchitando por el calor. Amanda se sorprendió: siempre había pensado que Serena era fría e imperturbable.

Su teléfono móvil vibró. Amanda se disculpó rápidamente y salió del despacho para escabullirse en un cubículo vacío.

—Gillen.

—Soy Leo Rucci.

Amanda se sentó. Hasta el sillón estaba caliente, como si la ola de calor hubiera penetrado en el interior de los cojines.

—Siento lo de su hijo —afirmó.

—Ahórreselo. No estoy buscando compasión.

La muerte de Gino no había ablandado a Rucci en absoluto.

—Me gustaría hablar con usted sobre el asesinato —dijo Amanda—. Tal vez pueda ayudarnos a encontrar a ese hombre antes de que mate a alguien más.

—No tengo nada que decirle. No quiero hablar del pasado, ¿de acuerdo? Y lo que le ha ocurrido a Gino es entre ese cabrón de Wilde y yo. No necesito ninguna ayuda. Sólo quería decirle que si quieren coger a ese tío, será mejor que lo hagan rápido.

—¿De veras?

—Sí —gruñó Rucci—. Porque yo también ando detrás de él.

Capítulo 33

Blake soltó una nube de acre humo de cigarrillo que quedó flotando alrededor de su cara. Cogió su copa y tomó una pizca de sal del borde y un trago agrisado de margarita. En realidad despreciaba las bebidas con lima que todos los turistas saboreaban en Cancún; prefería cerveza o whisky. Pero un letrado pelirrojo de la convención de abogados especialistas en quiebras que se celebraba en la ciudad, con gafas de sol, una etiqueta con el nombre y un margarita no llamaba especialmente la atención. No era más que otro picapleitos bebiéndose las penas y esperando que sea su día de suerte mientras flirtea con la camarera de veintitantos.

Se sentó a una mesa redonda en la última fila de la sala de espectáculos del Limelight. Otras personas se apiñaban a su alrededor, agitando los cubitos de hielo, hablando demasiado alto, tosiendo y soltando gases. Costaba ver las caras con las luces tenues y los cuerpos moviéndose en sus asientos, tapándole la vista, pero ya había identificado a los de seguridad antes de que empezara el espectáculo. Dos corpulentos detectives se agazapaban junto a una mesa delante del escenario, lamentablemente obvios con sus trajes y corbatas. Un agente hispano, un fino ejemplar con el pelo negro peinado hacia atrás y una perenne mirada lasciva, rondaba por detrás, escudriñando sin cesar a la multitud. Estaba tan cerca que casi podía tocarlo. En las paredes de la derecha y la izquierda, de pie, había dos de los chicos de Premium Security. Blake los conocía. Enormes, seguramente con genes de gorila. Y con cerebros del tamaño de una nuez. De hecho había saludado con un gesto a uno de ellos, pero el tipo se había limitado a devolverle una mirada aburrida, sin penetrar en su disfraz. Blake no pudo evitar reírse.

Claire se encontraba en el escenario. Era su segundo espectáculo y ya era más de medianoche. Normalmente la música no le decía gran cosa, pero le gustaba la voz de Claire. Tenía un tono gutural muy country, y había cierta tristeza en su manera de cantar que le hacía pensar en lo que había sufrido siendo niño. Rara vez visitaba aquel compartimento de su alma, pero la voz de Claire lo convertía en algo bueno, como si pudiera guiarte hacia tu interior y hacerte creer que era la pérdida lo que te mantenía vivo; que añorar una cosa podía ser más hermoso que poseerla.

No es que realmente lo creyera.

Pensó en su madre adoptiva, Bonnie Burton. Dos décadas después aún le ponía la carne de gallina. Era absurdo cuánto la había querido y cuánto había deseado complacerla. En realidad odió mucho más a su padre, por ser él quien permitía que todo ocurriera sin hacer nada por detenerla. Al principio Blake incluso disfrutó poniéndole los cuernos, cuando empezó a tener relaciones sexuales con Bonnie. Aún podía sentir sus manos. Le ponía furioso el hecho de que, cuando pensaba en ella, a veces tuviera una erección. El hecho de que aún lo controlara de esa manera. Solía decirle que él era su mejor amante, que nunca le haría daño, que su cuerpo le pertenecía a él. Su cuerpo de senos caídos y cintura con forma de *donut*.

Una vez le dijo que sería una gran idea que matara a su padre para que así pudieran estar ellos dos solos. Su padre, que estaba al corriente de lo que ocurría en el dormitorio, que no se preocupaba o estaba demasiado asustado para hacer lo más mínimo.

Él contestó que sí, que sería una buena idea; lo que no añadió fue que la mejor idea de todas sería matarlos a los dos. Un mes más tarde, se encontraba de pie en el oscuro jardín contemplando cómo los consumían las llamas.

Pensó en el chico de la calle Summerlin, Peter Hale. Había resultado toda una lección darse cuenta de que no era la roca por la que se tenía a sí mismo; de que la furia podía regresar y cegarlo temporalmente. Había estado observando al niño mientras lanzaba la pelota contra la puerta del garaje. El balón, hipnótico, iba de un lado a otro, bang, bang, una y otra vez. No le costaría sonreírle al chico, entrar dentro, rebanarle el cuello a Linda Hale y volver al coche. Y tal vez lanzar la pelota un par de veces con el crío. Pero

entonces pensó que dejaría a ese chico sin madre, y supo que no podía hacerlo. Se quedó paralizado. Bang, bang, una y otra vez. Un niño feliz. Un niño que tenía todo lo que Blake no había tenido nunca, por ningún motivo en concreto; un niño que no tenía a una Bonnie en su vida, al que no habían separado de su madre verdadera, ni a ésta la había matado Las Vegas. La ira creció como un remolino de polvo brotando de la arena. Envidia enfermiza. Indignación. Se apoderó de él con tal fuerza que creyó que iba a partir el volante por la mitad. Fue entonces cuando, sin más vacilación, puso el coche en marcha y pisó el acelerador a la caza del chico, con intención de eliminarlo, deseando verlo desaparecer en la nada debajo de sus neumáticos.

A veces, la nada era una bendición.

En la sala de espectáculos del Limelight, Blake pestañeó. Llevaba demasiado rato ausente, desconcentrado. Los recuerdos le causaban ese efecto. La culpa era de la seductora voz de Claire, que en cierta forma era soñolienta y al mismo tiempo afilada como una cuchilla de afeitar en su cintura.

Céntrate, se dijo a sí mismo.

«Amira».

Blake tenía que actuar con rapidez. Había asistido varias veces a la actuación de Claire, y sabía que quedaban tres canciones de aquel segundo turno. Ahora tenía que irse, o se arriesgaba a verse atrapado por la masa sudorosa de fans que se abriría paso a codazos hacia la salida. Dentro de unos minutos podría aprovechar el caos de la multitud para apartar a Claire lejos del muro de seguridad que la protegía.

Sabía cómo hacerlo. Con ayuda de la propia Claire.

Cuando terminó la siguiente canción, un punzante tema del *One Moment More* de Mindy Smith, Blake se levantó durante los aplausos y avanzó con cuidado entre las mesas hasta la puerta más cercana. Llevaba una chaqueta deportiva, camisa, corbata, vaqueros y zapatos de vestir. De vuelta en el casino, apagó su cigarrillo en una máquina tragaperras y avanzó hasta las puertas de vidrio que conducían al aparcamiento. Rápidamente oteó el

reducido espacio. El Boulder Strip quedaba a su izquierda, y un carril central de dos sentidos daba acceso a la serie de filas en que los coches se encontraban aparcados en batería. Su sedán marrón estaba en la parte de atrás, el mejor sitio para saltarse la separación y salir directamente a la autopista.

Un policía de paisano estaba apoyado sobre el techo de un Caprice Classic rojo cerca del carril central, con los ojos puestos en la gente que entraba y salía del casino. Blake sintió que sus miradas se encontraban y experimentó una breve desazón, mientras se preguntaba si el hombre lo habría reconocido. Con un movimiento de cabeza amistoso, Blake pasó despreocupadamente por delante, directo a su sedán. No miró atrás, pero escuchó con atención a la espera de un ruido de pasos siguiéndole. No oyó nada.

Entró en su coche y sacó el teléfono móvil. Esperó diez minutos, hasta que vio la gente que emergía del casino, abandonando la sala de espectáculos, y entonces marcó un número. Claire respondió de inmediato. Le encantaba su voz, incluso cuando estaba hablando en lugar de cantar.

—Soy el detective Jonathan Stride —le dijo—. Trabajo con Serena.

La oyó respirar y se la imaginó aún sofocada por la actuación.

—Ya veo —dijo tranquilamente.

—Necesitamos que salgas afuera ahora mismo, Claire.

—¿Dónde está Serena? —preguntó ella—. Creía que vendríais a recogerme los dos aquí.

Blake frunció el ceño. No disponía de mucho tiempo y tenía que pensar con rapidez.

—Serena está ocupada. Creemos que no debemos esperar más. Ahora mismo estoy en el aparcamiento del casino. Es un Caprice Classic rojo de la segunda fila. Cuanto antes llegues, mejor.

—¿Es seguro?

—Tenemos a gente vigilando todos tus movimientos —y añadió—: Para ser sinceros, si ese tío está aquí lo que queremos es hacerle salir, no ahuyentarlo.

—En otras palabras, quieres ponerme en un anzuelo y dejar que me

retuerza como un gusano —respondió ella.

Blake sonrió.

—Algo parecido.

Claire esperó un poco antes de contestar.

—Muy bien, si es así como lo queréis hacer... Os veo dentro de cinco minutos.

Stride entró en el abarrotado garaje enfrente del Limelight. Pasó de largo la caravana de taxis y aparcó en una esquina del andén.

—El espectáculo ha terminado —dijo.

Salieron del Bronco. Stride utilizó su placa para deshacerse de un empujado y entraron, empujando a la gente que salía rumbo al aire cálido de la noche.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó Serena.

Stride sabía a qué se refería: Sawhill había propuesto que Claire se quedara en casa de ellos dos mientras cazaban a Blake. ¿Seguro sobre dejar entrar a Claire en su casa? ¿Seguro sobre dejar que sedujera a su novia delante de sus narices?, pensó. No, no estaba seguro.

—Debemos cuidar de ella —dijo Stride—. Sawhill tiene razón. Será mucho más fácil si se aloja en nuestra casa.

—No pensé que fuese a aceptar —comentó Serena—. Es muy independiente.

—Será tu encanto —le dijo Stride, y vio que ella se ruborizaba.

La sala de espectáculos estaba casi vacía. Las camareras recogían vasos de vino medio llenos y servilletas mojadas de las mesas. Serena le hizo señas a Cordy, que se encontraba en el escenario junto a la salida de los artistas. Estaba charlando con un miembro de la banda de Claire, una rubia de dos tonos con un anillo en la nariz y un águila tatuada en la parte superior del brazo.

—¿Está Claire en la parte de atrás? —gritó Serena.

—Ahí la tienes, mami.

Treparon al escenario.

—¿Algún rastro de Blake? —preguntó.

Cordy negó con la cabeza.

—*Nada*^[37].

—¿No ha entrado ni salido nadie por esta puerta además de la banda? — quiso saber Stride.

—Tú lo has dicho. También he puesto a unos cuantos en la puerta del casino y en la salida de emergencia, para vigilar a cualquiera que intente volver. Nos dieron la lista del personal. No entra nadie a no ser que esté en esa lista, y llevan una identificación con fotografía para asegurarnos.

Stride asintió. Serena y él salieron a través de la puerta del escenario y luego avanzaron unos pasos por un lúgubre pasillo. A su izquierda oyó el tintineo de la porcelana procedente de la cocina. Serena le guió al otro lado, hasta una puerta de madera cerca de la salida de emergencia. Había una estrella de papel mal recortada pegada a la puerta y un fotograma en blanco y negro de Claire. Stride aún no la había visto en persona, y le inquietó un poco comprobar lo atractiva que era. Igual que Serena, era de una belleza aplastante, con unos labios burlones que destilaban sexualidad y una mirada afligida que hacía que te entraran ganas de cuidar de ella.

Serena llamó a la puerta.

—¡Claire!

No hubo respuesta. Serena llamó otra vez, más fuerte.

—A lo mejor está en la ducha —dijo, pero Stride tuvo un mal presentimiento.

Intentó abrir, pero estaba cerrado. Golpeó ruidosamente con el puño.

—Mierda —murmuró.

Se agachó sobre las manos y las rodillas y puso la cabeza en el suelo, para poder mirar a través de la rendija por debajo de la puerta. No vio lo que temía encontrarse: un cuerpo. Pero el camerino parecía vacío y a oscuras.

—Comprobaré en el casino —dijo Stride.

Serena asintió.

—Yo miraré en el otro lado. Tal vez haya salido a fumar.

Stride volvió sobre sus pasos por el pasillo. Oyó a Serena salir disparada por la puerta de emergencia detrás de él. Esquivó ágilmente a una camarera que salía con una bandeja de bebidas y se asomó un momento a la húmeda y tórrida cocina para asegurarse de que Claire no estuviera allí. Continuó y

atravesó la puerta doble al final del pasillo rumbo al estrépito del casino.

Un hombre del equipo de seguridad de la casa apenas lo miró. Stride empezaba a angustiarse y agarró al tipo por el hombro.

—¿Ha pasado Claire por aquí? —le preguntó.

—¿Quién?

—Claire Belfort. La mujer a la que estamos intentando mantener con vida.

El hombre se encogió de hombros.

—Ah, ella. La cantante. Sí, ha salido hace un minuto.

—¿Sola?

—Sí, ella sola.

—¿Y no la has detenido? —replicó Stride.

—Oye, nadie nos ha dicho que impidiésemos las salidas. Yo sólo estoy aquí para asegurarme de que no entre cierto tío. Además, ha dicho que había quedado con alguien de la Metro.

Stride empezó a sudar.

—¿Con quién?

—Con un tal Stride.

Stride maldijo y sacó la pistola.

—¿Por dónde se ha ido?

El vigilante señaló la puerta de vidrio que daba al aparcamiento.

—Por ahí.

Stride se escondió el arma debajo de la chaqueta y echó a correr, atrayendo las miradas sorprendidas de los jugadores. Aún había un grupo de personas que habían salido del espectáculo apiñadas junto a la puerta, dirigiéndose poco a poco al aparcamiento. La seguridad de la multitud, pensó Stride. Asesinato, caos; una salida fácil.

Se abrió paso entre la gente para llegar a la puerta, sintiendo que cada instante se hacía eterno. Sabía que sólo disponía de unos segundos, la diferencia entre la vida y la muerte. En el cristal, su reflejo se burló de él. No podía ver el exterior y lo que ocurría allí.

Blake colocó el cuerpo del policía en el asiento de atrás del Caprice Classic. Limpió su cuchillo en el pantalón del hombre y volvió a metérselo en el bolsillo. Cerró la puerta del coche y saludó con una amplia sonrisa a una pareja que se subía al deportivo de al lado.

—Se ha pasado un poco —dijo, gesticulando como si bebiera.

Ellos asintieron sin ningún interés.

Caminó despreocupado hacia la parte delantera del coche y observó a la gente que salía por la puerta del casino. Mujeres con vestidos ajustados, listas para matar. Hombres encendiéndose cigarrillos y tirándose del cuello de la camisa debido al sudor. Las parejas deambulaban, sin prisa, cogidas de la mano, besándose y riéndose. Nadie le prestaba atención.

Su mirada continuaba fija en la puerta. Dos minutos más tarde, la vio: Claire salió al exterior y sus cabellos se agitaron atrapados por el viento. Se detuvo en la acera y miró alrededor con sus ojos azules. Llevaba una blusa de seda roja de manga larga, vaqueros y tacones altos. Su piel irradiaba frescura bajo la luz de la farola.

Lo vio de pie junto al coche. Él le hizo un gesto de asentimiento y Claire se tomó un par de minutos para estudiarlo. Entonces se bajó del bordillo para caminar hacia él. Blake se quitó las gafas y sonrió. Sus miradas se encontraron.

Ella se detuvo, vacilante, todavía demasiado lejos.

—Soy yo —gritó él.

Claire volvió a caminar, aunque despacio.

Blake vislumbró un movimiento por encima del hombro de ella: un hombre que batallaba por cruzar la puerta del casino; frunció el ceño al darse cuenta de quién era. Stride. El auténtico Stride. El detective tenía la mano dentro de la chaqueta, ocultando un arma. Blake se dispuso a coger también la suya.

—Vamos —apremió a Claire.

Ésta volvió a detenerse y siguió su mirada. Por encima de su hombro vio a Stride. Cuando se dio la vuelta otra vez, se quedó inmóvil, congelada: sus

ojos, tras recorrer de arriba abajo el cuerpo de Blake, habían ido a posarse en sus manos. El miedo y el asombro se apoderaron del rostro de Claire.

Blake bajó la mirada hacia sus manos y vio lo mismo que veía ella: sangre.

Por fin Stride se liberó de la multitud y salió a la acera. Claire no podía estar muy lejos. Estudió cada rostro mientras fragmentos de conversaciones flotaban a su alrededor.

«Qué voz».

«Me ha hecho llorar. No recuerdo cuándo me pasó por última vez».

«Increíble. Dios, es increíble».

No conocía a Claire pero esperaba reconocerla por la fotografía de la puerta. Ni siquiera sabía si aún tenía el mismo aspecto. Stride dio algunos pasos sobre el asfalto. Pensó en gritar su nombre, pero tampoco quería llamar la atención sobre ella.

Una rubia lo rozó al pasar. Él le dio la vuelta, y tuvo que disculparse cuando vio que no era Claire.

—Capullo —le espetó la mujer.

Poco le importaba.

¿Dónde estaba? Sus ojos repasaron de nuevo toda la multitud. Claire. Blake. Sabía que ambos se encontraban allí.

«Había quedado con alguien de la Metro. Con un tal Stride».

Oyó otro fragmento de conversación a su izquierda, un quedo susurro:

«¿Es ella?».

«¿Quién?».

«La cantante».

Stride siguió sus miradas. Y entonces la vio, girándose hacia él, y su primera impresión fue un reflejo de la luz de neón en su cabello rubio cobrizo, y luego los ojos azules que se posaban en él. Sintió un gran alivio, pero sólo duró un instante. Detrás de ella vio a un hombre con el pelo rojo, camisa y corbata. Su mente procesó aquel rostro y no percibió ninguna amenaza, pero al volver su atención sobre Claire, su cabeza reaccionó

automáticamente.

No era el rostro; era la mirada.

La mirada que lo había estado observando desde el retrato robot.

El hombre le sonrió. Lo conocía. Su mano se iba hundiendo en su chaqueta.

Stride corrió directo hacia ellos.

—¡Claire! ¡Abajo!

Ella quedó petrificada un instante, dividida entre los dos hombres, y luego se metió detrás de un coche aparcado y se tiró al suelo. Stride sacó su arma y se agachó en posición de disparo, con ambas manos en el cañón. Pero fue demasiado lento. Blake se movía como un fantasma: tras dejarse caer al suelo, rodó a su izquierda y volvió a aparecer con su propia arma lista para tirar.

Lo único que pudo hacer Stride fue saltar al asfalto, y al hacerlo notó que se le rasgaba la ropa y el hombro le ardía con el pavimento. Una lluvia de balas pasó zumbando junto a él e impactó contra la ventana del casino, convirtiéndola en añicos como palomitas de maíz.

El caos se desató a su alrededor. Algunos se tiraron al suelo y otros corrieron hacia la calle. Los gritos se oían por todo el aparcamiento.

—¡Policía! —gritó Stride—. ¡Todo el mundo a cubierto! ¡Todos al suelo!

Lanzó una mirada furtiva al aparcamiento y vio cuerpos avanzando a gatas entre los coches. Blake se había evaporado. Avanzó arrastrándose hasta la primera fila de vehículos, donde Claire estaba sentada junto al neumático trasero de un camión, abrazándose las rodillas y con la mirada ausente y fija en el suelo. Se acercó a ella y puso una mano sobre las suyas.

—Soy Stride —dijo—. No te muevas. Quédate aquí.

—Había sangre —murmuró.

—¿Qué?

—En sus manos.

Stride blasfemó. Se arriesgó a echar un vistazo por la ventanilla del camión y no vio a nadie dentro. La gente había desaparecido del aparcamiento, como si la hubieran abducido desde otro planeta; algunos se ocultaban entre dos filas y otros se dirigían al Boulder Strip. Aún quedaba un

océano de rehenes potenciales.

—Quédate aquí —le volvió a decir.

Se deslizó entre los coches y se lanzó como una flecha por la fila abierta sin abrir fuego. Reconoció el Caprice rojo que tenía delante como un vehículo camuflado de la Metro, y se alzó lo suficiente para poder mirar dentro. Había un cuerpo desplomado en la parte de atrás, medio caído sobre el suelo del coche. Stride abrió la puerta y la sangre manó, encharcando el suelo y tiñéndole los pantalones. Cogió la muñeca de aquel hombre para encontrarle el pulso, pero no había nada.

Stride retrocedió. Oyó unos pasos detrás de él que corrían en la dirección opuesta del aparcamiento. Al girarse captó una visión fugaz de Serena, justo cuando otra serie de disparos detonó desde la parte trasera del recinto. La vio sumergirse detrás de los coches y vio las chispas de las balas al rebotar contra el metal.

—¡Serena! —gritó.

Hubo una pausa insoportable.

—¡Estoy bien, estoy bien! —contestó ella.

Stride sintió que el corazón le volvía a latir. Corrió al siguiente coche de la fila y se irguió por detrás del capó en posición de disparo. Divisó a Blake tres filas más allá y disparó dos veces antes de que el hombre se pusiera a cubierto. Sus balas dieron en el parabrisas de un Cadillac.

Sawhill le echaría la bronca por eso.

Hizo un nuevo movimiento, utilizando una furgoneta para protegerse. Cuando intentó cruzar a la siguiente fila, Blake le vio y otra ráfaga de balas lo acechó a través de la franja abierta de pavimento. Justo cuando se ponía a salvo notó un dolor punzante en el pecho, y al bajar la mirada vio un desgarrón de medio centímetro en su camisa que empezaba a mancharse de rojo. Rompió la tela y se dio cuenta de que no era una herida de bala, sino que se había cortado con un fragmento de metal que había saltado de algún coche. Aun así, dolía de mil demonios.

Oyó el timbre amortiguado de su teléfono móvil en el bolsillo. Lo cogió y oyó la voz de Serena, susurrando.

—¿Estás bien?

—Tengo una pequeña herida, pero no es nada serio —dijo Stride.

—Los refuerzos están de camino. Dentro de diez minutos habrá una decena coches aquí. Si podemos mantenerlo inmovilizado, lo rodearemos.

—También tenemos a un motón de civiles. —Stride escuchó el silencio y no le gustó—. ¿Puedes llegar hasta Claire?

—Creo que sí.

—Hazlo. Yo te cubriré. Y luego quédate con ella; no quiero que ese tío se nos vuelva a adelantar.

Stride se colocó rápidamente en el borde del Gran Am tras el que estaba agazapado. Emergió en posición de disparo, y al separarse aún más la piel de la herida se estremeció de dolor. Apoyó los codos en el maletero del coche. A su espalda, oyó que Serena atravesaba corriendo el carril central, y atisbo un movimiento unas cuantas filas por delante. No estaba seguro de que fuera Blake, así que disparó al aire. La persona se agachó ora vez. Serena gritó:

—¡Despejado!

Stride corrió, sorteando los coches, con el cuerpo doblegado mientras atravesaba tres filas. Blake no podía estar lejos.

A Blake le quedaba poca munición, y ya podía oír las sirenas en la distancia. Montones de ellas. Dentro de un minuto, el Limelight estaría a rebosar de policías, y aunque sabía que podía escapar entre la confusión, iba a ser violento y desagradable.

Vio a la mujer detective, Serena, echar a correr hacia el lado opuesto del aparcamiento, donde Claire estaba escondida. Stride la cubría. Blake sabía que el plan de aquella noche había sido un fracaso. Claire se encontraba fuera de su alcance.

Hora de replegarse.

Oyó unas pisadas veloces y supo que Stride estaba realizando algún movimiento para acercarse a él.

En silencio, Blake volvió a escabullirse a la última fila, donde le estaba esperando su sedán marrón. Se topó con una pareja acurrucada al lado de un Toyota RAV4. La mujer, con sobrepeso y el pelo negro y rizado, lo miró a él

y su pistola con ojos aterrorizados y hundió la cara en el pecho de su marido. Éste mostraba una expresión audaz y le devolvió una mirada furiosa. Tenía la cara redonda, y papada.

—Ni un ruido —masculló Blake.

Alargó el brazo y apuntó su Sig Sauer al rostro del hombre.

Casi tenían las sirenas encima. El primer vehículo policial dio un bandazo al virar bruscamente para entrar en el aparcamiento. Las personas que habían permanecido ocultas entre las filas empezaron a correr en dirección al coche patrulla, en busca de protección.

Stride se sobresaltó al oír otra detonación, y luego comprendió que no se trataba de otro disparo sino del restallido de un coche: dos filas más adelante, en el extremo opuesto del recinto, el motor de un vehículo aullaba y rugía como si estuviera vivo. Se le desbocó el corazón: sabía lo que era.

Echó a correr otra vez y vio un sedán marrón saltarse los parterres de poca altura que separaban el aparcamiento del Boulder Strip. Se puso en cuclillas, listo para disparar y alcanzar los neumáticos del coche. Entonces se dio cuenta de que la luz del techo del vehículo estaba encendida, y pudo ver dos siluetas en el interior. Ya no podía arriesgarse a disparar.

—¡Tiene un rehén!

El sedán se dirigió al norte a una velocidad pasmosa. Stride abandonó toda protección y corrió hacia la carretera. Agitando los brazos, detuvo a tres de los coches patrulla que accedían al casino y les señaló el sedán, cuyos faros traseros ya desaparecían mientras esquivaba el tráfico de la carretera.

Empezaba la caza.

Stride regresó a la carrera al otro extremo del aparcamiento. Allí se encontraba Cordy, junto con media docena de agentes uniformados y otros dos coches de policía que habían bloqueado las salidas. Estaban tomando nota de los nombres y números de teléfono de las personas que aún quedaban en el recinto, pero Stride sabía que era una tarea estéril: la mayor parte de la gente se había esfumado.

Preguntó por Serena y Cordy señaló el interior con el pulgar. Las dos

mujeres estaban de vuelta en el casino, bastante apartadas del cristal destrozado, con varios policías armados haciendo guardia a su alrededor.

Claire estaba abrazada a Serena y tenía la cabeza apoyada en su hombro.

Se acercó a ellas. Serena le señaló el pecho.

—Necesitas un médico.

—No es nada. Una tirita y listos.

—¿Y tus piernas?

Stride se miró las salpicaduras rojas de los pantalones y frunció el ceño.

—No es sangre mía.

—¿De Blake? —preguntó Serena.

Claire levantó la mirada, expectante, a la espera de su respuesta.

—¿Le habéis cogido?

Stride negó con la cabeza.

Con una gorra de béisbol, una camiseta de los Running Rebels y pantalones de chándal, Blake se marchó paseando del aparcamiento del Limelight. Nadie intentó detenerle. Su otra ropa estaba embutida en la parte de atrás de un Mustang descapotable. Esperó a que el tráfico se despejara antes de cruzar la carretera y otear la calle en busca de un taxi.

Aún podía oír vagamente las sirenas en la distancia. Pronto estarían persiguiendo al sedán marrón, ahuyentándolo carretera allá. Esperaba que el hombre de la cara redonda y su oronda mujer fueran lo bastante listos para mantener las manos en alto y evitar así que les disparasen.

Había sido muy fácil: entregarle las llaves al hombre y decirle que condujera lo más deprisa posible y que no se detuviera al menos en diez minutos. También les había dicho que había una bomba en el maletero y que la haría estallar con una llamada de móvil si paraban antes de ese plazo para avisar a la policía. Una soberana estupidez, pero la gente se creía cualquier cosa cuando tenían una pistola apuntando a su cara y alguien les daba una oportunidad de sobrevivir.

Así que se largaron.

Podría haber conducido el sedán él mismo, pero consideró que las

posibilidades de salir con vida de la persecución serían del cincuenta por ciento.

No las suficientes. Aún tenía trabajo que hacer.

Capítulo 34

Stride estaba desnudo, tumbado en la cama. El ventilador del techo giraba sobre él, haciendo circular el aire bochornoso que se introducía por la ventana. Eran las tres de la madrugada. Cuando finalmente habían vuelto a casa desde la escena del crimen en el Limelight, se encontraron con que se había ido la luz. El dormitorio estaba oscuro como boca de lobo mientras él yacía ahí tumbado, con los ojos abiertos y sin ver nada.

Tenía todo el cuerpo dolorido. Era un dolor de huesos de la peor clase, profundo y punzante; no como los músculos, que podían tensarse y masajearse. Ahora se notaba todas las partes de su cuerpo con las que había impactado y rodado por el pavimento. Hubo un tiempo, a los veintitantos, en que no le salía tan caro castigarse de esa manera. Pero ya no era así.

Le escocían las quemaduras de la piel. Llevaba una venda en el corte del pecho, pero tenía otros rasguños y ampollas que no había descubierto hasta que se quitó la ropa y halló sitios donde el menor toque le provocaba una mueca de dolor. Se obligó a tomar una ducha, y sintió el martilleo del agua caliente como si fueran cuchillas. Pero se encontró mejor después de limpiarse toda la inmundicia y tenderse en la cama.

Oyó que la puerta del dormitorio se abría y se cerraba suavemente al entrar Serena. Ésta se acercó a la ventana y se quedó ahí de pie, mirando el exterior. Una silueta espigada y adorable.

—¿Y Claire? —preguntó él.

—Durmiendo. Le he dado un somnífero. —Fue hacia él y se sentó en la cama—. He tenido miedo de que te mataran ahí fuera —le dijo.

—Ahora mismo desearía que hubiese sido así.

Notó el movimiento de los dedos de ella, trazando círculos sobre su pecho.

—¿Te duele? —le preguntó.

—Todo el cuerpo.

—A ver si puedo hacer que te sientas mejor.

Ejerció una leve presión con las manos sobre su piel, apretando, buscando terminaciones nerviosas eróticas que le permitieran notar que estaba a su lado.

—Claire está enamorada de ti —dijo él—. Es evidente.

—Ya lo sé.

Claire no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. Se veía en cómo miraba a Serena, en cómo se había aferrado a ella durante el trayecto a casa.

—¿Y tú? —preguntó Stride.

Serena tocó un punto sensible y él contuvo el aliento, dolorido.

—Uy —dijo ella.

—Lo has hecho a propósito.

—Pues no hagas preguntas tan idiotas.

Ahucó la mano sobre su piel mientras el dolor se mitigaba y luego empezó otra vez a tocarle.

—Te he estado ocultando algo, Jonny, pero no sobre Claire.

Él emitió un ruido quedo, como para interrogarla. No importaba lo que le contase ahora; no mientras siguiera haciendo eso.

—Deidre y yo fuimos amantes —dijo Serena con calma—. Cuando éramos adolescentes. Lo siento, debería habértelo dicho antes.

Le cogió una mano y le acarició los dedos con el pulgar, y luego se metió las yemas en la boca. Un instante después, él oyó abrirse el cajón de la mesita de noche. Serena sacó algo del interior.

—Muchos hombres lo encuentran excitante —continuó—: Dos mujeres juntas.

—Lo sé.

—¿Tú no?

—¿A ti qué te parece? —contestó él.

No hacía falta preguntar: ya notaba el efecto que le estaba causando.

Stride siempre había sospechado que había algo más en la relación entre Serena y Deidre de lo que ella había dado a entender. Ojalá la hubiera presionado más, pues era una pieza muy importante en el puzzle que constituía Serena.

Las manos de ésta volvieron a su cuerpo, esta vez a las piernas, masajeando los músculos de sus muslos. Luego subió hacia el estómago y después bajó hasta los dedos de los pies.

—Mi psiquiatra diría que es una transmisión —dijo Serena—. Me siento culpable por Deidre y por eso me atrae Claire.

—¿Qué estás diciendo?

—Es una chica increíble, me pone a mil. —Serena se rió.

Se retiró y él oyó un extraño ruido de plástico, como si quitara un tapón, y luego se estremeció cuando un líquido fresco le goteó por el pene. Las dos manos de Serena regresaron, y de pronto se notó escurridizo mientras esas manos frotaban arriba y abajo, como deslizándose sobre piel enjabonada.

—Es culpa tuya —le dijo ella—. Me has convertido en una maldita adicta al sexo.

Él trató de hablar, pero ya no estaba seguro de saber articular las palabras. Era como si su cuerpo se estuviera elevando de la cama. El dolor se evaporó.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó ella, y aunque no la veía supo que estaba sonriendo.

Cuando los espasmos empezaron a sacudir su cuerpo, Stride se encontró reteniendo el aliento, y la falta de oxígeno hizo brotar imágenes en su cabeza. Cindy, su primera mujer, en la cama, haciendo el amor. Maggie, su compañera. Amanda. Serena. Pensó en la sensación de desarraigo y en estar, por un instante, desconectado de su cuerpo, alzándose por encima de éste, mirando abajo en la oscuridad.

No estaba muy seguro del tiempo que había transcurrido antes de que ella entrase en el cuarto de baño y volviese con una toalla húmeda que utilizó para limpiarlo. Se metió en la cama a su lado y se quedó dormida casi de inmediato, con la cabeza sobre el brazo de él y el aliento soplándole en la cara. Él creyó que también se dormiría, pero no fue así. Tenía la cabeza demasiado llena de cosas: de ella, de Minnesota y de lo que significaba tener

un hogar. Un buen rato después, por fin notó que se adormecía, pero creyó, o tal vez lo soñó, que oía los pasos de Claire en el pasillo, y se preguntó si habría estado allí todo el tiempo, escuchándoles.

Capítulo 35

Sawhill colgó el teléfono. Tenía la cara de color escarlata. El teniente que mantenía a raya sus emociones con mano de hierro estaba perdiendo el control, y Stride pensó que le iba a dar un ataque allí mismo, delante de ellos.

—Era el gobernador Durand —dijo Sawhill en tono tirante—. Se pregunta por qué este criminal sigue vivo, cuando uno de mis detectives lo tuvo a tiro ayer por la noche. Se pregunta por qué hizo falta media docena de coches patrulla para rodear a una pareja de Nebraska en luna de miel, mientras un asesino en serie fue capaz de marcharse caminando de la escena del crimen, donde asesinó a un agente de policía sin que a nadie se le ocurriera pedirle que se identificara.

Stride recordó por qué odiaba a los políticos.

—No quiero ofender al gobernador, pero él no estuvo allí. Ese tipo es muy hábil. Utilizó una artimaña para atraer a Claire al exterior, y nos metió a todos en tal situación que nos vimos obligados a extremar las precauciones para evitar víctimas civiles. No podíamos disparar a diestra y siniestra.

—Sí, sí, he leído el informe. Se enfrentó a ti en un duelo, Stride. Lo tenías al alcance de la mano y él te toreó.

—Eso es cierto —admitió Stride—. Es un mercenario entrenado.

—Bueno, pues lo siento si aquí los criminales son más sofisticados de lo que te tenían acostumbrado en Minnesota —atacó Sawhill. Cogió la bola antiestrés de su mesa y se puso a estrujarla con furia—. Pero espero de mis detectives que estén mejor entrenados que la gente a la que intentan atrapar. Lo único que conseguiste fue darle a un Escalade, que, por cierto, ha resultado ser de un alto directivo de Harrah's y buen amigo de mi padre.

Generalmente, mi norma es: si lo tienes a tiro, apuntas y disparas.

Stride se preguntó si Sawhill habría leído eso en *Siete reglas para detectives altamente eficaces*.

—Estoy de acuerdo —dijo.

—Así que el criminal se pone una peluca y consigue burlarse de todos —continuó Sawhill—. Esa pareja posee una franquicia de Subway en Lincoln Falls^[38], y estuvimos a punto de volarle la cabeza al hombre porque les dijiste a unos coches patrulla que era un asesino en serie que acababa de matar a un policía.

—Era el coche del criminal —dijo Stride, aunque detestaba poner excusas.

Sabía que la había jodido.

—Y una vez más demostró ser más inteligente que la gente que va detrás de él. Dime al menos que hemos sacado algo del coche.

Stride negó con la cabeza.

—Huellas dactilares, pero ya las teníamos. Se compró el coche con dinero en efectivo hace tres meses. Con nombre y dirección falsos. No hay ni un pedazo de papel en el interior que sugiera dónde puede estar viviendo. Estamos llevando a cabo una investigación forense para ver si hay barro o cualquier otra prueba que pueda darnos una clave, pero llevará tiempo.

—No lo tenemos —dijo Sawhill—. ¿Está protegida Claire?

Stride asintió.

—Serena le está haciendo de niñera.

—¿Y qué estamos haciendo para encontrar a ese tío?

Amanda, que había permanecido en silencio observando la partida de *ping-pong* entre Stride y Sawhill, tomó la palabra:

—Podríamos tenderle una trampa. Hacer que Claire vuelva a entrar en el juego en un entorno que controlemos nosotros.

Sawhill resopló.

—No utilizaremos a la hija de Boni Fisso como cebo. Y punto, fin de la discusión. Serena está con ella y el criminal no sabe dónde se encuentra. Vamos a dejarlo así.

—Hemos comprobado las bibliotecas de toda la ciudad —añadió Amanda

—. Nada por ahora.

—La mitad del cuerpo está trabajando en esto, y están ansiosos por atraparlo —dijo Stride—. Mató a un policía y también a un niño. Todo el mundo quiere pillar a ese tipo.

—Igual que yo. Igual que el gobernador. Esto es malo para la ciudad. ¿Cuál creemos que va a ser su próximo movimiento?

—Creo que irá otra vez detrás de Claire —dijo Stride—. Necesitamos atraparlo antes de que lo haga. También hemos doblado las medidas de seguridad en torno a otras personas que podrían estar en su lista, pero el hecho de que lo intentara anoche con Claire me hace pensar que ya ha llegado al final.

—¿Creéis que podría ir directamente a por Boni? —preguntó Sawhill.

Amanda asintió.

—No es su pauta, pero podría ser.

—Boni no es un blanco fácil —comentó Stride—. Pero el Sheherezade se echa abajo la próxima semana. Y es el vínculo con Amira.

—Estupendo. Esto es estupendo. La demolición será televisada a nivel nacional, ¿sabes?

—A lo mejor se carga a Boni en la ceremonia —dijo Stride—. Haría subir los índices de audiencia. Y el turismo aumentaría.

Sawhill se inclinó hacia delante.

—¿Te parece gracioso?

—No es necesario que me explique cómo funciona este sitio —respondió Stride—. Dentro de seis meses tendremos un circuito diario en autobús por las escenas de los crímenes, junto con una nueva campaña publicitaria: «El pecado vuelve a Sin City».

—Llegaste hace unos pocos meses, detective. Yo he vivido casi toda mi vida aquí. Mi padre consagró décadas de su vida a este sitio. Éste es nuestro hogar, y tú sirves a esta ciudad, así que trátala con respeto.

Amanda se puso en pie y tiró del brazo de Stride hasta que éste se levantó a su vez. Luego asintió con la cabeza en dirección a Sawhill.

—Estamos cansados, señor. No se preocupe, nos estamos tomando este caso con absoluta seriedad.

Se dispuso a arrastrar a Stride fuera del despacho. Sawhill se puso en pie y apoyó las manos en su escritorio.

—Procurad que sea así —gritó a sus espaldas.

Él y Stride intercambiaron una mirada glacial y luego Amanda se llevó a su compañero al pasillo y cerró la puerta tras de sí.

Amanda se apoyó en la pared y se secó la frente. El aire acondicionado volvía a funcionar, y aunque el ambiente de la oficina era helado estaba sudando. Le dedicó a Stride una sonrisa y un quedo silbido.

—Eso sí que es ser diplomático.

—Lo sé, y lo siento. No pretendía involucrarte en esto.

—Ésta es una ciudad corporativa —señaló Amanda—. La imagen es importante para esos tíos.

Stride sacudió la cabeza.

—El dinero es lo importante.

—No vas a cambiar este sitio, Stride.

Él asintió.

—Ya lo sé. —Y antes de poder reprimirse, añadió—: No estoy seguro de que vaya a quedarme.

Amanda pareció asombrada.

—¿Qué?

—En Minnesota quieren que vuelva —explicó—. Me lo estoy pensando seriamente.

—¿Y qué pasa con Serena? —le preguntó ella.

Stride no dijo nada. Sabía que ésa era la cuestión; la cuestión de la que dependía su vida. ¿Qué pasaba con Serena?

—Nada es eterno —le dijo Stride—. Primero atrapemos a Blake Wilde.

Capítulo 36

Amanda entró en el aparcamiento de la biblioteca del centro y, al salir del coche, el calor le abrasó los pulmones. Era última hora de la tarde, cuando el clima de octubre en Las Vegas suele ser perfecto, pero el sol seguía pareciendo un horno atascado en la función parrilla.

Llevaba dando vueltas a la idea de que Stride se marchara desde que éste se lo había contado. No había ningún motivo para estar enfadada con él, pero lo estaba de todos modos. Por una vez tenía un compañero con el que podía trabajar, y de pronto podía perderlo. Detestaba la idea de tener que empezar de cero con alguien nuevo. Seguramente, cualquiera que le destinaran sería como Cordy: haría chistes a sus espaldas, se le comería las tetas con la mirada y pergeñaría maneras de echarla. Todo ello la llevaba a preguntarse de nuevo qué estaba haciendo allí, y si Bobby y ella no estarían mejor si siguieran la estela de Stride. Largarse. Poner rumbo a San Francisco. Dejar atrás aquella ciudad y toda su locura.

No estaba de humor para juegos. La paciencia se le estaba agotando, como una camiseta lavada tantas veces que transparenta. Cuando miró al otro lado de Las Vegas Boulevard, vio otra vez el coche: un Lexus SUV gris metálico. Ya lo había visto en dos ocasiones aquella misma tarde y había comprobado la matrícula. Sabía quién lo conducía.

Amanda cruzó la calle. El coche tenía los cristales ahumados, así que no podía ver el interior. Tamborileó con los nudillos en la ventanilla del conductor y esperó.

El vidrio empezó a bajar. Sintió una ráfaga de aire frío.

—Hola, Leo —dijo, tratando de no perder el control—. ¿Me está

siguiendo?

Leo Rucci llevaba gafas de sol. Las venas rojas del cuello se le marcaban como tentáculos.

—Estamos en un país libre, ¿no?

—Eso es. En el que cualquier matón palurdo como usted puede hacerse millonario. Dios bendiga América.

—Oiga...

—No juegue conmigo, Leo: tengo un día realmente malo. Ahora largo de aquí, y no quiero volver a verle detrás de mí o haré que siente el culo en el banquillo.

—¿Por hacer qué?

—Por obstrucción a la justicia y por convertirse en un auténtico incordio para un agente de policía.

—Yo puedo ayudarla —dijo Leo—. Mi método es mucho más rápido que cualquier mierda de juicio. Usted consigue una pista sobre ese tío y me llama. Yo me encargo del resto.

—Vuélvase al campo de golf, Leo. Deje que nosotros nos ocupemos de Blake.

Amanda giró sobre sus talones y, decidida, volvió a cruzar la calle en dirección a la biblioteca. Oyó cómo el coche de Rucci se ponía en marcha y se alejaba rugiendo. Ya en el interior, fue hacia el mostrador de consulta.

—Estoy buscando a Mónica Ramsey —dijo.

La bibliotecaria señaló a una mujer alta de unos cincuenta y tantos que estaba rellenoando cajas de microfichas de un carrito. Amanda se acercó a ella.

—¿Señora Ramsey? Soy Amanda Gillen. ¿Me dejó un mensaje en el buzón de voz?

Mónica llevaba gafas de sabelotodo y el largo cabello negro recogido en una cola de caballo. Tenía la complexión física de un bastón y llevaba las manos cubiertas por unos finísimos guantes de plástico.

—Ah, sí. Usted es la detective. Está buscando a ese hombre.

—Así es —contestó Amanda, sintiendo un pequeño destello de esperanza tras horas de frustración—. ¿Le ha visto?

—Bueno, eso creo, sí, aunque hace ya varias semanas. No veo cómo

podría ayudar.

—Se sorprendería. Por favor, explíquemelo.

—Oh, por supuesto. Vamos a sentarnos.

Lo hicieron en la esquina de una larga mesa de consulta próxima a los estantes de libros. Mónica se quitó los guantes.

—Siempre me los pongo cuando manejo microfichas, ¿sabe? La película es tan vieja y delicada... —Dio unos golpecitos con el dedo sobre el retrato que Amanda colocó entre las dos—. Este hombre fue muy bruto manipulando la microficha. Tuve que pedirle que tuviera cuidado.

—¿Está segura de que es este hombre?

—Oh, sí. Esa mirada es bastante inolvidable.

—No se ofenda, pero ¿puedo preguntarle por qué no me ha llamado antes?

—Lo lamento. Hemos estado fuera, en un crucero por el Caribe. No he vuelto a la biblioteca hasta hoy.

—Cuénteme lo que recuerde sobre él —pidió Amanda.

—Bueno, ya le digo que fue hace mucho. A mediados de verano, creo. ¿En julio? Tal vez en agosto. Vino varios días seguidos, tres o cuatro, buscando toda clase de material relacionado con Las Vegas de los años sesenta. Le saqué microfichas, libros, revistas... Lo quería todo.

—¿Le especificó qué estaba buscando?

—Bueno, me hizo buscar información en Lexis^[39] sobre uno de los viejos casinos. El Sheherezade, creo. Sí, eso es, porque también estaba leyendo sobre Boni Fisso, y ya puede imaginarse que tenemos mucho material sobre él.

—¿Dijo para qué quería esa información?

—Oh, no. La verdad es que no dijo casi nada. No era un tipo muy hablador. A menudo recibimos solicitudes de información para archivos, así que no fue algo inusual en absoluto.

—¿Le pidió que buscara información sobre otros individuos? ¿Otras personas aparte de Boni Fisso?

—No, que yo recuerde.

—Mónica, necesito su ayuda. Tenemos que encontrar a este hombre

cuanto antes. Le voy a pedir que piense otra vez, que se concentre de verdad para recordar cualquier cosa distintiva de ese hombre. Lo que llevaba, lo que dijo, lo que cogió, lo que hizo... Cualquier cosa que pueda darnos una pista sobre quién es y dónde podemos encontrarlo.

Mónica se sentó muy erguida en su silla, y pareció que le hubieran alargado el cuello. La lengua de la bibliotecaria asomó para humedecerse los labios. A Amanda le recordó a una jirafa en un zoológico, tratando de alcanzar una hoja de una rama lejana.

—Llevaba una mochila azul —dijo—. Allí trajo todo su material. No logro recordar cómo iba vestido. ¿Vaqueros, quizá? Por otra parte, no había nada especial en él. Lo siento mucho.

Amanda se sintió decepcionada.

—¿Qué me dice del coche? ¿Lo vio llegar o marcharse, o vio en qué dirección pudo haberse ido?

Mónica negó con la cabeza.

—¿Le ha vuelto a ver desde entonces?

—No, no ha vuelto, al menos mientras yo estaba aquí.

Amanda se levantó.

—Le agradezco que me haya dedicado su tiempo, Mónica. Muchas gracias por llamarme. Si recuerda alguna otra cosa, por favor, hágamelo saber.

—Por supuesto que lo haré.

Cuando Amanda se dio la vuelta dispuesta a marcharse, oyó que Mónica soltaba una risita, así que dio marcha atrás.

—¿Qué pasa?

Mónica se ruborizó.

—Oh, lo siento. Es una tontería, sólo estaba pensando que si quieren coger a ese hombre deberían vigilar las tiendas de *donuts*.

Y se volvió a reír.

Amanda la miró, preguntándose si sería un estúpido chiste sobre policías.

—¿Por qué?

—Es que ahora recuerdo que estaba obsesionado con los *donuts* de crema. Lo pillé comiéndose uno delante de la máquina de microfichas y tuve

que decirle que está prohibido comer en la biblioteca. Le dije que yo tampoco podía resistirme a ellos y me contestó que eran adictivos.

Amanda sintió que se le aceleraba el corazón.

—Gracias otra vez, Mónica.

«Hijo de puta —pensó—. Donuts de crema».

Capítulo 37

Claire estaba sentada encima de una pierna mientras la otra le colgaba del sofá de Serena. Sostenía una taza de café caliente con ambas manos. Llevaba el pelo suelto y despeinado y una camiseta holgada extra grande que le llegaba a medio muslo. Iba descalza, y las uñas de sus pies estaban pintadas de rojo.

Echó una ojeada al reloj de pared que hacía tictac detrás de ellas, contando los minutos.

—Es tarde —murmuró—. Las once pasadas. ¿Dónde está tu novio?

Serena levantó la mirada del portátil que tenía en el regazo, aunque a duras penas podía concentrarse en la pantalla. Tenía los ojos fatigados.

—Sigue ahí fuera, intentando encontrar a Blake —contestó.

—Lamentas estar aquí conmigo, ¿verdad?

—No, no lamento estar contigo. Pero quedarme sentada no es mi estilo. Quiero estar donde está la acción.

—Es cierto —respondió Claire con una sonrisa—. Eres dura, ¿no?

—Así es.

En realidad, se estaba volviendo loca después de haberse pasado todo el día encerrada en casa. Había hecho llamadas, buscado pistas en internet y revisado sus notas para encontrar algo que se le hubiera podido escapar. Pero nada de todo eso era como estar en la calle. Se sentía aislada, apartada de la investigación.

—Es un hombre atractivo. Entiendo lo que ves en él.

—Gracias.

—Y te quiere. Se nota por cómo te mira.

Serena recordó que Jonny había dicho lo mismo refiriéndose a Claire la noche anterior.

—Y yo a él —dijo.

—Yo también he estado con hombres, ¿sabes? —afirmó Claire.

—¿Y eso qué significa?

—Que puedo entender la atracción.

Claire desplegó las piernas y se levantó del sofá. Caminó hasta la pared blanca y examinó las fotografías del desierto que había colgadas.

—¿Las has hecho tú?

Miró hacia atrás y Serena asintió.

—Son impresionantes. Tienes ojo para los paisajes. Y eso no se enseña, ¿sabes? Mucha gente entiende la técnica, pero no logra ver la imagen.

—Se te ve bastante tranquila —le dijo Serena.

—¿Con qué?

—Con el hecho de que casi te matan.

Claire se encogió de hombros.

—Anoche no lo estaba tanto. Pero contigo me siento a salvo.

—Podría llevarte a casa de Boni. Aquello es como una fortaleza.

—Aquello no es seguro. Es una cárcel.

—Quiere arreglar las cosas contigo —aseguró Serena—. Se alegró de que le llamas.

—Vaya, ¿ahora resulta que eres psicóloga familiar?

—No, pero sé lo que es ser un adulto sin padres. Muchas veces desearía que las cosas fueran distintas.

Aunque Claire continuó observando las fotografías de la pared, Serena pensó que había tocado un punto sensible.

—Yo también desearía que las cosas fueran distintas, Serena. Pero no lo son.

—Dice que no le importa que seas homosexual.

—A los católicos nunca les importa que lo seas, a condición de que te mantengas célibe —dijo Claire.

Serena observó su sonrisa y se dio cuenta de que era falsa. Le dio la sensación de que Claire podía echarse a llorar en cualquier momento.

—No tiene nada que ver con tu homosexualidad, ¿no es así? —quiso saber Serena—. No es por eso por lo que Boni y tú reñisteis.

—No.

—Entonces ¿qué es?

Claire sacudió la cabeza.

—Ocurrió hace mucho tiempo. No quiero hablar de ello.

Podía notarlo en el tono de Claire: se trataba de un secreto absolutamente horrible, fuese cual fuese.

—Yo también tengo monstruos así.

—Sé que los tienes; por eso congeniamos. Las dos tenemos pasados de los que intentamos huir.

—¿Te has sometido a terapia?

—No.

—¿Por qué?

Claire suspiró.

—Por favor, Serena, dejémoslo. No pude hablar de ello entonces y no puedo hacerlo ahora. Con nadie. No cuando mi padre se llama Boni Fisso.

Serena dejó que el silencio se expandiera mientras Claire miraba las fotografías con aire ausente. Vio un dolor brutal en su rostro.

—Boni dice que tienes millones en el banco —dijo Serena.

Claire sonrió, esta vez de verdad.

—¿Ahora te interesa mi dinero?

—Sólo siento curiosidad.

—Cuando me fui, quería ser independiente. Y lo soy. Boni no me dio ni una acción; lo conseguí todo por mí misma. Así que es cierto, tengo un montón de dinero. Soy hija de Boni, los genes sirven para algo. Por no hablar de todo el tiempo que pasé en las clases de empresariales.

—Pero estás feliz viviendo en un pequeño apartamento y cantando tus canciones...

—Aprendí mucho yendo por mi cuenta —dijo Claire—. Soy libre y no pertenezco a nadie. Pero mentiría si dijera que no ambiciono nada. Una parte de mí aún desearía encargarse de los hoteles y llevarlos a mi manera.

—Todavía puedes hacerlo.

Claire negó con la cabeza.

—No si eso significa volver con mi padre.

—¿Y cómo los llevarías? —le preguntó Serena—. Si te dieran las llaves del reino...

—¿Yo? Me agota tanta grandiosidad. Los grandes espectáculos y los grandes nombres. Pienso que la gente quiere intimidad. No quiere perderse en una multitud. Quieren ver cantantes, no espectáculos. Talento, no nombres. Y glamour, como en los viejos tiempos. Esos complejos enormes son deslumbrantes, pero les falta carácter.

—Podrías montar tu propio local.

Claire se puso nostálgica.

—Tal vez algún día. Sería bonito demostrarle a Boni que puedo hacerlo sin él. Y que no necesitas vender tu alma al diablo para tener éxito.

Serena percibió aquel resentimiento trepando otra vez por su voz.

—¿Quieres explicarme lo que te hizo?

—No fue él —respondió Claire—, fue otra persona. Pero Boni dejó que ocurriera. El negocio era lo primero, como siempre. —Parecía estar a punto de decir algo más, pero rodeó su cuerpo con sus brazos y se estremeció—. No quiero hablar de ello.

—Está bien.

—Forma parte del pasado. No me preocupo. Me gusta cantar y beber y charlar sobre la vida y hacer el amor con pasión.

—Yo me quedo con dos de esas cuatro —dijo Serena, riéndose.

—¿Con cuáles?

—Bueno, ya sabemos que no bebo.

Claire se rió a su vez. Se aproximó a donde estaba sentada Serena y se agachó junto a la butaca. Se inclinó hacia delante y colocó los brazos desnudos sobre el cojín.

—Me voy a la cama —anunció.

—Muy bien.

—¿Y tú?

Serena no quería mirar a Claire a los ojos, pero no parecía haber ningún otro sitio en toda la habitación al que dirigir la vista. Su mirada azul la estaba

incitando.

—¿Es una invitación? —preguntó Serena, como si fuera una broma.

—Sí.

—No creo que a Jonny le gustara mucho llegar a casa y encontrarnos juntas en la cama.

—A lo mejor te sorprenderías.

—Lo siento, Claire. Si las cosas fueran distintas... Pero no lo son.

—Entiendo.

Claire deslizó la yema de un dedo por el antebrazo de Serena con un tacto de seda. Ésta, que tenía los nervios a flor de piel, casi dio un brinco.

—¿Vais a coger a Blake esta noche? —preguntó Claire.

—Si no esta noche, muy pronto. Medio cuerpo de policía de la ciudad anda detrás de él, y el valle no es tan grande. Lo pillaremos.

Serena quería creer lo que decía.

—No lo matéis —murmuró Claire.

Habló tan suavemente que Serena no estaba segura de haberla oído bien.

—¿Cómo?

—He dicho que no lo matéis.

—¿Por qué? —preguntó Serena—. ¿Por qué te importa?

Claire bajó la mirada. Parte de su pelo rubio le cayó sobre el rostro.

—Realmente no lo sabes, ¿verdad? Para mí es muy evidente.

—¿El qué?

—Mírame —dijo ella, alzando la vista y sosteniendo de nuevo la mirada de Serena.

Ésta obedeció.

—¿Qué pasa?

—Blake es mi hermano.

—¿Qué?

—Lo supe en cuanto le vi —continuó Claire—. No puedo creer que tú no lo vieras. Esa mirada. Puede que tenga mucho de Amira, pero eso no es todo. Hay algo más: también tiene cosas de Boni. Boni es su padre.

Capítulo 38

Faltaban diez minutos para medianoche, pensó Amanda.

Podría estar en casa con Bobby, haciéndole el amor como más le gustaba, tumbados de lado, cara a cara, frotándose. Calor y seguridad bajo las mantas. O podría estar ahora mismo en el Spyder, en la autopista del desierto a California, dejando Las Vegas atrás para siempre a muchos kilómetros por hora, surcando la noche oscura del valle de la Muerte. Una nueva vida.

Pero no.

Estaba sola, sentada en un puesto de *donuts* a varias manzanas del centro. Se le estaba enfriando el café y de vez en cuando alzaba la vista, hipnotizada, a medida que hileras de rosquillas refulgentes salían por la cinta transportadora, empapándose de glaseado. Había un flujo constante de noctámbulos que entraban y salían. Ella era una más entre el puñado de personas que esperaban dentro, de espaldas a la puerta, con un periódico en las manos y un *donut* a medio comer sobre una servilleta delante de ella. Llevaba una hora royéndolo.

Está bien, en realidad era el cuarto.

Lo cierto era que la adrenalina bombeaba a través de sus venas junto con el azúcar. Le había llevado varias horas encontrar este sitio; había ido de puesto en puesto por toda la ciudad, antes de que el hombrecillo asiático de detrás de aquel mostrador cogiera el retrato y asintiera con vigor.

—Sí, claro, viene aquí. Día, noche, dos veces al día. Siempre lo mismo. Media docena de normales y Sprite.

—¿Está seguro? —le preguntó Amanda—. Este tipo cambia mucho de apariencia.

—Oh, sí, está diferente. A veces rubio, a veces barba, a veces viejo, a veces joven. Pero siempre pide lo mismo. Media docena de normales y Sprite. Es él.

—¿No le ha parecido extraño que siempre tuviera un aspecto distinto?

El hombre asiático se encogió de hombros.

—Esto es Las Vegas.

Aquello le bastó a Amanda.

Estaba esperando a Blake. El dependiente afirmaba que esa noche aún no había venido, así que había grandes posibilidades de que entrara a por una dosis tardía. Estaba sentada de modo que él no pudiera verle el rostro y se había puesto una gorra de béisbol, con la visera bajada. No estaba segura de que él conociera su cara, pero tenía que suponer que sí. Le quería dentro de la tienda, en un espacio reducido, y no afuera, en la calle, donde pudiera echar a correr.

Era lo más peligroso que había hecho nunca, y trataba de no pensar en ello. Dijo por radio que se tomaba un descanso de una hora y luego desconectó el *walkie-talkie*. Estaba completamente sola.

Sabía que debería haber pedido refuerzos. Ése era el procedimiento. Podrían haber rodeado aquel sitio y montar una operación de vigilancia, pero Amanda no estaba segura de que le hubieran permitido entrar en la tienda, y era ahí donde quería estar. También pensó que Blake era lo bastante listo como para detectar el dispositivo a seis manzanas de distancia, y en ese caso habría desaparecido y no habría regresado nunca a la tienda. Sólo había una oportunidad de que saliera bien: hacerlo ella sola.

Podría haber llamado a Stride, pero él hubiera querido seguir el procedimiento habitual. Nunca, ni en un millón de años, le habría permitido exponerse sola a tal peligro. Hubiera querido estar allí con ella, y sabía que Blake lo detectaría.

Una parte de sí misma quería ponerse a prueba. Traer a Blake allí ella sola y luego extender su dedo corazón al salir por la puerta.

Bajó el periódico y cogió su café. Frío. Quiso pedir uno caliente, pero prefería no llamar la atención. El dependiente asiático se afanaba detrás del mostrador, ocupado con los *donuts*. Amanda le había pedido que mantuviera

la calma, que no mostrara ninguna reacción, que no la mirase cuando entrara Blake. Esperaba que pudiera hacerlo. No le había contado que el hombre del retrato estaba buscado por homicidio múltiple.

Casi medianoche.

La campanilla de la puerta anunció a un nuevo cliente. Amanda le dio un mordisco al *donut* y cogió el periódico. No miró a la persona que pasaba, tan sólo escuchó las fuertes pisadas y supo que era un hombre. Quienquiera que fuera se dirigía con paso decidido al mostrador.

Amanda oyó al dependiente asiático.

—Hola jefe. —Y luego añadió—: Lo de siempre, ¿no? Media docena de normales y Sprite.

Error. Esperaba que Blake no reconociera la artimaña.

Amanda bajó el periódico y cogió su café al mismo tiempo, con una escueta ojeada al mostrador. El hombre no la miraba. Vio cabello rubio. Tenía la altura adecuada, así como la constitución enjuta y robusta.

Observó al dependiente utilizar una paja para coger los *donuts* calientes de la hilera y ponerlos en una caja. No la miró. Llenó la caja, luego abrió el frigorífico y sacó un refresco en botella de plástico.

—Aquí tiene, jefe.

—Gracias —dijo el hombre.

¿Era la misma voz que había oído a través de las interferencias del móvil de Stride?

Ahora estaba pagando. Debía estar lista cuando se diera la vuelta, con la pistola preparada en la mano, apuntando, dispuesta para disparar. «Es veloz como un rayo», le había dicho Stride. Pensó en Sawhill: «Si lo tienes a tiro, apuntas y disparas».

Amanda se llevó la mano a la espalda y agarró la culata de su Glock, deseando no tener la palma sudada. La extrajo silenciosamente y se la puso en el regazo, debajo de la mesa.

No apartaba los ojos de Blake. Si es que era Blake.

—¿Tiene once centavos?

—No.

—Está bien, jefe.

El hombrecillo asiático buscó cambio y le tendió la palma al hombre del mostrador.

El tiempo empezaba a congelarse.

El hombre cogió su cambio, pero entonces extendió el brazo más allá de la caja, agarró al hombre asiático por la garganta y en un instante levantó todo su cuerpo y lo hizo pasar por encima del mostrador. Las monedas se desparramaron por el suelo. Amanda se quedó boquiabierta; saltó de su asiento y la silla se tambaleó detrás de ella. Se lanzó hacia delante blandiendo el arma.

—¡Policía! ¡No se mueva!

Apuntó, pero Blake ya tenía al asiático suspendido delante de él y la pistola en su cabeza. Al dependiente, aterrorizado, se le salían los ojos de las órbitas, y la orina empezó a gotearle de la pernera mientras Blake lo sostenía en el aire.

Amanda y Blake se miraron. Otra vez llevaba barba. Pómulos más prominentes. Gafas. Pero era él. Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Muy bonito, detective —dijo—. Me preguntaba si mi adicción a los *donuts* no acabaría trayéndome problemas. Pero están tan buenos, ¿verdad?

—Baja el arma y suelta a ese hombre. El edificio está rodeado, Blake. No irás a ninguna parte. Acabemos con esto sin más violencia, ¿de acuerdo?

Blake sacudió la cabeza.

—Ahí fuera no hay nadie, Amanda.

Conocía su nombre. Daba miedo.

—Se han mantenido en la retaguardia mientras no aparecía. En cuanto has entrado, les he dado la señal por radio. No hay escapatoria.

Blake asintió.

—Excelente. Una señal por radio. Buen intento, Amanda, pero he trabajado durante años con personal militar mucho mejor entrenado que cualquier cuerpo de policía. No hay nadie en la zona. Sólo tú y yo. He estado observando cómo te bebías tu café y te acababas cinco *donuts* en la última hora.

—Eran cuatro —dijo Amanda—. Baja el arma.

—Si no me sigues conservarás la vida —ordenó Blake—. Igual que este

buen hombre de aquí.

Empezó a retroceder por el pasillo que conducía a los servicios y a la puerta de emergencia que daba al exterior. Amanda había comprobado antes esa salida. Llevaba a un aparcamiento vacío, con cristales esparcidos, que llegaba casi a la calle Ocho.

Amanda lo siguió con cautela, con el arma apuntada hacia él.

Ahora deseaba haber pedido refuerzos. Sabía que no había nadie al otro lado de la puerta, y si Blake se escapaba desaparecería por las calles del centro. Otra vez se escabulliría entre sus dedos.

Apuntas y disparas.

Pero no podía. No lo tenía fácil. Ni tampoco podía arriesgarse a que Blake disparase primero contra el dependiente.

Blake casi estaba en la puerta.

—Ahora, nosotros dos nos marcharemos. No me obligues a matarlo. Quédate donde estás.

—Atraviesa esa puerta y te abrirán la cabeza como si fuera una sandía, Blake.

Bravatas y mentiras. Ambos lo sabían.

Estaban a dos metros de distancia. Blake ya tenía la espalda en la puerta de emergencia. Esperó allí, vacilante, sin que ella supiera muy bien por qué. ¿La creía? ¿Se estaba preguntando si realmente había una unidad de los SWAT apostada ahí fuera?

La campanilla de la puerta volvió a sonar: un nuevo cliente entraba en la tienda. Amanda titubeó y entonces Blake le lanzó encima el asiático, cuyo cuerpo surcó el aire desafortadamente y dio con los dos en el suelo como si fueran bolos.

Al caer, Amanda oyó cerrarse la puerta de emergencia mientras Blake salía disparado y se desvanecía. Soltó una maldición, se desembarazó del asiático y se puso en pie como pudo.

Se abalanzó hacia el pasillo.

Ya en la puerta, se detuvo.

¿Blake estaría corriendo o bien esperándola?

Amanda alzó su pistola, abrió la puerta de una patada y vio cómo ésta se

precipitaba contra la pared opuesta del edificio.

Cuando la puerta se abrió de golpe y golpeó la pared, Blake supo que Amanda era lista.

Retrocedió y estuvo a punto de disparar. Su dedo acariciaba el gatillo, llevado por el instinto, y en el último momento comprendió que Amanda no aparecería detrás de la puerta: esperaba a que él disparase, delatando así su posición.

Su bala, luego la de ella, y estaría muerto. Buena treta.

Sabía que hay que respetar al enemigo.

Así que no disparó. Ella no sabría dónde estaba. Ahora le tocaba a Amanda elegir.

«Maldita sea. No ha disparado».

Izquierda o derecha, pensó ella.

Tenía que decidirse. O estaba en el lado izquierdo de la puerta o bien en el derecho. O bien estaba corriendo, huyendo, y cada segundo de duda le proporcionaba más tiempo.

Se tiraría al suelo, rodaría y abriría fuego. Si elegía la opción acertada tendrían las mismas posibilidades los dos, pistola contra pistola, hombre contra... mujer.

Si elegía la opción equivocada, estaba muerta. Así de sencillo. Izquierda o derecha.

La izquierda era la única dirección que tenía sentido. La puerta se abría hacia la izquierda. En la derecha quedaba expuesto. En la izquierda, la puerta lo cubría y le obstruiría a ella la visión durante una milésima de segundo crucial, con lo que Blake tendría ventaja. Si estaba a la derecha, la ventaja era para ella. Y él lo sabía.

A no ser que pudiera leerle la mente y adelantarse a sus pensamientos, y comprender que ponerse a la derecha jugaba a su favor si ella iba primero a la izquierda, dándole la espalda. Una apuesta. Un riesgo. Las Vegas.

Pero mejor no pensar tanto: se estaba enfrentando a un estratega, que elegiría lo que le diera más posibilidades de sobrevivir. Lo que significaba que la estaba esperando a la izquierda.

O bien estaba huyendo.

Ya era hora de moverse.

Amanda pensó en Bobby. Notó el sabor de su último beso.

Pateó la puerta por segunda vez y, mientras la luz se derramaba en el exterior, se lanzó y rodó sobre el pavimento y quedó de rodillas en la izquierda con el arma apuntada. Sólo tuvo el tiempo justo de que la imagen llegara a su cerebro, la franja vacía de pared detrás de la puerta, para comprender su error. Reaccionó al instante. No disparó. Empezó a girar, a darse la vuelta, a moverse.

Rápido. Vertiginosamente rápido. Pero no lo suficiente.

Él la esperaba a la derecha, con el arma preparada. Sabía que ella iría a la izquierda, porque la habían entrenado para que actuara de ese modo, y los policías eran criaturas de entrenamiento. No hubo sorpresa, placer ni tristeza cuando se confirmó. En todas las luchas había un ganador y un perdedor, y no era ninguna vergüenza perder con dignidad.

Era muy rápida. Estaba impresionado.

La mayoría de los policías se habrían paralizado o habrían dudado, pero ella se volvió de una forma perfecta, corrigiendo su error para girar hacia el otro lado. Si hubiera elegido la derecha, seguramente habría disparado la primera.

Pero no.

Blake apretó el gatillo.

Fue un instante muy breve, aunque pareció eterno.

Amanda estaba en un precipicio, una angosta torre de piedra. A su alrededor había otras cumbres, un ejército de colosos de granito, muchos de ellos magníficas montañas que atravesaban las nubes y trepaban hasta el cielo. Ella se encontraba de pie en el borde mirando hacia abajo, pero al fondo no se veía el mundo, la tierra esmeralda; sólo una bruma. Supo que podía volar.

Cuando miró detrás de sí, Bobby estaba ahí, con lágrimas rodándole por las mejillas, y ella no entendió por qué estaba tan triste cuando era tanta la dicha de encontrarse allí.

Amanda le sonrió, le lanzó un beso y luego, con los brazos abiertos de par en par, dio un paso en el aire.

Capítulo 39

Blake corrió. La noche lo protegía. Atravesó el aparcamiento vacío mientras notaba los cristales rotos que crujían y se dispersaban bajo sus pisadas. Cuando alcanzó la calle Ocho se dirigió al noreste, rumbo al barrio popular ubicado en torno al puente de entrada de la autopista 95. Aminoró el paso al cruzar Stewart Avenue y luego volvió a correr cuando quedó fuera del alcance de las luces de la calle.

Había abandonado su coche a tres manzanas en la dirección opuesta; pero era robado, y podía robar otro perfectamente. Su apartamento estaba sólo a un kilómetro de distancia, y resultaba más seguro ir a pie.

Había un montón de desconocidos a su alrededor. Era más de medianoche y la mayoría de ellos también huía de la ley, vendía drogas o las consumía. Miraron en su dirección al ver que corría, para asegurarse de que no lo estuviera persiguiendo ningún poli; aparte de eso, no le prestaron mucha atención. Cuanto más penetraba en aquel barrio, menos personas veía, hasta que estuvo solo. Entonces volvió a caminar.

Vio el puente de hormigón ahí delante. Las casas a su alrededor se encontraban en un estado ruinoso, con cercas derrumbadas, estucado rosa agrietado y puertas que colgaban de sus goznes. Había unos cuantos coches polvorientos aparcados sin orden ni concierto en los patios. Pasó por delante de un par de viejos carritos de venta ambulante tirados en la acera cuyas ruedas se habían caído.

Las sirenas irrumpieron en las calles adyacentes. Blake se escabulló entre las sombras cerca de una de las casas. Echó un vistazo al tráfico detrás de él y vio las luces rojas de un coche patrulla que se apresuraba en dirección al café.

La noticia había corrido. Ahora ya no quedaba mucho: sólo unos minutos antes de que la policía invadiera el barrio para acordonar toda la zona.

Caminó de prisa. Al pasar por una casa con ropa colgada en un tendedero combado, se deslizó por la verja y cogió una camisa tejana que se puso sobre su camiseta blanca. En el suelo había una gorra de béisbol, y también se la puso. Empezó a tirar de su barba falsa. En los vaqueros guardaba un pequeño frasco de disolvente para casos de emergencia, y rápidamente intentó quitarse el máximo de pelo y pegamento de la cara. No quedó perfecto, pero al menos a primera vista volvía a ser un hombre sin barba.

Blake pensó una estrategia. Siempre había supuesto que la policía acabaría por estrechar el cerco, pero había contado con tener un par de días más y algo más de espacio vital para poner en marcha sus planes. Ahora no lo tenía. Debía actuar de inmediato. Esa noche.

Fue entonces cuando comprendió que, en realidad, el tumulto de la búsqueda policial podía actuar en su favor.

Sólo necesitaba unas cuantas horas.

Blake pasó por debajo del puente. El tráfico de la autopista rugía por encima de su cabeza, provocando un estruendo en sus oídos y una vibración constante que retumbaba bajo sus pies. Sus ojos recorrieron la superestructura de hormigón, en busca de atracadores o bandas. Era fácil que te atraparan ahí, sin salida por los laterales y con un camino fácil de bloquear tanto por delante como por detrás. Pero no vio a nadie salvo a una prostituta, sentada y con la espalda apoyada en uno de los pilares.

No sabía por qué esa mujer se encontraba allí. No se hacía negocio en aquella zona. Entonces vio que estaba fumando y esnifando alguna raya ocasional de cocaína en un pedazo de papel de aluminio arrugado. Blake se detuvo y la miró, estrujándose la cabeza en busca de un plan. Era joven; aunque se esforzaba por aparentar veintiún años, sospechó que no tendría más de quince. Llevaba botas de caña y una chaqueta de piel falsa, los labios mal pintados y el pelo teñido de un rubio platino casi blanco. Vio que la observaba y esbozó una sonrisa colocada. Luego abrió las piernas y él vio que no llevaba nada debajo de la falda. Entonces deslizó una mano hacia abajo y con dos dedos se separó los labios rosados.

—Veinte pavos, cariño —murmuró.

Blake se inclinó, la agarró por el cabello rubio y la obligó a tirarse al suelo. El cigarro encendido se le cayó sobre el pavimento.

—¡Oye! —gritó ella—. ¡Eso duele, cabrón!

Él la abofeteó con fuerza.

—Cállate.

Ella lo miró a los ojos e intentó correr, pero la tenía inmovilizada por el hombro y tiró de ella hacia atrás. La chica adoptó una expresión de pavor y se tocó suavemente la mejilla enrojecida. Su voz volvió a ser la de una niña, débil y asustada.

—No me hagas daño.

—No lo haré. Cállate y escucha. Tengo doscientos pavos. Son para ti si pasas la noche conmigo.

A ella le cambió la cara, dominada por la avaricia, y le dedicó una sonrisa de falsa seducción:

—¿Doscientos pavos? Claro, cielo, eso está hecho. Pero mira, no lo hago por el culo, ¿vale? Hago todo lo demás, pero eso no.

Blake la cogió del codo y la empujó para que caminara a su lado.

—Bien. Vamos, mi casa está a unas manzanas.

—¿Tu casa?

—Mi apartamento.

La chica se esforzaba por mantener el mismo paso que él con sus botas de tacón alto. Pareció nerviosa ante la idea de ir a su apartamento.

—Trescientos pavos —dijo Blake, incitándola a ir más deprisa.

—¡Trescientos! Vale, muy bien, muy bien.

Se la llevó de debajo del puente y continuó por la Ocho hasta donde ésta acababa en la Nueve, y allí giró hacia el norte. Sus ojos estaban en constante movimiento. Ahora podía oír las sirenas por todas partes. Los coches patrulla empezaban a desplegarse a su alrededor.

—Esta noche hay un montón de polis —dijo la chica.

Blake vio un destello amarillo en la calle que les quedaba enfrente. Sabía lo que era: uno de los agentes con chaleco reflectante que patrullaban por la zona en bicicleta.

Se volvió hacia la joven prostituta.

—Bésame.

Antes de que la muchacha pudiera reaccionar, se agachó y presionó con fuerza sus labios contra los de ella. Ella respondió ávidamente y lo rodeó con sus brazos. Olía a perfume de niña pequeña y los labios le sabían a humo. Su respiración era rápida y Blake le notó el pulso, que se le aceleraba en la garganta a causa de las drogas.

Detrás de él, oyó que el policía en bicicleta aminoraba la velocidad y les observaba.

«No te pares», pensó Blake. No necesitaba otro cadáver y a una prostituta gritando histérica entre sus brazos.

—Oye, tú —lo interpeló el agente.

Blake liberó sus labios de los de la chica y se giró hacia la calle lo justo para poder ver al policía, mostrando sólo una sombra de su perfil. Esperaba que el agente no pudiera ver la goma que llevaba pegada a la cara.

—¿Qué pasa? —replicó Blake.

—Mira, amigo, los dos sabemos lo que es esa chica. Lo único que puedo decirte es que te asegures de utilizar un condón, ¿de acuerdo?

La prostituta se zafó de los brazos de Blake.

—¡Eh! —gritó.

El policía se rió.

Blake la cogió de la cintura y se dispuso a llevársela hacia la calle Nueve. La chica gritó una obscenidad y escupió en dirección al policía.

—Es peleona —dijo éste—. ¡Recuerda lo que te he dicho!

—Gracias, agente, lo siento mucho —respondió Blake sin mirar atrás.

Suspiró aliviado al oír que la bicicleta se alejaba. Cogió a la chica y le inmovilizó la mandíbula con el puño.

—Ni una palabra más antes de llegar a mi casa o se acabó el trato. Si vemos otro policía haz como si fueras mi novia y cállate la jodida boca. ¿Está claro?

—¿Has oído lo que ha dicho? —respondió la chica—. Como si yo tuviera alguna clase de enfermedad...

—Seguramente la tienes.

La joven echó la mano hacia atrás para darle una bofetada, pero él la agarró por la cintura y la estrujó hasta causarle una mueca de dolor.

—Ni una palabra —repitió Blake.

Tiró de ella hasta que quedó a su lado.

Se alegraba de que ahora estuviera callada, sacando el labio inferior como si hiciera un mohín. Cruzaron Bonanza y pasaron por el edificio de la Metro, en el centro. Estaban en mitad de la noche, pero había policías yendo y viniendo entre las palmeras que flanqueaban la entrada. Notó que la chica se ponía tensa y le susurró:

—No te preocupes por eso. Tú sigue andando.

Era como esconderse a plena vista. Se preguntó qué pensaría Jonathan Stride cuando descubriera que Blake había estado viviendo a sólo unas manzanas de la jefatura central. Fieles a las formas, nadie los miró, ni a él ni a la chica, cuando pasaron por delante del edificio y continuaron hacia el final de la calle Nueve. Llegaron a un callejón estrecho limitado por un muro de piedra cubierto de *graffiti*. A su izquierda había un patio con restos de rótulos de casino abandonados: el lugar donde los viejos neones de la ciudad iban a oxidarse y morir. La hizo entrar en el callejón, que estaba oscuro y desierto, y ella lo miró, de nuevo asustada. Empezó a retorcerse para escapar, pero él la sujetaba con fuerza.

Aquella zona parecía un panal de callejones sin salida. Se veía el fulgor ocasional de algún cigarrillo en los negros espacios entre las casas decrepitas. Había otras señales de vida: toses, conversaciones entre dientes, gente que no quería que la encontraran. Se quedó en mitad del callejón, y ahora la chica se pegó a él.

Cuatro manzanas más abajo, giró por su calle. Se detuvo, observando cuidadosamente, oliendo, escuchando. Aquí ya no había ningún dispositivo de vigilancia, y aunque ya se lo esperaba convenía andarse con ojo. Subió hasta el segundo piso del bloque de apartamentos de color marrón chocolate, que estaba a un paso de convertirse en ruinas. Vio ropa colgada de los balcones. Había una motocicleta aparcada cerca de una puerta. Una triste palmera descendía casi hasta la acera.

—Vamos —le dijo él.

Blake la empujó al interior del edificio y subieron las escaleras hasta la segunda planta. Su apartamento estaba en la parte de atrás. En el pasillo, se detuvo otra vez y escuchó. Había un televisor encendido en el primer apartamento y oyó las risas enlatadas de una telecomedia. Una pareja hacía el amor en otro de los pisos, y oyó unos gemidos exagerados.

—Oye, creo que la conozco —dijo la chica alegremente.

—Cállate y sigue.

Repasó todos los chivatos que había dejado en la puerta de su apartamento: una hebra en la bisagra y un pelo pegado cerca del suelo. Todo estaba sin tocar; no había entrado nadie. Abrió la puerta e hizo pasar primero a la chica de un empujón. Con la puerta ya cerrada, le dio al interruptor.

—El dormitorio está ahí —dijo, señalando una puerta en la pared de la derecha—. Entra y quítate la ropa.

—¿Y mi dinero? —preguntó la chica.

Blake suspiró, buscó en su cartera y sacó ocho billetes de cincuenta dólares. A la chica le brillaron los ojos.

—¿Cuatrocientos pavos? ¡Increíble! Eres el mejor. Voy a cabalgarte todo el tiempo que seas capaz de aguantar, ¿sabes?

—Entra, desnúdate y espérame.

—De verdad que no necesitas condón: no tengo nada.

Blake hizo un gesto con la mano en dirección al dormitorio y la chica se apresuró a entrar, con el dinero bien aferrado en su mano.

Blake escudriñó el apartamento, calculando lo que iba a necesitar. Ya tenía su pistola, que recargó rápidamente, su cuchillo y un teléfono móvil robado. Cogió un nuevo rollo de cinta de embalar para sustituir la que había dejado en el coche robado. Miró a su alrededor para comprobar si había alguna prueba que tuviera que destruir, pero decidió que ahora no importaba.

Ya no iba a volver.

Blake cogió la caja de plástico que había sacado en una máquina de chicles. En su interior sonaron dos dientes humanos. Hizo unos juegos malabares con ellos, miró sus raíces puntiagudas y pensó otra vez en Amira. Había recorrido un largo camino desde el día en que la vio por primera vez en aquella revista y puso al fin un bello rostro a la voz que llevaba toda la vida

oyendo en su cabeza.

Podía verla ahí, en el tejado del Sheherezade. Su cuerpo desnudo en el agua fría de la piscina. Imaginó sus gritos desesperados pidiendo una ayuda que nunca llegó.

Ahora, él estaba dispuesto a responderle.

Sólo quedaba una última cosa que hacer.

Blake fue al dormitorio. La chica estaba tumbada encima de la cama, curvando su cuerpo desnudo sobre las sábanas arrugadas. Los senos apenas le sobresalían del pecho y tenía unos pezones como picaduras de mosquito. Sacudió sus piernas abiertas.

—¿Estás listo, cariño?

Blake se sentó en la cama, a su lado. Ella le dedicó una gran sonrisa adolescente, y entonces él le tapó la boca con una mano y le pegó el cañón de la pistola en la frente, entre sus ojos aterrorizados.

Capítulo 40

Stride cerró los ojos y quiso gritar.

Habían recibido una llamada: un agente caído. El tendero que había telefoneado señalaba a Blake como autor, y Stride y una docena más de coches habían llegado al lugar en cuestión de minutos. Hasta que llegó a la tienda no averiguó la identidad del agente al que habían disparado.

Amanda.

Le entraron ganas de vomitar. Le dolía como si alguien le hubiera clavado un cuchillo de sierra en el estómago y éste le hubiera destrozado la caja torácica hasta encontrarle el corazón.

Stride haba perdido a otros policías en cumplimiento del deber, algunos de ellos buenos amigos, pero nunca a un compañero. En el poco tiempo que habían estado juntos, Amanda había calado en él de una forma especial, como si llenase el vacío que Maggie había dejado en Minnesota. No entendía su sexualidad, pero tampoco le importaba. Era lista y divertida. Y desamparada. A Stride le gustaban los desamparados. Tenía más simpatía por las prostitutas y las camareras de aquella ciudad que por los jefes de casinos con sus trajes de cinco mil dólares o los turistas borrachos y las ratas de convenciones en busca de un objetivo fácil.

Amanda.

El abatimiento se apoderó de su cerebro. Se apoyó contra la pared de la tienda y sintió que sus pérdidas se reproducían en su mente como una película triste.

Si hubiera sido más rápido que Blake. Si hubiera disparado en el aparcamiento del Limelight.

Ése había sido el problema durante toda su vida: no podía liberarse de la culpa. Sus remordimientos se aferraban a él para siempre y se fosilizaban en una pétrea coraza.

No había llegado lo bastante deprisa para verla. Los enfermeros ya estaban cerrando la puerta de la ambulancia cuando él aparcó junto al bordillo. Sus caras lo decían todo. Tensas y lívidas. Una batalla contra el tiempo, una batalla contra la muerte, y ambas estaban perdidas. No esperaban que llegase con vida al hospital.

Estaba enfadado con Amanda por haber ido allí. Era una idea brillante la de seguir el rastro de Blake a través de las tiendas de *donuts*. Los pequeños detalles siempre eran la perdición de los criminales más listos, aunque se tratara de algo tan simple como una debilidad por la crema. Stride deseaba haber pensado antes en ello, y casi se preguntaba si ésa era la causa de que el autor olvidara el recibo de una compra en Reno: una provocación, una clave. Para ver si lo pillaban. «Pero ¿por qué no pediste refuerzos, Amanda?». ¡Era una lección tan básica! Una de las normas en la academia: nunca te metas tú solo en una situación de alto riesgo; no te hagas el héroe. Y ella lo sabía.

Pero Stride también adivinaba el motivo. Amanda sabía que Blake era listo y que los habría descubierto antes de que ellos le vieran llegar. Cualquiera que hubiera sobrevivido a los extremistas de Afganistán podía olerse una trampa de la policía local. Sólo tenían una oportunidad, una sola visita a la tienda, para cogerle. Amanda no había querido joder aquella ocasión única, así que actuó por su cuenta.

Y también estaba lo otro: el poder restregárselo por las narices a los agentes que trataban de echarla a la fuerza. Para demostrarles quién era y de qué era capaz. El ego. No podía culparla por sentirse de ese modo, pero la culpaba igualmente.

—Podrías haberme llamado, Amanda —murmuró en voz alta.

«Pero Blake te conoce», le pareció oírla justo detrás de él.

La puerta de la tienda se abrió y salieron dos agentes uniformados. No vieron a Stride a su izquierda. Se detuvieron allí fuera y encendieron unos cigarrillos, y el aroma del humo llegó hasta él y le llenó los pulmones del anhelo más intenso que había sentido en todo un año. Se miró las manos, que

estaban temblando. Las ansias se convirtieron en necesidad, como si su alma estuviera completamente seca y nada del mundo pudiera volver a llenarla salvo un cigarrillo. Podía saborearlo en sus labios, inhalarlo en su pecho.

—¿Me dais uno? —preguntó.

No los reconoció, ni ellos a él. El más alto, más o menos del tamaño de Stride, con el pelo negro y bigote, asintió y sacó un cigarrillo extra de su paquete. Stride lo cogió y se inclinó para encenderlo con el mechero de aquel hombre.

—Gracias.

La primera calada fue como el paraíso. Como un coro de ángeles. No podía creer que hubiera pasado todo un año sin ello.

—¿La conocías? —preguntó el policía, señalando hacia la tienda con un gesto de cabeza.

Stride asintió. Frunció los labios y expulsó una nube de humo. Dios lo perdonaría, aunque Serena no. Lo necesitaba.

—Es duro, pero al menos así ese bicho raro ha salido del cuerpo, ¿no? —añadió el policía.

Stride oyó un rugido en su mente. Observó la sonrisa del hombre. Se miró el cigarrillo en la mano y de pronto le pareció algo feo y extraño. Una tos áspera mezclada con náuseas acechaba en el fondo de sus pulmones, lista para salir a borbotones y dejarle sin aliento. Tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—Mierda, tío, éstos son caros —dijo el policía.

Stride lo agarró por la camisa y tiró de él con tanta fuerza que sus pies se separaron del suelo. El agente cayó hacia atrás contra el muro de la tienda, y el cráneo y los hombros chocaron contra el estucado. Aturdido, sacudió la cabeza y cayó de rodillas. Stride cerró la mano en un puño, dispuesto a lanzarlo como un mazo contra la cara del hombre. Se agachó para agarrarlo otra vez, pero el tercer policía se interpuso entre ellos.

—¡Atrás, atrás! —le gritó a Stride—. ¿Estás loco?

Lo empujó con fuerza por el pecho, pero Stride no se movió. Sus pies habían echado raíces en el suelo. El policía vacilaba y Stride supo que se estaba preguntando si iba a sacar su pistola.

—¡Vale ya! —le dijo el agente—. Es un bocazas y puede ser muy gilipollas, ¿de acuerdo? Ha sido una estupidez decir eso.

Stride se alejó. Estuvo a punto de cruzar la calle, pero al otro lado había un montón de curiosos. Dio la vuelta y se dirigió a la esquina de la manzana. Ahí había un aparcamiento vacío; sobre la grava había una furgoneta con paneles retroiluminados, con fotos de mujeres despampanantes. Era el típico vehículo que no hace nada más que circular de un lado a otro del Strip, anunciando números de teléfonos de empresas de acompañantes para turistas. Acompañantes que no se parecían en nada a las mujeres de las fotografías.

Otro juego de apariencias en una ciudad de timadores.

Stride se sentó en el parachoques de la furgoneta y deseó rabiosamente no haber tirado el cigarrillo. Sacó su móvil y llamó a Serena, que respondió de inmediato.

—Han disparado a Amanda —le dijo.

—No.

A continuación le dio los detalles. Estaban rastreando las manzanas circundantes, en busca de testigos que condujeran hasta Blake.

—¿Está...? En fin, ¿cuál es el pronóstico? —preguntó Serena.

—No muy bueno.

—Lo siento, Jonny —y añadió—: No te culpes. No podrías haber hecho nada.

—Ya lo sé.

—Mierda, me gustaría estar contigo. Esto me vuelve loca.

—Te mantendré al corriente.

Colgó y trató de quitarse de encima esa sensación de desespero. Al apartarse del camión vio que alguien corría desde la esquina. Era Cordy. Estaba sin aliento, y lo llamó al divisarlo.

—¡Stride! Te estaba buscando...

Stride pensó en el desprecio que Cordy había mostrado por Amanda y sintió que la rabia volvía a crecer en su interior. Tenía la mandíbula tan apretada que no estaba seguro de poder hablar.

—¿Qué? —dijo entre dientes.

Cordy se paró de golpe al adivinar las emociones de Stride. Su boca se

redujo a una delgada línea y pareció auténticamente arrepentido.

—Escucha, lo sé, lo sé. Y lo siento, tío, ¿de acuerdo? Lo siento por muchas cosas. Me siento como una basura, de verdad. Amanda es tan policía como cualquiera de nosotros.

Stride asintió. Respiró hondo.

—¿Qué pasa?

—Han llamado al 911. Una prostituta de cerca de Harris Avenue. Ya sabes, esa conejera indeseable cerca de la jefatura central. Dice que ha visto a nuestro hombre llevarse a otra chica de la calle y entrar con ella en un edificio.

Stride frunció el ceño.

—¿Una puta? ¿Blake? Eso no tiene sentido.

—A lo mejor piensa que necesitará un rehén.

—¿Está segura?

Cordy asintió.

—Sí, sí. Jura del derecho y del revés que es el mismo tío. Dice que ha visto el retrato por toda la ciudad.

—¿Tenemos alguna dirección? ¿Un número de apartamento?

—El número no, pero el edificio sí. —Recitó la dirección de memoria—. Hacen falta huevos, ¿eh? Ese tío se ha escondido tan cerca de nosotros que podríamos haberle salpicado al mear por la ventana.

—¿Cuánto hace que lo ha visto esa mujer?

—Cinco minutos, quizá diez.

Stride empezaba a entender lo que había sentido Amanda. Las ganas de ir allí solo. De encontrarse con Blake mano a mano, solamente ellos dos, para poder exigir venganza para Amanda y todos los otros que habían muerto. El policía en el aparcamiento del Limelight. Peter Hale. Tierney Dargon. MJ Lane. Alice Ford. Stride podía ver el rostro de Blake y su sonrisa arrogante cuando sus miradas se encontraron. Quería llegar cuanto antes a aquel bloque de apartamentos e irrumpir dentro, cabalgando en una oleada de furia y adrenalina.

Quince años atrás, tal vez hubiera cometido ese error. Igual que Amanda.

—Voy a llamar a Sawhill —manifestó con calma—. Le necesitamos aquí.

Cordy asintió.

—Ajá. Podríamos acordonar la zona.

—Bien. Quiero coches patrulla a dos manzanas del edificio en cada intersección grande. Pero ni luces ni sirenas. Todo en silencio, ¿de acuerdo? Y que se mantengan fuera de la calle en cuestión. Hemos de impedir que nadie de ese edificio vea a ningún policía.

—Tendremos que movernos deprisa. No sabemos cuánto tiempo se quedará ahí.

—Exacto. Estableceremos una base en Harris dentro de diez minutos, y podemos quedar ahí con Sawhill para trazar nuestro plan.

—¿No deberíamos hacer un reconocimiento? —preguntó Cordy.

Stride se lo pensó.

—Sí, intenta ver si podemos conseguir a una agente de antivicio, alguien camuflada como una prostituta. Que se pasee por delante del edificio y localice un sitio desde el que pueda echar un vistazo a la fachada. Pero no demasiado cerca: si Blake está controlando la calle, no queremos que se asuste.

Cordy ya tenía el móvil en la mano mientras se alejaba.

Stride regresó hacia la tienda de *donuts* y encontró su Bronco. Quería estar presente cuando se formara el cordón en Harris.

Si Blake se quedaba toda la noche, si se creía seguro, tal vez entonces podrían cogerlo rápidamente, con la mínima violencia.

Por qué la chica, pensó Stride. Sabía que algunos asesinos iban en busca de sexo después de matar, pero no creía que eso encajara con el perfil de Blake. A lo mejor Cordy tenía razón y Blake quería un rehén. Fuera como fuese, aquello complicaba el asalto. Les haría ir más lentos, mientras decidían cómo actuar con un tercer actor en escena. A lo mejor era eso con lo que Blake contaba.

Capítulo 41

Normalmente a Serena le encantaba el silencio de su casa, porque era un descanso del ruido de la ciudad. Era una de las ventajas de Las Vegas: que podías escapar del barullo de la gente y de las máquinas. En casa, Jonny y ella apagaban a veces el estéreo y se sentaban en la oscuridad para saborear unos momentos de calma.

Pero esta noche sentía el silencio como una amenaza. Le estaba crispando los nervios.

Cuando colgó el teléfono pensó en Amanda. Había percibido el dolor en la voz de Jonny. Nunca había conocido a Amanda realmente, a fondo, pero ella sabía mejor que nadie el efecto que Stride causaba en las mujeres: se enamoraban de su carácter bondadoso y de su humanidad. Y él, a su vez, deseaba envolverlas con sus grandes brazos y ser su protector. Algunas mujeres odiaban eso, pero la mayoría deseaba perderse en alguien así. Sabía que Jonny y Amanda no habían tardado en congeniar como compañeros y que él sentía su pérdida tan profundamente como si fuera ella misma, o Maggie, a quien hubieran disparado. Y eso la ponía un poco celosa.

Serena se dirigió a la puerta de entrada, la abrió y salió al porche. Tenía los sentidos en máxima alerta, y el miedo le recorrió la médula espinal. Escuchó atentamente y escudriñó cada detalle que rodeaba su casa. Ningún movimiento. La luz cenital del garaje caía sobre su Mustang descapotable en el camino de entrada. El laberinto de calles del complejo vallado estaba vacío, salvo por las siluetas espigadas de las palmeras. Ningún coche desconocido. Ningún faro. Estudió las sombras en ambas esquinas de la casa. Empezaron a sudarle las palmas al darse cuenta de que había dejado la pistola

dentro y de que allí, desarmada, era un blanco perfecto. Pero estaba sola.

Volvió al interior y dio vuelta al cerrojo. Se aseguró de que la alarma estuviera conectada. Mientras subía las escaleras pensó en apagar las luces, pero decidió dejarlas como estaban: así, cualquiera que estuviera ahí fuera la creería todavía despierta. Esta vez, se llevó el arma con ella.

Se sentía culpable por encontrarse allí, segura. Jonny estaba en la calle, a la caza de Blake, y ella debería estar a su lado. Rezó en silencio para que Stride no se dejara llevar por las emociones, para que no hiciera una tontería como había hecho Amanda e intentara coger a Blake por su cuenta.

«No mueras, Jonny. No me dejes». Era así de sencillo.

Pero no había nada sencillo.

Pasó por el cuarto de invitados donde estaba durmiendo Claire. Se detuvo allí y escuchó. Su mano asió el tirador y lo giró silenciosamente. Para controlarla, se dijo a sí misma, para asegurarse de que estaba bien. Pero era mentira. Lo que quería hacer era entrar y dormir al lado de ella. Tocarla. Hacer que revelara sus secretos. Serena se dio cuenta de que era igual que Jonny: deseaba rodear a Claire con sus brazos para protegerla.

Soltó el picaporte y éste emitió un fuerte chasquido. Serena se estremeció. Continuó a toda prisa en dirección a su propio dormitorio y cerró la puerta detrás de ella.

El ventilador de techo removía el aire fresco por toda la habitación. Aun así, estaba acalorada. Encendida. Dejó la pistola en la mesita de noche al lado de la cama y colocó el teléfono móvil al lado. Se quitó la ropa y se metió en el cuarto de baño el tiempo suficiente para prepararse para ir a la cama y tomar una ducha breve. Aún tenía la piel húmeda cuando regresó al dormitorio. Dejó la ropa para el día siguiente en el respaldo de una silla, por si necesitaba vestirse rápidamente por la noche, y luego se tumbó desnuda encima de las sábanas.

Apagó la lámpara de la mesita de noche y la habitación quedó a oscuras. Estaba tumbada de espaldas, con los ojos abiertos. La soledad de la estancia resultaba opresiva.

Tap, tap, tap.

Se quedó helada; sonó otra vez: unos golpecitos en el cristal de la

ventana. Tap, tap, tap.

Serena saltó prácticamente de la cama, con el corazón acelerado. Fue a por la pistola, corrió a la ventana, y apartó las cortinas. Una luz tenue penetró desde las farolas del exterior. Allí donde el resplandor se reflejaba en la ventana, una polilla blanca se peleaba con el vidrio, agitando las alas. Al cabo de unos segundos ganó altura y se alejó volando.

«Bien, Serena —pensó para sí misma—. Disparando a las polillas».

Dejó las cortinas abiertas y volvió a la cama, donde el rayo de luz del exterior se proyectó sobre su cuerpo.

A medida que su corazón se fue calmando empezó a caer presa del sueño. Trató de mantenerse despierta, por si acaso Jonny volvía a llamar, pero cuanto más se esforzaba por mantener los ojos abiertos a base de mirar el ventilador de techo, más la hipnotizaba éste, hasta que los ojos se le cerraron del todo.

Los sueños fluyeron. O más bien las pesadillas, de aquellas en que la perseguían, en que unos pasos retumbaban a su espalda y ella corría hacia alguien invisible. Se encontraba en el desierto, de noche, y podía oír serpientes de cascabel, y alas de halcón, y un zumbido de jabalinas, y una respiración en la oscuridad cerca de ella, acompasada y profunda.

Algo la despertó. No supo qué había sido. Cuando echó una ojeada al reloj vio que llevaba una hora dormida. ¿Había oído algo? Un clic. Pasos. ¿Era real? Miró el dormitorio a su alrededor y vio un fantasma, una sombra junto a la puerta cerrada. Al entornar los ojos y observar con más atención, la sombra se movió. Había alguien en su habitación.

Serena se sintió paralizada y expuesta, desnuda bajo la luz del exterior. Se dispuso a coger de nuevo su pistola.

—¿Quién está ahí?

Oyó la voz de Claire en la oscuridad.

—Soy yo, Serena.

Claire avanzó unos pasos, hasta que la luz la encontró. También ella estaba desnuda.

Fue hasta Serena y se tumbó a su lado en la cama sin que nadie se lo pidiera. Las dos estaban boca arriba, contemplando el techo.

—Lo siento, no podía dormir —dijo Claire—. ¿No has oído algo antes?

—He supuesto que eras tú en el pasillo.

—No, otra cosa.

Atendieron, a la escucha. Serena conocía cada crujido y cada gemido de las vigas de su casa, y no oyó nada inusual.

—Son imaginaciones mías —dijo Claire.

—Procura dormir.

Serena se tumbó de lado, lejos de Claire. Podía ver la hora brillando en el reloj. Casi las dos de la madrugada. Se preguntó dónde estaría Jonny y cuándo regresaría a casa con ella. Quiso cerrar los ojos, pero ahora estaba desvelada, y profundamente consciente de que tenía a Claire detrás. La oyó respirar con suavidad; también ella estaba desvelada. Un frágil silencio se instaló entre ellas, a la espera del próximo movimiento.

Claire también se colocó de lado. Sin ser invitada, deslizó su cuerpo sobre la cama y se pegó contra la espalda de Serena, acoplando su piel a la de ella. No dijo nada. Serena sintió el aliento de Claire en breves soplos sobre su nuca, y su cabello rubio le hizo cosquillas en la oreja. Los pezones de Claire estaban erectos. Serena los notaba en su espalda. Su piel era tersa allí donde ella la tocaba.

—¿Estás bien? —murmuró Claire.

—Sí.

El brazo de Claire rodeó el cuerpo de Serena y descansó levemente sobre su estómago.

—Eres muy suave.

—Tú también.

Los labios de Claire rozaron su nuca, besándola. Era tierno y erótico. Permanecieron así tumbadas varios minutos, intimando, sin moverse ni hablar. Serena podía sentir la calidez, el amor y el deseo que emanaban de la mujer que estaba detrás de ella.

—Nunca he sentido nada parecido —le dijo Claire.

—Es agradable —contestó Serena, cerrando los ojos ante su pobre respuesta.

Claire le estaba diciendo que la amaba. Y ella no quería darse cuenta.

—Tienes un cuerpo precioso. Tan fuerte. Puedo sentir lo fuerte que eres.
Serena no se sentía fuerte en absoluto.

Los dedos de Claire cobraron vida y comenzaron a rozar suavemente el estómago de Serena. Estaba tanteando, esperando a ver si Serena la detenía.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Claire.

—No sé lo que quiero.

No decir que sí. Ni decir que no.

—Me parece que sí lo sabes —respondió Claire.

Su mano pareció volar, y cuando descendió de nuevo se ahuecó sobre el pecho de Serena. Ésta se tensó y Claire se detuvo.

—¿Demasiado rápido?

—Demasiado todo.

—Puedo marcharme.

Serena sintió el calor de la mano de Claire sobre su pecho.

—No, no te vayas.

Aquella mano empezó a deslizarse hacia abajo. Serena se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

—Relájate —le dijo Claire—. Deja que ocurra.

Se abrió camino entre sus piernas.

—¿Te gusta esto?

Serena se oyó a sí misma suspirar de placer.

Ahora sólo quedaba una cosa por hacer: dejar que Claire se introdujera en ella y la encontrara húmeda y anhelante. Abrir las piernas y dejar que ella la llevara al clímax con unas cuantas caricias circulares. Era lo único que hacía falta. Así de cerca estaba.

Notó cómo el dedo corazón de Claire la exploraba y oyó el arrullo de satisfacción en la garganta de ésta al descubrir su excitación, al notar que sus pliegues se humedecían y se tersaban.

Serena se mordió el labio y gimió.

Y luego la cegó la luz de la habitación al encenderse.

Capítulo 42

La camioneta negra retumbaba calle abajo, despacio, como si el conductor buscara algo en los edificios colindantes. Pero llevaba los faros apagados. La pintura desconchada del lateral decía: «Meadows: material y uniformes para casinos», aunque faltaban algunas letras. Fue hasta un stop al otro lado de la calle del apartamento de Blake y esperó allí con el motor en marcha.

Stride estaba encajonado en la parte de atrás junto con otros once policías blindados. Todos hombres. La tensión y la adrenalina contenida bullían en el aire. Sawhill había decidido pasar a la acción y estaban esperando luz verde para entrar.

Oyó hablar por los auriculares.

—La calle está despejada. No hay civiles. Podemos salir.

Era el conductor de la camioneta.

Sawhill respondió por radio:

—Tammy, ¿estás de acuerdo?

Tammy era una agente secreta que llevaba más de una hora vigilando el edificio de Blake desde otro inmueble de enfrente.

—Sí, no hay civiles. Es lo bueno de hacer esto en plena noche, chicos.

—Alonzo, ¿algún movimiento ahí atrás?

—Negativo.

Alonzo había ocupado su puesto en un patio de atrás del edificio y estaba observando el apartamento de Blake.

—¿Luces en el interior?

—Negativo.

—Muy bien, equipo, manteneos alerta.

En la furgoneta continuaron a la espera, ansiosos por empezar. Los chalecos se habían calentado y sus cuerpos estaban muy apretados.

Habían tenido un golpe de suerte poco después de acordonar las calles circundantes: un hombre de origen vietnamita que volvía a casa de su trabajo en un casino del centro se había acercado a ellos para que le permitieran acceder a su casa. Resultó que vivía en el edificio de Blake, al que había podido identificar por el retrato robot, además de señalar la ubicación exacta de su apartamento, en el segundo piso y en la parte trasera del pasillo, y proporcionarles un mapa detallado del edificio en sí.

La orden del juez había llegado hacía un cuarto de hora. Estaban listos para entrar en acción.

La voz de Sawhill crepitó en la radio.

—Una vez más, chicos: entramos cuatro por detrás, Rodríguez y Holtz por el norte, y Han y Baker por el sur. El balcón de nuestro hombre está justo en el centro del edificio, contando tres tanto desde el norte como desde el sur, ¿entendido? Estad preparados si intenta salir por un lateral.

Varias voces gruñeron afirmativamente desde la furgoneta.

—Lee, Salazar, Alexander, Odom, Stride y Ángel, vosotros sois el equipo de asalto. Cruzad el vestíbulo rápido y en silencio; luego Lee y Salazar cogéis la puerta, Alexander y Odom entráis primero, Stride y Ángel vais detrás. Recordad que puede haber un sujeto inocente con el delincuente. Tenéis una salita al entrar, y un dormitorio y una cocina en la pared sur.

—Recibido —replicó Stride.

—Kwan y Davis, vosotros sois la retaguardia. Kwan, tú coges el pasillo de arriba y mantienes a todos los inquilinos dentro de sus casas. Davis, tú eres el refuerzo en la parte delantera.

—Entendido.

—Daré la señal dentro de un minuto.

Los segundos pasaban despacio. A Stride le dio tiempo a pensar otra vez en Amanda. Y en Serena. A lo largo de su carrera había estado en un número limitado de redadas importantes, en su mayoría relacionadas con las drogas. Siempre eran arriesgadas.

La voz de Sawhill llegó sin ímpetu a través de la radio.

—Adelante.

Las puertas traseras de la camioneta se abrieron con sus bisagras engrasadas, y el equipo se precipitó al exterior. Para ser hombres tan robustos, se movían con gracia y rapidez. Los cuatro primeros se fueron por su lado, dos hacia el flanco izquierdo rodeando la parte trasera del edificio y otros dos repitiendo la maniobra por el lado derecho. Todos llevaban armas automáticas. Stride avanzó con su equipo de seis, cruzó la calle al trote y siguió por la acera hasta la entrada del inmueble. La puerta exterior estaba abierta. Alexander y Odom, armados con rifles de asalto, iban los primeros; se adentraron en el edificio y luego hicieron señas a los de atrás para indicar que el camino estaba despejado. Los dos policías empezaron a subir las escaleras lentamente hasta el segundo piso; su peso hacía crujir los peldaños de madera.

Stride oyó una voz en su radio.

—Aquí atrás estamos en posición.

Dos policías con arietes siguieron escaleras arriba. Stride y Cordy eran los siguientes. El último hombre mantuvo su posición en lo alto de la escalera mientras los demás continuaban por el pasillo, pegados a las paredes. Stride oyó algunos sonidos en los apartamentos por los que pasaba. Era noche cerrada. Contó cinco puertas a cada lado, y enfrente de ellos, a menos de tres metros de distancia, había otra idéntica en el extremo del pasillo.

La puerta de Blake.

Intentaban moverse en silencio, pero resultaba casi imposible. El inmueble era de construcción barata y los suelos gruñían bajo el peso de seis hombres corpulentos dirigiéndose a la parte de atrás. Si Blake estaba despierto y alerta, los oiría llegar. Alexander y Odom apuntaron con sus rifles al apartamento de Blake y siguieron avanzando, conscientes de que no podían acercarse en silencio. Stride vio una mirilla en la puerta de Blake y se preguntó si estaría ahí, observándolos. Pero si lo estaba, tenía que saber que se encontraba atrapado y vencido.

Cuando Stride pasaba por delante de uno de los apartamentos de la izquierda, la puerta se abrió de repente hacia dentro.

Se giró, y ya estaba levantando el arma cuando vio a una anciana en el

umbral, con los ojos adormilados. Llevaba una bata blanca muy estropeada. Al ver a Stride abrió la boca aterrorizada, y le faltó un segundo para gritar antes de que él la empujara otra vez al interior y le cubriera rápidamente la boca con la mano.

—Esperad —susurró en su radio. Y luego le dijo a la mujer—: Policía, señora. No pasa nada. Quédese en su casa y no abra la puerta.

Ella asintió convulsivamente. Stride le sonrió y volvió a salir al pasillo. Cerró la puerta con un suave clic.

—Adelante.

Alexander y Odom ocuparon sus puestos a ambos lados de la puerta de Blake. Stride fue a la izquierda, detrás de Alexander, y Cordy a la derecha, siguiendo a Odom. Esperaron. No se oía nada en el interior, y ninguna luz se filtraba por debajo de la puerta.

Alexander había alzado tres dedos. Luego volvió a cerrarlos en un puño y los levantó otra vez, uno por uno.

Uno. Dos. Tres.

Los dos arietes golpearon la puerta al mismo tiempo, y ésta cedió de inmediato. Alexander y Odom franquearon el umbral e irrumpieron en el apartamento con los rifles en alto. Stride y Cordy los siguieron. Todos gritaron al unísono: «¡Policía!».

Dieron la vuelta a la pequeña sala de estar en menos de cinco segundos, pero estaba vacía. Uno de los hombres gritó que la cocina estaba despejada. La única habitación que quedaba en el apartamento era el dormitorio, y la precaria puerta barnizada que conducía a él estaba cerrada. Alexander no esperó el ariete: simplemente arremetió con su pierna, que era como el tronco de un roble, y echó la puerta abajo, arrancándola de sus goznes y proyectándola al interior de la habitación.

Entró como un torbellino.

—¡Rehén en la cama!

Stride lo siguió al interior del dormitorio. Había una adolescente atada a las cuatro patas de la cama. Estaba desnuda y con los brazos y las piernas extendidos, y tenía una camiseta enrollada y atada alrededor de la boca. Sus ojos estaban abiertos como platos, intentó gritar, y forcejeó con la atadura

que la retenía.

—¡Despejado! —gritó Alexander tras comprobar el armario y el cuarto de baño—. ¡Ese hijo de puta no está aquí!

La voz contrariada de Sawhill respondió por radio:

—¿Que no está ahí?

—Negativo.

—Rodríguez, Holtz, decidme que lo tenéis ahí atrás.

—Lo siento, señor; aquí no hay nada, ningún movimiento.

Sawhill estaba exasperado.

—¡Teníamos ese sitio vigilado cinco minutos después de la llamada al 911! ¿Adónde ha ido? Empezad a ir puerta por puerta, comprobad cada apartamento.

—¿Y la orden judicial? —preguntó Alexander.

—Hay un asesino múltiple suelto por el edificio. ¡Hacedlo!

Stride interrumpió en la radio.

—Déme treinta segundos, señor: hablaremos con la chica. —Hizo un gesto en dirección a la puerta—. Alexander, dame una camisa de ésas, ¿de acuerdo?

El corpulento policía cogió una camisa y se la pasó a Stride, que la usó para cubrir a la chica sobre la cama. Era pequeña y la camisa le llegaba desde la base del cuello hasta casi las rodillas.

—Tranquilízate, ¿de acuerdo? —dijo Stride—. Ahora estás bien.

Se sacó un pequeño cuchillo del bolsillo y cortó la tela que ataba con fuerza sus delgadas muñecas a las patas de la cama. Ribetes de un rojo profundo le desgarraban la piel, y la cuerda presentaba manchas de sangre allí donde ella había luchado por liberarse. En cuanto la soltó, se incorporó de un brinco y le echó los brazos al cuello. Se puso a sollozar, con la nariz sobre su chaleco de Kevlar.

Stride la dejó llorar unos segundos y luego la apartó suavemente.

—¿Dónde está? —le preguntó.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—¿Cuándo ha dejado el apartamento?

—Hace un rato. No lo sé. Más de una hora, creo. Tenía miedo de que volviera.

Stride no creía que Blake volviera allí nunca.

—¿Qué ha pasado cuando te ha traído a su casa?

—Me ha hecho desnudar. Luego me ha atado a la cama y me ha obligado a hacer una llamada. Me apuntaba a la cabeza con una pistola y me decía exactamente lo que tenía que decir. En cuanto he hecho la llamada, me ha amordazado y se ha ido.

—¿Qué llamada? —preguntó Stride.

De pronto comprendió y lo invadió el horror.

—Al 911. Me ha hecho llamar fingiendo que lo hacía desde fuera, ¿sabes?

—¿Has sido tú quien ha llamado al 911?

La chica asintió muy seria.

Stride sacudió la cabeza.

—Mierda. —Habló por radio—: La llamada al 911 era un farol, señor. Blake se la ha hecho hacer a la chica y se ha largado después de colgar. Lleva tiempo fuera, una hora o más, mientras nosotros nos perseguíamos la cola.

Sawhill, que no maldecía nunca, estuvo muy cerca de hacerlo.

—No puedo creerlo. Comprobad los otros apartamentos de todos modos, sólo para asegurarnos.

Alexander asintió.

—Entendido, señor.

—Seguramente tiene un escondite de reserva en la otra punta de la ciudad —dijo Sawhill—. Vigilad las denuncias de coches robados en este barrio: puede que se haya procurado otro vehículo para llegar allí.

Stride estaba a punto de responder cuando se puso a pensar: Blake había empezado a meterse en su cabeza. No esperaba encontrarse con Amanda en la tienda de *donuts*, así que tenía que actuar deprisa para sacarse a la pasma de encima. El cerco se iba estrechando y, tarde o temprano, pensaba traer a la policía hasta aquí. Necesitaba una distracción para poder fugarse. Blake estaba ganando tiempo.

Demasiado tiempo, comprendió Stride. No necesitaba invitar a los

agentes a una falsa redada para escaparse. Lo que estaba intentando era entorpecerlos, mantenerlos ocupados.

Así podría emprender la última mano del juego.

Stride sintió que se le helaba todo el cuerpo.

—El muy hijo de puta...

Había hablado por radio y Sawhill respondió:

—¿Qué? ¿Qué dice?

Stride se arrancó el auricular. Se sacó el teléfono móvil del bolsillo y marcó. La señal tardó una eternidad en llegar, una fracción de aire estancado y de silencio que iba y venía. Mientras esperaba, empezó a tener pesadillas en plena vigilia.

El teléfono sonaba. El teléfono de su casa. Donde estaban Serena y Claire.

—Cógelo —rogó.

El teléfono siguió sonando. Nadie respondía.

Stride corrió hacia la puerta.

Capítulo 43

Cuando Serena pudo ver otra vez después de que sus ojos se adaptaran a la luz deslumbrante, supo que iba a morir: Blake estaba de pie en el umbral apuntándole directamente a la cabeza con una Sig Sauer.

—Siento interrumpir —dijo.

Una fría sonrisa afloró a su rostro. En sus ojos se reflejaba la excitación, mientras miraba a las dos mujeres entrelazadas en la cama.

En su mente, Serena empezó a lamentarse. Porque nunca había ido a Hawai. Porque nunca había podido tener hijos, aunque a lo largo de los años se había convencido a sí misma de que no le importaba. Porque Jonny las encontraría así, juntas, desnudas, y comprendería que lo había traicionado. Porque sus debilidades eran más fuertes que ella. Porque no sabría cuánto lo quería.

Su mirada saltó a la mesita de noche y en un instante calculó el tiempo que le llevaría abalanzarse sobre su arma y disparar. Mucho. Demasiado.

Blake observaba su mirada.

—Por favor, no lo hagas. No me obligues a matarte.

—Como si no fueras a hacerlo de todos modos.

Serena lo miró desafiante y se puso un brazo sobre el pecho, cubriéndose los senos.

—Mantengamos la calma —dijo Blake—. Claire, sal de la cama y ponte al otro lado de la mesita.

Claire vaciló, y Serena le cogió una mano y se la apretó.

—Todo irá bien —le dijo.

Una mentira.

Claire hizo lo que le mandaban.

—Bien —dijo Blake—. Ahora, con dos dedos, coge la pistola de la mesita y dámela.

Claire cogió el arma como si fuera un pez muerto en la playa y dejó que la culata colgara de sus dedos. Blake mantuvo su mirada y su pistola apuntando a Serena todo el tiempo. Cogió el arma de Claire y se la guardó en el cinturón.

—Vestíos —les dijo.

Claire no se movió, sino que esperó hasta que Blake la miró. Los ojos de éste recorrieron su cuerpo desnudo de arriba abajo, y entonces parpadeó como si se hubiera violentado. Serena pensó que era una reacción sorprendentemente humana para un asesino múltiple.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó Claire.

—Eres la hija de Boni —soltó él.

—¿Y sabes en qué me convierte eso? —siguió preguntando. Lo miraba con insistencia—. Lo sabes, ¿verdad? Tienes que saberlo.

La compostura de Blake mostró una pequeña grieta.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo puedes hacerlo?

Serena esperó a ver si Blake contestaba. Parecía haberse quedado sin palabras.

—Vestíos las dos.

—Mi ropa está en la otra habitación —dijo Claire.

—Ponte algo de ella. Vamos, daos prisa. Sin movimientos bruscos.

Serena se preguntaba qué diablos pretendía hacer. ¿Para qué vestirse? Creía que las mataría a las dos al instante, pero Blake parecía estar siguiendo un plan más elaborado. Eso estaba bien. Cuanto más tiempo siguiera con vida, más oportunidades tendría de escapar o de vencerlo.

Sacó las piernas fuera de la cama mientras seguía intentando cubrirse. Rápidamente se puso la ropa que había dejado sobre una silla: bragas, camiseta y vaqueros. Abrió dos cajones de su armario y sacó ropa para Claire, que era más baja y menuda que Serena. Las prendas le venían holgadas y Claire se arremangó las perneras.

—¿Adónde vamos? —preguntó Serena.

Blake no respondió. Se sacó un rollo de cinta de embalar del bolsillo trasero y se lo pasó a Claire.

—Átale bien las muñecas.

Serena miró a Claire; sus ojos se encontraron. Serena extendió las manos, con las palmas juntas.

Claire parecía paralizada. Tenía la cinta en sus manos pero no se movía.

—¡Hazlo! —ordenó Blake.

Los ojos de Claire apuntaron lejos, a algo que había más allá de Serena, y luego volvieron a ella. Lo hizo otra vez. Y otra. Dirigiendo la atención de Serena hacia algo.

Ésta tardó solamente un segundo o dos en comprender.

Su mesita de noche. Su teléfono móvil.

—No puedo creer que confiara en ti —dijo Claire con aspereza.

—Lo siento.

—¡Dijiste que me protegerías!

—¡Callaos! —insistió Blake.

—¿A ti? —preguntó Serena—. ¡Eres una pequeña zorra arrogante! ¡Podías haberte escondido detrás del dinero de papá, y en vez de eso haces que me maten a mí también!

—¡Que te jodan! —chilló Claire, dando un paso adelante y poniendo sus manos sobre el pecho de Serena para empujarla violentamente hacia atrás.

Serena perdió el equilibrio, tropezó con la mesita al caer y tiró al suelo todo lo que había encima. Al caerse la lámpara se hizo pedazos la bombilla, y libros y llaves se desperdigaron sobre la alfombra. Serena se dio la vuelta para aterrizar de cara, pero ya tenía el teléfono móvil localizado al darse con él en las rodillas.

—¡Arriba! —gritó Blake—. ¡Ni una palabra más!

—¡Que te jodan a ti también! —replicó Claire.

Giró sobre sus talones y tapó parcialmente a Serena al agacharse y empezar a luchar con ella. Blake saltó adelante y tiró de Claire por el pelo. Ésta siguió arañando para liberarse.

—¡Basta!

Blake empujó a Claire lejos y disparó su pistola contra una almohada. La detonación hizo vibrar las paredes y una gran nube de plumas invadió el dormitorio, volando y flotando sobre las dos mujeres.

—La próxima bala matará a Serena —advirtió.

Ambas quedaron paralizadas. Claire estaba llorando.

—Lo siento.

—Levántate —le dijo Blake a Serena.

Ésta volvió a ponerse en pie, con las mejillas encendidas.

—Y ahora átale las manos —le repitió Blake a Claire.

Ésta asintió dócilmente y empezó a envolver las muñecas de Serena con la cinta.

—Más fuerte —le indicó Blake—. Que llegue más arriba.

Claire frunció el ceño y tensó más las siguientes vueltas; continuó enrollando la cinta hasta llegar casi a los codos de Serena. Ladeó la cabeza y se las arregló para levantar una ceja mirándola, y ella respondió con un leve gesto. El esbozo de una sonrisa asomó y desapareció del rostro de Claire.

Cuando acabó, Serena tenía los brazos inmovilizados delante de ella con las manos colgando más abajo de la cintura.

—Y ahora la cara. Amordázala. ¡Hazlo!

Claire cogió un último pedazo de cinta y le cubrió la boca a Serena.

—Tumbala en la cama —dijo Blake.

Al ver que Claire vacilaba, se interpuso entre las dos y empujó bruscamente a Serena, que aterrizó de espaldas en la cama, con la parte superior del cuerpo incapaz de moverse. Observó a Blake atar también a Claire y amordazarla a su vez.

—Vamos —les ordenó—. Adelante, vosotras primero. Si intentáis cualquier cosa moriréis las dos, y quizá también alguna otra persona inocente.

Cogió a Serena por el hombro y la obligó a ponerse en pie. Ésta salió del dormitorio con Claire pisándole los talones. Avanzaron por el pasillo y bajaron las escaleras hasta la planta baja. Blake pasó delante y abrió la puerta. Salió al porche; sus ojos saltaban de un lado a otro. Con un gesto de cabeza, las incitó a salir y luego a bajar los peldaños que las separaban de la calle.

Un viejo Impala blanco estaba aparcado en el bordillo, bloqueando el

Mustang de Serena.

De algún modo Blake se las había apañado para robar el coche y las llaves. O quizás había estado reservando otro vehículo para la jugada final. Utilizó el mando a distancia del llavero para abrir el maletero. A Serena se le encogió el corazón otra vez, y tuvo visiones de Blake llevándoselas a las dos y arrojándolas al desierto para que se pudrieran. O enterrándolas vivas. Sus deseos de venganza eran tan hondos que cualquier cosa era posible.

—Al maletero —dijo—. Deprisa.

Serena intentó doblar la cintura y acomodarse dentro, pero con los brazos atados apenas podía moverse. Blake se colocó detrás de ella y, cogiéndola por la camiseta y el cinturón, la levantó en volandas como a un maletín y la arrojó dentro. Su cara impactó contra la dura superficie y notó el sabor de la sangre en la boca; trató de tragársela rápidamente para no ahogarse. Al intentar moverse, su cabeza golpeó el techo. Rodó hacia la parte de atrás y, dos segundos después, el vehículo se balanceó cuando Blake tiró también a Claire al interior. Oyó un lamento amortiguado. El cuerpo de Claire quedó encajonado con el suyo.

Blake cerró el maletero de golpe.

Un velo negro y claustrofóbico envolvió a Serena. Apenas era capaz de moverse, imposible hablar. Lo único que podía hacer era escuchar.

Y notar el teléfono móvil atrapado en el interior de sus vaqueros.

Oyó que se abría la puerta del conductor, pero los siguientes ruidos no parecían tener sentido: un grito, un alarido y una detonación. Un repiqueteo cuando la pistola de Blake cayó al suelo. El vehículo volvió a balancearse, como si algo grande y pesado golpeará el Impala por encima de ellas. Como si algo chocara, resbalara y cayera.

Le llevó un rato entender que aquel sonido era Blake, al que habían lanzado sobre el techo del coche.

Capítulo 44

Leo Rucci rodeó la parte frontal del Impala, donde Blake se encontraba en el suelo, asombrado y aturdido. Éste se dio cuenta de que tenía las manos vacías: su pistola había desaparecido. Se llevó la mano a la cintura, donde tenía el arma de Serena, y la sacó, pero el impacto había entorpecido su capacidad de reacción y no fue lo bastante veloz. Al sacar la pistola, Leo se la arrebató de una patada y ésta se deslizó por el pavimento como si patinara sobre hielo, y acabó cerca de una de las palmeras que delimitaban el bordillo.

—Muy bien, nenaza, ahora sólo estamos tú y yo. ¿Crees que podrás con un viejo?

A medida que la niebla se dispersaba en la cabeza de Blake, vio las manos gigantes de Rucci en su camisa, alzándolo del suelo e incrustándole la cara contra la puerta trasera del coche. La sangre brotó de su nariz y su cerebro parecía golpear contra los laterales del cráneo. El mundo daba vueltas.

—Mataste a mi hijo. Lo asesinaste como a un perro. Ahora me voy a asegurar de que se te rompan todos los huesos del cuerpo antes de acabar contigo de una vez.

Leo le dio la vuelta a Blake. La ventanilla del Impala estaba manchada de sangre. Leo echó el puño hacia atrás y arremetió contra él, pero Blake se había recuperado lo bastante para agacharse. Leo asestó el golpe a la ventanilla en su lugar y esbozó una mueca de dolor. Blake aprovechó aquel momento para tratar de liberarse, pero Leo aún lo tenía asido por el hombro con mano de hierro: le cogió el cuello y lo levantó del suelo.

Blake no podía respirar: los gruesos dedos de Leo le robaban el aire.

Agarró la mano de aquel hombre e intentó apartarla, pero era como tratar de ahuyentar a una boa constrictor enrollada en el cuello con su abrazo mortífero. Con una sonrisa, Leo envió un martillazo al abdomen de Blake. Éste notó que los pulmones se le hinchaban mientras el aire acumulado intentaba escapar sin tener adónde ir. Se sentía como si se hubiera tragado una granada de mano y ésta hubiera estallado en su interior; como si le estuvieran cortando el pecho desde dentro.

Estaba empezando a perder la conciencia. Notaba un zumbido en sus oídos y parecía que un millón de vasos sanguíneos estuvieran estallando a la vez. Blake se retorció. Siguió buscando la mano de Leo y no encontró nada.

—Esto sólo es el principio —dijo Leo—. Ni siquiera estamos cerca de acabar. Cuando te desmayes, te llevaré a un sitio privado muy bonito.

Una imagen penetró en el cerebro de Blake: un objeto largo y liso. Ni siquiera podía verlo ya, pero podía sentir el frío tacto del acero. Su cuchillo. Seguía en su bolsillo de atrás. Blake renunció a liberar su garganta de las garras de Leo y en lugar de eso empleó sus últimos segundos de conciencia en llevarse la mano a la espalda. Sus miembros ya no parecían estar conectados. Todos los mensajes que enviaba su cerebro eran confusos. Siguió buscando su bolsillo sin encontrarlo, y sus dedos empezaron a agitarse espasmódicamente.

Finalmente tocó el mango del cuchillo. Tuvo un instante de lucidez cristalina y su mano se hundió para cogerlo, lo agarró y lo sacó. En un solo y desesperado giro, hundió la hoja en el antebrazo de Leo y escuchó al hombre gruñir de dolor como un oso herido. Los dedos de Leo soltaron el cuello de Blake y el preciado aire comenzó a entrar. Mientras su rival daba traspiés, a Blake se le aclaró la mente y proyectó con furia su bota contra la rodilla de Leo. El viejo se desplomó de lado, como un árbol caído.

Blake aún tenía el cuchillo.

Se abalanzó, apuntando la próxima estocada al pecho del contrincante. Éste lo vio venir y le cogió la muñeca cuando el filo ya descendía. Su agarre era resbaladizo y flojo a causa de la sangre que tenía en la mano, y Blake se apartó fácilmente y lo volvió a pinchar. La punta de la hoja le rebanó el hombro, pero antes de que Blake pudiera infligir un daño mayor, Leo utilizó

su otro brazo como un bate de béisbol y ahuyentó a su adversario. Blake rodó varias veces y se levantó tambaleante.

Rucci logró ponerse en pie. Tenía los dos brazos bañados en sangre. Su andar era vacilante, pero le hizo un gesto a Blake para que se acercara.

—Vamos, nenaza. ¿Necesitas un cuchillo para ganar a un viejo? Vamos, inténtalo otra vez.

Blake no se dejó provocar, sino que se contuvo, jadeando, intentando recuperar fuerzas y aclararse la mente. Mantenía el cuchillo apuntando delante de él.

Leo dio un paso al frente.

—Nenaza, más que nenaza. Gino te habría aplastado en una pelea.

—Tendrías que haber visto cómo le reventó la cabeza cuando le disparé —replicó Blake para mosquearlo—. Igual que un coco con pelos.

Leo atacó, mugiendo de rabia. Blake dio un paso a un lado y blandió otra vez su cuchillo, acertando en los músculos carnosos debajo del omóplato de Leo, donde clavó la hoja brutalmente hasta introducir toda la empuñadura. Leo echó la cabeza hacia atrás y gritó. Blake intentó bajar el cuchillo para rasgarle los órganos, pero el otro se zafó y a él se le escapó el mango. Leo se balanceó ciegamente y le dio a Blake en un lado de la cabeza con su sólido y ondulante puño. Blake sintió que todo volvía a dar vueltas y cayó al suelo a cuatro patas.

Notó algo metálico bajo sus dedos: las llaves de su coche, tiradas en el suelo. Se las guardó en la mano y trató de ponerse en pie.

A su espalda oyó un sonido como si alguien sorbiera o succionara. Era Leo, que se estaba sacando el cuchillo. Blake dio la vuelta, perdió el equilibrio y se sostuvo en un costado del Impala. Leo y él se miraban con cautela el uno al otro. La sangre empapaba la camisa de Rucci, que estaba débil y pálido. Pero seguía contando con una ventaja importante respecto al tamaño, y ahora tenía el cuchillo. La mano de Leo era tan grande que el arma parecía minúscula en su garra.

Blake retrocedió arrastrándose, todavía apoyado en el coche. Leo lo seguía paso a paso. Los ojos de Blake escudriñaron el pavimento en busca de su pistola, pero se dio cuenta de que la había perdido en alguna parte al otro

lado del coche. Leo pareció leerle la mente. Mientras Blake reculaba hacia el maletero, su rival avanzaba, dirigiéndose a la parte frontal del coche.

Si la pistola estaba a la vista, Leo la cogería primero.

Se miraron mutuamente desde esquinas opuestas del Impala, Blake en la derecha de atrás y Leo en la izquierda de delante, cerca del faro. Blake vio que Leo barría con los ojos el bordillo y el camino de entrada, y que luego sus labios dibujaban una sonrisa torcida. Confiada. Repulsiva. Sus miradas volvieron a encontrarse, y Blake supo que Leo había hallado la pistola. Observó al viejo alejarse poco a poco del vehículo en dirección a la zona ajardinada frente a la casa de Serena.

Blake pulsó un botón en el mando a distancia de las llaves del coche. Con un suave chasquido, el cierre del maletero se abrió.

Leo lo observó con desconcierto, y entonces comprendió. Dio la vuelta y, con un gemido de dolor, se inclinó para recuperar la pistola.

Blake levantó la puerta del maletero y se agachó, esperando que una bala atravesara el metal. Vio los ojos parpadeantes y aterrorizados de Claire mirándolo desde abajo. Con ambas manos la sacó del maletero con un gesto preciso y luego volvió a cerrar. Dio la vuelta a la chica y le rodeó la garganta con un brazo. Le puso la otra mano encima de la cabeza para sujetarle el cráneo con fuerza.

Al principio no vio a Leo. Retrocedió, inquieto por la idea de que el viejo se hubiera arrastrado al otro lado del coche para tenderle una emboscada. Mantenía a Claire delante de él y podía sentir su miedo: temblaba en su lazo como un pajarillo.

Leo se irguió. No se había movido. Seguía cerca de la parte frontal del Impala, pero ahora tenía la pistola y estaba apuntando a Blake.

—Suéltala.

—¿Quieres arriesgarte a disparar y matarla a ella? Adelante. —Blake comenzó a empujar a Claire frente a él mientras rodeaba el Impala. Seguía teniendo las llaves en la mano—. Tira la pistola, Leo. Lánzala lejos. —La duda se reflejaba en los ojos de éste—. Le romperé el cuello, Leo. Un golpe seco y se habrá ido.

Claire forcejeó frenéticamente en sus brazos, presa del pánico. Él la

sostuvo con firmeza.

—Y tú también —le dijo Leo—. Si la matas, yo te mato a ti.

—Y a ti te mata Boni por dejar que muera su hija. ¿Es lo que quieres? ¿Quieres ser tú quien le diga a Boni que dejaste morir a su hija delante de tus narices? ¿Quieres fallarle de ese modo?

El rostro de Leo rebosaba frustración. Blake sabía que quería disparar y no podía. Además, las heridas aún le sangraban y no se mantendría en pie por mucho más tiempo. Blake siguió avanzando en dirección a la portezuela del conductor.

—Tírala, Leo. Si la tiras, ella vivirá.

Con un bufido de rabia, Leo arrojó la pistola detrás de él, fuera de alcance.

—Sabia decisión —dijo Blake—. Y ahora aléjate del coche. Nos vamos, Leo.

Rucci retrocedió. Lo hizo despacio, volviendo sobre sus pasos alrededor de la parte frontal del coche y calle abajo. Tenía las manos en alto y la mirada sombría de ira y dolor.

—No tienes buen aspecto, Leo. Será mejor que llames a una ambulancia cuando nos hayamos ido.

Leo continuó retrocediendo. Blake abrió la puerta del coche y metió a Claire dentro, empujándola al asiento del copiloto. Él se colocó detrás del volante y cerró la puerta, sin apartar la vista de su rival. El viejo parecía que se estaba desmoronando. El pecho le palpitaba al respirar con dificultad. Sus pasos eran erráticos. Ya ni siquiera miraba a Blake o el coche. Se tambaleó hacia atrás, chocó contra una palmera cerca del bordillo y se inclinó adelante, apoyando las manos sobre las rodillas. La sangre empezó a brotar de su boca.

Blake puso el coche en marcha. Dio marcha atrás y giró en dirección a la calzada. Al enderezar el volante vio a Leo alzar otra vez la mirada; con sangre en la barbilla, el viejo sonrió y su rostro cobró vida. Lo había fingido: los jadeos, tambalearse, estar a punto de caer... Blake se dio cuenta finalmente de que Leo había ido a retirarse a la palmera que estaba a unos centímetros de la pistola de Serena. Rucci, ignorando su propio dolor, fue a por ella y al cabo de un momento ya tenía el arma en la mano y la estaba

blandiendo, apuntando al parabrisas del Impala.

—Agáchate —le dijo Blake a Claire.

Orientó el coche hacia Leo y pisó el acelerador. El motor rugió y el vehículo salió disparado con un chirrido de neumáticos. Mantuvo una mano en el volante y viró a la izquierda, oyendo la detonación de la pistola al mismo tiempo que estallaba el parabrisas y esparcía cristales por todo el coche, cubriéndolos a Claire, a él y a los asientos de afilado confeti. El coche dio una sacudida cuando el parachoques impactó contra Leo. Un segundo después, el vehículo se detuvo de golpe y los airbags se abrieron, protegiéndolos cuando sus cuerpos fueron proyectados hacia delante. Desplegadas las bolsas, vio que Claire rebotaba contra el asiento del copiloto.

Blake miró a través del parabrisas destrozado.

El coche estaba pegado a la palmera. Leo se encontraba atrapado entre el vehículo y el árbol, con la parte inferior del cuerpo machacada. La pistola se le había caído de las manos. Aún estaba vivo, aunque agonizaba, y le devolvió a Blake la mirada feroz de un hombre que ha sido derrotado en una batalla que lo significa todo para él. Lágrimas de agonía rodaron por sus mejillas, pero no se lamentó ni pronunció palabra.

Blake salió del coche. Recuperó el arma de donde había caído. Leo seguía sus movimientos, impotente e incapaz de moverse.

—Lo has hecho muy bien, Leo —le dijo Blake con admiración sincera—. Gino estaría orgulloso de ti.

Leo trató de escupirle, pero no pudo.

Blake echó un vistazo al coche y vio que Claire lo estaba mirando. Se sorprendió sintiendo algo cercano a la piedad. Se metió la pistola en el cinturón y fue al otro lado del Impala. Abrió la puerta y Claire pareció derramarse en sus brazos.

—¿Estás herida? —le preguntó.

Dejó que se pusiera en pie y, aunque se tambaleaba, no parecía tener ninguna lesión. Con todo, estaba demasiado aturdida para caminar y Blake la cogió y la llevó a cuestras de vuelta al maletero. Lo abrió y la tumbó en su interior al lado de Serena, con toda la delicadeza de que fue capaz. Volvió a cerrar el maletero y regresó al lado de Leo.

—Sé que el dolor debe de ser espantoso —dijo Blake.

Leo no lo miró.

—Los ojos abiertos o cerrados, Leo. Tú eliges.

Leo volvió la cabeza en lo que parecía un esfuerzo sobrehumano. Tenía los ojos abiertos. Blake asintió, le apuntó el arma a la cabeza y disparó.

Capítulo 45

Serena buscó las manos atadas de Claire y se las sujetó con firmeza. Cuando se oyó la detonación fuera del coche, supo que Claire estaba gritando detrás de la cinta que le amordazaba la boca; pudo oír su llanto amortiguado mientras enterraba la cara en el hombro de Serena, en el lóbrego y reducido perímetro del maletero. Notó la humedad de las lágrimas a través de su camiseta. Claire se aferró a sus manos con tanta violencia que estuvo cerca de rasgarle la piel con las uñas.

Notó que el coche se sacudía cuando Blake volvió a subirse; luego se movieron, y sus cuerpos rebotaron libremente mientras el Impala avanzaba por el camino de entrada del complejo residencial hasta la calle. Serena reconoció la curva familiar. Esperaba que alguien hubiera oído los disparos y llamado al 911, aunque sabía que ya llevarían fuera un buen rato para cuando acudiera un coche patrulla.

Serena estaba magullada y dolorida. Salió disparada hacia delante cuando el coche paró de golpe en un stop, y se dio con la cabeza contra la pared del maletero. Le dolían los brazos de tenerlos tan rígidos y en la misma postura, y algo —¿un gato para cambiar neumáticos?— le había golpeado de lleno la rodilla. El hueso le palpitaba de dolor.

Desenredó sus dedos de los de Claire y se giró de espaldas, aterrizando sobre su omóplato. Antes había descubierto que los brazos le daban el juego suficiente para doblarlos por los codos y llevarse las manos a la boca. Sus dedos se aferraron a la cinta que la amordazaba, y se la arrancó lenta y dolorosamente. Liberada la mandíbula, se la frotó y respiró hondo varias veces, llenándose los pulmones de aire. Estaba sudando. Dentro del maletero,

hacía tanto calor que se mareaba.

El coche pasó por un bache en el camino, y su frente impactó bruscamente contra el techo. Maldijo en voz baja.

Serena apoyó el pie izquierdo en el suelo y se dio impulso para volver a quedar de lado, de cara a Claire. Encontró las manos de ésta.

—Claire, escúchame —le susurró—. Seguramente puedes subir las manos hasta la cabeza y quitarte la cinta. ¿Puedes intentarlo?

Esperaba que Claire tuviera la fortaleza suficiente, tanto mental como física, para hacerlo.

La soltó y notó que Claire se contorsionaba para colocar los brazos y acercarse los dedos a la boca. Se quitó la cinta rápidamente y Serena la oyó jadear.

—Mierda, cómo duele.

Las dos se rieron. Serena se alegró de que Claire sonara calmada y ya no desesperada. Se acercó a rastras y puso la boca junto al oído de Claire.

—Tenemos que ser lo más silenciosas posible. ¿Qué ha pasado ahí fuera?

—Era Leo —dijo Claire—. Creo que Blake lo ha matado.

—¿Te ha herido?

—No. Pero he pasado un miedo de muerte.

Serena acarició con la mejilla la suave piel del rostro de Claire.

—No pasa nada. Vamos a salir de ésta.

«Ya está, pequeña».

Serena tuvo una extraña sensación de libertad. De fortaleza. Como si le hubieran dado una segunda oportunidad, una manera de compensar el pasado. De salvar a Deidre salvando a Claire.

—¿Sabes adónde nos está llevando? —preguntó Serena.

—No tengo ni idea.

Serena no quiso especular, pues ninguna opción resultaba atractiva. Había intentado seguir el rastro de las curvas y los stops una vez estuvieron en la calle, pero la ruta enseguida se volvió muy confusa. Todavía estaban en una parte concurrida de la ciudad, ya que se oía un montón de tráfico aunque ya era noche avanzada.

—Siento haberte metido en esto, Serena —le dijo Claire.

—No has sido tú.

Claire se quedó un instante en silencio.

—Lo que ha pasado antes entre nosotras...

—No hablemos de eso ahora.

—Necesito saber si te arrepientes —dijo Claire.

—No, no me arrepiento. —Serena sabía que tenía que cambiar de tema—. Ha sido muy inteligente lo que has hecho ahí con Blake. Empujarme y gritarme...

—¿Lo has cogido? ¿Has cogido el teléfono?

—Sí. Tienes que pasármelo. Me lo he metido en el bolsillo.

Serena apartó los brazos cuanto pudo y las manos de Claire exploraron sus vaqueros, hasta que sus dedos se toparon con el duro revestimiento del teléfono móvil.

—¿Puedes deslizarte un poco más abajo? —pidió Claire.

Serena descendió, doblando las rodillas para tener más espacio cuando sus pies golpearon el lateral del coche. Notó los dedos de Claire en su cintura, introduciéndose en su apretado bolsillo. Resultaba de una intimidad extraña estar haciendo eso en la oscuridad, en el tórrido interior de un coche. Tenía los senos de Claire casi en la cara. La camiseta se le enganchaba a la piel como pegamento.

—Normalmente disfrutaría con esto —susurró Claire.

—Sssh...

Claire encontró el móvil y lo deslizó entre sus palmas. Al intentar pasarlo a las manos de Serena, se le cayó en algún lugar entre las dos.

—¡Mierda! —se quejó—. Tengo las manos resbaladizas.

En aquel momento el coche cogió una curva pronunciada y se encontraron rodando y serpenteando por el angosto espacio. El teléfono también rodó. Serena perdió el sentido de la orientación debido a la oscuridad y no supo qué dirección habían tomado ni lo que era delante y lo que era detrás. Estaba desubicada.

—¿Claire?

—Estoy aquí.

Serena trató de rodar cerca de ella.

—Tenemos que encontrar el móvil.

Ejecutaron una torpe danza mientras intentaban darse la vuelta y penetrar en la oscuridad del maletero. Serena frotó las piernas por el suelo enmoquetado, esperando notar el fino rectángulo del teléfono. Claire hizo lo mismo. Serena empezó a sentir que el tiempo apremiaba y se preguntó cuánto tardaría Blake en llegar a su destino. Pero el teléfono parecía haberse desvanecido.

—¿Nada? —susurró.

—No.

El coche volvió a girar y sus cuerpos se movieron. Sin saber muy bien por qué, Serena tuvo la intuición de que ya casi habían llegado, y a lo largo de los años había aprendido a confiar en su sexto sentido. El camino por el que avanzaban ahora era más accidentado, como si hubiera grava sobre el pavimento. Había dejado de oírse ruido exterior. Ya no estaban en una calle transitada.

—Hay que darse prisa.

—Lo tengo, lo tengo —respondió Claire—. Cerca de mi cara. Ha ido a parar ahí con la última curva.

—Trata de poner las manos encima antes de que volvamos a girar.

Serena oyó que Claire se movía y se dirigió hacia su voz. Dobló otra vez los codos, llevándose las manos junto a la cara. Se acercó más y notó con los dedos el antebrazo de Claire, que estaba inmediatamente delante de ella. Siguió la suave piel hasta llegar a las manos, y fue un alivio notar el teléfono móvil acurrucado entre sus dedos. Claire lo sujetaba con fuerza.

—Muy bien, afloja sólo un poquito —ordenó Serena. Metió los dedos en la mano de Claire y los cerró alrededor del teléfono. Era pequeño y familiar—. Lo tengo.

Claire soltó un suspiro de alivio.

El coche giró en otra curva y Serena se aferró al móvil y procuró apoyarse en alguna parte para evitar deslizarse. Claire impactó contra ella. Serena casi soltó el teléfono, que se zarandeó en sus manos, aunque luego sintió que volvía a asentarse en ellas. Recorrió el teclado con las yemas de los dedos y trató de imaginar la posición de cada número. Eran unas teclas casi

planas y apenas notaba su tacto.

Pulsó lo que creía que era el número dos, la tecla de marcación rápida para llamar al número de Jonny.

No ocurrió nada.

Serena probó con otra tecla y obtuvo el mismo resultado. Finalmente recordó que había apagado el teléfono al cogerlo del suelo de su dormitorio, por si alguien la llamaba y delataba lo que escondía en el bolsillo.

—Mierda, está apagado —exclamó.

Buscó la tecla que encendía el teléfono y la pulsó. Al hacerlo, notó que el coche empezaba a circular sobre un terreno con surcos que hacía tambalearse el vehículo. Los frenos chirriaron y el coche dio una sacudida y se paró.

El teléfono se iluminó. Empezó a buscar cobertura.

—Vamos, vamos —apremió Serena.

Oyó que se abría la puerta del conductor y que Blake salía. Sus pasos crujían sobre la grava.

—Deprisa —dijo Claire.

Serena pulsó otra vez el botón del número dos y contuvo el aliento. Blake casi estaba en el maletero. El teléfono empezó a dar señal.

Capítulo 46

Stride avanzó por el camino de entrada del complejo residencial y supo que algo iba mal, pues la verja estaba abierta de par en par. Vaciló y su miedo se acrecentó al oír sirenas aproximándose desde las calles adyacentes.

Volvió a llamar al móvil de Serena, como llevaba haciendo sin parar durante todo el camino desde el centro. No hubo respuesta. También volvió a intentarlo con el teléfono de casa, y oyó la voz de Serena al saltar el contestador. El vacío de su estómago se transformó en un horrible martilleo en su cabeza. Aceleró por las calles sinuosas y pasó de largo el laberinto de casas.

Cuando llegó a su calle, vio un cuerpo que yacía bajo la luz de una farola. Un hombre grande, desplomado como una ballena varada. Stride salió del coche, con el motor todavía en marcha. El hombre estaba boca abajo, medio fuera del bordillo, y su sangre goteaba dentro de la alcantarilla. Acababa de morir. Aún podía olerse la pólvora quemada. Stride se agachó y vio el agujero en la frente del hombre, y a pesar de los regueros rojos en su cara supo que era Leo Rucci.

Había alimentado la vaga esperanza de que fuera Blake.

Stride corrió a la casa con una visión atroz de lo que encontraría dentro. La puerta estaba abierta. Sacó su pistola y la alzó mientras atravesaba despacio el umbral. Se quedó quieto a la espera de escuchar voces o algún movimiento en el piso de arriba, pero no oyó nada. Cuando echó un vistazo automáticamente a la caja de la alarma en la pared, vio que la habían desconectado. Fue como si el corazón se le volviera de plomo y se le cayera a los pies.

Estuvo a punto de gritar el nombre de ella, pero se retuvo. Blake aún podía estar ahí.

Stride siguió silenciosamente la pared hacia las escaleras y aguardó, otra vez a la escucha. Miró el pasillo vacío y subió los peldaños hasta el segundo piso. Las puertas de las tres habitaciones de arriba estaban entornadas. La primera, el despacho, no la habían tocado. La segunda era el cuarto de invitados, y vio la ropa de Claire en el suelo. Comprobó el cuarto de baño y el armario y no vio nada extraño.

Sólo quedaba su dormitorio, al final del pasillo.

Se quedó mirando la puerta sin querer atravesar el umbral. Olisqueó el aire con temor, pero se sintió aliviado al no captar el aroma mineral de la sangre. Podía ver parte de la cama ahí enfrente, con las sábanas arrugadas.

Si allí había alguien, ya lo habrían oído llegar.

—¿Serena? —gritó, sin esperar respuesta.

Stride empujó la puerta lentamente con la punta del pie y entró con la pistola por delante. Su mirada barrió la habitación en un instante, y el corazón recuperó su ritmo normal al ver que no había ningún cuerpo en el suelo. Pero algo había ocurrido. La lámpara de la mesita de noche estaba encima de la alfombra, y la propia mesita inclinada contra la pared. Había objetos desperdigados por el suelo: un cepillo, un libro, un pintalabios...

¿Una pelea?

Qué más daba. Ellas no estaban.

Stride volvió a bajar las escaleras y trató de reconstruir los hechos. Si Blake no las había matado allí, ¿qué había hecho con ellas? Su *modus operandi* era el asesinato, no el secuestro. Si se las había llevado, ¿por qué lo había hecho? ¿Y adónde?

Stride salió otra vez al aire de la noche. Las sirenas se acercaban. Pronto llegaría la policía, y no quería estar ahí. Cada segundo que pasaba ponía a Serena y a Claire en un peligro mayor.

Regresó a su Bronco. Al dar la vuelta y dirigirse a la calle, oyó que sonaba su teléfono móvil. Se lo sacó del bolsillo y vio el nombre de Serena en la pantalla.

—¿Dónde estás?

Serena quedó petrificada. Oyó en su oído la voz desesperada de Jonny al contestar. Como Blake había llegado al maletero, creyó que lo abriría y una bocanada de aire entraría mientras lo veía a él echándoseles encima.

—Espera, Jonny —dijo entre dientes.

Escuchó y comprendió que Blake había seguido caminando tras pasar de largo. Se encontraba en algún lugar cercano, y oyó ruido de metal, como si alguien pasara una cadena por los orificios de una verja.

—¡Serena! —oyó al teléfono.

—Estoy aquí, estoy aquí —susurró.

—¿Dónde estás? —repitió él.

Serena sabía que las emociones los estaban sobrepasando a ambos. Debía mantener el control. Relatar los hechos. No disponían de mucho tiempo antes de que regresara Blake.

—Todavía no lo sé. Claire y yo estamos en el maletero de un Impala blanco. —Le dijo la matrícula—. Hemos circulado unos veinte minutos y ahora nos hemos parado.

—¿Estáis heridas? —le preguntó Stride.

—No. Algo magulladas, pero estamos bien. Ha matado a Rucci.

—Ya lo sé, he visto el cuerpo. ¿Sabes qué dirección ha tomado?

—Creo que rumbo al este, pero no he podido seguir la pista.

—¿Sabes qué está haciendo? —quiso saber Stride.

—No, aunque parece la jugada final.

—¿Cómo te encontraré?

Serena pensó en ello.

—No lo sé.

—Si dejas el móvil encendido, a lo mejor puedo hacer que la compañía telefónica rastree la señal —sugirió Stride.

—Eso llevaría demasiado tiempo, Jonny.

—Lo sé.

Serena escuchó. Blake estaba haciendo algo ahí fuera. Oyó un chirrido metálico.

—Suenan como si estuviera abriendo una verja. Creo que vamos a entrar en algún sitio. No cuelgues.

Oyó los pasos de Blake al volver. Serena vaciló de nuevo, preguntándose si las haría salir del maletero, pero en lugar de eso él continuó hasta la puerta del conductor y se metió dentro.

—Ha vuelto al coche —murmuró Serena—. No creo que nos quede mucho tiempo.

—¿Puedes dejar la línea abierta?

—Lo intentaré. Estamos atadas. Tal vez pueda sostener el teléfono sin que él lo vea.

Estaban avanzando otra vez. El Impala se movía despacio, pero el suelo, accidentado, hacía traquetear el coche. Serena sentía como si un boxeador le estuviera propinando mazazos en los riñones. Oyó a Claire quejarse de dolor a su lado. Circularon durante menos de un minuto, y el coche se detuvo.

—Creo que ya está. Ahora tengo que estar callada, Jonny. No sé lo que podrás oír. Si encuentra el teléfono, intentaré gritar algo antes de que lo apague.

—Te encontraré.

La puerta del conductor se abrió y Blake se acercó al maletero. Serena oyó un clic cuando el cierre cedió. Al abrirse la puerta sintió como si pudiera volver a respirar. El aire caliente de fuera parecía fresco comparado con el sofocante interior. Estuvieran donde estuvieran apenas había luz, y aun así Serena bizqueó mientras sus ojos se adaptaban a algo distinto de la oscuridad absoluta. Vio la silueta de Blake por encima de ellas. Detrás de él, estrellas en el firmamento.

Blake se inclinó y cogió a Claire por la parte superior del cuerpo y la alzó para sacarla del maletero. Tenía las piernas entumecidas y no se sostenía, y él tuvo que sujetarla. Claire se volvió, levantó la vista y, al ver dónde estaban, ahogó una exclamación.

Serena entrelazó los dedos, ahuecando las manos para ocultar dentro su móvil. Esperaba no cortar la comunicación sin querer. Blake se sacó la pistola del cinturón y la apuntó.

—No intentes nada, por favor.

Serena asintió.

—Será más sencillo si me doy la vuelta.

—Hazlo.

Se colocó boca abajo. La cara y el pecho quedaron aplastados contra el suelo del coche, mientras mantenía las manos entre las piernas, agarrando el teléfono. Notó que Blake la cogía del cinturón y de la camiseta y la levantaba de mala manera por encima del borde del maletero. Se quedó así colgada un momento y entonces él le cogió una pierna y se la movió, hasta que ésta quedó fuera del coche y casi en el suelo. Volvió a levantarla por la camiseta y ella pudo dar un traspié sobre la grava.

Se dio la vuelta y alzó la mirada hacia el lóbrego hotel.

—Bienvenidas al Sheherezade —dijo Blake.

Capítulo 47

Era una belleza arruinada, despojada, lista para que los artificieros hicieran su trabajo. Donde otrora estuviera la entrada principal, habían perforado una abertura irregular de más de dos pisos de altura en la pared del edificio, como si el monstruo de algún cómic hubiera entrado por allí a saco. Las ventanas de las plantas inferiores se habían roto, y los huecos estaban vacíos. Serena podía ver las columnas del interior, que habían perdido sus ornamentos, reducidas a basto hormigón donde se habían insertado cargas de dinamita cuidadosamente calibradas.

Más arriba, el hotel tenía el aspecto que había tenido siempre. Si hubieran encendido las luces, sería el mismo lugar por delante del cual ella había pasado cientos de veces en las dos últimas décadas. Hubo un tiempo en que fue una joya, pero de eso hacía mucho. Ahora se veía empequeñecido por otras torres. Incluso antes de que llegaran los obreros, ya mostraba su edad. Veinte pisos sostenidos por la nostalgia y por los ecos. La voz de Sinatra. El silbido de la ruleta. Parejas de recién casados haciendo el amor. Todo a punto de convertirse en polvo.

Serena no había entrado nunca, nunca había estado tan cerca. Hasta esa noche.

—El Sheherezade —dijo lo más alto que pudo. «¿Lo has oído, Jonny?», y añadió—: ¿Por qué estamos aquí, Blake?

Pero ya lo sabía. Éste era el hogar de Amira; donde bailó, donde murió. Blake estaba volviendo a casa.

Las hizo entrar con un gesto. Serena y Claire pasaron delante y tuvieron que abrirse paso entre cristales y escombros. Atravesaron el enorme orificio

en dirección al vestíbulo, como si fueran a registrarse para pasar la noche.

—Podéis haceros una idea de cómo era, ¿verdad? —preguntó Blake.

Serena lo entendió. En aquel lugar resultaba sencillo remontarse a los sesenta. Más de lo que hubiera resultado hacía unas semanas, cuando el hotel tenía las puertas abiertas con todos sus huéspedes del siglo XXI entrando y saliendo. Ahora estaban a solas con los fantasmas. Ya no había muebles, las instalaciones se habían arrancado y vendido en subasta, se lo habían llevado todo: sillas, papeleras, ceniceros, máquinas tragaperras, cuadros, mesas de juego, barriles de cerveza... Solamente quedaba el esqueleto. Pero hasta los huesos del edificio contaban una historia. El diseño arábigo del papel de pared, el mural del desierto que surcaba todo el techo, los grabados de la propia Sheherezade en pan de oro en las puertas del ascensor...

Blake pulsó el botón para que éste bajara.

—¿Adónde vamos? —preguntó Serena.

Oyó la campanilla del ascensor cuando se abrieron las puertas. Le pareció extraño que todavía funcionase en un hotel que estaba a punto de ser destruido, pero entonces cayó en la cuenta de que seguramente funcionaría hasta el último día, pues los expertos en explosivos tenían que colocar sus cargas por todo el edificio.

Le daba miedo perder la cobertura cuando se cerraran las puertas del ascensor.

—¿A la terraza? —especuló en voz alta—. Por supuesto, ahí es donde mataron a Amira. En la suite de Walker. Ahí nos llevas.

«¿Jonny? ¿Estás ahí?».

Las puertas se cerraron. Estaban los tres solos en el pequeño habitáculo en ascenso. Blake pulsó el botón del último piso, dirigiéndose exactamente a donde Serena había supuesto. Pero ¿por qué?

—No veo qué esperas conseguir, Blake. Nada de todo esto podrá hacer que Amira vuelva.

—He venido a buscar la verdad —le respondió él.

No dijo nada más. El ascensor iba lento, o tal vez sólo fuera que tenía los nervios a flor de piel por ignorar el siguiente movimiento de Blake. Observó cómo se iluminaban los números de cada piso, uno tras otro. Cada vez más

arriba hasta que pararon con una sacudida. Al son de otra campanilla se abrieron de nuevo las puertas, y Blake las obligó a salir al pasillo. Se encontraban frente a dos puertas dobles pintadas de color oro.

No había ningún número que indicara qué suite era. Tal vez ya los hubieran subastado; o simplemente que, si estabas en la suite preferencial, ya sabías adónde tenías que ir.

Blake giró la manecilla. La puerta estaba abierta. La empujó y esperó a que Serena y Claire entraran en el vestíbulo de la suite. A falta de mobiliario, era una extensa habitación que conservaba una elegancia persistente a pesar de su aspecto estéril. Hasta la alfombra había sido arrancada y vendida, junto con las arañas. Pero aún había tramos de finos azulejos a la espera de ser demolidos, seguramente porque no se habían podido arrancar sin estropearlos.

Serena no pudo dejar de imaginar qué aspecto tendría la suite completamente amueblada. El calidoscopio multicolor de las baldosas y los tonos pistacho del techo pintado le dieron algunas pistas. Pensó en largos cortinajes detrás de unos sofás de color miel repletos de cojines. Lámparas colgantes de hierro forjado. Regios jarrones de lapislázuli. Todo eso junto, con una prostituta de quinientos dólares, habría hecho sentir como un sultán a cualquier cliente preferente.

—Continuad —dijo Blake.

Les hizo atravesar la suite desierta hasta el extremo opuesto, que daba al patio exterior. Serena se deslizó entre unas puertas abiertas con vidrieras de colores y salió afuera con Claire al lado. Blake las seguía. Inmediatamente se vieron bañados por un arco iris de luces procedente del rótulo gigante del Sheherezade que refulgía por encima de sus cabezas. Cada letra estaba montada en su propio marco y debía de medir diez metros. Se encendían y se apagaban con un ritmo de oscuridad y color que a Serena le recordó la pista de baile de una discoteca.

Un muro de cuatro metros recorría tres de los lados del inmenso patio, decorado con azulejos marroquíes, y terminaba en el tejado real del hotel. Allí vio una alambrada para que no se pudiera pasar desde el tejado a la suite preferente. El cuarto lado del patio, a la derecha, presentaba un muro mucho

más bajo, rematado por unos iconos embellecedores. Ese muro daba a la calle y formaba la característica muesca en el perfil del Sheherezade.

El patio, como el resto de la suite, había sido despojado de su ornamentación. Aún había palmeras plantadas en círculos de piedra recortados directamente en el suelo, y fuentes de mármol, ahora apagadas, talladas en las paredes. La piscina estaba llena de un agua ahora densa y verde por la falta de cuidados.

Serena se dio cuenta de que Blake estaba mirando el agua turbia, pensando en Amira.

—Lo siento —dijo Claire.

Blake levantó la mirada.

—¿El qué?

—Que perdieras a tu madre. Yo tampoco conocí a la mía. Es duro crecer así.

Blake guardó silencio. Serena se preguntó cuántas veces habría visitado este sitio en secreto durante las últimas semanas. No era la primera vez, de eso estaba segura. Podía imaginárselo a solas en el hotel, ahí, junto a la piscina, obsesionado con la muerte de su madre.

—Creo que ya sé lo que quieres —continuó Claire—. Pero él no te lo dará. Le conozco demasiado bien. No confesará. No se disculpará. Nunca te contará la verdad.

—Ya veremos —respondió Blake.

—A mí también me traicionó, Blake. Le odio tanto como tú.

Serena volvió a pensar en la ruptura entre Claire y Boni, y se preguntó qué terrible acto habría cometido éste. En cualquier caso, Claire aún cargaba con aquel peso; Serena lo había percibido desde que la conoció. Siempre estaba ahí. Incluso cuando estaban en la cama y Claire la acariciaba, Serena había sentido aquel halo de pérdida que emanaba de ella, como si la persiguiera. Y era eso lo que las convertía en almas afines.

—A ti no te rechazó —dijo Blake—. No negó tu existencia.

—No, pero hizo algo peor.

La convicción de Claire hizo titubear a Blake. Luego, su rostro volvió a convertirse en una dura máscara.

—Supongo que ahora descubriremos lo que significas para él en realidad —respondió. Sacó un móvil del bolsillo y marcó—. Hola, Boni —dijo—. Sabes quién soy, ¿no? Estoy donde empezó todo, en casa. Si sales al balcón de tu bonito ático, nos verás a todos aquí. Junto a la piscina. Donde hiciste asesinar a mi madre.

Blake hizo una pausa.

—¿Lo que quiero? —preguntó—. Quiero verte cara a cara. Aquí mismo. Tienes veinte minutos. Si no, mataré a tu hija.

Capítulo 48

Stride aparcó al otro lado de la calle, por fuera de la cerca protectora. Miró a través de la ventanilla de su furgoneta al tejado del hotel, tratando de ver si alguien estaba observando desde el otro lado del antepecho, pero sus ojos no pudieron penetrar en las sombras nocturnas. Tuvo que asumir el riesgo. Salió del Bronco, sacó su pistola y cruzó la calle, cubriéndose detrás de la pared de contrachapado que rodeaba la propiedad.

Se dirigió a la verja, que ahora estaba abierta, se deslizó al interior del recinto a demoler e inspeccionó rápidamente el terreno. Aparte del Impala de Blake, no había nada ni nadie por allí; sólo él y el inquietante armazón del hotel listo para la destrucción. Stride echó a correr. Se detuvo en el Impala, se sacó una navaja militar suiza del bolsillo y rajó la válvula del neumático derecho de atrás, del que empezó a salir el aire silbando. Se escabulló hacia la parte frontal del vehículo e hizo lo mismo con el neumático derecho de delante. Blake no saldría de ahí conduciendo.

«¿A la terraza?».

Fueron las últimas palabras que le había oído pronunciar a Serena a través del móvil antes de que se cortara la llamada. Pero era suficiente. Supuso que estaban en la suite del ático.

Stride penetró en el hotel. Sabía que era culpable de estar haciendo lo mismo que Amanda, algo impropio de él. Se dirigía solo, sin refuerzos, sin llamar a Sawhill ni a ningún otro para informarle de dónde se encontraba. Pero esto era diferente: Serena estaba ahí arriba. Stride no sabía qué ocurriría si Blake se sentía atrapado y rodeado, pero le asustaba profundamente que Claire y Serena pudieran acabar muertas antes de que se llegara a montar una

operación eficiente.

Tal vez ya lo estuvieran a estas alturas. Aunque no podía permitirse pensar eso.

Buscó los ascensores y divisó el elegante panel de puertas doradas a su izquierda. Se dirigió hacia allí, y entonces se agachó al ver el haz de dos faros que iluminaron el vestíbulo al entrar otro coche en el recinto del hotel. Cuando el vehículo giró, Stride vio que era una limusina negra y reluciente. Se apresuró a atravesar el agujero enorme de la pared hasta quedar fuera de su campo de visión, encontró un pasillo aislado al otro lado de los ascensores, que anteriormente había albergado una hilera de cabinas telefónicas, y aguardó allí. Al cabo de menos de un minuto, observó desde su negro escondrijo a un anciano menudo y elegante que se dirigía hacia los ascensores con gran determinación.

Boni Fisso.

—¡Boni! —masculló Stride antes de que el hombre pudiera pulsar el botón.

Éste se dio la vuelta, sobresaltado.

—Detective Stride. ¿A usted también lo han invitado a la fiesta?

Stride sacudió la cabeza.

—Serena está ahí arriba con Blake y con Claire. Se ha podido comunicar conmigo para decirme dónde estaban.

—¿Es que la Metro ha enviado a todo un pelotón? —preguntó Boni, preocupado.

—No, aún no he avisado a nadie. He pensado que sería mejor no reunir a una multitud.

Boni inclinó la cabeza.

—Es lo mismo que he pensado yo. Gracias, detective. No me importa lo que le ocurra a Blake. Lo único que cuenta para mí es que Claire salga de aquí sana y salva.

—Técnicamente no debería dejarle subir ahí —dijo Stride—. Usted será un nuevo rehén en cuanto cruce esa puerta. Blake quiere verle muerto.

—Pero no va a detenerme —respondió Boni—. Quiere recuperar a Serena, del mismo modo que yo quiero recuperar a Claire. Y después de

todo, el hotel es mío. Además, si no estoy ahí arriba dentro de cinco minutos, Blake matará a Claire y probablemente también a Serena. Me parece que es un hombre de palabra.

—¿Están dentro de la suite? —preguntó Stride.

—No, en la terraza exterior, junto a la piscina. Donde mataron a Amira.

—Explíqueme la distribución.

Boni describió la suite preferente y la zona del patio de memoria y con detalle, como si aún se encontraran en 1964 y el hotel estuviera por estrenar. Lo que más le interesaba a Stride era el hecho de que el tejado del hotel diera a la zona del patio por tres lados.

—¿Hay algún acceso para bajar desde el tejado a la terraza? —quiso saber Stride.

Boni asintió.

—Hay una verja cerrada y una escalera de emergencia cerca del antepecho que está en la fachada del hotel.

—Supongo que no tendrá la llave de esa verja.

Boni sonrió.

—Es un cierre con combinación. 1-2-1-6: mi cumpleaños. Me gusta asegurarme de tener acceso a todo, detective. Y ahora será mejor que nos vayamos. El reloj avanza.

Cogieron el ascensor hasta el último piso del hotel. Stride esperó fuera de la vista hasta que Boni le hizo una señal conforme las puertas de la suite del ático estaban cerradas y Blake no podía verle. Stride siguió a Boni por el pasillo y localizó un indicador verde de «Salida» en el otro extremo, a su izquierda.

—Las escaleras están ahí —dijo Boni—. Puede subir al tejado. La puerta debería estar sin cerrar.

—Procure mantenerlo distraído. Evite que mire hacia la escalera.

—Haré lo que pueda. Buena suerte, detective.

—Lo mismo digo.

Stride abrió la puerta del tejado lenta y cuidadosamente, pues no sabía si

haría mucho ruido. Se deslizó afuera y cerró detrás de él con un suave clic. El aire caliente de las montañas casi se lo llevó en volandas. Era un lugar muy expuesto, con apenas unos cuantos conductos de ventilador para frenar las rachas.

El tejado estaba lleno de luz gracias al inmenso rótulo del Sheherezade que se desplegaba en lo alto, exhibiendo sus colores. Había un muro de metro y medio, coronado de pequeñas cúpulas, excepto por el segmento donde el tejado descendía y formaba una muesca rectangular para ofrecer una vista sobre la el gante terraza que había un piso más abajo. Stride vio la alta alambrada que rodeaba por completo la zona abierta de la terraza y rápidamente localizó la verja cerrada, cerca de la fachada del hotel.

Quiso correr, pero temió que el eco de sus pasos resonase en el patio. Así pues, caminó lo más deprisa que pudo, pisando suavemente. Permaneció apartado de la alambrada hasta llegar cerca de la verja, para asegurarse de no ser visto.

Ésta se encontraba cerca del borde del tejado. Aquí, el viento soplaba aún más fuerte. Stride se arrodilló y se aproximó a gatas. Al llegar a la alambrada alzó unos centímetros la cabeza y comprobó que la terraza no era visible desde ese ángulo. Lo único que veía eran unos pocos centímetros de la parte superior de los muros del patio, con sus diminutos azulejos de colores. Nadie podía verle ahí.

Comprobó el cierre; tal como le había dicho Boni, funcionaba con combinación. Esperaba que el viejo hubiera acertado con los números. El cerrojo no estaba sujeto a la puerta en sí, sino enlazado entre los eslabones de una cadena que ataba firmemente la reja a su marco. Stride alineó con cuidado los números 1-2-1-6 en el cuadrante y tiró de la barra en forma de «U» del cerrojo. Éste se abrió. Lo extrajo de la cadena y sostuvo ésta con los dedos. Después de colgar el cerrojo abierto en uno de los agujeros de la malla metálica, desenredó la cadena de la verja, procurando que los eslabones no chocaran entre sí. Resultaba difícil mantener el pulso firme mientras el viento zarandeaba su cuerpo.

Finalmente, la cadena yació flácida en sus manos como una serpiente muerta. La dejó cuidadosamente en el suelo. La brisa empezó a abrir la puerta

por sí sola, y Stride quedó petrificado al oír cómo chirriaban los goznes. La cogió y la sostuvo con fuerza.

Se detuvo a escuchar. La verja rechinaba y gemía bajo los embates del viento. Despacio, empezó a abrir la puerta centímetro a centímetro, intentando minimizar el chirriar oxidado de las bisagras para que se mezclara con los demás ruidos del tejado. Cuando quedaron unos centímetros de margen, se escabulló dentro y se arrodilló de nuevo. Pasó suavemente la cadena al otro lado de la verja y luego cerró otra vez la puerta. Volvió a sujetarla a la malla y a echar el cerrojo, para que la puerta no oscilara sin control.

Stride se encontraba a dos metros de la brusca caída a la terraza, y a tres metros y medio como mínimo por encima del suelo de ésta. Inmediatamente delante de él, casi pegada al antepecho, había una escalera de hierro forjado atornillada al tejado. Al acercarse y examinarla, Stride vio que parecía ser la original de 1964, igual que los tornillos. El metal estaba completamente oxidado.

No sabía si la escalera soportaría su peso y, en caso de que así fuera, si podría bajar por ella de forma silenciosa.

Pero no tenía elección. No había ningún otro camino a la terraza, y estaba demasiado alto para saltar.

Se tumbó boca abajo y extendió las piernas todo lo que pudo sin tocar la verja. Avanzó unos centímetros y asomó la cabeza por el borde para poder mirar al patio. El viento azotaba sus cabellos.

Oyó voces abajo, junto a la piscina.

Capítulo 49

Serena vio a Boni de pie en el umbral de la suite. No importaba lo pequeño o viejo que fuera ese hombre: seguía teniendo una aureola de poder. La llevaba adherida a él y se le ajustaba como un guante. Claire también lo vio, y Serena trató de desentrañar las emociones que reflejaba su rostro al ver otra vez a su padre. Amor. Nostalgia. Y, sobre todo, desdén.

Una desdichada reunión familiar.

Boni ni siquiera miró a Blake; su mirada lo pasó de largo y se posó en Claire. Serena vio en sus ojos un amor paternal intenso y apasionado; había echado terriblemente de menos a Claire durante todos esos años. Y vio algo más, algo que no hubiera esperado de Boni Fisso: culpabilidad. Se reflejaba en cada porción de su rostro y en su manera de estar ahí. Apenas podía mirar a su hija a los ojos, y casi encogió ante la intensa ira que captó procedente de Claire.

No parecía Boni en absoluto.

Blake frunció el ceño.

—Llevo mucho tiempo esperando esto. Encontrarme cara a cara contigo.

Boni avanzó un paso en la terraza al aire libre, donde la luz de neón jugueteó con sus rasgos. Siguió ignorando a Blake.

—¿Estás bien? —le preguntó a Claire.

—Es un poco tarde para preocuparse por eso —respondió ella.

—Lo siento.

—No pienses siquiera en que vaya a perdonarte. Ni ahora, ni nunca.

Blake señaló a Serena y a Claire con la pistola.

—Vosotras dos, de rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Boni.

—Creo que sabes exactamente qué estoy haciendo —replicó Blake—. Tú mejor que nadie.

Se estaba preparando para matarlas, pensó Serena. Un apretado nudo de frustración y desespero volvió a instalarse en su pecho, como le había ocurrido al ver a Blake en su dormitorio. Serena se arrodilló cerca del borde de mármol de la piscina, con Claire justo a su lado. No apartaba la vista de Blake, a la espera de que tal vez se distrajera en algún momento y ella pudiera echársele encima.

Claire no miraba a Blake ni a la pistola. Mantenía la cabeza erguida y le devolvía, furiosa, la mirada a su padre.

—Quítate el abrigo —le dijo Blake a Boni—. Quiero ver que no traes nada.

—Siempre llevo un arma de autodefensa —dijo Boni—. Está en el bolsillo derecho de mi abrigo. Pero no irás a creer que puedo sacarla lo bastante deprisa para dispararte.

—He dicho que te quites el abrigo —repitió Blake.

Boni se encogió de hombros y obedeció. Serena se asombró ante la frialdad de aquel hombre, que en plena noche recibía una llamada anunciándole que su hija podía morir al cabo de veinte minutos y, aun así, se tomaba su tiempo para vestirse de manera impecable, incluido el nudo perfecto de su corbata. Boni hizo un ovillo con su abrigo y lo arrojó al extremo opuesto de la terraza, bien lejos de todos ellos.

—Aquí me tienes —le dijo Boni a Blake—. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué quiero? ¿Qué diablos crees que quiero?

—No tengo la menor idea. No eres más que un asesino.

Blake se encogió de hombros.

—De tal palo, tal astilla.

Boni lo señaló con un dedo.

—No te atrevas a juzgarme. He proporcionado entretenimiento a millones de personas. He proporcionado hogar, comida y educación a miles de empleados. He construido hospitales, parques y residencias de día. En este suelo que estamos pisando ahora mismo va a construirse el mayor centro de

la ciudad. Así que no trates de comparar tu pequeña y patética vida con la mía, despreciable pedazo de mierda.

—¡Tú me convertiste en lo que soy! —escupió Blake.

—Eso es una gilipollez. Así que te dieron malas cartas... ¿Y a mí qué coño me cuentas? Yo nací sin nada y me lo gané todo yo mismo. Si sigues siendo un crío llorica que se esconde en su armario de Reno no es culpa mía.

Blake dio un paso adelante y clavó con fuerza la pistola en la frente de Claire. Ésta abrió los ojos aterrorizada e intentó retroceder, pero Blake la tenía agarrada por la garganta.

—Así que tu hijo te importa una mierda —dijo Blake—. Tal vez tu hija no te importe una mierda.

Boni habló con voz de hielo:

—Suéltala.

—Háblame de Amira.

—Suelta a mi hija —repitió Boni.

Blake apartó la pistola y apuntó a Boni.

—Amira —repitió.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Boni.

—¿Por qué la obligaste a entregar a su hijo?

Boni vaciló. Serena pudo verlo otra vez: las cavilaciones que revoloteaban en su mente mientras buscaba la mejor opción. Mientras buscaba la mano ganadora.

—Nuestro hijo —replicó Boni con calma—. El padre era yo.

—¿Te crees que no lo sabía, papá? —exclamó Blake—. Eso hace que sea aún peor.

Boni sacudió la cabeza.

—No tuve elección. Eva, mi mujer, sabía lo de Amira. Eva no había conseguido quedarse embarazada, y se puso furiosa al descubrir que Amira iba a tener un hijo. Mi hijo. Quiso que el niño desapareciera, y hablo literalmente. Un aborto. Pero yo no estaba dispuesto a eso. Por lo tanto envié a Amira fuera para que tuviera el bebé y dejé que Eva creyera que había abortado y que estaba en París superándolo. Superándome.

—Amira quería tenerme —dijo Blake.

Boni dudó, y rozó a Claire con la mirada.

—Sí, por supuesto, la destrozó tener que entregar a su hijo.

Serena recordó lo que Boni les había contado con anterioridad: que Amira no veía el momento de deshacerse de aquel mocoso llorón. Que no sentía el menor interés por el niño. ¿Les había mentido, o estaba tratando ahora de suavizar los sentimientos de Blake para aplacarlo?

—Luego, al final Eva se quedó embarazada —continuó Boni—. Mientras Amira estaba fuera. Eso me llevó a pensar que tal vez había estado tomando precauciones todo aquel tiempo sin avisarme.

—Pero Eva murió —dijo Blake—. Murió al dar a luz a Claire, y tú tuviste a tu hija. Y yo me quedé en manos de un monstruo. ¿Por qué no fuiste a buscarme? ¿Cómo pudiste darle la espalda a tu propio hijo?

—Nadie sabía que se trataba de mi hijo. Sólo Amira, Eva y yo. Llegados a ese punto ya no podía admitirlo fácilmente. Sobre todo...

Boni se detuvo.

Blake terminó la frase:

—Sobre todo porque asesinaste a Amira. —Boni se quedó callado—. Cuéntame lo que ocurrió —insistió Blake.

—No tengo nada que decir sobre eso.

—Cuéntamelo.

—No va a cambiar nada.

Blake se giró hacia Claire como un torbellino y volvió a clavarle la pistola en la cara, tumbándola casi de espaldas.

—¡Cuéntamelo!

Blake respiraba con dificultad. Serena vio que estaba concentrado en Boni y prestaba menos atención a lo que ocurría a su alrededor. Empezó a mover un pie lentamente, colocándose en una posición más adecuada para saltar en cuanto tuviera ocasión.

Fue entonces cuando divisó algo en la oscuridad, por encima del hombro de Blake: un movimiento en el tejado, en la esquina de la terraza. Por primera vez se percató de que había una estrecha escalera que se extendía por el muro embaldosado, y de que alguien había aparecido en el horizonte, encaramándose al primer peldaño.

Su corazón se aceleró.

«Jonny».

Stride supo que era el momento. Blake estaba absorto en la intensa discusión con Boni, y no pensaba en nada que ocurriera por detrás o por encima de él.

Pensó en dispararle desde el tejado. «Si lo tienes a tiro, apuntas y disparas». Eso es lo que diría Sawhill. Acabar de una vez por todas. Pero la distancia, el viento y la salvaje luz de neón actuaban en su contra. Tanto Claire como Serena estaban en su trayectoria. No podía ver con claridad. Si disparaba y fallaba, podía darle a una de las dos y no quería correr ese riesgo.

Se agachó y dio la vuelta, de espaldas a la terraza. Se agarró a la barandilla de hierro de la escalera con una mano, y con la otra sostuvo la pistola. Cuando miró abajo, le pareció que Serena lo miraba furtivamente y luego se volvía con rapidez hacia Blake.

El viento lo zarandeaba. Notó la barandilla vibrar bajo su mano. La escalera estaba floja e inestable, y no sabía lo que pasaría cuando cargara la plataforma con noventa kilos de peso. Pasó la pierna derecha por encima del borde. Su pie tocó con cautela el peldaño más alto. Procuró tantearlo, inclinando su peso encima, y notó que la escalera se balanceaba bajo las ráfagas y la masa de su cuerpo.

Pero aguantaba.

Cogió con fuerza la barandilla y enlazó su brazo y su muñeca con el metal para sujetarse mejor. Mantuvo la pistola enfocada hacia Blake, aunque su brazo seguía moviéndose, alejándose del blanco. Ahora pasó su pierna izquierda y ancló ambos pies en el peldaño superior de la escalera. Sintió una vibración que le recorría el cuerpo a través de las piernas.

Dio un paso hacia abajo y descendió un peldaño, cogido de una mano.

Entonces todo se vino abajo.

La atmósfera pareció gemir, tomando una profunda inspiración y exhalándola luego a través de la muesca del tejado como un tornado. Las ráfagas le azotaron la espalda y lanzaron todo su cuerpo contra la frágil escalera. Su muñeca colisionó con la barandilla, lo que le hizo saltar la pistola

de la mano, y observó horrorizado cómo el arma caía sobre el suelo de la terraza. Se tambaleó, ya sin equilibrio, mientras el viento cambiaba y lo engullía hacia atrás. Uno de los tornillos oxidados que sostenían la escalera reventó, y un instante después Stride estaba volando. La escalera revoloteó trazando un perezoso arco en dirección a la barandilla. Él colgaba de una mano, sintiendo cómo el hierro se zarandeaba y giraba mientras su cuerpo ejercía toda su presión sobre el último tornillo oxidado.

Con un chirrido espantoso, el tornillo cedió.

La escalera empezó a inclinarse hacia delante por la mitad, mientras el metal se partía y se doblegaba. Stride miró abajo al caer, y vio las cúpulas que se extendían sobre el muro y, detrás de ellas, veinte pisos de vacío.

Serena vio cómo la pistola se deslizaba de la mano de Jonny. Apoyó el pie izquierdo contra el mármol y contempló a Blake, a la espera. Cuando el arma impactó contra el suelo, Blake se giró instintivamente para mirar detrás de él y, justo en ese momento, Serena se le echó encima, impulsándose con las rodillas. Embistió a Blake con los dos puños juntos y dirigió los brazos a su abdomen. La pistola voló de entre sus dedos y resbaló, alejándose detrás de él. Blake se tambaleó hacia atrás; el ímpetu hizo caer a Serena con él y ambos perdieron el equilibrio. Con las manos atadas, Serena no pudo frenar la caída y el duro suelo le incrustó las manos en el pecho, vaciando de aire sus pulmones. No podía respirar.

Intentó levantarse y ponerse de rodillas. Sus ojos escudriñaban las sombras.

¿Dónde estaba la pistola?

Notó que el aire volvía a entrar lentamente. El pecho se le hinchaba. El arma de Blake estaba a sólo unos centímetros de distancia, casi a su alcance. Extendió los brazos para cogerla y luego intentó ponerse en pie, pero antes de poder hacerlo notó una descarga eléctrica de luz y dolor que le atravesaba el cráneo: el codo de Blake le golpeó la cabeza, proyectándola contra el suelo. A continuación Blake saltó sobre ella, compitiendo por la pistola.

El antepecho salió disparado contra la cara de Stride, que se quedó colgando de la barandilla al desintegrarse la escalera, columpiándose sobre el gran abismo de la calle. Por un instante quedó suspendido, con los pies en el aire, y le pareció que las entrañas se le convertían en agua. El hierro chirrió y protestó y cayó un poco más. Las manos le resbalaban de la barandilla debido al sudor. Stride buscó un apoyo, pero no notó más que el vacío, hasta que por fin rozó el borde del muro con el zapato. Movi6 el peso de su cuerpo y quedó sobre el antepecho, con medio pie en la cornisa.

Durante unos segundos que parecieron eternos estuvo ah6 colgado, atrapado en el ir y venir de los remolinos de viento. Finalmente, una ráfaga rugió y le empujó hacia el hotel, y Stride soltó la mano del hierro. Se agachó en busca de una de las cúpulas, pero le quedaban demasiado lejos y se tambaleó, cayó, aterrizó de golpe y rodó por la terraza.

El impacto lo dejó mareado, y vaciló al ponerse en pie. Buscó rápidamente su pistola pero no la vio. Entonces observó a Blake rebuscando en el mármol y vio otra pistola que yacía casi al alcance del asesino.

Stride atacó justo cuando Blake cerraba la mano alrededor de la culata de la pistola.

Con un destello de luz y un ruido ensordecedor, Blake disparó. Stride sintió que un dolor agudo le surcaba la pierna, y en ese momento no supo si se arrojaba o se desplomaba sobre Blake. Oyó un crujido y comprendió que era la muñeca de éste al romperse cuando el hombro de Stride le cayó encima del brazo. Blake ahogó un grito de dolor y la pistola se deslizó entre sus dedos. Stride se giró decidido a cogerla, pero su contrincante se resistió como un potro salvaje y se lo quitó de encima. Blake volvió a coger la pistola, aunque ahora apenas podía sostenerla. Stride rodó lejos y después se levantó. Su rival todavía estaba en el suelo, intentando levantar el arma, y Stride le pateó la muñeca rota con el costado del pie, arrancándole a Blake un nuevo alarido de dolor, y envió la pistola rodando a la piscina.

Stride se agachó y tiró de Blake. El cuerpo del criminal parecía de goma; su cara estaba magullada y tenía una expresión aturdida. Stride retrocedió para propinarle un puñetazo en la mandíbula, y se dio cuenta de que Blake lo

había burlado cuando recibió un rodillazo brutal en la ingle. Con un dolor intenso que le recorría el cuerpo, retrocedió haciendo eses y vio el antebrazo izquierdo de Blake surcando el aire en dirección a su cabeza. Trató de esquivar el golpe, pero el otro le dio con fuerza en la mejilla y le hizo caerse de rodillas.

Serena vio la pistola de Stride tirada en el suelo a unos centímetros del muro del tejado, cerca de los restos retorcidos de la escalera. Al girarse, Blake siguió su mirada y también la vio. Ambos corrieron. Serena no había recuperado el aliento por completo, y se percató de que Blake iba más rápido, de que llegaría primero. Dio la vuelta y arremetió contra él, intentando derribarlo. Blake, que la vio venir, viró bruscamente y luego quiso saltar por encima de ella. Se le enredaron los pies con las piernas de Serena y, al tratar de liberarse, perdió el equilibrio, se tambaleó y se cayó.

Ella vio que Jonny volvía a estar en pie y también se movía para coger la pistola.

Entonces Serena sintió un brazo poderoso como una serpiente que se enrollaba alrededor de su cuello y la obligaba a arrodillarse, apretándole la garganta y bloqueándole la tráquea con una presión aplastante. Luchó, pero no podía respirar. Blake la tenía inmovilizada con una llave.

—¡Stride! —gritó Blake.

Vio que Jonny se quedaba inmóvil. Sentía como si los ojos se le salieran de las órbitas.

—La mataré.

Serena quiso gritarle que fuera a por la pistola. Que jodiera a Blake. Que acabase con todo aquello. Pero no pudo emitir el menor sonido; lo único que podía hacer era observar cómo el mundo empezaba a dar vueltas y a oscurecerse. Sentía los miembros tan impotentes como los de una marioneta. Se preguntó si había sido igual para Amira, cuando murió allí.

Oyó la esforzada respiración de Blake, cuyo brazo no la soltaba. La estaba matando, asfixiándola segundo a segundo. La sangre comenzó a rugirle en el cerebro y sus terminaciones nerviosas estallaron como fuegos artificiales, provocándole un dolor de cabeza como si le reventara el cráneo.

Su mirada se encontró con la de Jonny, y la imagen de él revoloteó en su

visión. «Ve a por la pistola, Jonny».

Éste dio un paso hacia el arma.

—La mataré —repitió Blake.

Serena notó que el otro brazo de aquel hombre se deslizaba sobre su cabeza y la agarraba del pelo. Estaba a punto de retorcerle el cuello y partirle la columna. Pero a través de la oscuridad que se abatía sobre ella, Serena se dio cuenta de que Blake apenas podía aguantarle la cabeza con la otra mano. Crac. Su muñeca estaba rota; era frágil, vulnerable.

Esperaba poder pasarse los brazos atados por encima de la cabeza. Dio la orden a sus miembros de lo que debían hacer, y en algún punto entre los confusos impulsos que acribillaban su cerebro, sus brazos obedecieron. Levantó las manos atadas, agarró la muñeca que Blake le había puesto sobre la cabeza y presionó el hueso lo más fuerte que pudo.

Blake gritó. Serena tiró de la muñeca. Sólo por un instante, el otro brazo de Blake se aflojó y Serena pudo liberarse, jadeando en busca de aire y notando cómo la sangre volvía a irrigar su cerebro. Vaciló, incapaz de mantener el equilibrio.

A un metro y medio de distancia, Jonny se movió con rapidez a por la pistola. Lo mismo que Blake.

Éste se encontraba más cerca, pero Stride se le echó encima antes de que pudiera alcanzarla. Proyectó a Blake contra el antepecho con tanta fuerza que el asesino se golpeó contra él y rebotó. Stride, que lo estaba esperando, le envió un puñetazo directamente a la cara y le echó la cabeza hacia atrás. La sangre brotó de su boca. El asesino retrocedió hasta la pared y Stride lo siguió, golpeándolo de nuevo.

Stride sintió en la mano un dolor punzante que le llegaba hasta los huesos, y comprendió que seguramente se habría roto un par de dedos.

Blake cayó de rodillas con la cabeza hacia delante. Vaciló y luego se desplomó en el suelo, sin moverse. Stride respiró hondo y se llevó la mano a la espalda para coger las esposas.

Bajó la mirada. Algo iba mal.

Detrás de él, Serena lo vio también y gritó:

—¿Dónde está la pistola?

Stride cayó en la cuenta de que no la había vuelto a ver: Blake había girado su cuerpo deliberadamente para caer encima del arma. Stride vio que Blake movía el brazo y que se levantaba del suelo, con la pistola en la otra mano.

Blake apuntó, no hacia Stride ni hacia Serena, sino hacia sí mismo.

Presionándola contra el costado de su cabeza, apenas podía mantenerla quieta.

—Suéltala, Blake —le dijo Stride.

Blake arrastró los pies, tambaleándose de nuevo hacia el muro. Stride y Serena avanzaban por ambos flancos.

—Danos la pistola —dijo Serena.

Blake les ofreció una sangrienta sonrisa. Puso su mano herida sobre una de las cúpulas que coronaban el antepecho y se dio impulso, con una mueca de dolor, hasta hacer pasar una pierna por encima del muro. La pistola temblaba en su mano. Subió también la otra pierna y se quedó, en un precario equilibrio, sobre el delgado borde de piedra del muro. Blake se zarandeaba, pues el viento jugaba con él.

Apartó la pistola de su cabeza y la agitó con indiferencia hacia lo alto del edificio.

Stride dio un paso adelante, pero Blake alzó la mano para detenerle. Luego sacudió la cabeza. Miró largamente al suelo, muy por debajo de él.

—Amira —dijo.

Blake se inclinó contra el viento y abrió los brazos de par en par.

—No lo hagas, hermano.

Una voz seca procedente de la terraza lo retuvo justo antes de que se dejara caer. Blake miró a su alrededor y recobró el equilibrio sobre el muro. Lo mismo hicieron Stride y Serena. Y no pudieron creer lo que veían.

Era Claire, de pie junto a la piscina, con la pistola de Serena en sus manos extendidas. Estaba apuntando a la cabeza de Boni.

Capítulo 50

—¿Qué diablos estás haciendo, Claire? —preguntó Serena.

Claire no le devolvió la mirada, la tenía fija en la pistola que apuntaba a su padre, e iba hacia él paso a paso, despacio, hasta que el arma le quedó a unos milímetros de los ojos. Serena vio cómo a Claire le temblaba todo el cuerpo. Había odio en su rostro, y un universo de dolor se derramaba como petróleo de un pozo.

Boni ni siquiera parecía notar la pistola. Sus ojos azules y los ojos de ella estaban trabados como en un duelo. Claire estaba llorando, y se esforzaba por mantener la pistola en alto.

—Ahora sabes cómo me sentí yo —dijo—: Impotente.

—¿Qué es lo que quieres, Claire?

—Cuéntale a Blake la verdad —respondió—. Se lo debes.

—Yo no le debo nada —espetó Boni.

Claire negó con la cabeza.

—Tú asesinaste a Amira, ¿no es verdad? Porque tuvo las jodidas agallas de intentar escapar de tus zarpas. Porque no quiso que nadie la siguiera poseyendo ni controlando.

—Yo quise a Amira —afirmó Boni.

—Todo lo que tú quieres sale malparado —replicó Claire.

—No puedo hablar de ello.

—Fue hace cuarenta años —insistió su hija—. Ahora ya nadie puede tocarte.

—Puedes matarme, Claire, si es eso lo que quieres. No voy a decir nada sobre Amira.

—¿Es lo que quieres? ¿Quieres que apriete el gatillo?

—Por el amor de Dios, ya basta —le suplicó Serena.

Se dispuso a caminar hacia ellos, pero Boni la detuvo alzando una mano.

—No pasa nada, detective —dijo Boni. Se centró en Claire—: Mátame si quieres, cariño. Sólo deseo que no destruyas tu vida por hacerlo.

—¿Acaso mi vida significa algo para ti? —preguntó Claire. Incluyó la cabeza hacia atrás y se llevó el cañón de la pistola a su propia barbilla—. ¿Y ahora qué?

—¡Claire, no! —gritó Serena.

Boni miró a su hija. Serena pensó que los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

—Eres tan hermosa. Igual que tu madre.

—¿Te crees que esa mierda funcionará conmigo? —preguntó Claire—. ¿Qué es lo siguiente? ¿Me dirás lo mucho que me quieres? Eso no significa nada.

—Sí, te quiero.

—¿Piensas que no voy a hacerlo? —preguntó Claire, apretando aún más la pistola contra su propia piel—. ¿Es eso? Soy tu hija. Sabes que lo haré.

—Si supieras que me dolería lo bastante, sí, sé que lo harías.

—¡Míranos! —dijo Claire—. Ésta es la familia que has creado. Mira a tu hijo, encima del muro. Eso es lo que le hiciste. Y sabes jodidamente bien lo que me hiciste a mí.

Boni retrocedió como si le hubieran asestado un golpe.

—Por favor, Claire, no sigas por ahí.

—Oh, lo siento. ¿Estoy aireando tus trapos sucios en público? ¿Te estoy violentando?

—Claire —le rogó Boni—. No.

Fue como si Claire oliera una herida y fuera hacia ella igual que un tiburón.

—Tú sabías lo que me hizo ese bastardo.

Serena no sabía a quién se estaba refiriendo Claire, pero era obvio que Boni sí. Estaba visiblemente afectado.

—Fue un terrible malentendido —dijo Boni.

—¿Un malentendido? Me acusaste de estar borracha. Dijiste que yo se lo permití. Y sabías que era mentira.

—No quería creer lo que te había hecho.

Boni levantó los brazos, los extendió hacia ella e intentó tocarla. Claire dio un paso atrás y tiró la pistola a la piscina, donde se hundió en el agua opaca. Gritó:

—¡Me violó!

—Claire, no podemos hablar de eso; no aquí.

—Oh, no, no, por supuesto que no. Podría poner el imperio en peligro. Podría perjudicarlo a él. ¡Dios mío, violó a tu propia hija y tú lo encubriste!

—Lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

—Pudiste elegir. Él o yo. Pero en realidad no había opción, ¿verdad? Siempre ha sido él. Todo lo que has hecho ha sido siempre para protegerle.

«¿A quién?», quiso gritar Serena.

—Ya hemos hablado de esto —dijo Boni—. Dijiste que lo entendías.

—Claro que lo entendía. Te estaba pidiendo que expusieras las mentiras de toda una vida. Lo habrías perdido todo. Habrías ido a la cárcel. Así que fui una buena chica y me callé. Me callé, aunque tuve pesadillas durante años. Me callé, aunque me entraban miedo y ganas de vomitar cada vez que veía su cara. Me callé y te salvé a ti.

—Sucedió hace más de diez años, Claire —continuó Boni—. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo arreglar esto por fin?

—Nunca podrás arreglarlo. Pero por una vez en tu vida puedes explicar la verdad. Puedes afrontar algo que has hecho. ¿Qué le ocurrió a Amira?

Boni parecía abatido.

—No puedo hablar de eso.

—¿Por qué no? Dices que no le debes nada a Blake. Pero por todos los diablos, sí que me lo debes a mí.

—Lo sé. Pero no puedes pedirme eso, Claire. No puedes.

Parecía que Claire fuera a reventar de frustración. Si la pistola hubiera seguido en su mano, Serena pensó que habría matado a Boni. O a sí misma. O a los dos. Se dio la vuelta, y sus hombros se vieron sacudidos por los sollozos.

Boni cerró los ojos. El dolor de su hija parecía clavársele y abrir viejas heridas.

—Fue él, Claire —dijo calmadamente—. Entonces. Con Amira.

Claire volvió a girarse, incrédula.

—No.

Boni asintió.

—Fue entonces cuando empezó todo entre él y yo. Yo lo creé. Es mi Frankenstein.

—¿Mickey mató a Amira?

El rostro de Boni se crispó como si Claire le hubiera arrojado la caja de Pandora y todos los demonios hubieran salido volando para dispersarse. Como si, al pronunciar ese nombre, le hubiera disparado con la pistola.

La mente de Serena iba a mil por hora, mientras movía los labios en dirección a Stride repitiendo aquel nombre: «¿Mickey?».

Claire dio un paso adelante y le propinó una bofetada a su padre, con tanta fuerza que el viejo perdió el equilibrio.

—Tú sabías la clase de monstruo que era. ¿Cómo pudiste permitirle que se me acercara? ¿Cómo pudiste pedirme que saliera con él?

—Ha pasado mucho tiempo, Claire. Pensé que era distinto. Pensé que podía confiar en él.

—Para ti sigue siendo más importante que yo, ¿verdad? Después de todos estos años. Por supuesto que sí. Sigue tratándose del imperio. El Orient. La piedra angular de tu vida, y cada uno de sus ladrillos está construido sobre el sufrimiento y la violencia y la muerte.

—Ya basta, Claire.

Claire le gritó en la cara, frunciendo la boca en una mueca de desdén.

—¡Mickey! Ése es nuestro gran secreto, papá. Ha estado colgado de tu cuello, y del mío, durante cuarenta años.

Boni sacudió la cabeza.

—Y todavía está ahí, Claire. Esto no cambia nada. Tú lo sabes.

—Sí que cambia. Todo ha terminado. Habrá un juicio. El juicio de Blake. Todo saldrá a la luz. Amira, Mickey, tú... Todo.

—No puedo permitir que eso ocurra.

—Ahora ya no está en tus manos.

La voz de Boni sonó fatigada.

—Nada escapa de mis manos, Claire.

Metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó un paquete de cigarrillos europeos. Dejó caer uno en su mano, y entonces buscó en otro bolsillo y sacó un anticuado mechero Zippo.

—Nada —dijo.

Prendió el mechero y, a pesar del viento, de éste brotó una pequeña llama.

Un segundo más tarde, en la cornisa, Blake se agitó como una bailarina de juguete animada electrónicamente, con los ojos cada vez más abiertos. Una mancha de color rojo apareció en su camisa y descendió en regueros por su pecho. Otro instante después, la onda expansiva de un sonido lejano atravesó la terraza. Blake pareció plegarse sobre sí mismo. Flaqueó; su rostro empalideció y se desvaneció hacia atrás, en la larga caída que conducía al aparcamiento de abajo.

Cuarta parte

MICKEY

Capítulo 51

Stride supo que tendrían problemas cuando nadie les tomó declaración en la terraza. Era la escena de un crimen. Se había abierto fuego. Un hombre, aunque era maléfico, aunque había matado a muchos otros, yacía muerto en el lejano suelo que había a sus pies. Asesinado deliberadamente. Tendrían que estar devanándose los sesos para explicar qué y cómo había ocurrido para la investigación y el juicio que inevitablemente debían venir a continuación.

No fue así.

Sawhill llegó y se hizo cargo de la situación personalmente, lo que significaba sobre todo mantener a la gente a raya. Pasó los primeros veinte minutos hablando con Boni Fisso, en lugar de con sus propios detectives. Los dos hombres se abrazaron como viejos amigos. Ésa fue la primera mala señal. Luego Sawhill le pidió a un agente uniformado que acompañara a Claire a su casa. No a Serena, ni a Stride. Claire los miró a los dos con ansia, aunque dejó que se la llevaran de allí.

—Vosotros dos —dijo Sawhill al fin—. ¿Por qué no os vais a dormir un poco?

La segunda mala señal.

—Necesita nuestras declaraciones —protestó Stride con expresión insulsa.

—Eso puede esperar a mañana. Los dos habéis tenido una noche horrible. Buen trabajo: habéis barrido de las calles a un asesino en serie. Y ahora marchaos de aquí, hablaremos por la mañana.

Sawhill les sonrió, intentando actuar como un padre orgulloso, pero Stride sabía que era una sonrisa de político. Estaba procurando minimizar los

daños. Estaba extendiendo la cal, pintando sobre los pecados, disponiéndolos para hacerlos reventar junto con el Sheherezade la semana próxima, de una vez por todas. Pero Stride estaba demasiado cansado para quejarse. La herida vendada de la pantorrilla le palpitaba y le dolía todo el cuerpo. Se alegró de marcharse.

Serena y él se fueron a casa. No tenían fuerzas para hablar. Se metieron en la cama y enseguida quedaron inconscientes, y la única sensación que logró penetrar en el cerebro de Stride fue que las sábanas arrugadas olían al perfume de Claire. Se dejó llevar y tuvo sueños eróticos interrumpidos por imágenes violentas, con personas cayéndose, los gritos de una violación...

Durmieron durante diez horas.

Era primera hora de la tarde cuando se presentaron en comisaría. En el edificio reinaba la euforia. Caso resuelto. Los policías se acercaban a ellos y les daban palmaditas en la espalda, felicitándolos. Palmas en alto por todas partes. «Blake cayó en picado. Así se hace». Sawhill también estaba ahí, y seguía con su sonrisa cuando los hizo pasar a su despacho. Era la misma sonrisa de político que había lucido la noche anterior, y Stride supo que estaba a punto de merendárselos.

Cuando cerró la puerta, Sawhill ordenó a su secretaria lo impensable:

—No me pase ninguna llamada.

Stride y Serena se instalaron en las sillas que había enfrente del escritorio de Sawhill. El teniente no cogió su bola antiestrés; aquel día parecía haberse liberado de los nervios.

—Felicidades a los dos —les dijo—. El gobernador Durand me ha pedido que os transmita su agradecimiento personal.

Ellos no respondieron.

—No hace falta que os diga cuánto siento lo de Amanda —continuó Sawhill—. Pero cogisteis a ese tipo. Bien por vosotros. Y los contribuyentes no tendrán que pagarle comida y alojamiento durante cuarenta años, lo que es aún mejor.

—¿Quién lleva ahora la investigación? —preguntó Stride.

—¿Qué investigación?

—La de la muerte de Blake.

—Oh, anoche pusimos fin a eso —replicó Sawhill.

Su sonrisa se hizo más amplia, como si su nariz se estuviera alargando.

—¿Que pusieron fin a eso? —preguntó Stride—. ¿Quién lo mató?

—El jefe de la agencia de seguridad de Boni, David Kamen. Es un tirador de primera, como recordarás. Por fortuna, Boni tomó precauciones cuando Blake lo llamó, y ordenó a Kamen que se apostara en las Charlcombe Towers, delante del Sheherezade.

Stride asintió. Se lo había imaginado.

—¿Han arrestado a Boni?

Sawhill pareció sorprendido.

—¿Para qué?

—Ordenó que mataran a Blake. Es un asesinato. Blake estaba controlado, señor. Boni dio luz verde para que Kamen lo matara, porque no quería que en el juicio de Blake saliera a colación la muerte de Amira.

—Te equivocas, detective. Anoche hablé con Kamen personalmente. Tuvo a Blake en el punto de mira todo el tiempo, y disparó cuando el otro se disponía a sacar una pistola de reserva que llevaba en una funda en el tobillo.

—Blake no se movió —dijo Stride.

—¿Estás completamente seguro de eso? Tengo entendido que estabas concentrado en Boni y Claire en aquel momento. Menos mal que Kamen estaba ahí, detective. Esto podría haber sido otro error por tu parte. Un error fatal. Blake podría haber sacado su pistola y haberos eliminado a los dos en menos de un segundo.

Stride frunció el ceño. No podía jurar en un tribunal que no se hubiera distraído, al menos por un segundo, durante la pelea entre Boni y Claire. Un pequeño lapso de tiempo era todo lo que Blake habría necesitado.

Salvo que era mentira. Todos ellos lo sabían.

—Encontramos una pistola en el suelo, cerca del cuerpo —continuó Sawhill—. Una Walther; pequeña pero mortífera. Blake aún tenía la funda atada al tobillo.

Muy práctico, pensó Stride.

—¿Y eso es todo? —preguntó.

—Eso es todo.

—¿Quién es Mickey? —volvió a preguntar.

Observó los ojos de Sawhill, pero no pudo leer nada en la mirada anodina de aquel hombre.

—¿Mickey? No sé de qué estás hablando.

—¿Qué hay de Amira? —insistió Stride.

Sawhill sonrió.

—Como ya te dije desde el principio, detective, Amira Luz fue asesinada por un fan enloquecido.

Stride encendió un cigarrillo. Serena le puso mala cara.

Se sentaron en un parque a unas manzanas de la comisaría. Era última hora de la tarde. La ola de calor por fin había remitido y el sol de octubre iluminaba otro día en el paraíso. Veintitrés grados y un infinito cielo azul. La niebla se estaba llevando el día, dejando las montañas afiladas y nítidas en el horizonte.

Volvía a estar medio enganchado y lo sabía. Sentía el humo en sus pulmones como un viejo amigo al que había echado de menos. No le devolvió la mirada a Serena.

—Yo no diría nada si tú te tomases una copa —dijo.

—Y un cuerno. Me la arrancarías de las manos y vaciarías la botella en el fregadero.

—Muy bien, sí, lo haría —admitió él.

Serena le quitó el cigarrillo de los labios. Lo tiró al suelo y lo aplastó con el pie; los rescoldos se apagaron con la tierra. Stride sintió una ansiedad inmediata y se preguntó si podría ganar la batalla por segunda vez.

—No me has preguntado nada sobre Claire y yo —dijo Serena.

Entornó los ojos en dirección al sol y Stride vio que se pasaba la lengua por los labios resecaos.

—Es cierto —replicó Stride cansinamente.

Llevaba todo el día dándole vueltas a eso. El dulce aroma de Claire en su cama. Pero no pensaba decir nada. Estaba a la espera, y necesitaba un cigarrillo.

—Ya lo pilló —dijo Serena—. Es cosa mía contártelo o no. Muchos tíos no podrían vivir sin saberlo.

—No digo que yo pueda —respondió Stride.

Ella se estudió las uñas y pareció increíblemente nerviosa.

—Nos acostamos —afirmó.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, y Stride trató de interpretar la expresión de Serena. Se sentía violenta. Culpable. Asustada. Orgullosa.

—Es decir, estuvimos a punto de hacerlo —se apresuró a decir—. Blake nos interrumpió antes de que ocurriera nada realmente. Pero eso no importa. Habíamos empezado. Yo iba a dejar que me hiciera el amor. Iba a hacerle el amor a ella. Ésa es la verdad.

Deseaba que él le dijera que no pasaba nada. Y él esperaba que el desconcierto de su rostro no lo interpretara como rechazo.

—¿Piensas decir algo? —preguntó Serena.

Stride dijo lo primero que se le ocurrió.

—Estoy increíblemente empalmado.

Ella estalló en una carcajada, y Stride la imitó. Cuando se apagaron las risas, Serena lo besó intensamente y le susurró:

—¿Y por lo demás?

—Eso no cambia nada para mí. Lo que importa de verdad eres tú.

—Me siento como si hubiera exorcizado un demonio. Pero temía perderte a causa de ello.

—Eso no va a pasar.

—Lo siento —le dijo ella.

—No tienes por qué; no por esto.

—Necesito contarle a Claire la verdad. Desengañarla con tacto.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Stride.

Serena negó con la cabeza.

—Estoy preocupada. He probado en su casa, en su móvil y en el club, y nada. No sé dónde estará.

—Boni la tiene pillada.

—Eso es lo que me da miedo.

—No creo que le haga daño —dijo Stride.

—¿No? Mató a su propio hijo. No quiero que ella acabe muerta y se considere un presunto suicidio. «Mi hija era muy desgraciada, no pudo soportar la presión», y toda esa mierda.

—Te preocupas de verdad por ella.

Serena vaciló.

—Sí, es cierto. Podría amarla, pero no la amo.

Stride se sorprendió ante el profundo alivio que sentía al oírla decir esas palabras.

—Claire quería que la verdad saliera a la luz, y seguramente no será así. ¿Podrá vivir con eso?

—Boni no le dejará otra opción.

—¿Y nosotros? ¿Podemos vivir con ese encubrimiento?

Serena se encogió de hombros.

—No sería la primera vez, ¿verdad?

Stride captó y entendió el mensaje. Juntos habían resuelto el asesinato de Rachel Deese, el caso que los había unido, de una manera que había dejado medio oculta la verdad. A petición de Stride. Era el secreto que compartían^[40].

—A veces la política y el dinero se salen con la suya, Jonny —añadió.

—¿En Las Vegas?

—En todas partes.

—La gran pregunta es si él nos va a dejar vivir a nosotros —dijo Stride —. Hemos oído cosas que se supone que no deberíamos saber.

—Mickey.

—Exacto. Sea quien sea, está detrás del poder de Boni.

—Pero debía de ser muy joven por entonces —dijo Serena.

—Helen Truax dijo que era socorrista. Un guardaespaldas que buscaba fortuna con las mujeres de los jugadores. A lo mejor intentó seducir a Amira y la cosa se le fue de las manos.

Serena sacudió la cabeza.

—Ni hablar. Estaba con Amira porque Boni quería. Él llamó a Rucci cuando terminó el trabajo. El cuento de la pelea no era más que una tapadera.

—Y a partir de ese día, Boni fue el dueño de su alma —dijo Stride. Cogió su teléfono móvil y empezó a marcar—. Vamos a averiguar quién es ese bastardo.

—Helen no lo sabía.

—Tal vez lo sepa Moose.

Stride oyó la voz del gran cómico al teléfono, y volvió a presentarse. Moose empezó deshaciéndose en halagos y felicitándolo por atrapar al asesino de Tierney. Stride se dejó alabar por aquel hombre. Podía imaginarse sus cejas bailando de alegría.

—Tengo una pregunta que hacerle —dijo Stride cuando Moose se tomó por fin un respiro.

—Lo que sea.

—¿Recuerda a un socorrista del Sheherezade, en 1967, llamado Mickey? Se hizo una prolongada pausa, y Moose empezó a echarse atrás.

—Había un montón de universitarios por entonces.

—Eso no es una respuesta, Moose. ¿Le conocía?

—¿Por qué? ¿De qué va esto?

—Es sólo un cabo suelto que estamos intentando atar.

Podía oír la respiración de Moose.

—Bueno, no creo que sea ningún secreto. Entró en la Facultad de Derecho trabajando en el Sheherezade. Muchos peces gordos lo hicieron.

Stride empezó a sentirse incómodo. Se preguntaba si no estaría cometiendo un error por el que acabarían matándolos a Serena y a él.

—¿Y ha mantenido el contacto con él?

—Por supuesto. Mickey Durand es el mejor amigo que la industria del espectáculo haya tenido nunca en esta ciudad. Si Dios y los votantes quieren, será reelegido como gobernador el mes que viene.

Capítulo 52

Beatrice Erdspring pulsó repetidamente el botón del volumen del mando a distancia del televisor, pero el sonido no registró ningún cambio. Los presentadores del informativo seguían susurrando y ella no podía oír nada.

—Oh, por el amor de Dios... —refunfuñó mientras se subía la manta de color crema por encima del camisón.

Probó varios canales pero con todos pasaba lo mismo, así que volvió a la cadena local CBS, donde daba las noticias aquel hispano tan agradable de pelo negro. Se llamaba Raúl. Se le veía fuerte y digno de confianza, y llevaba un atractivo bigote. Su marido, Emmett, siempre había llevado bigote.

No era propio de Raúl susurrar, pero aunque Beatrice estiró el cuello y se ahuecó una mano detrás del oído apenas podía distinguir una sola palabra.

—Habla más alto, Raúl —le dijo al televisor.

Beatrice se sintió frustrada, pues había reconocido a la atractiva mujer que aparecía en la fotografía de la pantalla y quería oír lo que estaban diciendo sobre ella.

—¿Puedes oírlo, Rowena? —le gritó Beatrice a su compañera—. Creo que la tele vuelve a estar estropeada. O a lo mejor el mando a distancia se ha quedado sin pilas.

Rowena ocupaba la otra cama de la habitación que compartían en la residencia de Boulder City. Beatrice alzó la vista y vio que estaba durmiendo otra vez. Se pasaba casi todo el tiempo durmiendo. Beatrice ya había tenido tres compañeras en el último año, y temía que Rowena también se fuera pronto. Era una lástima, porque cuando estaba despierta era para desternillarse. Había criado a seis hijos en una granja lechera de Iowa, y

contaba unas historias con las que podías pasarte horas riendo. Como aquella de una hija suya de ocho años que intentó «ordeñar» un toro. ¡Vaya sorpresa se llevaron los dos!

Beatrice volvió a fijar la mirada en el televisor y suspiró: Raúl había pasado a otra noticia.

Miró por la ventana a la calle principal de Boulder City. Los coches pasaban zumbando rumbo al lago Mead o a la presa Hoover. Flora se había llevado a los internos de excursión al lago Mead el mes anterior, y aunque el viento había despeinado a Beatrice le encantó ver el agua otra vez. No es que el lago Mead fuese tan bonito como el lago Tahoe, donde ella había vivido tantos años, pero era agradable volver a salir. Disfrutaba del calor, aunque echaba de menos el fresco de aquellas lejanas noches de invierno, cuando Emmett y ella se acurrucaban juntos debajo del edredón. Pero ya no podía soportar el frío, por eso se había retirado a la parte sur del estado.

Flora llegó corriendo a la habitación, tapándose los oídos con las manos. Fue derecha al televisor, lo apagó y luego se llevó una mano al corazón, respirando hondo. Agitó un dedo y dijo algo que Beatrice no pudo oír.

—Ya estás farfullando otra vez, Flora —le dijo Beatrice—. Habla más alto, ¿quieres?

Flora se acercó al lado de la cama. Pareció que gritaba, aunque las palabras quedaban muy lejos.

—Bea, cielo, has olvidado ponerte el aparato para la sordera.

—Oh, cariño...

Flora husmeó en el cajón de la mesita de noche de Beatrice y sacó triunfante los dos artilugios de color beis que Beatrice se ajustaba a los oídos cada mañana. La ayudó a ponérselos y luego se enderezó otra vez, riéndose. Flora era una mujer filipina de ciento cuarenta kilos de peso, y cuando se reía meneaba todo el cuerpo.

—¿Está mejor así, cielo?

—No hace falta que grites, Flora —dijo Beatrice, cosa que hizo reír aún más a la cuidadora.

—¿Quiere que vuelva a encender el televisor? —le preguntó ésta.

Beatrice negó con la cabeza.

—No, ya me he perdido la noticia que quería ver.

—¿Qué noticia era?

—¡Es que me la he perdido, así que no lo sé! Pero han enseñado la foto de una chica preciosa a la que conocí cuando era enfermera.

—Qué gracia —dijo Flora. Trajinaba de un lado a otro de la habitación, ordenando, y se detuvo muy concentrada—: ¿Ya ha visto que han cogido a ese hombre horrible? El que mató a toda esa gente... Le dispararon y cayó desde lo alto de un edificio. Bang, bang.

Flora iba de un lado a otro junto a la cama. Empujó a Beatrice un poco hacia delante, cogió sus dos almohadas y se las ahuecó con un puño bronceado y rollizo.

—Aunque es muy romántico: mató a esas personas para vengar a su madre. ¡Su madre! Mis chicos a duras penas se asoman a mis fiestas de cumpleaños.

—¿Quién era su madre? —preguntó Beatrice.

—¿Qué? Ah, una de esas bailarinas de los sesenta. Tuvo que entregar a su bebé. ¿No es una tragedia? ¿Se lo puede imaginar? Yo me volvería loca si me hicieran entregar a un hijo mío. Sería feliz si siguieran viviendo conmigo a los cincuenta: claro que al paso que van, es más que probable.

Beatrice frunció el ceño.

—¿Estás hablando de Amira Luz?

Pero Flora ya estaba saliendo de la habitación y no miró atrás. Beatrice volvió a encontrarse sola, excepto por Rowena, que roncaba. Ahora se acordaba: por eso se había quitado el aparato para la sordera. Rowena roncaba como un 727 al despegar.

Beatrice pensó en Amira Luz y sonrió. Era tan gracioso ver a esa hermosa mujer embarazada, en el balcón, intentando ejecutar los extraños movimientos de un baile erótico con su abultado vientre metiéndose por en medio.

Flora debía de referirse a Amira. ¿Por qué si no saldría su foto en la tele después de tantos años?

Aunque no tenía mucho sentido. A lo mejor Flora se equivocaba.

Beatrice encendió otra vez el televisor y rápidamente bajó el volumen con

el mando. Agitó la mano al ver a Raúl y luego se puso a cambiar de canal para ver si algún otro mencionaba esa historia.

¿Amira? No, seguro que era un error.

Capítulo 53

Como esperaba Stride, la invitación llegó. La noche siguiente, a las diez en punto, volvían a encontrarse en el vestíbulo de color blanco hueso del ático de Boni, en Charlcombe Towers. El propio Boni los llevó a través de las puertas dobles al interior de la gigantesca habitación de estilo *cowboy*. La luz era tenue: sólo unas pocas y pálidas lámparas y el resplandor de la torre, afuera.

Boni se había puesto otra vez un traje negro. Stride detectó el aroma a puro y a colonia. Seguía luciendo una sonrisa fácil y encantadora, y Stride se preguntó si sería como el gato de Cheshire, capaz de desaparecer y dejar tras de sí tan sólo la sonrisa para burlarse de la gente. Utilizó ambas manos para estrechar la suya a cada uno de ellos.

—Nos salvaron la vida, detectives; a Claire y a mí. Creo que les debo una copa para celebrarlo.

—¿Por eso estamos aquí? —preguntó Stride en tono receloso.

—Por supuesto. Beberán conmigo, ¿verdad? Desde luego, ahora no están de servicio.

Mensaje recibido y captado, pensó Stride. Todo aquello era extraoficial.

—Señorita Dial, sé que usted preferirá agua o un zumo, por supuesto. ¿Y usted, detective Stride? ¿Brandy? —Stride asintió—. Tengo uno excelente que creo que le gustará —le dijo Boni.

Se retiró al bar y sirvió un vaso, así como tres dedos de whisky para él.

Stride tomó un sorbo; parecía deshacerse en su boca.

—Bueno, ¿eh? —preguntó Stride.

—Extraordinario.

—¿Dónde está Claire? —quiso saber Serena.

—He pensado que le iría bien un descanso —respondió Boni—. Estos últimos días han sido muy agotadores para ella. Dispuse un avión a St. Thomas; pronto volverá a estar aquí.

—Me gustaría hablar con ella —dijo Serena.

—Desde luego. Le daré el número del balneario antes de que se vaya. Estoy seguro de que se alegrará de oírla.

Stride tomó otro sorbo de brandy. Se preguntaba cuáles serían las normas de aquel juego. Quién empezaría. A qué son bailarían. En realidad, todo se reducía a quién pronunciaría primero aquel nombre. Era una estupidez simular que no sabían todos de qué iba aquello.

Resultó ser Boni quien movió la primera pieza.

—Aquí hay alguien que quiere conocerles —les dijo—. Y apuesto a que ustedes también quieren conocerle a él.

Stride oyó movimiento a su espalda y, al darse la vuelta, vio al encanecido gobernador de Nevada, que venía hacia ellos desde una de las habitaciones interiores de la suite.

—Mickey —exclamó Boni—. Ven aquí. Te presentaré a los detectives que me salvaron el cuello.

Mike Durand era alto e imponente. Estaba muy bronceado, pero su piel madura era tersa e inmaculada. Un lifting, seguramente, con cirugía láser para quemar las manchas de sus sesenta y cinco años. Y fundas en los dientes que le proporcionaban una amplia sonrisa de alabastro. Vestía un esmoquin negro que prácticamente relucía, y ya llevaba un whisky en la mano, el doble de grande que el de Boni. Stride también se percató de algo que no había detectado antes, cuando había visto a ese hombre por televisión o en fotografías: Durand tenía la mirada más mezquina y más feroz que había visto nunca, peor que la de cualquier criminal empedernido. Podía sonreír como si te rebanara la garganta. El político perfecto.

Durand tendió la mano. Stride y Serena no se la estrecharon ni le devolvieron la sonrisa, y la expresión del gobernador reflejó una furia a duras penas contenida.

Basta de disimulos.

—No creo que vayan a mantener esto en silencio —le dijo Durand a Boni, como si estuvieran solos en la habitación—. Creí que habías dicho que lo tenías bajo control.

Stride observó a Boni y, para su sorpresa, se dio cuenta de que el viejo detestaba a Mickey Durand. Había un desprecio manifiesto en su mirada, como si Mickey fuese un parásito que se alimentaba de él, pero que se había instalado tan hondo en sus entrañas que ya no podía decirse dónde acababa un organismo y dónde empezaba el otro. Si matabas a uno, los matabas a los dos.

—Son policías, Mickey —replicó Boni con calma—. La policía no para hasta conocer la verdad, así que tú y yo se la vamos a contar. Y luego todos podremos dejar esto atrás.

—Hablarán. Maldita sea, podrían llevar un micrófono.

Boni sacudió la cabeza.

—Tengo detectores en el vestíbulo: no llevan nada. Y en cuanto a hablar, no te preocupes. Creo que podemos llegar a un acuerdo que nos complazca a todos. —Tomó un trago de su whisky y asintió en dirección a Stride—. Ya han oído hablar de Mickey: sé que llamaron a Moose. ¿Qué más quieren saber?

Stride miró a Durand.

—Amira —dijo—. ¿Por qué lo hizo? Ambos sabemos que Boni lo incitó. ¿Qué poder tenía sobre usted entonces?

Durand no contestó. Boni interrumpió con suavidad:

—Saqué a la madre de Mickey de ciertos problemas que tenía con el fiscal del distrito. Era empleada mía en el casino. Mató a su hermana cuando la encontró en la cama con su marido y yo hice que se retirasen los cargos. Así que ya ve, estaba en deuda conmigo. Yo ya le estaba pagando a Mickey la carrera de abogado, porque había visto su potencial.

Durand se encogió de hombros.

—La verdad es que no tuvo que convencerme, ¿sabe? ¿Ha visto qué aspecto tenía Amira? Me habría ofrecido voluntario.

—¿Se suponía que tenía que matarla? —preguntó Serena.

—No —dijo Boni con sequedad, lanzando a Durand otra mirada que

mostraba cuánto aborrecía la relación que había entre ellos—. Se suponía que sólo debía darle una lección de lealtad.

—Era peleona —dijo Durand—. Fue un accidente.

—¿Un accidente? —replicó Stride con cinismo—. ¿Aplastarle el cráneo?

—Supongo que hoy en día lo llamaríamos sexo duro —dijo Durand, riéndose.

—Hoy en día lo llamaríamos violación y asesinato —soltó Serena fríamente.

Stride vio que Boni no se reía.

—Me sorprende que no lo matara por lo que hizo.

Boni se tomó un instante para frenar su ira.

—Soy un hombre de negocios, detective. A veces hay que tomar decisiones difíciles por un beneficio mayor. Amira ya estaba muerta para mí, y Mickey era una inversión primordial. —Añadió, con un vistazo a Durand—: Aunque no crea que no se me pasó por la cabeza.

—Somos hermanos de sangre —afirmó Durand, aparentemente despreocupado ante el barril de pólvora que tenía al lado—. Subiendo los dos los peldaños del poder. Ha sido una carrera endiablada: asistente del Congreso, Asamblea del estado, portavoz y gobernador. Quién sabe, a lo mejor llego a senador en un par de años. Me encanta Washington. Y esos jodidos predicadores no paran de reclamar regulaciones más estrictas sobre el juego.

—¿Y Claire? —preguntó Serena—. ¿Violarla también fue un accidente?

Por primera vez, Stride vio cierto nerviosismo en la fría mirada de Durand.

—Eso fue falta de comunicación —murmuró—. Los dos habíamos bebido. Boni sabe que nunca le habría hecho daño a Claire deliberadamente.

A Stride no le pareció que Boni pensara eso en absoluto. Se preguntó hasta dónde había llegado lo de ser un hombre de negocios; decisiones difíciles por un beneficio mayor. Durand era un psicópata y Boni tenía la llave de la jaula. Stride vio la batalla interna de Boni, y debía de haber sido así durante toda su vida. Tolerar lo intolerable. No creía que Boni hubiera mentido a Claire: había amado a Amira. Y ese hombre la había matado.

Había violado a su hija. Todo por el poder.

—Ahora ya saben la verdad —les dijo Boni con voz tensa—. Es hora de seguir adelante.

El silencio se instaló en la estancia. La bombilla de una de las lámparas del escritorio más cercano titiló. Fuera, en algún lugar, en la oscuridad que cubría el valle, Stride vio el parpadeo de un avión que despegaba de la ciudad.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó.

Boni suspiró.

—No vaya por ahí.

—Es una hipótesis —dijo Serena.

—No pueden demostrar nada —les recordó Boni—. No tienen pruebas. Sus superiores no lo investigarán. Ustedes dos son lo bastante listos para saber cómo funciona el poder en esta ciudad. A veces eres la mosca y a veces el matamoscas.

—Podríamos ir a la prensa —sugirió Stride.

Boni se encogió de hombros.

—No me hagan explicárselo... Los desacreditarían, sus vidas quedarían arruinadas. No creo que quieran eso realmente. Con toda sinceridad, detective, los respeto a los dos, pero saldrían cosas a la luz.

—¿Qué cosas? —preguntó Serena.

—Que usted se acostó con mi hija, detective. En el curso de una investigación. No estaría muy bien visto.

Serena no se molestó en preguntar cómo lo había averiguado.

—Usted no le haría eso a Claire —dijo.

—Como ya he dicho, a veces hay que tomar decisiones difíciles. Y aún hay más: perderían sus empleos. Y seguramente irían a la cárcel por obstrucción a la justicia.

—¿De qué diablos está hablando? —quiso saber Stride.

—Supongo que a la policía de Minnesota le interesaría saber cómo resolvió usted el último caso: el asesinato de Rachel Deese, y lo que le ocurrió realmente. Y no sería usted el único que sufriría, ¿verdad, detective?

Stride no lo pudo evitar: se quedó boquiabierto, incrédulo. ¿Cómo lo

sabía? Y luego le pareció obvio: Boni había colocado micrófonos en su casa. Lo había estado escuchando todo. Sus secretos. Su vida sexual. Su investigación.

—Así que, en realidad, sería mejor para todos que esta historia quedara sólo entre nosotros cuatro, ¿de acuerdo? Porque eso no sería más que el principio. Eso serían sólo las cosas que son ciertas. Una vez los medios de comunicación empiezan a buscarte las cosquillas, se creen cualquier bulo, ¿no es así? Ustedes ya saben cómo funciona.

Boni abrió los brazos.

El gobernador sonreía, de pie junto a la ventana. Las luces le iluminaban medio rostro y dejaban el resto en penumbras.

La mente de Stride trabajaba frenéticamente, intentando recordar si en las últimas horas habían hablado de su estrategia dentro de casa. ¿Habían revelado su mejor baza? No lograba acordarse, aunque tampoco importaba: tenía que jugar sus cartas y esperar que saliera bien.

Stride miró a Serena y ésta asintió.

—Leo Rucci también quería que siguiera siendo un secreto —dijo Stride. Boni no respondió; simplemente arqueó una ceja, en señal de curiosidad—. Pero lo escribí —continuó Stride—. Dejé escrito lo que le había ocurrido realmente a Amira.

Boni se rió.

—No sea ridículo. De verdad, detective, es una táctica muy floja. Leo Rucci era tan leal como todos los que forman parte de mi vida.

—Esta mañana hemos registrado su casa —aseguró Stride—. Pero usted ya lo sabe. Ya tenía a gente allí para limpiarla, para asegurarse de que no quedaran pruebas que lo incriminaran. Y su despacho también: ya lo habían repasado.

Boni se encogió de hombros, sin molestarse en negarlo.

—El problema es que olvidaron algo: una caja de seguridad. La llave estaba en una cadena de su bolsillo cuando lo asesinaron. Ni en su casa, ni en su despacho.

A Stride le pareció ver un atisbo de inquietud en el rostro de Boni.

—Hoy la hemos abierto. Dentro había una carta dirigida a su hijo Gino.

Pero claro, Gino está muerto.

Se sacó un sobre del bolsillo y lo sostuvo en la mano despreocupadamente, lo suficiente para que Boni pudiera ver la palabra escrita en el exterior: «Gino».

—Leo nunca me haría eso —dijo Boni.

—No lo hizo. Sólo quería un seguro de vida para su hijo, en el caso de que le ocurriera algo a él. Sabía que Gino era la clase de chico que en un momento dado podría necesitar una carta de «Queda libre de la cárcel». Literalmente.

—Démela —ordenó Boni.

Stride tendió la mano y Boni le arrebató la carta. Estudió el sobre, que estaba amarillento y parecía tener más de diez años. Llevaba el logotipo del negocio de cambio de lubricante de Rucci. Boni sacó la carta del interior y la desplegó.

—Esto es una copia —dijo.

—El original está en la oficina de un abogado de fuera de la ciudad —le explicó Stride—. Por si acaso.

Boni empezó a leerla.

Stride ya sabía cómo empezaba.

Gino:

Si estás leyendo esto, significa que la he diñado. Espero que haya sido rápido, ¿sabes? Una bala en el cerebro, ésa es una buena manera de irse. O a lo mejor un ataque al corazón mientras me trabajaba a alguna rubia. Escucha, chico, guardo algunos secretos de los viejos tiempos. De cuando Boni y yo estábamos en la cima del mundo. Si compartes esto con quien sea, que Dios me ayude a

volver de la tumba y patearte el culo. Si te metes en líos, llama a Boni. Él te ayudará sin hacer preguntas. Pero si Boni no está por ahí, hay otra persona a quien llamar. Se llama Mickey...

Esperaron mientras Boni terminaba la carta. Stride vio que le temblaban las manos. El rubor sonrosado de su rostro de anciano se desvaneció; su aspecto se tornó frágil y se quedó pálido. Al acabar, alzó la vista con la mirada ausente, mientras su mente trabajaba duro en busca de una salida. Una fuga. Una manera de darle la vuelta.

—Esto nunca se sostendrá en un tribunal —dijo—. No puede tocarnos a ninguno.

Stride asintió.

—Es verdad. Pero basta para la prensa; y para los votantes.

Boni le siguió dando vueltas a la cabeza. Sabía que tenían razón.

—Ustedes también caerán —afirmó Boni—. La información sobre Rachel saldrá a la luz. Será la guerra. Los destruiremos.

—Correremos ese riesgo —dijo Serena.

—Nosotros estamos mucho más cerca del suelo, así que la caída no nos dolerá tanto —añadió Stride.

Observó a Boni, que los calibraba, evaluando el temple de sus miradas. Era una partida de póquer y ellos no apartaron la vista, desafiándole a hacer una llamada. Ése era el momento en que todo se elevaba o caía, y Stride lo sabía. Sabía que Boni no podía creer que lo hubieran burlado, que realmente podía jugar y perder. Llevaba medio siglo construyendo su imperio, y así de fácil, en el lapso de unos segundos, éste habría desaparecido.

Stride se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. A la espera.

Sólo había una cosa que Boni pudiera hacer: luchar. Optar por un arma nuclear. Destruirlos a todos en su caída. Stride esperaba que el viejo fuera demasiado astuto para desear una aniquilación mutua.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Boni con calma.

Stride ocultó el alivio que sentía. Su expresión era pétrea.

—La dimisión del gobernador. Y que usted ceda el control de su compañía.

—¿Que ceda el control? ¿A quién?

—A Claire —respondió Serena.

Stride esperaba que Serena estuviera en lo cierto y que Claire aceptara ponerse al mando.

—El imperio se queda en la familia —explicó Stride—. Usted sale y entra Claire.

—Esto es una gilipollez —estalló Durand en el otro extremo de la habitación—. Máталos, Boni. Si ellos desaparecen, todo esto se acabará.

Stride sacudió la cabeza.

—Si nosotros desaparecemos, esta carta va a la prensa.

Boni mostraba admiración en su rostro, como si apreciara el modo en que habían jugado sus cartas.

—Bien hecho, detectives; es una buena estrategia. No estarán sugiriendo que entre en el Libro Negro, ¿verdad?

—No, en absoluto. Es muy claro y sencillo: usted cede el proyecto Orient a alguien más joven, que pueda verlo completado. Alguien en quien usted confía. Puede que no sea exactamente justicia, pero se acerca más que lo que conseguiríamos en un tribunal. Y si vive usted lo bastante, aún podrá ver realizado su último sueño.

Confiaba en que Boni no se diera cuenta de que el propósito era que nada de eso se hiciera público. Que se llevara a cabo en privado, antes de que empezaran a surgir las preguntas.

Sacar a Durand de su cargo era lo principal. Durand también se dio cuenta.

—Boni, no vas a tragar con esto, ¿verdad? Estos dos no son nadie. Podemos con ellos.

—Cállate, Mickey.

El rostro de Durand enrojeció de rabia.

—No me hables así, viejo. Podría haber acabado contigo en cualquier momento. No vamos a ceder ante estos jodidos policías.

—Te olvidas de quién está realmente al mando, Mickey: yo manejo los hilos; tú eres el que baila.

—No, bailamos los dos. Y yo no voy a dimitir.

—El único motivo por el que sigues vivo es que te quiero donde estás. Piénsalo.

—Me necesitas —gritó Durand—. Sin mí no eres nada.

—Mañana entregarás una declaración —replicó Boni tranquilamente—. Dimites con carácter inmediato y abandonas la campaña debido a una grave lesión en la rodilla, que te ha dejado impedido e incapaz de cumplir con tus obligaciones.

—¿De qué coño estás hablando? —exclamó Durand—. ¿Qué lesión en la rodilla?

Boni metió la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta y extrajo una pistola apenas más larga que su mano. Con un suave gesto apuntó y disparó a la perfección, sin estremecerse ante la detonación e insertando una bala en el hueso de la rodilla de Durand.

—Ésta —dijo.

Durand aulló, desgarrado por el dolor, y se tambaleó hacia delante antes de desplomarse en el suelo.

Boni levantó la mano y detuvo a Stride, que se disponía a sacar su propia pistola.

—Se acabó, detective. —Volvió a guardarse el arma en el bolsillo—. Eso va por Claire y por Amira.

Stride y Serena retrocedieron ante los alaridos de Durand, que se retorció en el suelo, agarrado a su pierna y llorando como la cría de un animal atrapada entre las garras de un cuervo. La sangre se filtraba entre sus dedos. El dolor era monstruoso, y la horrible mirada de aquel hombre anhelaba la pérdida de la conciencia. O la muerte. O cualquier cosa que detuviera aquello.

Stride se quedó petrificado, como si tuviera que hacer algo para intervenir. Buscó un teléfono para llamar al 911, pero se dio cuenta de que no había ninguno en toda la habitación. Lanzó una mirada a Serena, que le estaba mirando a él. Los segundos se dilataban. Sus corazones se endurecían.

Comprendió que no sentía ninguna simpatía por Mickey Durand.

Era algo que formaba parte de la ciudad, pensó Stride. Violenta e inmoral. Boni ni siquiera miró a Durand.

—No se preocupe, mi médico estará aquí dentro de unos minutos. Vivirá.

Buscó en su bolsillo y sacó un pedazo de papel en el que garabateó algo. Se lo entregó a Serena.

—El número de Claire en St. Thomas. Puede decirle que queda al mando si lo desea. No asistiré al acto la semana que viene, pero supongo que no le importará que contemple desde aquí arriba cómo hace volar en pedazos mi hotel.

Capítulo 54

Cuando visitaron a Nicholas Humphrey a la mañana siguiente, el detective jubilado se encontraba en una tumbona sobre su césped y seguía llevando el albornoz de color verde. Cerca de él, en la hierba, descansaban unas pantuflas afelpadas. Su pareja desde hacía décadas, Harvey Washington, descansaba a su lado en una tumbona a juego. Estaban cogidos de la mano. Era extrañamente tierno.

Su pequeña *Westie* era una mancha blanca en movimiento, que correteaba entre las sillas y se paraba lo justo para tumbarse boca arriba y que le hicieran unos mimos. Humphrey y Washington se turnaban para acariciar el vientre del animal a sus pies. El sol de mediodía hacía que el castigado vecindario que los rodeaba pareciera reluciente. Un pequeño aeroplano gimió en lo alto, mientras surcaba el cielo azul.

Humphrey saludó al ver a Stride y Serena acercándose por el camino de entrada. Aquella mañana, el huraño detective parecía contento, como si hubiera reparado una deuda muy antigua.

—Lo he oído por la radio —les gritó—. No puedo creer que realmente lo hayáis conseguido.

Stride asintió.

—Puede que no esté en la cárcel, pero para Boni tal vez sea peor tener que dejar de mandar.

—¿Y nuestro gobernador? ¿Cómo se tomó la noticia?

—No bromeaba con lo de la lesión en la rodilla.

Stride explicó lo ocurrido en la suite de Boni, y los dos hombres del césped hicieron una mueca de dolor al oír cómo éste le había disparado a

Durand a sangre fría.

—Uy —dijo Harvey—. Muchacho, eso debe de ser como meter las pelotas en un torno.

—Peor —replicó Humphrey—. He conocido a tíos a los que les ha pasado: dicen que es el dolor más insoportable que puedes causarle a una persona. En fin, peor para él. Donde las dan las toman.

Se iban pasando la pelota firmada por Willie Mays de una mano a otra. Al final se la lanzó a Stride, que la atrapó con una sonrisa.

—Harvey y yo hemos pensado que deberías quedártela —dijo Humphrey.

—Pero no la vendas en eBay —añadió Harvey, frunciendo sus labios oscuros.

Stride miró la firma en la pelota de béisbol. De haber sido auténtica, habría valido un montón de dinero.

Por supuesto, era una falsificación cortesía de las mágicas manos de Harvey Washington, como todo lo demás en el archivo de famosos de Humphrey. Como la nota de Dean Martin. Como la foto de Marilyn Monroe y su mensaje sexy.

Como la carta de Leo Rucci a su hijo Gino.

Falsa.

—Me puse nerviosa cuando Boni sacó la carta del sobre —les dijo Serena—. Estaba segura de que iba a darse cuenta de que lo estábamos timando.

—Deberías tener más fe en mí —dijo Harvey, como si la sola idea de que pudiera detectarse una de sus falsificaciones fuese un insulto—. Claro que vosotros conseguisteis ese viejo sobre en el despacho de Leo. Eso ayudó: si el envoltorio es auténtico, la gente da por hecho que lo que hay dentro también lo es.

Lo dijo con su característico acento.

—Yo me lo habría tragado —dijo Stride.

—Pero Boni conocía a Leo —añadió Serena.

—Igual que yo —replicó Humphrey—. Así es como hablaba ese hijo de puta. No, esos bastardos ya estaban trincados; tenían que caer. Gracias por dejar que Harvey y yo tomáramos parte en el asunto. Sienta bien compensar lo que hice tantos años atrás, ¿sabéis?

La perra saltó a su regazo. Humphrey le rascó la cabeza y dejó que le lamiera toda la cara.

—No podríamos haberlo hecho sin vosotros —aseguró Stride—. Boni tenía todas las cartas.

Harvey se rió. La perra correteó de una tumbona a la otra y se acurrucó en su regazo.

—Pero esto es Las Vegas, maldita sea. Cuando no tienes cartas, te marcas un farol.

Era aquel mismo día, más tarde. Stride había dejado a Serena de vuelta en la comisaría.

Odiaba los hospitales. El olor a antiséptico le recordaba los días que había pasado en el hospital de Duluth aquel mes de enero de hacía años, cogiéndole la mano a Cindy mientras ella estaba cada vez más débil, hasta que finalmente se le escapó. Había muerto delante de sus ojos en aquella habitación cálida, con la nieve cayendo y silbando en el exterior. Procuró ahuyentar esos recuerdos.

Vio pacientes tumbados en las camas dentro de sus habitaciones al atravesar el laberinto de pasillos. Enfermeras que los atendían. Familiares ansiosos sentados al lado. Como había hecho él.

Se perdió y tuvo que preguntar la dirección; la enfermera se mostró paciente y amable, y le indicó adónde tenía que ir. Cuando lo encontró, la puerta estaba cerrada y Stride se paseó de arriba abajo con nerviosismo, sin estar seguro de si debía llamar, entrar o esperar en el pasillo. No estaba acostumbrado a sentirse indeciso, pero esta clase de sitios minaban su fortaleza.

La puerta se abrió de repente y un hombre apareció en el umbral, llenándolo casi.

—Lo siento —dijo Stride, sintiéndose estúpido al tiempo que sostenía unas flores—. Estaba buscando a Amanda Gillen.

El hombre asintió. Medía al menos metro noventa, y Stride tuvo que admitir que era uno de los hombres más asombrosamente guapos que había visto nunca. Como si hubiera salido de las páginas de un catálogo de Abercrombie^[41]. Treinta y pocos. Perfectamente arreglado, con una ropa que

se le ajustaba como si se la hubieran cosido a medida.

—Está ahí —dijo—. Soy Bobby.

Stride intentó no poner cara de tonto.

—¿Tú eres Bobby?

No estaba seguro de cómo se había imaginado al novio de Amanda, pero desde luego no como a una especie de dios.

—¿Eres Stride? —preguntó Bobby—. Me alegro mucho de conocerte. — Se estrecharon la mano. Bobby le dio un apretón fuerte como una roca—. Quiero darte las gracias por apoyarla tanto —dijo—. No hace falta que te diga que has sido el primero.

—Es una gran policía —respondió Stride. Y se sorprendió añadiendo—: Y también una gran mujer.

Bobby sonrió.

—Eres muy amable.

—¿Puedo verla?

—Claro, adelante. Yo iba a por un café. —Luego añadió—: Está mejor de lo que parece. Le llevará un tiempo volver a ponerse en pie, pero lo conseguirá.

—Es un gran alivio.

—Está un poco atontada por la morfina, pero puede hablar.

—No me quedaré mucho rato —dijo Stride.

Bobby se alejó por el pasillo y Stride se percató de que las enfermeras lo seguían con la mirada.

Entró. Fue cuidadoso al cerrar la puerta tras de sí. Cuando pasó al otro lado de la cortina, se le paró el corazón. Sabía que Amanda se recuperaría, pero el hecho de verla ahí, pálida e inmóvil, le recordó a Cindy. Una batería de aparatos controlaba sus constantes vitales y las mostraba en los monitores. Tenía un tubo sobre la cara que le introducía oxígeno por la nariz, y otro tubo hundido en el pecho. Llevaba un gota a gota intravenoso insertado en la mano. Su pelo estaba mustio sobre la almohada y tenía los ojos cerrados. La arrugada sábana blanca estaba arrugada en su cadera.

Stride se sentó en la silla junto a la cama. No dijo nada porque no quería despertarla. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Era una reacción automática;

se le hizo un nudo en la garganta, arrastrado por el pasado.

—Hola.

Vio que ella lo estaba observando. Su voz era débil, como si le costara un gran esfuerzo introducir aire en sus pulmones y expulsarlo después. Tenía los ojos pesados y exhaustos.

Stride le cogió una mano y se la estrechó.

—Bobby me ha dicho que te pondrás bien.

—Duele horrores —dijo Amanda.

—Es la manera que tiene Dios de decirte que la próxima vez pidas refuerzos.

Ella pudo mover la mano lo suficiente para levantar el dedo corazón. Stride se rió.

—He oído que dos enfermeras se desmayaron cuando te desnudaron para entrar en quirófano —añadió.

Ella arrugó los labios en un intento de sonrisa.

—Ja-ja.

Él le volvió a apretar la mano.

—Me has asustado.

—Lo siento.

—¿Te ha dicho Bobby que lo cogimos?

Ella asintió y levantó el pulgar con un flojo puño.

—Y hay más —dijo.

Stride echó un vistazo a la puerta para asegurarse de que estuviera cerrada, y luego pasó los siguientes minutos explicando todo lo que había pasado: lo de Boni, lo de Mickey, lo del enfrentamiento que Serena y él habían mantenido con ellos la noche anterior. Amanda se merecía conocer los secretos.

Una vez terminado, Amanda lo señaló con un débil dedo y susurró:

—Tenéis agallas.

—Igual que tú.

Stride se rió con tantas ganas que pensó que iba a caerse de la silla, y sintió una oleada de alivio y felicidad. Lo vio claro: realmente se pondría bien. Amanda no podía reír, pero sonrió con él, divertida.

—¿Quieres verlo? —le preguntó, tal como le había preguntado cuando lo conoció.

—No, gracias, Amanda.

—Gallina.

Se le cerraban los ojos. Se estaba fatigando.

—Te dejaré descansar —dijo Stride, levantándose para irse.

—¿Y Serena? —preguntó Amanda, atontada.

—Está bien.

Amanda respiró hondo y Stride la vio estremecerse de dolor. Pasaron unos segundos y luego se mantuvo despierta el tiempo suficiente para decir.

—¿Y tú?

Había muchas maneras de interpretar eso. Cómo estaba después de casi perder la vida y enfrentarse cara a cara con los pecados de la ciudad. Cómo estaba después de que su novia se acostara con otra mujer. Cómo llevaba la decisión que le estaba corroyendo las entrañas: quedarse o marcharse.

Stride no contestó. Era más sencillo así. Dejó que ella volviera a dormirse, mientras su pecho subía y bajaba, y el ritmo del corazón se ralentizaba en el monitor que tenía detrás. Salió silenciosamente de la habitación y cerró la puerta detrás de él. Bobby estaba sentado en una sala al otro lado del pasillo, con una taza de café en una mano y una revista en la otra. Alzó la vista cuando Stride salió y éste le indicó mediante señas que Amanda se había dormido. Bobby asintió.

Stride oyó sonar su teléfono móvil. Una enfermera lo miró con aspereza y él hizo un gesto de disculpa.

—Soy agente de policía —dijo.

Encontró un rincón tranquilo para hablar.

—Stride.

—Detective, me llamo Flora Capati —dijo una mujer con voz vivaracha y acento extranjero—. Llevo una residencia para personas mayores en Boulder City. La policía de Las Vegas me ha dado su número.

Stride se extrañó.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Capati?

—Se trata de una de mis internas. Se llama Beatrice; lleva dos días fuera

de sí, y le he prometido que lo llamaría para que se calmara. Insiste en que están cometiendo un terrible error.

—¿Un error? —preguntó Stride—. ¿Respecto a qué?

—Bueno, Beatrice asegura que conocía a Amira Luz.

Capítulo 55

La multitud se había reunido como si fueran espectadores de una ejecución hambrientos de sangre, preparados para ver caer el Sheherezade. Miles de ellos se pisoteaban en el aparcamiento y en el verde césped del Hilton Las Vegas, con las miradas absortas en el viejo hotel al otro lado de la calle. Se empujaban y se daban codazos para disfrutar de la mejor vista y no paraban de consultar el reloj. Era casi mediodía. La hora de la ejecución.

La calle estaba cerrada y se había desviado el tráfico a medio kilómetro hacia el este y hacia el oeste. Los curiosos se encontraban a cierta distancia, detrás del cordón de seguridad, lejos de la zona de peligro pero lo bastante cerca para presenciar el espectáculo. Los helicópteros sobrevolaban sus cabezas con las cámaras apostadas, proporcionando material en vivo para el informativo del mediodía. Stride olió carne a la brasa y se dio cuenta de que decenas de personas en las Charlcombe Towers estaban haciendo barbacoas y contemplando el espectáculo desde sus balcones. Hoy, todo el mundo era un mirón.

Sin duda Boni estaba también ahí arriba, solo en el último piso, con una copa en la mano y echando de menos los focos. Esperando a su pequeña y despidiéndose de Amira por última vez.

Era un hermoso día para una ejecución. El aire estaba en calma. Los rostros del equipo de demolición reflejaban su excitado entusiasmo. Eran profesionales que habían realizado este trabajo docenas de veces, pero los últimos minutos previos a la pequeña chispa eléctrica que se transferiría a los cables debían de provocar muchos nervios, independientemente de lo bien planeado que estuviera la voladura.

Las radios gorjearon. El terreno estaba despejado y listo para la acción.

—¿Dónde está? —preguntó Serena, de pie junto a él.

Miró con inquietud la multitud que la rodeaba.

—Estará aquí —respondió Stride—. Forma parte del espectáculo.

Igual que una ola, un murmullo recorrió la multitud: había un coche en la calle cortada, una limusina que avanzaba lentamente por el centro de Paradise Road. Se detuvo en un stop y el chófer corrió a abrir la puerta de atrás.

Claire salió de la limusina y pestañeó. Saltaron los flashes. Las voces vitorearon. Ella pareció desconcertada por un momento, pero luego sonrió y saludó, metida de pies a cabeza en el papel de ejecutiva; la nueva directora que, serena y confiada, seguramente se estaba preguntando si podría llegar a la tarima sin vomitar.

Se desplazó por el corredor acordonado que conducía de la calle a la plataforma construida en el aparcamiento enfrente del Sheherezade. Una alfombra roja cubría todo el tramo, y avanzó con pasos largos y flexibles sobre sus tacones. La gente gritaba su nombre entre la muchedumbre y ella les sonrió, cálida y amistosa. Un hombre con traje oscuro se apresuró a bajar los escalones de la tarima y la interceptó a medio camino, murmurándole instrucciones al oído. Ella asintió y pareció sosegada.

El jefe del equipo de demolición se reunió también con ella. Stride pudo oír lo que le decía:

—Ya está todo listo y esperándola, señora.

Claire los siguió a los dos hacia la plataforma, pero se detuvo al ver a Stride y Serena apartados, entre la plataforma a un lado y el gentío al otro. Le susurró algo al hombre del traje, que pareció disconforme y señaló su reloj. Claire sacudió la cabeza con suavidad.

Cuando se acercó a ellos, todas las miradas la siguieron.

A Stride no se le pasó por alto que Claire no apartaba los ojos de Serena.

—Aquí estás —dijo ésta.

Claire dibujó una leve sonrisa y les dedicó una reverencia fingida. Llevaba un traje de color borgoña entallado en la cintura, con complementos de diamantes que adornaban su cuello y su muñeca. Su largo pelo rubio rojizo estaba cuidadosamente recogido y peinado.

—¿Te gusta?

—Estás preciosa.

Claire se ruborizó.

—No sé si estoy preparada para esto.

—Lo harás muy bien.

Se empapó del ambiente que la rodeaba. Las imágenes, los sonidos, los olores... Su nuevo universo.

—No he tenido tiempo de daros las gracias como es debido por todo lo ocurrido con Mickey y con Boni. No sé cómo lo conseguisteis.

—No se merecen —dijo Stride.

—Una parte de mí desearía seguir estando en el Limelight. Allí todo era más sencillo. Yo me dedicaba a cantar mis canciones, antes de que pasara todo esto con Blake.

Stride y Serena se miraron el uno al otro.

—¿Se lo decimos? —preguntó Stride.

Serena y él se habían pasado media noche hablando de ello, y aún no lo tenían claro. A lo mejor no era necesaria toda la verdad. A lo mejor ya estaba bien dejar las mentiras donde habían estado durante tanto tiempo.

—¿Decirme qué? —quiso saber Claire.

Parecía que estuvieran hablando en voz alta, pero la multitud ahogaba su conversación. Stride se sentía expuesto al hablar de aquello ahí mismo; pero habían decidido que ella debía saberlo antes de pulsar el botón, antes de que el Sheherezade se convirtiera en polvo y escombros. Para que supiera, al caer el edificio, lo que estaba perdiendo.

Salvo que ahora, cuando tenían que decirlo, Serena parecía no hallar las palabras. Stride sabía que una parte de ella estaba enamorada de Claire; una parte de su alma a la que él nunca podría llegar. Serena no quería herirla, pero ella misma había pasado demasiado tiempo rehuyendo la verdad como para ignorar que es una carrera sin fin.

—Blake no era hijo de Amira —le explicó Serena.

Claire abrió la boca, pero no supo qué decir. Miró a su alrededor como si todo el mundo lo hubiera oído. Se quedó mirando a Serena, convencida de que era una broma, y luego sacudió la cabeza.

—No puede ser.

La gravedad de sus rostros bastó para persuadirla.

—Pero yo pude verlo en su mirada —protestó—. Era hijo de Boni. Era mi hermano.

Serena habló en tono comprensivo:

—Viste lo que querías ver, Claire. Igual que Blake. Quisiste creer que no estabas sola, y él quiso creer que había encontrado la madre a la que llevaba toda la vida buscando. Pero se equivocaba.

—¿Quieres decir que todo ha sido para nada? ¿Todas esas vidas inocentes...?

—Tú estás aquí —dijo Stride—. Boni no. Ni Mickey. Así que tal vez no haya sido para nada.

—No podéis estar seguros —dijo Claire.

—Lo siento. Estamos seguros. Hemos hablado con una mujer llamada Beatrice, que fue la enfermera de Amira durante el parto. Ella sabe lo que pasó con el bebé; no era Blake.

—Entonces, ¿quién era la verdadera madre de Blake? —preguntó Claire. Stride separó las manos.

—Probablemente nunca lo sabremos. Fue uno de los muchos niños rechazados de aquella época. Extraoficiales y sin registrar. Y tuvo la mala suerte de ir a parar a un hogar espantoso.

Claire alzó la mirada hacia el Sheherezade, recordando, y a Stride le pareció que ahora estaba ansiosa por marcharse: en cuanto pulsara el botón, los recuerdos quedarían reducidos a escombros.

También se preguntó si su mente no se habría alejado ya de ellos y estaría hurgando en lugares que no quería visitar.

—Boni os habló de Blake —dijo ella—. Os envió a Reno. Boni tenía que saber que Blake no era hijo de Amira.

Serena asintió.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué?

—También sabía que Blake lo creía —explicó Stride—. En lo que a Blake se refiere, él era hijo de Amira. Boni se alegró de que nosotros y todo

el mundo lo creyera también.

—Podría haberlo detenido todo —murmuró Claire—. Ese hijo de puta... Podría haberle contado a Blake la verdad. ¿A cuántas personas habría salvado?

—No creo que Blake le hubiera creído —dijo Stride—. Había llegado demasiado lejos.

—Pero él podría haberlo intentado —insistió Claire.

—Jamás —respondió Serena suavemente—. No había forma de que Boni contara la verdad sobre Blake. O sobre Amira.

—Vamos, Serena, no quieras protegerme. Se trata de mi padre; sé la clase de hombre que es. Esta vez podría haber hecho lo correcto: podría haber contado la verdad.

—Eso habría significado revelar el secreto más importante de su vida —aseguró Serena.

La voz de Claire se endureció.

—Mickey. Ya lo sé.

Serena sacudió la cabeza.

—No, no es Mickey. Debería haber admitido lo que ocurrió realmente con el bebé de Amira.

Los ojos de Claire saltaron de uno a otro, y vio incomodidad en sus miradas.

—¿Y por qué es eso tan importante?

Serena se inclinó hacia ella y murmuró en su oído:

—Amira era tu madre.

Claire reaccionó como si la hubieran pinchado. Dio un paso atrás y sacudió la cabeza violentamente.

—No. —Serena se limitó a mirarla con ojos tristes—. Yo nací meses después —les explicó Claire—. Mi madre murió al darme a luz.

—La mujer de Boni murió en el parto —dijo Serena—. Junto con su bebé.

—Ése era yo —insistió Claire.

—Boni fue a Reno y encontró a la familia que había adoptado a la criatura de Amira —continuó Stride—. No era un niño, sino una niña. Tú.

—Os equivocáis.

Serena puso ambos brazos sobre los hombros de Claire y la acercó hacia sí.

—La enfermera de Reno fue la que te entregó a ellos. Ella conocía la historia. Sabía lo que había pasado. Boni quería recuperar a su hija. Su única hija.

—Nunca quiso que lo supieras —dijo Stride—, porque temía que descubrieras el resto: que fue él quien hizo que mataran a tu madre. Por eso no podía permitir que la verdad sobre Blake saliera a la luz.

Claire se alejó un paso. En todas partes había ojos y cámaras posados sobre ella, y por un momento a Stride le pareció que echaría a correr.

—¿Soy hija de Amira? —dijo Claire, como si estuviera ajustando su mente a esa idea.

Se estaba esforzando por no llorar. Entonces, al instante siguiente, sus ojos echaron chispas como llamas. Los ojos de Amira.

—Ella quería ser libre. Igual que yo. Dios, le odio. Odio lo que nos hizo.

—Blake también —respondió Serena—. Y eso le destruyó. No permitas que te pase lo mismo, Claire.

—¿Me estás diciendo que tengo que perdonarle? ¿Cómo puedes decir tal cosa?

—Yo no digo eso en absoluto —le explicó Serena—. Sólo digo que no quiero que esto te consuma.

Claire alzó la vista hacia la plataforma, donde estaban reunidos políticos y hombres de negocios, esperándola y observándola. Ahora, aquél era su mundo —el mundo de Boni— y Stride pudo verla preguntándose si era lo que de verdad deseaba. Si aquella recompensa significaba algo en absoluto.

Y si, conociendo su pasado, ahora era distinta de como era hacía unos instantes.

—Podrías habérmelo ocultado —dijo Claire.

—Es cierto —reconoció Serena—. Pero tú eres dura.

Claire se rió y le tocó el hombro. Algo muy íntimo fluyó a través de su piel.

—Ahora mismo no me siento muy dura. —Respiró muy hondo, dio la

vuelta y añadió—: Es hora de hacer lo que mejor hacemos en Las Vegas: enterrar el pasado.

—Sólo es un edificio —dijo Stride.

—Puede ser, pero me alegrará que ya no esté —dijo Claire—. Los fantasmas morirán con él.

Serena negó con la cabeza.

—No es tan sencillo.

—Lo sé. —Claire se aproximó a Serena y murmuró, lo bastante alto para que Stride lo oyera—: Me gustaría que estuvieras en mi vida.

—Ya estoy en la vida de otra persona —le explicó Serena—. Lo siento.

Claire sonrió con tristeza. Miró a Stride.

—No me dirás que no se te ha ocurrido pensar cómo sería estar los tres juntos. ¿No hay que compartir?

Serena contestó por él:

—Para mí sólo hay uno.

Stride sabía la verdad: claro que se le había ocurrido, pero no era más que una fantasía loca. Habría momentos de éxtasis físico, como una droga, que se prolongarían unos segundos imperecederos. Pero al final habría sido un cáncer que los consumiría y los separaría. Hay algunas líneas que no se pueden cruzar.

Claire también lo sabía. Besó a Serena en la mejilla y le dijo:

—Eres más intensa que Las Vegas.

La multitud estaba agitada e impaciente. Querían un cuerpo.

Claire se dirigió a la plataforma, subió los peldaños y saludó al gentío, que la vitoreó desenfrenadamente. Hizo la ronda de saludos: el alcalde, el equipo de demolición, los inversores de Nueva York... Todos ellos calibraban y escudriñaban con recelo a aquella chica que supervisaría la construcción del Orient, una reluciente torre roja que reemplazaría al viejo y deslucido Sheherezade. Stride pudo ver más allá de sus miradas y sus sonrisas llenas de dientes y supo lo que estaban pensando: les parecía bien permitir que dirigiera la ceremonia, pero detrás del escenario, ella flaquearía y otros le arrebatrían el auténtico poder.

Stride pensó que iban a quedar muy sorprendidos. Claire era dura.

No dio ningún discurso. Sólo puso ambas manos encima del pistón que desencadenaría la explosión, y de inmediato se hizo el silencio entre la multitud. La calma duró varios segundos, mientras los rostros se volvían expectantes en la dirección del hotel. «Es extraño —pensó Stride— cuánto nos fascina la destrucción, la caída de los ídolos. Tal vez porque es tan rápido. Años para ponerlo en pie, años para visitarlo, pasar la noche y jugar, y sólo unos segundos para acabar con todo por los suelos».

Nadie miraba ya a Claire, excepto él mismo y Serena, que vieron cómo la sonrisa se desvanecía de su rostro al contemplar el rótulo. «Sheherezade». Parecía agotado bajo la luz del día, lejos del brillo multicolor que los bañaba a todos por la noche. Agotado y dispuesto a caer. Los ojos de Claire se humedecieron. Stride vio que movía los labios, susurrando para sí misma en silencio: «Adiós».

Bajó el pistón. La chispa eléctrica recorrió los cables y se abrió camino hacia la dinamita insertada en las columnas.

Durante un prolongado instante no sucedió nada, y la gente contuvo el aliento preguntándose si todo habría salido mal.

Y luego, ¡bang, bang, bang, bang! Las cargas estallaron a un ritmo entrecortado, como el disparo de un cañón, sacudiéndolo todo de arriba abajo con destellos de fuego naranja. El suelo rugió y vibró bajo sus pies, como si inmensas placas tectónicas se estuvieran desplazando dentro de la Tierra. El hotel se mantuvo orgullosamente en pie unos segundos más, desafiando la dinamita, como si pudiera mantenerse para siempre suspendido contra la gravedad. Pero era imposible. En lo más hondo de sus entrañas estaba destripado y había perdido sus soportes, que sólo dejaron tras de sí la aplastante mole lista para desplomarse. El derribo, cuando empezó, se veía desde lejos tan grácil y natural como si alguien soplara un diente de león, y no como la profanación de miles de toneladas de piedra y metal. Como si no fueran más sustanciales que el papel, los muros se doblegaron sobre sí mismos y el glamouroso hotel se desplomó como un cuerpo desangrado. La fuerza de la caída provocó otro seísmo por debajo de la calle, lo bastante intenso para que a Stride le pareciera que todos iban a elevarse del suelo.

La multitud soltó un grito ahogado y después vitoreó con cierto

nerviosismo, como si fuera un poco peligroso escupirle a la cara a tanto poder. Sabían también lo que estaba por venir. Una inmensa nube de polvo blanco se infló de una forma tremenda desde el suelo, creciendo como los efectos de una bomba. La gente empezó a retroceder, preguntándose hasta dónde se expandiría, y por un instante Stride se inquietó por si cundía el pánico. En las torres del otro lado de la calle, los curiosos abandonaban excitados sus balcones para meterse en casa, cerrando las puertas de vidrio ante la nube blanca. Cuarenta años en una acumulación de polvo, pintura y escombros. Seguramente había una pizca de Frank Sinatra en esa nube. Y de Amira también.

El polvo empezó a elevarse mucho antes de alcanzar a la gente, borboteando en su ascenso hacia el cielo. Mientras subía, el viento de las montañas lo interceptó y lo arrastró hacia el norte, esparciendo sus cenizas en forma de partículas por toda la ciudad. La neblina empezaba a disiparse al nivel del suelo, dejando al descubierto los restos del hotel: una pila irregular de quince metros de altura de escombros, paredes, suelos, tejado, baldosas, porcelana, madera y pan de oro, todo entremezclado. A unas manzanas de distancia esperaban los camiones del vertedero, con los motores rugiendo, listos para empezar a recoger la montaña y llevársela lejos.

La fiesta empezó a dispersarse.

Stride lanzó una última mirada a la montaña de residuos y vio que un trocito del rótulo del hotel, un fragmento doblado de neón, había acabado en lo alto de la pila. Ni siquiera pudo identificar las letras. Algo le hizo pensar en los viejos tiempos, en los periódicos descoloridos que había leído, en las fotografías de personas que por entonces eran jóvenes y que ya habían muerto después de vivir sus vidas. Le hizo pensar en 1967. El sol se reflejó en aquel pedazo perdido, y por un instante fue como si el neón brillara por última vez, liberando una ráfaga de color que llegó y se fue, haciéndole un guiño.

Capítulo 56

Abandonaron el escenario de la demolición junto con miles de personas, abriéndose paso por las calles abarrotadas. El silencio persistía en el ambiente. Serena sugirió que se tomaran la tarde libre y se fueran a casa, a relajarse, bañarse y hacer el amor. Y a tumbarse entre las sombras de su dormitorio y pasarse toda la noche hablando. Acerca de nada y acerca de todo. Ella parecía radiante por su presencia, y él lo percibió hasta en lo más hondo de su alma.

Giró a la derecha en Las Vegas Boulevard, al igual que media ciudad, rumbo al norte. La torre Stratosphere sobresalía allá en lo alto. En el Strip había sólo dos clases de atascos: los malos y los peores. El de hoy era de los peores. Avanzaban arrastrándose, contemplando cómo los peatones iban más deprisa por las aceras. La calle era una cinta de metal que se estiraba de un semáforo en rojo a otro. Las bocinas rugían inútilmente. Cuando llegaron al Stratosphere después de un rato que se les hizo interminable, Stride alzó la vista a través de la ventanilla y vio el platillo de la torre a más de tres metros por encima de su cabeza.

Al llegar unos meses antes procedente de Minnesota, había encontrado allí a Serena en mitad de la noche, contemplando la ciudad. El frío viento los envolvía y el neón brillaba por todas partes. Se habían abrazado y besado. Entonces había pensado que su relación carecía de hogar, que él nunca podría sobrevivir en aquel sitio, que más tarde o más temprano se verían obligados a elegir. Pero en aquel momento no le había importado. El futuro no ejercía ningún influjo sobre ellos. Entonces nada era real excepto lo que sentían el uno por el otro.

Ahora estaban en un momento distinto.

Real y sucio y apretado, sin escape. El futuro ya no era el futuro; era el presente. Estaba aquí y ahora.

Dejaron el Stratosphere a su espalda y el tráfico mejoró un poco. Luego, Stride condujo otra manzana, metió el coche por el camino de entrada de un motel vacío y apagó el motor. Sus manos descansaban sobre el volante. No miró a Serena, pero notó que ella lo estaba mirando. Se dio cuenta de cómo crecía su ansiedad cuanto más rato llevaban ahí sentados en silencio.

Cómo empezar. Decirlo y ya está.

—Me han pedido que vuelva a Minnesota.

Oyó cómo ella tomaba aire de golpe. Y luego, calmada y despacio:

—Quieres ir, ¿verdad?

Él se giró y al fin la miró, y el dolor que leyó en su rostro le hizo sentir como si todo el peso del Sheherezade cayera sobre él.

—Sí.

Serena salió del coche. Así de fácil: desapareció, cerró la puerta tras de sí y se apresuró calle abajo con los brazos doblados con fuerza encima del pecho. Él salió también y fue detrás de ella.

—¡Serena, espera!

Aunque ella no quería que le diera alcance, él lo hizo; la obligó a darse la vuelta y vio que un río de lágrimas surcaba su rostro. Tenía el cabello negro pegado a la piel. Estaba furiosa consigo misma; se estaba culpando.

—Lo siento —le dijo—. Te he engañado, ¿qué diablos esperaba?

—No me has dejado terminar —contestó Stride.

—Siempre he sabido que te irías. Que un día te despertarías y me dirías que te marchas. ¿Crees que no me doy cuenta de que no eres feliz aquí?

—Tienes razón, no lo soy.

—Sabía que acabarías volviendo a tu hogar.

Él sacudió la cabeza.

—Minnesota no es mi hogar. Cuando vivía allí, mi hogar era Cindy. Pasé años descolocado después de perderla. —Stride le cogió las manos—. Hasta que te encontré. Ahora, mi hogar eres tú.

—Pero sigues queriendo regresar a Duluth —dijo ella suavemente.

—Es cierto. Aquí soy como un muñeco de nieve: me derrito.

Ella hizo acopio de valor, dispuesta a liberarlo.

—No quiero retenerte donde no quieres estar, ni siquiera por mí.

Entonces él pronunció las palabras que llevaba días deseando decir:

—Ven conmigo.

—¿A Minnesota? —dijo ella. Bajó la mirada hacia sí misma, como si hiciera balance de quién era. Miró su alrededor, a aquella calle de Las Vegas, al tráfico que fluía de un lado a otro, al cielo inmenso y a las luces—. Jonny, sabes que no funcionaría. Allí sería un pez fuera del agua más de lo que lo eres tú aquí.

—No lo creo. Ya lo ha dicho Claire: eres más intensa que Las Vegas.

—Pero esto es mi... —empezó Serena, pero se calló.

Él sabía que había estado a punto de decir «mi hogar». Tal vez estaba pensando en lo que él había dicho. O tal vez había empezado a darse cuenta del significado de lo que le estaba pidiendo: que se desarraigara, que se comprometiera.

La gente pasaba a su lado en la acera, pero estaban ellos dos solos.

—¿Qué quieres que seamos, Jonny? ¿Compañeros? ¿Amantes? —Tenía una intensidad tranquila en la mirada, tanteando, igual que él—. ¿O algo más?

Stride temía no saber encontrar las palabras precisas. Cada una le parecía una mina.

—Ya me he casado dos veces —reflexionó—. La primera fue una unión perfecta. La otra fue un terrible error. No me da miedo intentarlo de nuevo, pero quiero que estemos preparados.

—Me queda un largo camino que recorrer —dijo Serena—. No por ti, sino por mí.

—Ya lo sé.

—¿Y aun así sigues queriendo que vaya contigo?

—Sí, eso es lo que quiero.

Vio las emociones encontradas más allá de la mirada de ella y supo que la había arrojado a una charca profunda y le había pedido que se pusiera a nadar. Sabía lo que le estaba pidiendo que dejara, la elección que le estaba

pidiendo que hiciera.

Para él había sido más fácil. Cuando decidió abandonar Duluth, hacía unos meses, su vida era una transición. Su identidad se había esfumado. En el breve tiempo que llevaba en aquella ciudad electrizada, se había visto obligado a examinar de nuevo todo lo que le había convertido en el que era. Y en el que no era.

De pronto, tenía la oportunidad de reconstruir lo que le había sido arrebatado. De volver a su hogar y convertirlo en algo nuevo.

Serena se apartó de él para volver a su furgoneta, aparcada de cualquier manera en la acera. Se quedó ahí de pie, con una rodilla doblada, las manos metidas en los bolsillos y mirando hacia el sur, al caos del Strip. Stride deseó estar dentro de su cabeza. Se preguntó si, mientras absorbía la locura de la ciudad con sus ojos de color verde, estaría contemplando su pasado o su futuro.

Serena sacudió la cabeza, como si se riera por un viejo chiste. Luego abrió la puerta de la furgoneta, entró dentro y se asomó por la ventana.

—Eh, Jonny —lo llamó—. ¿Vienes o qué?

Stride sonrió y fue con ella. Echó un vistazo al cálido cielo azul y pensó que a orillas del gran lago, en Minnesota, las hojas coloradas habrían empezado a caer. El invierno se estaría abriendo paso desde el norte. Pronto empezaría a caer la nieve.

Agradecimientos

Como siempre, mi agradecimiento a las cinco increíbles mujeres que tan decisivas han sido en mi carrera: mis agentes All Gunn en Londres y Deborah Schneider en Nueva York; mis editoras Marion Donaldson en Londres y Jennifer Weis en Nueva York; y mi esposa, Marcia.

Muchos otros han hecho posible este viaje: Carol Jackson, Diana Mackay, Kate Cooper, Stephanie Thwaites, y el equipo completo de Curtis Brown; Beth Goering, Gary Jansen, Victoria Skurnick, Carole Baron, y sus colegas en Bookspan; Brigitte Weeks; Rally Richardson; Peter Newson; el formidable personal de publicidad y ventas tanto en Headline como en St. Martin; y el equipo creativo de Designstein (Nathan, Rob, Cat, Ed y Mark).

También he trabajado con muchos editores y representantes maravillosos en editoriales de todo el mundo. Gracias a todos por vuestro apoyo precoz y entusiasta.

Esta vida sería imposible sin amigos como Barb y Jerry, Keith y Judy (y la mafia Bath al completo), Janean, Janice, Kris, Cindi, nuestros amigos en HSCA y Faegre & Benson, y muchos más.

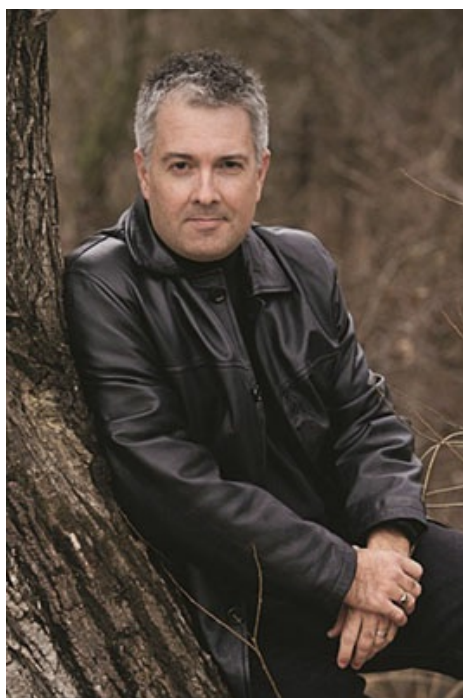
Soy afortunado por tener unos padres que han apoyado y confiado en mi sueño, y una gran familia de seguidores. Puede que no siempre estemos cerca, pero todos lo estáis en espíritu.

Finalmente, doy las gracias a los muchos librerías que han acogido mi obra y a los miles de lectores que se han unido a mí, a Jonathan Stride y a Serena Dial en sus aventuras (un agradecimiento especial para Gail F., Bonnie B., Tim S., Eric S. y Ed K.).

Hasta ahora siempre he podido responder personalmente a todos aquéllos

que me han escrito a www.bfreemanbooks.com y espero, como suele decirse, que esas cartas sigan llegando.

También podéis visitar mi página web en www.bfreemanbooks.com para encontrar más información sobre mí y sobre mis anteriores y futuros libros, así como mi blog.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de marketing y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com

Notas

[1] Lubricante para mantener relaciones sexuales. (*N. de la T.*) <<

[2] Las Vegas Metropolitan Police Department. Abreviado: la Metro, para referirse a la policía. (*N. de la T.*) <<

[3] Literalmente «ciudad del vicio». Así se llama algunas veces a Las Vegas.
(*N. de la T.*) <<

[4] Alusión a la novela *Inmoral*, de Brian Freeman. (N. de la T.) <<

[5] Siglas de Drug Enforcement Administration, la oficina antidroga estadounidense. *(N. de la T.)* <<

[6] *Restless* significa «inquieto». (N. de la T.) <<

[7] *A man* significa «un hombre». (N. de la T.) <<

[8] Empresario hotelero de Las Vegas. (*N. de la T.*) <<

[9] Pueblecito canadiense con una comunidad de 25 habitantes. (*N. de la T.*)

<<

[10] Significa alambrada. Abreviado, Barb, coincide con el diminutivo de Barbara. Es el apodo que tenía Serena ya en la primera novela de Brian Freeman, *Inmoral*. (N. de la T.) <<

[11] Equipo de fútbol americano de la Universidad de Las Vegas. (*N. de la T.*)

<<

[12] Grupo de amigos encabezado por Frank Sinatra que actuaba en los casinos de Las Vegas. (*N. de la T.*) <<

[13] Selecta cadena norteamericana de tiendas de decoración. (*N. de la T.*) <<

[14] Actriz británica que debutó siendo muy joven y obtuvo un gran éxito protagonizando películas Disney, como *Tú a Boston y yo a California*. (N. de la T.) <<

[15] Serie fantástica y de ciencia ficción que empezó a emitirse en 1959 en la cadena de televisión estadounidense CBS. En España se tituló *Dimensión desconocida*. (N. de la T.) <<

[16] En 1977, Roman Polanski se vio envuelto en un escándalo de abuso sexual a una menor y drogas, y abandonó Estados Unidos. (*N. de la T.*) <<

[17] Tilín. (*N. de la T.*) <<

[18] Revista sobre famosos. (*N. de la T.*) <<

[19] *Lido de París*, espectáculo que se representó en el casino Stardust de Las Vegas durante los sesenta. (N. de la T.) <<

[20] Neiman Marcus, cadena de tiendas de moda. (*N. de la T.*) <<

[21] Ma y Pa Kettle eran una pareja de cómicos que rodó vanas películas en los años cuarenta y cincuenta. Six Flags es una cadena de parques de atracciones. *(N. de la T.)* <<

[22] Pomada contra los dolores musculares. (*N. de la T.*) <<

[23] Plato criollo que consiste en arroz cocinado con ostras, pollo o gambas, sazonado con especias y hierbas. Los *cajún* son los miembros de un grupo étnico de Louisiana. (*N. de la T.*) <<

[24] Música folk con tempos rápidos e improvisación jazzística. (*N. de la T.*)

<<

[25] Mafioso asesinado en 1986. (*N. de la T.*) <<

[26] Asesino en serie que mató a 49 mujeres en Portland y Seattle en las décadas de los ochenta y los noventa. (*N. de la T.*) <<

[27] *Moose* significa «alce americano» en inglés. (N. de la T.) <<

[28] Moción presentada en un juicio para excluir el testimonio de expertos no lo bastante cualificados para validar una prueba. (*N. de la T.*) <<

[29] Asesino en serie que cometió sus crímenes entre 1974 y 1991. Él mismo se puso el apodo, que corresponde a las siglas en inglés de «atar, torturar y matar». En 2004 empezó a enviar mensajes a la policía y los medios de comunicación. (*N. de la T.*) <<

[30] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[31] *Gone* significa «desaparecido», «ausente». (*N. de la T.*) <<

[32] Especie de cangrejo del océano Pacífico. (*N. de la T.*) <<

[33] La expresión latina *Tempus fugit* («el tiempo vuela»), transformada en «el tiempo lo jode». (*N. de la T.*) <<

[34] Centro recreativo de más de veinte hectáreas que se encuentra en el centro de la ciudad y que incluye un campo de fútbol americano y un centro de convenciones. (*N. de la T.*) <<

[35] Muñecas muy populares en Estados Unidos, creadas en 1913 por la escritora Rose O'Neill a partir de sus ilustraciones. (*N. de la T.*) <<

[36] Wilde, el apellido del asesino, significa «salvaje». (*N. de la T.*) <<

[37] En español en el original. (*N. de la T.*) <<

[38] Parques recreativos de temática golfista. Subway es una cadena de restaurantes de comida rápida. (*N. de la T.*) <<

[39] Empresa dedicada a buscar información para profesionales de distintas áreas. (*N. de la T.*) <<

[40] Véase *Inmoral*, de Brian Freeman. (*N. de la T.*) <<

[41] Abercrombie & Fitch, marca de ropa informal dirigida a universitarios de clase media. (*N. de la T.*) <<